

21  
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

LA COEXISTENCIA PACIFICA,  
DE LENIN A YELTSIN:  
EL DESGASTE DE UN CONCEPTO

*por Christian Francisco Fimbres Stehr*

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:  
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

P R E S E N T A :

CHRISTIAN FRANCISCO FIMBRES STEHR



DIRECTOR DE TESIS: LICENCIADO DAVID J. SARQUIS

MEXICO, D. F.

1999

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Stamp: RECORDED  
Stamp: LIBRARY

273745



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Indice

1. Introducción _____	p. 1
I. El esquema teórico de Marx y Engels _____	p. 2
II. Invalidación práctica del esquema anterior y su ideologización _____	p. 7
III. Consolidación de un nuevo tipo de formación social _____	p. 17
a) Supervivencia del Estado y sus efectos _____	p. 17
b) Consolidación de la burocracia como grupo social dominante _____	p. 22
c) La Unión Soviética como formación social "híbrida" y sus efectos _____	p. 24
d) La dependencia tecnológica y sus efectos _____	p. 30
2. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Lenin _____	p. 31
3. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Stalin _____	p. 42
4. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Jruschov _____	p. 58
5. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Bresniev _____	p. 78
6. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Gorbachov _____	p. 106
7. Evolución durante el gobierno de Yeltsin _____	p. 138
8. Conclusiones _____	p. 144
Bibliografía _____	p. 146

*“Y entonces fue cuando aquella gente joven, lista y radical tuvo de repente la extraña impresión de que sus propios actos se habían ido a recorrer el mundo y habían comenzado a vivir su propia vida, habían dejado de parecerse a la imagen que de ellos tenía aquella gente, sin ocuparse de quienes les habían dado el ser. Aquella gente joven y lista comenzó entonces a gritarle a sus actos, a llamarlos, a reprocharles, a intentar darles caza y a perseguirlos.”*

Milan Kundera  
(El libro de la risa y el olvido)

## 1. Introducción.

La parte introductoria tiene por objeto revelar las causas estructurales de la doctrina soviética de coexistencia pacífica. En la presente investigación se sostiene que dicha doctrina es producto de la inadecuación del esquema revolucionario marxista y un esfuerzo de adaptación a las circunstancias internas y externas no previstas: cuando los dirigentes bolcheviques tomaron el poder en 1917, lo hicieron asumiendo la doctrina revolucionaria marxista, pero al no cumplirse las premisas de Marx y Engels respecto de la autodestrucción del sistema capitalista en las naciones industriales más avanzadas y una revolución comunista universal y simultánea, tal ideario dejó de adecuarse a las condiciones de un socialismo aislado en medio de Estados capitalistas, instaurado en un país relativamente atrasado.

El planteamiento anterior exige, por lo tanto, examinar brevemente, en el apartado I, el esquema teórico de Marx y Engels, particularmente sus tesis relativas a la autodestrucción del sistema capitalista y la concomitante revolución comunista mundial. Con ello se pretende demostrar, en general, que su esquema teórico partía de premisas totalmente distintas a las que existían cuando inició la agitación revolucionaria que más tarde habría de conducir a la revolución rusa de 1917, de donde resulta la inadecuación del modelo teórico y su necesidad de readaptación; y en lo específico, que la lógica del esquema marxista excluye toda posibilidad de coexistencia pacífica prolongada entre sistemas socio-económicos distintos, por lo que la doctrina de coexistencia representa un posterior esfuerzo de Lenin por adecuar el modelo marxista a las particulares circunstancias de Rusia.

En el apartado II se expone la invalidación práctica del esquema marxista a medida que fueron desarrollándose los acontecimientos, creando una situación para la cual el marxismo clásico no había hecho ninguna previsión en su estructura conceptual, y los esfuerzos de Lenin por llenar este vacío, plasmados en la importancia decisiva que atribuye a la actividad humana voluntaria y en sus tesis del imperialismo y del desarrollo desigual del capitalismo, sentando con esta última el fundamento teórico para la coexistencia, así como la creciente ideologización de que empiezan a ser objeto las ideas de Marx, en la medida en que legitiman el golpe dado por los bolcheviques y el orden social que de éste emana.

En el apartado III se hace referencia a la supervivencia del Estado soviético (y de otros rasgos característicos del Estado) como requisito impuesto por el sistema internacional de Estados, que no había sido revolucionado, para la supervivencia de la revolución proletaria y las consecuencias que tiene la consolidación de la revolución socialista bajo la forma del Estado, mismas que restringen las posibilidades para la realización del potencial socialista y empujan a la adopción de una política de coexistencia.

En este apartado se exploran, asimismo, otros factores que más tarde habrían de reforzar la tendencia (ya implícita desde que se conservó la forma estatal) hacia la coexistencia, como son, la consolidación de la burocracia como grupo social dominante, en función de

su relación con el mercado mundial capitalista y la adaptación a las precondiciones dictadas por éste, la supervivencia de elementos monetario-mercantiles en una sociedad que abolió el mercado y que confirió al modo de producción "socialista" un carácter híbrido o intermedio entre el modo de producción capitalista y el comunista, y cuyas contradicciones estructurales comenzaron a minar la racionalidad de la economía; contradicciones cuya solución requería de una extensión periódica y progresiva de los mecanismos del mercado y de la importación de tecnología occidental que, a su vez, reforzaron y profundizaron la dependencia respecto de Occidente y, por tanto, la necesidad de una coexistencia entre ambos sistemas.

## **I. El esquema teórico de Marx y Engels.**

Suponiendo la existencia de un patrón dialéctico en la historia, Marx concluyó que el capitalismo sería igual de transitorio que los sistemas socio-económicos precedentes, pues, al igual que éstos, aquél contenía las semillas de su propia destrucción, las cuales germinarían al agudizarse las contradicciones inherentes al proceso de producción capitalista.

Marx encontró indicios de que esta etapa de declive capitalista había comenzado en los países avanzados de Europa y América. El capitalismo, que en sus orígenes había sido una fuerza decisiva para el cambio, ya no lo era y la burguesía, que había alcanzado una posición dirigente como agente para la transformación revolucionaria de la sociedad tradicional, se había convertido en una clase profundamente conservadora que, no obstante, era impulsada por un interés en promover la libre expansión del capitalismo. En efecto, los procesos de producción en sí permanecieron en la esfera de una revolución permanente debido a la necesidad de innovar para poder competir, por lo que aún bajo la forma de un capitalismo maduro la base tecnológica continuó su expansión y desarrollo, haciendo posible, por primera vez en la historia, una sociedad de abundancia material.

Para Marx, sin embargo, el potencial productivo de la moderna maquinaria industrial no podía realizarse sobre la base de las relaciones de producción existentes entre el capital y el trabajo. El hecho de que estas relaciones se habían convertido en una traba para las fuerzas productivas quedaba demostrado por las crisis comerciales de sobreproducción que periódicamente convulsionaban a la sociedad burguesa. Marx previó que tales crisis alcanzarían su punto culminante con una inminente crisis universal que ya se encontraba en su etapa preliminar.

De acuerdo con Marx y Engels, en esta avanzada etapa de desarrollo en que el sistema capitalista se extendía universalmente, la sociedad burguesa, al tiempo que se modernizara cada vez más, entraría también en un estado de profunda descomposición, a medida que se hicieran insolubles los conflictos que dicho sistema provocaría entre la burguesía y el proletariado. Los medios de producción comenzarían a concentrarse en forma creciente y los procesos laborales adoptarían un carácter más socializado y mecanizado. Al mismo tiempo, el sistema de producción capitalista asumiría cada vez

más un carácter internacional, tornándose obsoleto el Estado-nación como marco institucional de la sociedad. En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx sostenía que “el aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden”<sup>1</sup>, y que “en lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones”.<sup>2</sup>

Pero Marx afirmaba que esta misma “universalidad hacia la que tiende incesantemente el capital, encuentra unos límites inmanentes a su naturaleza, los cuales, en un cierto estadio de su desarrollo, se alzarán como el mayor obstáculo a esta tendencia y lo empujarán a su autodestrucción”<sup>3</sup>. A medida que el sistema capitalista avanzara hacia sus etapas de mayor desarrollo, la tarea de mantener las enormes potencias de la extracción de plusvalía dentro de los límites fijados por la necesidad de convertir esta plusvalía en valor de cambio, se haría cada vez más difícil (de ahí, pues, que Marx tomara posición a favor de aquellos procedimientos que aseguraban la expansión y el éxito, provisional, del capitalismo donde sobrevivían vestigios de órdenes socio-económicos menos eficientes y más inicuos, pues le parecía que era el mejor medio para apresurar la revolución). Esta última surgiría, pues, no de la reforma o abolición de una u otra sociedad burguesa, sino de la autodestrucción del capitalismo provocada por su mismo poder: el derrocamiento revolucionario de la sociedad burguesa era, entonces, algo inherente a la misma dinámica del capitalismo.

Este derrocamiento sería producto de una sociedad polarizada, en el marco de una emergente sociedad mundial, sumida en una guerra de clases entre la amplia masa de trabajadores asalariados y la pequeña minoría de grandes capitalistas que habían sobrevivido a la lucha competitiva. La guerra de clases estaba destinada a alcanzar su apogeo con una abierta rebelión de los obreros contra la deshumanización de la vida y el trabajo a la que los condenaba la división social del trabajo bajo el sistema capitalista. Marx y Engels esperaban que los levantamientos proletarios tuvieran lugar en una serie de países avanzados para convertirse en el punto de apoyo de la revolución mundial, desde el momento en que el capitalismo y el mercado mundial habían transformado la sociedad en una unidad global.

Para los fines de esta investigación, es importante destacar aquí lo que Marx señalaba en el prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* en el sentido de que “una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas

---

<sup>1</sup> Carlos Marx y Federico Engels *Manifiesto del Partido Comunista*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1980, p. 37.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 37

<sup>3</sup> Carlos Marx *Elementos fundamentales para una crítica de la economía política*, cit. por Marcel Merle en *Sociología de las Relaciones Internacionales*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 73

relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad”<sup>1</sup>. Para Marx, el orden capitalista no se encontraría maduro para la revolución hasta que la clase obrera hubiese ampliado su consumo por encima del nivel de la mera subsistencia física y comenzase a considerar el disfrute de los productos del trabajo excedente como una necesidad general. En vez de la imagen de un proletariado hambriento que moría lentamente como consecuencia de una jornada de 18 horas en una mina o taller, Marx presentaba aquí al proletariado bien alimentado, científicamente capacitado, para quien una jornada de 8 horas podía hasta llegar a ser una pérdida de tiempo. De ello se desprende también que Marx no concibió el comunismo en términos de crecimiento económico e industrialización, pues el mundo que los trabajadores estaban destinados a conquistar mediante la revolución se encontraría ya altamente industrializado, sobre todo en los países avanzados. Los obreros heredarían, pues, un mundo maduro para la abundancia; la misión económica de la revolución proletaria no sería la de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, sino la de liberar estas fuerzas de las trabas impuestas por la naturaleza de la economía capitalista. En la fase superior de la sociedad comunista, las fuerzas productivas creadas bajo el capitalismo y liberadas por la revolución proletaria proporcionarían suficientes bienes para ser distribuidos según las necesidades de cada quien. Esta futura revolución constituiría el gran rompimiento entre el anterior proceso histórico del desarrollo humano y una sociedad post-histórica que se encontraría más allá de la modernización. El objetivo de la revolución comunista no era el de modernizar aún más a la sociedad, sino el de humanizarla, el de reintegrar al hombre consigo mismo y con la naturaleza.

Pero, todavía en la fase pre-revolucionaria, independientemente de que la pobreza de los trabajadores fuese absoluta o relativa, en la visión de Marx el desarrollo económico capitalista traería necesariamente una proletarización de las masas de trabajadores fabriles y un empeoramiento progresivo en sus condiciones de vida y de trabajo. Con la creación de una fuerza de trabajo cada vez más numerosa y descontenta que había asimilado los hábitos del esfuerzo cooperativo durante el proceso de la producción, la burguesía habría producido sus propios sepultureros. Si bien esta última intentaría desviar el proceso revolucionario permitiendo a los trabajadores su asociación en sindicatos y cediendo, ocasionalmente, en algunas de sus demandas, a largo plazo tales tácticas sólo podrían incrementar la conciencia de la clase revolucionaria. Con el tiempo, los trabajadores aprenderían a utilizar el arma de las huelgas y el nivel necesario de violencia para alcanzar sus objetivos. En este punto, Marx concibe la expresión “revolución permanente” en términos globales, como una serie de golpes repetidos de la clase trabajadora contra el capitalismo en su conjunto hasta conseguir su demolición.

En el momento anunciado de este proceso en que las condiciones se volviesen totalmente intolerables, las masas proletarias emprenderían una rebelión y una revolución socialista tendría lugar con la toma y socialización de la propiedad privada. Así pues, el marxismo clásico contemplaba la revolución socialista como una revolución del derrumbe capitalista

---

<sup>1</sup> Carlos Marx *Contribución a la Crítica de la Economía Política; Introducción a la Crítica de la Economía Política*, Ed. Fondo de Cultura Popular, México, 1970, p. 13

que tendría lugar en la etapa de desarrollo más avanzada del sistema capitalista. Esta era la suposición subyacente a la expectativa marxista de que las revoluciones socialistas llegarían primero a los países de Europa occidental y Norteamérica, donde el capitalismo estaba más altamente desarrollado.

Asimismo, es importante destacar que el marxismo clásico proyectó la revolución socialista como un fenómeno universal. El objetivo que preveía para la historia mundial era el de una sociedad comunista planetaria donde el hombre podría realizar en cualquier parte su naturaleza esencialmente creativa, habiendo superado mediante la socialización de la propiedad privada la alienación sufrida durante el curso de la historia. Por otra parte, si bien los escenarios de la revolución comunista proletaria serían nacionales, el movimiento revolucionario no sería, ni podría ser confinado a una o varias naciones avanzadas, sino que desbordaría las fronteras nacionales debido al surgimiento a gran escala, durante el período burgués, de la industria maquinaria y al mercado mundial que unía a todos los países, provocando la dislocación de toda la cadena del capitalismo. En 1847, Engels señalaba lo siguiente:

[...] la revolución comunista no será únicamente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, por lo menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania..., tendrá las mayores repercusiones sobre los demás países del mundo; cambiará completamente y acelerará fatalmente el ritmo de su evolución. Es una revolución universal; por lo tanto, necesitará un terreno universal.<sup>5</sup>

Por lo anteriormente expuesto, el esquema marxista excluye, pues, en forma implícita, la posibilidad de una lucha frontal entre naciones comunistas y no comunistas, en la medida en que los países que accediesen al socialismo serían los más avanzados en términos industriales y militares y, por lo tanto, tendrían poco que temer de otras naciones cuya economía feudal y organización política obsoletas las incitaría a realizar maniobras bélicas y expansionistas.

Cabe mencionar, también, que tras la destrucción del Estado burgués, Marx y Engels contemplaban un período transitorio en el que persistirían algunos rasgos residuales del antiguo orden como, por ejemplo, el aparato del Estado. Ambos pensaban que el Estado se extinguiría (o disolvería) en la fase superior de la sociedad comunista. Pero en la fase inferior de transición -la sociedad como existiría tras la revolución proletaria- el Estado sobreviviría como una dictadura de la clase trabajadora. En *Las luchas de clases en Francia*, Marx proclamó:

la dictadura de la clase revolucionaria, la dictadura de la clase proletaria como el inevitable punto de tránsito hacia la abolición de las diferencias de clase en general, hacia la abolición de todas las relaciones de producción sobre las que descansan aquéllas, hacia la abolición de todas las relaciones sociales que corresponden a estas

---

<sup>5</sup> Federico Engels. Principes du communisme. cit. por Marcel Merle, *Op. cit.*, p. 77

relaciones de producción, hacia la revolución de todas las ideas que resultan de estas vinculaciones sociales.<sup>6</sup>

Asimismo, en su *Crítica del Programa de Gotha*, Marx escribió que “entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”.<sup>7</sup>

Tras la apropiación de los medios de producción de la burguesía, al régimen de la revolución proletaria le tomaría, inevitablemente, algún tiempo organizar la producción, administración y distribución sobre una nueva base. Y, en gran parte, a ello se debe que Marx y Engels hubieran previsto en su esquema una fase inferior como período de transición. Pero debido a que pensaban que la sociedad, al momento de la revolución se encontraría materialmente madura para la reconstrucción según los lineamientos comunistas, no se imaginaron que el período de transición sería largo; un período de meses o años más que de décadas parece ser lo que tenían en mente. Sus suposiciones tampoco contemplaban un largo período para alterar los viejos hábitos y actitudes de trabajo característicos de la sociedad burguesa.

Y precisamente debido a que el Estado proletario sería un régimen de la inmensa mayoría en una sociedad avanzada en proceso de abolir la propiedad privada y, con ello, los antagonismos de clase, pronto perdería su razón de ser, sobreviniendo su disolución, pues como aparato de represión ya sería inútil. Así pues, queda claro que Marx nunca concibió al Estado proletario como un Partido-Estado, como una dictadura de partido único pretendiendo gobernar en nombre del proletariado, ni tampoco lo visualizó como una institución destinada a perdurar a través de toda una época histórica de transición al comunismo.

Paralelamente a este proceso y en virtud del carácter internacional de la revolución comunista, Marx preveía también una desaparición simultánea de las diferencias nacionales y tensiones internacionales que, a su vez, haría superfluo el ejercicio de las políticas exteriores. En el *Manifiesto del Partido Comunista* afirma que “en la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra. Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí”.<sup>8</sup>

Como ya se mencionó anteriormente, tras la revolución comunista sobrevendría la disolución del Estado y, con ésta, la desaparición de las relaciones interestatales.

---

<sup>6</sup> Carlos Marx. *Las Luchas de Clases en Francia*, cit. por Robert C. Tucker en *The marxian revolutionary idea; marxist thought and its impact on radical movements*, trad. propia, Ed. Unwin University Books, Londres, 1969, p. 72.

<sup>7</sup> Carlos Marx y Federico Engels. *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, s.f., p. 342.

<sup>8</sup> *Id.*, *Manifiesto del Partido Comunista*, p. 57.

De lo anterior se puede concluir que Marx y Engels nunca pensaron en la conservación del Estado ni en su sustitución, como forma de organización política, por otras más complejas como, por ejemplo, los bloques de potencias. El Estado, en su forma específica de Estado nacional, sería la última organización política. Ya se vio que cabría la transformación del Estado en dictadura del proletariado, pero una vez eliminados los restos de la burguesía, el Estado, aún bajo esta forma novedosa, debería extinguirse para dar paso a una sociedad comunista de ámbito universal. Por lo anterior, el comunismo sólo sería posible como liberación de toda la humanidad. La liberación del hombre no podría limitarse a una zona o región del planeta, pues el sistema económico comunista resultaría necesariamente vulnerable en coexistencia con el sistema económico capitalista. El mercado mundial de mercancías persistiría mientras se le dejara un hueco sobre el planeta, y, con él, se mantendrían la dominación y el Estado, como de hecho sucedió.

## II. Invalidación práctica del esquema anterior y su ideologización.

Los años de guerra y revolución, de 1914-17, fueron años de enseñanza para los líderes bolcheviques pues, durante esta etapa, muchos de los principios y estrategias anteriores dieron paso a osadas improvisaciones y nuevas teorías.

La concepción que Marx tenía del capitalismo estaba determinada por las circunstancias y actitudes de mediados del Siglo XIX en Occidente y aportaba poco a la estrategia de un movimiento revolucionario internacional concebido casi cien años después del nacimiento de Marx.

La de Marx era la versión socialista de lo que en su tiempo fue la iluminada teoría liberal sobre el futuro de la política internacional -el producto del siglo del racionalismo, del progreso material y científico y de un optimismo ilimitado en la capacidad del hombre civilizado para eliminar el terror y las miserias del pasado. Su obra estaba profundamente determinada por el contexto histórico en que se movía y, en consecuencia, no pudo prever la propia evolución del sistema capitalista, ni ofrecer interpretaciones o soluciones para todos los fenómenos sociales y políticos que fueron produciéndose años después. Uno de estos fenómenos era el del imperialismo, que Marx no llegó a ver y que exigía una consideración desde la óptica marxista.

Con el paso del tiempo se hicieron evidentes algunos serios defectos de la visión clásica marxista del capitalismo avanzado, a medida que el curso de los acontecimientos invalidaba en la práctica algunos de sus supuestos y predicciones. Las tendencias observables del desarrollo económico y social en países como Inglaterra, Francia y Alemania no coincidían del todo con el prospecto que ofrecía el *Manifiesto del Partido Comunista* y *El Capital*, así como otros escritos básicos de Marx y Engels. Las crisis comerciales de sobreproducción no iban de mal en peor y la prevista crisis universal no había tenido lugar. Las sociedades burguesas en su madurez no se estaban polarizando cada vez más entre una pequeña minoría de magnates capitalistas inmensamente acaudalados, por una parte, y una amplia mayoría de proletarios crecientemente

miserables, por la otra. Por el contrario, violando la ley general absoluta de la acumulación capitalista, la riqueza estaba siendo más ampliamente distribuida, los grupos socio-económicos intermedios se sostenían o se expandían, y el trabajador industrial estaba conquistando mejores condiciones de vida y de trabajo, produciéndose su mayor integración a la sociedad más que una mayor alienación de la misma. En consecuencia, la sociedad burguesa no estaba siendo impulsada por la dinámica de desarrollo del capitalismo hacia el colapso revolucionario. En vez de convertirse en un escenario para la irreconciliable guerra de clases, la sociedad burguesa se estaba reformando a sí misma mediante la acción de sindicatos y de las instituciones políticas de la democracia parlamentaria, mostrando menos divisiones durante este proceso. Incluso Marx, pocos años antes de su muerte, había admitido la posibilidad de que en algunos Estados como Gran Bretaña, Estados Unidos y Holanda (más tarde Engels añadiría a Francia y Alemania), el advenimiento del comunismo pudiese darse por medios pacíficos. Asimismo, cabe mencionar que, inclusive en el escenario europeo, la segunda mitad del Siglo XIX fue testigo de una considerable diversidad en términos de industrialización y de los agentes sociales que en ella participaron, pues no todos los países del área experimentaron un repentino brote de industrialización paralelo a una concentración en el desarrollo de la industria pesada.

Así pues, dado que la teoría de la revolución comunista mundial corría el riesgo de derrumbarse al no cumplirse las predicciones de Marx sobre la autodestrucción capitalista, no es sorprendente que aquella teoría sufriera, en los años subsequentes, una modificación significativa. Y es Lenin, entre otros, quien emprende este esfuerzo por adaptar las tácticas revolucionarias para dar cuenta de los cambios tecnológicos, económicos y políticos de la segunda mitad del Siglo XIX y los primeros años del Siglo XX.

Ya desde 1897, pero particularmente tras la revolución rusa de 1905, Lenin se abocó a la tarea de explicar cómo una revolución comunista podría tener lugar en un país tan poco desarrollado como Rusia, donde no existía un capitalismo avanzado ni una democracia burguesa. La experiencia de 1905 había evidenciado que la incipiente burguesía rusa no se encontraba capacitada para asumir el poder y, menos aún, para conservarlo. Por lo tanto, la revolución democrático-burguesa tendría que ser efectuada por el proletariado ruso en alianza con el campesinado. En esta fase del pensamiento leninista aún no se concebía la posibilidad de saltarse la etapa capitalista de desarrollo. Una vez que la democracia burguesa hubiese sido instituida y el desarrollo capitalista se hubiese acelerado, el proletariado tendría que abandonar al campesinado. La revolución socialista se lograría mediante una alianza del proletariado con la masa de elementos semi-proletarios de la población. Era claro el hecho de que llegaría a existir una brecha entre la revolución democrático-burguesa y la socialista, pero Lenin se mostró ambiguo respecto de su duración.

En 1915, Lenin estableció la desigualdad del desarrollo económico y político como una ley absoluta del capitalismo, y dedujo de ella la posibilidad de que una revolución

socialista pudiese triunfar primeramente en unos cuantos países capitalistas o, incluso en un solo país capitalista. Sostenía que:

El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentaría con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados.<sup>9</sup>

Posteriormente, la teoría leninista del desarrollo desigual expondría la forma en que una revolución socialista podría tener lugar en países que aún no habían alcanzado la etapa del capitalismo avanzado, por lo que, aún tras la revolución, persistirían las diferencias nacionales.

Es así como Lenin, al establecer el desarrollo desigual como una característica del capitalismo monopolista, convierte en teoría la idea de la existencia simultánea de diferentes tipos de Estado. Sostenía Lenin que, a lo largo del mundo, el capitalismo se había desarrollado en forma desigual. Lo anterior era natural, pues en su opinión “nunca había existido y nunca podría existir un desarrollo armonioso y proporcionado en el mundo del capitalismo”<sup>10</sup>. Por lo tanto, resultaba poco probable que la revolución socialista pudiera ser el resultado de una acción unificada y simultánea de los proletarios de todos los países. Un escenario más probable era que la revolución tuviese lugar primeramente en un país de menor desarrollo en la periferia, donde se ubicaba el eslabón más débil del capitalismo como, por ejemplo, en Rusia.

No obstante lo anterior, Lenin recalcó que para los rusos sería más fácil comenzar la gran revolución proletaria que continuarla y llevarla a su victoria final. El establecimiento final y definitivo del socialismo requeriría que la revolución se propagase desde Rusia hacia los países capitalistas más avanzados. La primera revolución actuaría como un detonador para las demás, y el éxito de la primera dependería de ello. Esto significaba, también, que al tener lugar la revolución en países con diferentes etapas de desarrollo, las formas que asumiría como los cambios subsecuentes traídos por la dictadura proletaria, estaban sujetos a diferir. Mientras tanto, hasta que la revolución se extendiera, el socialismo y el capitalismo existirían en forma simultánea. Pero en ese entonces Lenin no hizo particular énfasis en esta etapa intermedia, dado que no esperaba que fuese prolongada.

Al iniciar la I Guerra Mundial, la mayor parte de los socialistas europeos apoyaron el esfuerzo bélico de sus respectivos países, ignorando así la decisión tomada en 1907, en el marco de la II Internacional, de no apoyar ninguna guerra en el futuro desde el

<sup>9</sup> VI Lenin “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, en *Obras Escogidas*. Ed. Progreso, Moscú, 1969, p. 156.

<sup>10</sup> VI Lenin *Collected Works*, vol. 29, cit. por Margot Light en *The Soviet Theory of International Relations*, trad. propia. Ed. Wheatsheaf Books, Brighton, 1988, p. 150.

momento en que ésta tendría un carácter imperialista. Por su parte, Lenin sostenía que una política de derrotismo nacional convertiría la guerra imperialista en una guerra civil, acelerando así la desintegración del capitalismo y, con ello, el advenimiento de la revolución socialista. Afirmaba Lenin que la guerra estaba destinada a ser un rasgo constante del capitalismo monopolista: una vez que el mundo hubiese sido dividido en colonias y semi-colonias, el único modo en que los Estados imperialistas podrían competir por mercados, materias primas y oportunidades de inversión era mediante una redivisión que provocaría guerras inter-imperialistas. Por lo tanto, la guerra entre potencias imperialistas era inevitable, pero serviría para debilitarlas, precipitando así la revolución.

De esta manera, Lenin desarrolla un modelo de relaciones internacionales en el que la conducta internacional de los Estados es explicada mediante la proyección de las supuestas contradicciones del capitalismo, de la esfera nacional a la internacional, esto es, hacia un sistema capitalista mundial, propenso a la crisis. Las relaciones entre países son entendidas ahora como relaciones de explotación que obedecen a la no concordancia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, a nivel mundial. Es la dinámica interna de un capitalismo que requiere de mercados externos para la colocación de excedentes, la que ahora determina la cuestión de la guerra y la paz.

Pero Lenin creía, también, que el capitalismo monopolista engendraba otro tipo de guerra, que se produciría cuando la nueva clase internacional explotada -los pueblos de las colonias- comenzase a luchar por su independencia. Las guerras de liberación nacional, al igual que las guerras inter-imperialistas, debilitarían a un capitalismo ya moribundo, acelerando la desintegración de la sociedad capitalista y la subsecuente revolución socialista.

Más tarde, en 1916, Lenin comenzó a predecir un tercer tipo de guerra inevitable: la guerra entre socialismo y capitalismo. Como ya se mencionó, Lenin afirmaba que el desarrollo desigual del capitalismo haría posible la existencia de uno o varios países socialistas. En un intento por aplastar la revolución proletaria, la burguesía de otros países era propensa a atacar a los países socialistas. Este tipo de guerra, al igual que los anteriores tipos de guerra inevitable, desaparecería únicamente después de que la burguesía del mundo entero hubiese sido vencida y expropiada.

Retomando el esquema marxista descrito en el primer apartado, podemos apreciar la contribución de Lenin como una revisión fundamental del marxismo clásico: la esperanza marxista de que el mero crecimiento de la industria y la expansión del proletariado industrial crearía condiciones favorables para el socialismo, fue revaluada por Lenin: su concepción de la guerra como principal agente destructor del capitalismo era algo nuevo en la teoría marxista. Anteriormente, el marxismo había contado con las "contradicciones inherentes" del capitalismo, su incapacidad para conducir el mismo sistema económico que había creado, para provocar su caída. Ahora, era la incapacidad del capitalismo para preservar el orden internacional, para evitar guerras desastrosas, la que propiciaba una gran oportunidad: el militarismo y el imperialismo eran, según Lenin, una característica

orgánica de un tipo de capitalismo más avanzado. De ese modo Lenin podía deshacerse de la premisa marxista referente a la naturaleza esencialmente pacífica del capitalismo en la esfera internacional. Marx estaba en lo correcto -decía-, pero sólo en lo que se refiere al capitalismo temprano. Después de 1870, el capitalismo había salido de su fase constructiva y esencialmente pacífica para entrar a la fase del capitalismo monopolístico.

De este argumento Lenin extrajo diversas conclusiones: en primer lugar, que las enseñanzas generalmente pacíficas y democráticas de Marx y Engels durante su última fase (1870 a 1895) habían dejado de ser aplicables. El capitalismo maduro nuevamente se había vuelto opresivo y ruinoso, mucho más que en su fase más temprana de desarrollo pues, ahora, la continuidad del sistema implicaba no solamente la miseria de las masas, sino la esclavitud de naciones enteras y gigantescos baños de sangre al estilo de la I Guerra Mundial. La actividad revolucionaria militante se convertía, nuevamente, en el deber de cada marxista. El parlamentarismo y la obtención pacífica del poder político debían ser relegados a segundo plano.

En segundo lugar, todo el peso de la actividad debía ser trasladado a la escena internacional. Como ya se mencionó, anteriormente Marx había concebido el colapso del capitalismo como el resultado de sucesivos derrumbes internos de los sistemas existentes, a medida que los países fuesen alcanzando un elevado nivel de industrialización. Ahora, el punto débil del capitalismo quedaba expuesto: su carácter internacional, la interdependencia de los países capitalistas, su dependencia de territorios coloniales. Así pues, el eslabón más débil de la cadena no era la fábrica en casa, sino las posesiones de ultramar.

El centro de la lucha revolucionaria fue trasladado, así, de las naciones industriales avanzadas a los países semi-industriales o, inclusive, a aquellos que carecían de industria. El socialismo todavía no podía lograrse en un país atrasado como Rusia, pero los socialistas podían tomar el poder más fácilmente en Rusia que en Inglaterra. Sin embargo, la supervivencia de la revolución y el establecimiento del socialismo en países menos avanzados sólo sería posible después de que la mecha de la revolución se hubiese encendido en naciones más avanzadas, y con su ayuda. No obstante, el punto inicial se encontraría situado en el Este.

Los hechos que posteriormente se produjeron, parecieron darle la razón a Lenin, ya que la revolución triunfaba unos meses más tarde en la Rusia zarista. Pero este hecho no se desarrolló del todo conforme al modelo proyectado por el marxismo clásico, como se verá.

Con el fin de adecuarlo a la realidad de las condiciones nacionales e internacionales de su tiempo, Lenin moderó el determinismo histórico de Marx, añadiéndole un elemento de voluntarismo; tarea que, por otra parte, no representó un gran problema para Lenin, puesto que Marx, ya en su tiempo, le había preparado el terreno. El carácter determinista del marxismo podría sugerir que desalienta la noción de que la violencia puede prevalecer contra las fuerzas de la historia expresadas en el desarrollo económico de la sociedad.

Pero Marx no era solamente un socialista, sino también un revolucionario y, de haber creído que el individuo no era más que un juguete de fuerzas impersonales, hubiera merecido el desprecio que mostró a otros filósofos por haber tan sólo interpretado al mundo sin intentar modificarlo. En los hechos, fue capaz de reconciliar sus instintos políticos con su enfoque teórico, al diferenciar entre lo general y lo específico del proceso histórico: estaba dada la tendencia general, pero el cómo y el cuándo ocurrirían los cambios relevantes era algo que no estaba determinado. Esta concepción proporcionaba un amplio espacio a los activistas políticos para consolidar el potencial revolucionario de la clase obrera y dar, así, un “empujón” a la historia. Desde esta misma perspectiva, la consideración de los factores históricos también era relevante, pues un acontecimiento de la política internacional podía tener repercusiones directas en la causa revolucionaria a través de cambios en el equilibrio existente del poder inter-estatal, cambios económicos, cambios en la estructura del orden internacional, etc. Así pues, gracias a este “correctivo”, es decir, al papel que Marx le atribuye a la actividad humana voluntaria, especialmente en lo que se refiere a la acción revolucionaria, la política internacional desplegaba una cierta autonomía respecto de las fuerzas económicas, adquiriendo la visión marxista de las relaciones internacionales cierta independencia como campo de análisis.

No obstante lo anterior, para Marx, si bien la relación entre la base y la superestructura adoptaba un carácter dinámico, esta última, esto es, el reino de lo político no podría nunca modificar sustancialmente las irresistibles corrientes económicas. Las fuerzas emocionales, irracionales en la política, si bien eran relevantes, no podrían reemplazar la importancia decisiva de la economía. Una revolución podría triunfar en un país atrasado, pero el socialismo no podría establecerse hasta que las condiciones económicas para el mismo estuviesen maduras, y ningún esquema de organización política, ningún grado de agitación podría cambiar este hecho.

Más tarde, al revisar esta cuestión, Lenin aclaraba que no era que la revolución no se llevaría a cabo cuando se presentasen las condiciones históricas correctas, pero que un grupo de revolucionarios bien organizados no debía esperar a que la historia tomara su curso. Si bien las fuerzas objetivas, sobre todo las consecuencias políticas y sociales del estado de los medios de producción en relación con el modo u organización de la producción continuaban determinando la naturaleza de una época histórica dada, el verdadero curso de los acontecimientos dependía de la intervención consciente de los hombres en el proceso histórico. El que la eficacia de tal intervención dependiera del grado en que las leyes objetivas de un período eran aprehendidas subjetivamente, no borraba de ninguna manera lo decisivo del elemento humano. Así pues, en opinión de Lenin, las situaciones revolucionarias debían ser aprovechadas. Definió una situación revolucionaria como aquella en la que las clases oprimidas ya no querían vivir conforme al antiguo orden, en tanto que las clases opresoras ya no podían sostenerlo; en la que el sufrimiento de la clase oprimida era más grave de lo usual, empujándola consecuentemente hacia una acción histórica independiente. Durante el período que va de 1914 a 1917, Lenin se convenció cada vez más de que la guerra había creado en Rusia una situación como la descrita.

En efecto, la fábrica del gobierno ruso, la economía y la sociedad se encontraban tan forzadas por la I Guerra Mundial, que el bolchevismo, bajo el liderazgo de Lenin, fue capaz de maniobrar su camino hacia el poder en las condiciones caóticas que surgieron tras la deposición del Zar. Bajo las condiciones de una extraordinaria miseria y presión sociales impuestas por la guerra, las masas empobrecidas se volvieron receptivas al lema bolchevique de “pan, paz y libertad” al que, más tarde, Lenin añadiría “tierra”, cuando se dio cuenta de que ni la revolución democrático-burguesa ni la revolución socialista podrían triunfar sin la alianza decisiva del proletariado con la gran mayoría campesina de Rusia. Resulta significativo que cuando las noticias de la revolución de febrero llegaron a Lenin en Suiza, éste inmediatamente la reconociera como una revolución engendrada por la guerra, y que en uno de sus últimos escritos aún hablara de la revolución rusa como “la revolución que se había desencadenado en conexión con la I Guerra Mundial Imperialista”<sup>11</sup>. Cabe mencionar que, a partir de entonces, la conexión orgánica entre la guerra internacional y la expansión de la revolución socialista se convertiría en axioma del pensamiento soviético.

Pero es necesario reiterar, aquí, que la revolución de 1917 no se desarrolló conforme al modelo proyectado por el marxismo clásico en la medida en que no tuvo lugar como una revolución del derrumbe capitalista. Ya se vio que para Marx y Engels el derrocamiento revolucionario de la sociedad burguesa era algo inherente a la misma dinámica del capitalismo; contemplaban el desarrollo de la revolución socialista como un movimiento masivo de trabajadores fabriles en rebeldía y de pequeño-burgueses proletarizados en una sociedad de capitalismo avanzado, dominada por la clase burguesa. Pero la sociedad rusa era una que, conforme al criterio marxista, tenía que ser clasificada como semi-feudal o, a lo mucho, como semi-burguesa en su carácter socio-económico general y en su estructura política. Pese al considerable crecimiento de la empresa capitalista y de la clase trabajadora fabril que había tenido lugar a partir de las reformas que comenzaron en 1860, la economía continuaba siendo predominantemente agraria, los campesinos representaban el 80% de la población y los capitalistas se encontraban lejos de la supremacía social. Así pues, si bien la sociedad rusa se encontraba dividida por clases así como por grandes desigualdades, no se trataba realmente de las dos clases de las que hablaba Marx. La élite afluente no era principalmente burguesa, aunque incluía capitalistas nativos, ni las masas azotadas por la pobreza eran principalmente proletarias. El primer grupo estaba compuesto principalmente por terratenientes; el segundo, por campesinos. Y el accidentado proceso de modernización emprendido desde fines del Siglo XVII, no fue impulsado espontáneamente por la clase comerciante (como en Inglaterra): su reticente dirección fue organizada por la autoridad central del Estado, especialmente en la Rusia del Siglo XIX.

Tan atrasada era la sociedad rusa en general, que los marxistas comúnmente daban por sentado que cualquier revolución en el futuro histórico inmediato sería necesariamente

---

<sup>11</sup> V. I. Lenin, “Our Revolution Apropos of the Notes of N. Sukhanov” en *Selected Works*, II, cit. por Robert C. Tucker, *Op. cit.*, trad. propia, p. 139

“democrático-burguesa” más que proletaria; que su misión básica sería la de remover los escombros del absolutismo ruso, llevar a la burguesía a la supremacía social y preparar el escenario para el desarrollo pleno y desinhibido del capitalismo. Pero este escenario no llegó a concretarse, pues los líderes bolcheviques que habían aprovechado la “situación revolucionaria” brindada por la guerra mundial, al confrontarse con el problema práctico de establecer en un escenario totalmente distinto el tipo de orden social que Marx había defendido, comenzaron a incorporar los conceptos y leyes ya mencionados, modificando el contenido de algunas de las formulaciones realizadas por Marx y Engels, para adecuarlas a sus necesidades.

En efecto, retomando un planteamiento que Marx había desarrollado en 1877 respecto de la posibilidad de que Rusia pudiese saltarse la fase capitalista de desarrollo, Lenin proclamaba en abril de 1917, que los bolcheviques (con la cooperación del campesinado ruso) debían proceder directamente con la revolución socialista, cuyo éxito dependería del apoyo que aportaría la subsecuente revolución socialista en Europa.

En octubre de 1917, Lenin y sus partidarios lograron tomar el poder y mantenerse en él, pero su triunfo provocó a continuación un problema imprevisto: la ruptura del eslabón más débil debía provocar en seguida la dislocación de toda la cadena del capitalismo, pero aquélla no se produjo. La revolución no avanzó en el mundo y ni siquiera en la Europa oriental y central. Los esfuerzos por estimular revueltas en otros países tuvieron poco éxito; los estallidos revolucionarios en Hungría y Alemania fueron sofocados, consolidándose el orden político burgués. Bajo el auspicio de Rusia se dio vida a la Internacional Comunista para promover revoluciones socialistas en otros países, pero éstas mostraron pocas señales de materializarse. En otras partes del mundo el sentimiento revolucionario se apaciguó y el capitalismo pareció estabilizarse. En 1920, cuando Lenin y sus partidarios emprendieron la guerra revolucionaria en Polonia, aún creían en la vigencia de la situación revolucionaria y en la inminencia de la revolución internacional. Pero el fracaso de esta empresa y la necesidad de un respiro para la reconstrucción interna introdujeron cierta cautela en la teoría revolucionaria de Lenin y en la práctica internacional soviética. Para 1921 Lenin abandonaba la esperanza de una inmediata revolución europea.

Así pues, los dirigentes bolcheviques fueron confrontados finalmente con el aparente fracaso de las premisas sobre las cuales se había llevado a cabo la revolución; solamente su propio país débil y atrasado permaneció bajo el dominio de su versión del socialismo, viéndose obligados a afrontar la situación radicalmente nueva de un país socialista aislado en medio de Estados capitalistas más avanzados.

Señala Zimmerman<sup>12</sup> que, como resultado de lo anterior, toda vez que la revolución se había producido en Rusia únicamente, las ideas de Marx comenzaron a desarrollar una función ideológica; el modelo dicotómico marxista debía transferirse al escenario de la

---

<sup>12</sup> William Zimmerman. *Soviet Perspectives on International Relations*. Ed. Princeton University Press. Princeton, 1969, p.3

política internacional; la imagen de un conflicto fundamental debía transformarse, casi por fuerza, de una referente a la lucha sostenida al interior de un Estado entre capitalistas dominantes aunque moribundos y el proletariado emergente, a otra lucha que tuviera lugar en el ambiente horizontalmente estructurado de la política internacional. Los conceptos verticales, de clase y económicos fueron trastocados y adaptados para dar cuenta del escenario básicamente horizontal, internacional y político en el que los líderes soviéticos habrían de confrontar a sus enemigos de clase. Los bolcheviques en el poder comenzaron a equiparar el “capitalismo” con un sistema de Estados; con una formación socio-económica global.

Pero seguía sin resolverse el problema, no previsto por Marx, de las relaciones entre la patria del socialismo y los Estados capitalistas. Por lo pronto, el Estado soviético se conformó con sobrevivir, primero frente a las invasiones extranjeras y la guerra civil y más tarde frente al cerco económico impuesto por los demás países capitalistas. Con el tiempo, la coexistencia pacífica se convirtió en un medio táctico por el que el Estado soviético podría sobrevivir hasta que tuviera lugar la anhelada revolución internacional, mientras se construían los pre-requisitos del socialismo en Rusia. En el proceso, el centrar la atención en objetivos de corto plazo y el ajuste a las realidades políticas y económicas hicieron que los medios se convirtieran en fines y que estos últimos sirvieran como justificación ideológica de los medios. De ahí que el reclamo ejercido por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) para gobernar descansara en la perpetuación de la ideología y su insistencia en la ortodoxia: el objetivo último de la revolución mundial, con todas sus implicaciones, no podía ser abiertamente abandonado por ser el eje de su legitimidad ideológica; en opinión de Lowenthal<sup>13</sup>, la “dictadura proletaria”, la “revolución mundial”, “la lucha de clases”, el papel del Partido como “vanguardia” que encarna la “verdadera” conciencia de clase, el “internacionalismo proletario”, el “papel dirigente de la Unión Soviética”, eran doctrinas a las que el régimen de partido único no podía renunciar al ser las racionalizaciones básicas de su propio deseo de auto-preservación y la fuente de su seguridad interna. Particularmente, la irreconciliable división del mundo en dos campos antagónicos, reflejaba la necesidad de un enemigo único, integral, al que se le atribuía la articulación de toda resistencia al poder absoluto del Partido; dada la tendencia de los sistemas totalitarios a ver en toda fuerza independiente, tanto al interior como al exterior del Estado, una fuente de hostilidad, se desarrolló un mecanismo ideológico de proyección, que atribuía a un enemigo la necesidad por parte del régimen de un poder ilimitado.

Ello no impidió, por otra parte, que más tarde dichas doctrinas fueran objeto de crisis ideológicas y consecuentes revisiones cada vez que los hechos revelaron las contradicciones subyacentes de una forma particularmente notable. Tales crisis ideológicas expresaban las presiones ejercidas sobre el régimen de Partido por el entorno internacional y nacional, pero debido a las razones ya mencionadas, la revisiones nunca

---

<sup>13</sup> Richard Lowenthal et al. “The Logic of One-Party Rule”, en *The Conduct of Soviet Foreign Policy*. Ed Aldine/Atherton, Chicago, 1971, cap. III pass.

eran presentadas como novedades, sino como meras confirmaciones y aplicaciones de la ortodoxia original.

Con el paso del tiempo, la tarea de abolir el orden internacional existente dejó de ser considerada como urgente o, aún, factible, aunque se continuara prestando un apoyo retórico a la doctrina de la revolución mundial y no se abandonara del todo la expectativa de otras revoluciones. Así pues, el período durante el cual se pensaba que duraría la aplicación de la coexistencia pacífica se fue alargando, a medida que disminuía la expectativa de otras revoluciones.

En efecto, los bolcheviques se aferraron tenazmente a la idea de que la revolución rusa no constituía tan sólo un mero acontecimiento nacional, sino que representaba el inicio de una revolución mundial. Aún en su último escrito de marzo de 1923, proyectándose ya la sombra de su muerte inminente, Lenin sostenía con optimismo que todo el mundo estaba entrando en una fase que debía provocar el surgimiento de una revolución socialista mundial. Sin embargo, resulta significativo que ahora, lo que sustentaba su confianza en el resultado final, no era el prospecto inmediato de una revolución socialista en el "Occidente imperialista contrarrevolucionario" sino el curso de los acontecimientos en el "Oriente revolucionario y nacionalista"<sup>14</sup>. En este último análisis escribió que el resultado final de la lucha sería determinado por el hecho de que Rusia, India, China, etc., representaban la abrumadora mayoría del planeta. En este sentido, la victoria total del socialismo se encontraba plena y absolutamente asegurada. Las revoluciones socialistas de Asia y Europa tras la II Guerra Mundial fueron interpretadas como la continuación del proceso revolucionario mundial iniciado en Rusia al término de la I Guerra Mundial, y el proceso mismo fue representado como uno que en última instancia estaba destinado a abarcar todo el mundo. Pero, para estas fechas, la relación que Lenin había previsto inicialmente entre la revolución europea y la revolución rusa había sido puesta de cabeza: la segunda había hecho posible a la primera, y no al revés, por lo que se exigía fidelidad a la Unión Soviética para asegurar la supervivencia de ambas.

Así pues, si bien el socialismo se impuso en un buen número de países, reduciéndose durante el proceso la esfera de influencia del capitalismo, el camino por el que se llegó a esta situación se alejaba bastante del mecanismo a través del cual el capitalismo triunfante debía autodestruirse. El sistema socialista había dejado de adecuarse con el modelo teórico del que continuaba reclamándose.

---

<sup>14</sup> V I LENIN "Más vale poco y bueno". en *Obras Escogidas*. Ed. Progreso. Moscú. 1969, p. 742.

### III. Consolidación de un nuevo tipo de formación social.

#### a) Supervivencia del Estado y sus efectos.

Según Krippendorff<sup>15</sup>, uno de los primeros requisitos para la supervivencia de la revolución proletaria fue impuesto desde el exterior como resultado del carácter histórico del sistema internacional que, si bien se había visto afectado por la I Guerra Mundial y la Revolución de Octubre, aún no había sido revolucionado, perdurando como sistema internacional de Estados, de carácter capitalista y conminatorio; tal requisito se refiere a la necesidad de crear un poderoso aparato estatal para poder sobrevivir contra las presiones extranjeras, lo cual contradecía el original concepto revolucionario de Lenin, que pretendía substituir el Estado burgués por nuevas instituciones, y la reconstitución de un aparato militar tradicional que pudiese defenderse contra las tropas “blancas” de la guerra civil, parcialmente dirigidas desde fuera. Mediante estas dos acciones se pretendía contrarrestar la debilidad de las fuerzas revolucionarias rusas, es decir, del proletariado industrial relativamente aislado en la Rusia campesina.

Pero aún antes de la Revolución de octubre, Lenin ya había indicado que el período transitivo de la dictadura proletaria duraría más de lo previsto por Marx y Engels. La tarea inmediata del proletariado, tras la revolución, era la demolición del Estado burgués, pero ello no significaba que una sociedad post-revolucionaria fuera capaz de prescindir de alguna forma de Estado:

[...] durante la transición del capitalismo al comunismo, la represión es todavía necesaria; pero es ya la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados. Es necesario todavía un aparato especial, una máquina especial para la represión: el “Estado”. Pero es ya un Estado de transición, no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra.<sup>16</sup>

Lenin sostenía que Marx y Engels habían empleado el término “demolición” refiriéndose al Estado burgués pero que, cuando ellos emplearon la palabra “extinción”, se habían referido a una desaparición gradual, espontánea del Estado proletario “organizado de tal modo, que comience a extinguirse inmediatamente y que no pueda por menos de extinguirse”<sup>17</sup>. Pero para llegar a este estadio se requería antes la supresión del ejército permanente y de la burocracia privilegiada, cuyas funciones pasarían a ser ejecutadas directamente por el pueblo armado y organizado en comunas, esto es, en corporaciones de trabajo, ejecutivas y legislativas al mismo tiempo. La administración jerárquica de los funcionarios del Estado sería sustituida rápidamente por las simples funciones de inspectores y contables provenientes del pueblo, bajo el control y dirección del

<sup>15</sup> Ekkhart Krippendorff. “Acerca de la política exterior ‘socialista’ de la Unión Soviética” en *Las Relaciones Internacionales como ciencia. Introducción*, Ed. FCE, México, 1985, cap. VII pass.

<sup>16</sup> V. I. Lenin “El Estado y la Revolución” en *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1969, p. 340

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 289.

proletariado armado, elegidos por sufragio universal, revocables en todo momento y modestamente retribuidos.

Por otra parte, la organización del proletariado y los campesinos en comunas sería absolutamente libre, unificando la acción de todas éstas para aplastar la resistencia de los capitalistas, es decir, se trataría de una unión o fusión voluntarias para destruir la dominación y máquina estatal de la burguesía.

Cabe contrastar aquí este esquema teórico con lo que ocurrió en la práctica tras la revolución, pues el instinto de conservación y la falta de voluntarios condujeron a los bolcheviques a un reclutamiento de expertos zaristas en la administración, para ayudar durante la "fase de transición", y a la aceptación de oficiales zaristas y el restablecimiento de grados y privilegios. En 1922, Lenin declaraba lo siguiente:

[...] el aparato estatal nos sabotó en 1917, después de que nos habíamos adueñado del poder. Estábamos muy intimidados en ese entonces, y dijimos: por favor regresen a nosotros. Todos volvieron. Esa fue nuestra desgracia. Ahora contamos con una cantidad enorme de funcionarios, pero nuestra fuerza aún no basta para disponer de ellos. Efectivamente sucede muy a menudo que el aparato funciona aquí arriba, donde tenemos el poder sobre el Estado. Sin embargo, más abajo se dispone por sí y ante sí, de tal manera que se obra contra nuestras medidas.<sup>18</sup>

Pero, retornando al esquema teórico, el resultado de tales acciones conduciría por sí mismo a la "extinción" gradual de toda la burocracia estatal, a la creación gradual de un orden en que las funciones de inspección y de contabilidad, cada vez más simplificadas, se ejecutarían por todos siguiendo un turno, se convertirían luego en costumbre y, por último, desaparecerían como funciones especiales de una capa especial de la población. La organización de toda la economía nacional bajo este esquema, esto es, la transformación de las funciones públicas de funciones políticas en funciones simplemente administrativas, constituiría la base económica del Estado proletario que, así, al llegar a una cierta fase de su extinción, podría calificarse de Estado no político.

La extinción absoluta del Estado no podría alcanzarse hasta que el comunismo completo hubiese sido instaurado:

El Estado podrá extinguirse por completo cuando la sociedad ponga en práctica la regla: 'De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades'; es decir, cuando los hombres estén ya tan habituados a observar las normas fundamentales de la convivencia y cuando su trabajo sea tan productivo, que trabajen voluntariamente según su capacidad.<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> V I Lenin, cit. por Ekkehart Krippendorff, *Op. cit.*, p. 18.

<sup>19</sup> V.I. Lenin. "El Estado y la Revolución" en *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1969, p. 345.

Así pues, la base económica para la extinción completa del Estado representaba un desarrollo tan elevado del comunismo, que en él desaparecería el contraste entre el trabajo intelectual y el manual, es decir, la subordinación de los individuos a la división del trabajo, dejando de ser este último tan sólo un medio de vida para convertirse en la primera necesidad vital, lo que posibilitaría el desarrollo de las fuerzas productivas en proporciones gigantescas que permitirían a todo hombre tomar libremente lo que cumpliera a sus necesidades.

Lenin previó, también, que el momento de la “extinción” futura sería, a ciencia cierta, un proceso largo, por lo que no cabía siquiera hablar de su determinación y que, políticamente, la diferencia entre la fase inferior y la fase superior del comunismo llegaría a ser enorme con el tiempo. Lo que no previó es que debido al retraso de la revolución mundial y, con éste, a las coacciones ejercidas por la permanencia del sistema internacional de Estados y del mercado mundial capitalista, la Unión Soviética quedaría enfrascada permanentemente en esta etapa “transitiva”, desarrollando, en el proceso, estructuras intermedias, contradictorias, cuya debilidad inherente forzaría, tarde o temprano, a la búsqueda de un compromiso.

En efecto, como sostiene Light<sup>20</sup>, las manifestaciones de nacionalismo que más tarde se revelarían al interior de lo que fuera el imperio zarista, pusieron en evidencia la vulnerabilidad de la teoría leninista cuando la supervivencia del Estado proletario se vio amenazada. Con anterioridad, al abordar la cuestión de las nacionalidades, Lenin había afirmado que un período transitorio de emancipación total eliminaría las fricciones y desconfianzas nacionales. Una vez que hubiese desaparecido la hostilidad entre las naciones, podría iniciarse el proceso de “acercamiento” y “fusión”, proceso que sería completado cuando el Estado se disolviera. El tiempo que tomaría la fusión dependía, pues, del tiempo que al Estado le tomara su disolución. El objetivo final contemplado por Lenin en su teoría de autodeterminación nacional, era una igualdad plena, la asociación más estrecha posible y la eventual amalgama de todas las naciones. Dicha fusión no involucraría ningún tipo de coerción, pues se esperaba que los trabajadores gravitaran irresistiblemente hacia la unión.

Con esta lógica, inmediatamente tras la revolución los bolcheviques proclamaron al interior del imperio zarista el derecho de las naciones a la autodeterminación, incluyendo la secesión. La independencia de Polonia, Finlandia y los Estados bálticos fue aceptada, pero la autodeterminación de Ucrania amenazaba la existencia del nuevo Estado soviético, primero, debido a su importancia económica para Rusia y, en segundo lugar, por ser ahí donde comenzó la guerra civil. Para 1919, Lenin aún prefería una unión voluntaria, pero si los obreros y campesinos ucranianos optaban por la independencia, la cuestión a definir no era la de la secesión, sino el tipo de vinculación federal requerido para unir a Ucrania con Rusia.

---

<sup>20</sup> Margot Light. *Op. cit.*, pp. 148-155 pass.

Mientras tanto, el caos provocado por la guerra civil enterró el optimismo de Lenin respecto de que la disolución del Estado proletario comenzaría en forma inmediata. En 1918 afirmaba que, de momento, el Estado sería ciertamente mantenido. En 1920, Lenin ya había comenzado a admitir que la fusión tomaría más tiempo del originalmente previsto, dado que las diferencias nacionales y estatales seguirían existiendo por un largo tiempo, aún tras el establecimiento de la dictadura proletaria a escala mundial. Y desde entonces hasta el fin de la guerra civil se abocó a la tarea de reforzar el Estado, reconociendo incluso, más tarde, que éste era esencial para las negociaciones de la Rusia soviética con otros países. Con el aplazamiento casi indefinido de la disolución del Estado, Lenin pospuso otros rasgos que tanto Marx y Engels como él mismo habían predicho como característicos del socialismo y del comunismo.

Para cuando cesó el peligro inmediato de la guerra civil, parecía ser un hecho aceptado que la secesión de los territorios fronterizos podía amenazar la viabilidad económica y la seguridad de la Rusia soviética. Si bien Lenin se opuso firmemente a la forma como Stalin forjó el bolchevismo y la República transcaucásica en Georgia, entendió que se requería una solución que respaldara el derecho a la autodeterminación sin amenazar la seguridad de Rusia. Este compromiso tomó cuerpo en la primera Constitución de la URSS, adoptada en 1924, federal en su forma pero centralista en su contenido. De esta manera, la teoría de autodeterminación nacional y unión voluntaria cayó víctima de los intereses estatales soviéticos. Al fracasar la materialización de la unión voluntaria, la autodeterminación nacional continuó recibiendo un apoyo retórico, al tiempo que se imponía la unidad en nombre de los intereses revolucionarios.

Dado que Lenin siguió creyendo que era tan sólo cuestión de tiempo el que tuviera lugar una revolución europea, la cuestión de si sería suficiente que el comunismo llegara a la sociedad rusa para que el Estado desapareciera o si para ello también sería requerido el comunismo internacional, no surgió realmente hasta que Stalin pospuso definitivamente la desaparición tanto de las diferencias nacionales como del Estado, planteando la posibilidad de construir el socialismo en un sólo país. Y, para entonces, era evidente que las "bases económicas de la extinción del Estado" estaban lejos de consolidarse. A medida que la dictadura del proletariado se convirtió crecientemente en una dictadura del Partido y, posteriormente, en la dictadura de Stalin, el Estado ciertamente se "extinguió", pero tanto el proceso como el producto final mostraban poca semejanza con lo que Marx, Engels o Lenin habían contemplado originalmente.

Ahora bien, esta consolidación de la revolución "socialista" bajo la forma del Estado y la necesaria organización gubernamental de la sociedad "socialista" tuvieron repercusiones internas y externas. Según Rotermundt y Schmiederer<sup>21</sup>, una política exterior nacional se encuentra fundamentalmente ligada con el surgimiento histórico del Estado burgués y, así, con una forma política que imprime un contenido específico a las relaciones

---

<sup>21</sup> Rainer Rotermundt y Ursula Schmiederer. "Social structure and foreign policy in the Soviet Union" en Egbert Jahn, *Soviet foreign policy; its social and economic conditions*, Ed. St. Martin's Press, Nueva York, 1976, cap. 5 pass.

intergubernamentales y a la política internacional en general. El surgimiento de la sociedad burguesa y el desarrollo del modo de producción capitalista exigía, por primera vez, una forma política en que la clase dominante pudiese hacer sentir sus intereses comunes tanto interna como externamente. El Estado ha adquirido, así, una existencia especial paralela y externamente a la sociedad burguesa, mientras que al mismo tiempo es la forma política general del capital nacional. Debido a esta peculiaridad de su existencia y porque representa a la sociedad como un todo, el Estado puede representar el "interés nacional" y puede hacerlo como una unidad. De esta manera, se revela cierta relación entre la política interior y exterior. Surgen, en consecuencia, ciertas funciones de política exterior que están ligadas al Estado nacional burgués: la seguridad de sus fronteras y su integridad territorial, la seguridad de las actividades ciudadanas y sus organizaciones en el exterior, la creación de condiciones favorables para su propio desarrollo social, la preservación de la sociedad y, así, la participación en la política internacional.

Cuando una sociedad "socialista" es obligada a tomar la forma de un Estado nacional, esta particular forma política conlleva ciertas consecuencias para el desarrollo de la sociedad y para sus relaciones exteriores. La perduración de la existencia del Estado como una forma política general separada de la sociedad conduce a relaciones internas de poder y autoridad, creando las condiciones para instituciones particulares (como la militar) que aún exhiben rasgos de la institución burguesa del Estado. Desde el punto de vista de política exterior, resulta difícil encontrar otras funciones para este Estado "socialista" que las que podrían enumerarse para un Estado burgués, como lo demuestra la declaración del Ministro de Relaciones Exteriores Gromyko en 1968:

Hoy y siempre nuestra política exterior se caracteriza por la energía con que defiende los intereses estatales del pueblo soviético. Protege la inviolabilidad de nuestras fronteras y costas nacionales, así como nuestra soberanía aérea. Vela por la dignidad del pabellón soviético y cuida de los derechos y la seguridad de los ciudadanos soviéticos.<sup>22</sup>

Así pues, en tanto el mundo circundante y la política internacional sean determinados por el mercado mundial capitalista y sus formas gubernamentales de política exterior, una sociedad "socialista" no puede escoger otra forma política de representación general que la del Estado; la elección está dictada por las condiciones internacionales. Por lo tanto, el Estado no puede "disolverse" y una nueva "forma política" con la tarea de eliminar la división existente entre Estado y sociedad no logra desarrollarse. Las estructuras de autoridad y poder son inherentes al Estado y necesariamente perjudican el desarrollo del potencial socialista: mientras la sociedad capitalista posea, en el Estado, la forma política para generalizar e implementar la realización del capital, y mientras el modo de producción capitalista continúe su proceso de internacionalización y la producción de un mercado mundial que procura integrar pueblos y países a su sistema de leyes, una sociedad socialista no tiene otra opción que la de constituirse políticamente a sí misma

---

<sup>22</sup> Andrei Gromyko, cit. por Ekkchart Krippendorff, *Op. cit.*, p. 126.

bajo la forma del Estado y adaptar la política exterior gubernamental a las condiciones internacionales; operar con concesiones y compromisos.

No obstante lo anterior, es preciso tener en cuenta, como hace notar Jahn<sup>23</sup>, que si bien el modelo del Estado nacional resulta en la semejanza entre las funciones y la conducta de los Estados burgueses y socialistas en la política internacional, aún las manifestaciones más parecidas se deben a características y finalidades distintas. Por ejemplo, no resulta muy convincente atribuir la causa del expansionismo soviético a un esfuerzo por asegurar nuevos mercados debido solamente a dificultades para la realización del capital. La expansión territorial soviética no nació de problemas o conflictos internos o por presiones para la expansión, sino de consideraciones militares y estratégicas de defensa en el caso de una guerra ofensiva contra la Unión Soviética, que, por otra parte, no excluyeron el uso de fórmulas nacionalistas de legitimación y de “reclamos históricos legales”. Lo mismo puede decirse de la innegable extensión de sus intereses estratégicos en el exterior mediante el mantenimiento de bases militares y que, sin embargo, no nace de la necesidad de asegurar mercados externos y fuentes de materias primas. Para Krippendorff<sup>24</sup>, aquello que constituye la diferencia específica entre el Estado burgués y el Estado proletario es el contenido político de las clases, como se verá a continuación.

#### **b) Consolidación de la burocracia como grupo social dominante y sus efectos.**

Cuando el orden social capitalista fue políticamente destruido en Rusia, se presentó la cuestión de cómo desarrollar un modo de producción no capitalista en las condiciones del mercado mundial, dominado y estructurado por el capitalismo, para trascenderlo. En ello se fundamentaba la posibilidad de establecer un Estado con una nueva calidad histórica y la realización de aquella tarea formaba la única razón de ser del movimiento revolucionario. Y es aquí donde se revela la diferencia específica que habría de conferir al Estado soviético una racionalidad distinta. En el Estado burgués, la clase que disponía de los medios de producción había llegado a dominar la política por la vía de la revolución burguesa. Ya integraba una clase dirigente en la economía y la sociedad. Su ascenso revolucionario al poder únicamente había destruido las estructuras políticas que le habían impedido un mayor desarrollo; desarrollo que, por otra parte, se había dado en el seno de la sociedad feudal, apoyándose en un modo de producción más efectivo que tuvo a su disposición varios siglos para su desenvolvimiento natural. Lenta pero radicalmente se convirtió en una clase que con eficacia reclamaba la dirección ideológica y social, y al fin la política.

Pero la clase obrera soviética no podía derivar su fuerza del control sobre los medios de producción; no contaba con un modo de producción que pudiese competir con el capitalista y que fomentase más que éste las fuerzas productivas. En opinión de

<sup>23</sup> Egbert Jahn, *Op. cit.*, pp. 18-20.

<sup>24</sup> Ekkehart Krippendorff, *Op. cit.*, pp. 114-124 pass.

Stojanovic<sup>25</sup>, el dominio de la clase obrera hubiese tenido que descansar sobre organizaciones e instituciones creadas por los mismos obreros, lo suficientemente poderosas como para prevalecer sobre la tendencia del nuevo aparato estatal y partidista a adquirir independencia y aún a constituirse a sí mismo como nuevo grupo dominante. Por un breve período se intentó el experimento de permitir a los trabajadores hacerse cargo, pero cuando esto condujo al caos, el Partido asumió el control, reteniéndolo desde entonces. La idea marxista de la dictadura del proletariado sólo pudo ponerse en práctica dejando gobernar a un grupo en nombre del proletariado como un todo. Pero dada la ausencia de medios institucionales y organizativos contra una estatización general y la formación de un nuevo grupo social dominante compuesto por los “representantes” de la clase trabajadora, el nuevo partido y aparato de Estado llegaron a convertirse finalmente en el grupo gobernante. Esta tendencia fue reforzada por el totalitarismo implícito en la estructura centralizada y antidemocrática de un partido conscientemente creado como instrumento para la conquista del poder. De este modo, la transitoria “dictadura del proletariado” se transformó en una dictadura prolongada de una minoría sobre el proletariado y, en general, sobre la gran mayoría de la población.

En la sociedad soviética pudimos observar, por lo tanto, un proceso inverso al descrito líneas arriba respecto del Estado burgués, pues en aquella un grupo se apropió primeramente del poder político para extenderlo, subsecuentemente, a la esfera económica y a otras esferas de la vida social. Aquí, para Mandel<sup>26</sup>, el dominio político de la burocracia asumió la forma de un control monopólico sobre el Estado y, a través de éste, sobre los medios de producción, aferrándose y perpetuándose en el poder por el sistema de la “nomenklatura”, que reservó la selección de los puestos dirigentes en todos los niveles de la vida social, a organismos *ad hoc* del PCUS. Este monopolio de ejercicio del poder político constituyó la base de sus privilegios materiales, a los cuales la burocracia se aferró ante cualquier otra motivación. Estos privilegios asumieron, por una parte, la forma de ventajas relacionadas con su estatuto y con el lugar exacto que cada burócrata ocupaba dentro de la jerarquía y, por la otra, la de considerables ingresos monetarios que permitieron un acceso más fácil a las mercancías escasas y un recurso más grande a la corrupción, que a su vez aumentó el nivel de vida y el poder de capas enteras de la misma burocracia. Al mismo tiempo, esta administración burocrática de la economía, combinada con el monopolio del poder político en manos de la burocracia, hicieron de la participación de los beneficios de dicho grupo el motor principal de la realización del plan, del funcionamiento cotidiano del sistema. Esta situación minó toda racionalidad de conjunto de la economía. El interés material de los burócratas los llevó ante todo a aumentar su acceso a los bienes y servicios de consumo (sus ingresos y ventajas no monetarias) y a no optimizar el rendimiento de las empresas, sin mencionar la economía en su conjunto, y tampoco a maximizar la tasa de acumulación efectiva. La oposición entre los intereses privados de los burócratas en tanto consumidores y el interés (la racionalidad posible) del sistema económico considerado en su conjunto, se tradujo.

---

<sup>25</sup> Svetozar Stojanovic. *Perestroika: from Marxism and Bolshevism to Gorbachov*. Ed. Prometheus Books. Buffalo, 1988, p. 52

<sup>26</sup> Ernest Mandel. *¿Hacia dónde va la URSS de Gorbachov?*. Ed. Fontamara, México, 1991, pp. 61-63.

así, en un comportamiento común de los burócratas, que fue la fuente de grandes despilfarros de recursos materiales y humanos. Este conjunto de acciones y reacciones dieron un resultado cada vez más irracional.

Por otro lado, cabe mencionar que si bien la burguesía en el sistema capitalista era una clase dominante, segura de sí misma, que basaba su poder en la propiedad que detentaba y sus privilegios materiales en la reproducción del sistema económico, la burocracia soviética, por su parte, era mucho menos segura de sí misma, mucho más vulnerable, en la medida en que había usurpado el poder del proletariado. De ahí que el modelo de desarrollo que comenzó a improvisarse sobre la marcha, se fundamentara esencialmente en el adoctrinamiento ideológico-moral y político y no en fundamentos materiales y socio-institucionales sólidos y permanentes.

Así pues, comenzaba a delinearse un patrón socio-histórico para el cual el marxismo clásico no había hecho ninguna previsión en su estructura conceptual. Se trataba, ahora, de un síndrome histórico en el que la modernización no había sobrevenido tras el auge y desarrollo auto-sostenido de las empresas capitalistas; en el que no era la burguesía, sino la *intelligentsia* la que había encabezado la dirección para la modernización integral; y en el que, por lo tanto, el poder político era lo primordial, derivándose de éste el poder económico, por lo que al surgir un conflicto entre la "racionalidad" política y la económica, era la primera quien asumía el papel preponderante.

### **c) La Unión Soviética como formación social "híbrida" y sus efectos.**

La forma en que los bolcheviques encararon el problema de la creación de un nuevo modo de producción no capitalista fue determinada por el relativo subdesarrollo de Rusia y los efectos graves de la guerra que confirieron a la tarea un carácter de urgencia, así como por las condiciones del mercado mundial, aún dominado y estructurado por el capitalismo y por la influencia que la burocracia ejercía sobre el sistema. La confluencia de estos factores confirió a las relaciones soviéticas de producción un carácter "híbrido" o intermedio, al abolir las relaciones de capital sin eliminar, simultáneamente, la base de la alienación del trabajo. El resultado fue el de una sociedad de transición entre el capitalismo y el comunismo, todavía incapaz de auto-regulación y auto-reproducción espontánea, fija en esta fase de desarrollo por los retrasos de la revolución socialista mundial (el medio capitalista) y la influencia de la burocracia sobre la sociedad y el Estado. Este carácter híbrido del sistema económico originó contradicciones estructurales que al no resolverse (pues los esfuerzos encaminados a reformar radicalmente el sistema fueron minados, en última instancia, por el monopolio del poder político) fueron acumulándose, colocando a la Unión Soviética en una posición de debilidad permanente que requería un acercamiento a Occidente.

Ticktin<sup>27</sup> reconstruye la contradicción en la que se encontraron primeramente inmersos los bolcheviques, de la manera siguiente: en el período de acumulación preliminar, la forma socialista aún no había desarrollado todas sus ventajas, pero había perdido, en cambio, algunas de las ventajas de la economía capitalista. La economía soviética era necesariamente ineficiente: el sector estatal soviético no podía emplear los modos de explotación utilizados por el sector privado en el sistema capitalista como, por ejemplo, las horas extras, diferencias excesivas en el ingreso, aceleración en la línea de producción, etc. Por otra parte, el sector público o socialista carecía tanto de los requisitos materiales para la reconstrucción de su base tecnológica como de los requisitos de una cultura y educación socialistas del proletariado. Por lo tanto, durante los años veinte, el problema tuvo dos vertientes: el problema técnico de obtener maquinaria moderna y el problema social de educar y reeducar a la clase trabajadora. Por lo tanto, un período preliminar de acumulación socialista era requerido antes de que las ventajas del socialismo pudiesen evidenciarse en términos de eficiencia, alta tecnología y producción de alta calidad.

Si bien para Marx y Lenin era la retribución conforme a la capacidad la que serviría como incentivo para el trabajador, junto con su creciente identificación directa con las metas de la sociedad, en una sociedad que no era la más avanzada de las naciones capitalistas, la situación se volvió más compleja. La ausencia de medios democráticos de identificación con la sociedad requirió de formas indirectas de presión. El trabajador fue sujeto a las necesidades de acumulación, recibiendo, en consecuencia, menos de lo que hubiese recibido en una sociedad genuinamente socialista, sujetándose así todavía a la remuneración por su fuerza de trabajo como mercancía. Parece ser que los incentivos eran un tipo de fusión entre los incentivos del mercado capitalista y lo que entonces se denominaba como incentivos morales, de naturaleza contradictoria. Este problema inicial de los incentivos económicos nunca fue resuelto del todo, convirtiéndose años más tarde, durante la dirigencia de Jruschov, en el centro de sus reformas económicas.

La contradicción anteriormente mencionada continuó, pero bajo una forma mutada. La contradicción insoluble entre el plan y el mercado fue resuelta, bajo esa forma, mediante la consolidación del poder por parte de la burocracia. Ésta se constituyó a sí misma como nuevo grupo dominante que conservó los medios de administración en sus propias manos, destruyendo todas las fuerzas opositoras, ya fuera de manera directa mediante la liquidación física o en forma indirecta, mediante un proceso de atomización tan profundo y contundente que confirió al régimen un poder único sobre el resto de la población. La burocracia llegó a incluir en sus filas tanto a los antiguos especialistas burgueses, a personal no especializado que simplemente poseía la destreza elemental requerida en un servicio civil, como a bolcheviques que se habían vuelto corruptos por la interacción con el mercado en una atmósfera de escasez. Ya en 1920 esta situación fue notada por el Partido, cuando se sostuvo un debate sobre su degeneración.

---

<sup>27</sup> Hillel Ticktin "The relation between déntente and soviet economic reforms" en Egbert Jahn, *Op. cit.*, cap III pass.

Para 1929, el efecto fue la conversión del aparato del Partido en un grupo que deseaba perpetuar la jerarquía en la producción, la diferencia en los ingresos y, así, el sistema de incentivos inherente al mercado. Por otra parte, mantuvieron sus propias posiciones fuera del mercado, sin poder contar con la habilidad o la posibilidad histórica de retornar al mercado en sí. Históricamente, los mencheviques acababan de ser derrotados y no hubiese sido fácil mantenerlos alejados con un retorno al capitalismo. Más importante, sin embargo, era el hecho de que sus posiciones no eran estables, siendo impugnadas por la derecha y por la izquierda. El único método para lograr su consolidación era encontrando un modo que lograra tanto la destrucción de la base social de la oposición como la expansión de su propia base de poder. Lo anterior se logró mediante la introducción de un Estado policiaco que sembró el terror en el campo, quebrantando, así, para siempre su importancia política, al mismo tiempo que la industrialización acelerada reclutaba a una clase obrera recién formada y atomizada, deseosa de escapar a los horrores de lo que acontecía en el campo. El aparato físico en que basaron su gobierno fue ampliamente extendido mediante la expansión de las funciones centralizadas del Estado y la administración, así como el considerable crecimiento de las empresas del Estado.

Así pues, lo que ocurrió en la práctica fue una superposición del mercado, en el sentido de que fueron empleados métodos de mercado (diferencias en ingresos, administración dirigida por una persona y una estructura jerárquica) sin que el mercado en sí existiera. Las palancas utilizadas para alcanzar las prioridades establecidas eran aquellas inherentes al mercado como, por ejemplo, bajos precios para los bienes de producción, salarios más elevados para los productores de bienes y más bajos para la industria ligera. Las consecuencias fueron una creciente disparidad entre los diferentes sectores de la economía y la sociedad. Esta situación surgió en forma espontánea, dada la estructura de tipo mercantil. Las tendencias espontáneas de la economía tomaron la dirección del mercado.

Por su parte, la naturaleza organizativa de la estructura industrial desplazó al mercado real, existiendo en tensión permanente con las tendencias típicas del mercado. Era el plan el que imponía la necesidad de acumular, si bien la sobre-acumulación que siguió resultó incontrolable. El resultado fue el de una planeación raramente exitosa, excepto en los términos más amplios y, aun entonces, sólo cuando hubo una concentración en sectores específicos. Durante los primeros años, fue la extracción de la plusvalía absoluta de la clase trabajadora la que construyó la industria; proceso en el que los campos de trabajo no jugaron un papel económico irrelevante. En cierto sentido, toda la Unión Soviética se convirtió en un campo, donde la coerción o amenaza de su uso proporcionaron el incentivo negativo frente al positivo de las retribuciones de tipo mercantil.

La burocracia pasó a encarnar, así, la contradicción que se desprendía de la competencia entre el sector estatal y el privado, y que tenía que ser resuelta con la victoria de una parte sobre la otra, esto es, con la victoria de la ley del valor o la ley de planeación, conteniendo la élite la lucha al interior de sí misma. En su forma burocratizada, este conflicto asumió el carácter verbal de un debate entre aquellos que estaban a favor de una

planeación centralizada frente a aquellos que favorecían un mercado controlado por el centro en menor o mayor grado.

Ahora bien, mientras se trató del problema de extraer la máxima plusvalía para producir el crecimiento, aunque fuese dispendioso, la planeación u organización exhortatoria probaron ser un estímulo suficiente junto con el propio interés individual. Pero cuando el problema pasó a ser el de una plusvalía relativa, las cuestiones en torno a la productividad y la tecnología pasaron a ocupar el primer plano. Ello se debió a dos razones principalmente:

La primera de ellas era que esta mezcla de coerción e ideología podía operar únicamente por un tiempo histórico limitado en ausencia de un interés material directo. Al trabajador debía proporcionársele alguna retribución real por su trabajo que no fuese el mínimo absoluto. De lo contrario, el resultado sería el de una alienación continua y progresiva del trabajador de su centro de trabajo y no sólo del sistema. La baja producción de bienes de consumo, principalmente alimentos, constituyó el principal problema que, de hecho, permaneció como tal hasta el colapso de la URSS. Por tal razón era imperativo un medio para mejorar la baja productividad de la agricultura con el fin de mantener y mejorar la productividad del trabajador industrial. Además, la *intelligentsia* tenía que ser recompensada no sólo en función de su importancia en el proceso productivo o de la necesidad de mejorar la eficiencia en la producción sino, más que nada, debido a que el régimen tenía que establecer una base social de apoyo; ello no fue necesario mientras no entraron en escena los herederos del proletariado. El régimen había liquidado tanto a sus elementos capitalistas como marxistas. Pero el resurgimiento del proletariado inmediatamente planteó la necesidad de ampliar la base social de la élite.

La segunda razón era que la economía no podía manejarse sin instrumentos más precisos. Con el tiempo, las interconexiones entre los diferentes sectores y empresas se hicieron cada vez más estrechas. El crecimiento de la economía, por lo tanto, requirió cada vez mayor planeación, pero la administración central no contaba con los medios para implementar los requerimientos objetivos de la economía. El aspecto más negativo fue el continuo fracaso del sistema soviético en incorporar nueva tecnología, nuevos productos y nuevos sectores o plantas como un mecanismo automático integrado al sistema.

Políticamente, el final de este sistema coincidió con la muerte de Stalin o, mejor dicho, la búsqueda de una alternativa pareció más plausible tras la muerte del dictador. Durante el período que siguió al fin de la coerción y al declive de la ideología estalinista, la élite se desplazó de un recurso a otro con el fin de manejar sus problemas económicos, es decir, que tuvo que maniobrar entre los polos de su propia contradicción interna, esto es, entre la utilización creciente de métodos administrativos y un control en aumento, ya fuera mediante una mayor o menor centralización, y un uso creciente de la ley del valor. El recurso periódico a la extensión de los mecanismos de mercado para corregir los excesos de la centralización burocrática no pudo resolver, sin embargo, esta crisis endémica del sistema, pues no sometía a discusión la participación en los beneficios materiales de la burocracia como motor principal del funcionamiento de la economía. De ahí que todos

los métodos introducidos, tanto en la agricultura como en la industria, fallasen. Por otra parte, en la medida en que la introducción de métodos mercantiles sin el mercado en sí condujo al estancamiento, la élite soviética comenzó a impulsar reformas económicas.

Dichas reformas implicaban un movimiento hacia el mercado en términos de una evolución hacia una creciente utilización del incentivo de ganancia, una orientación hacia economías más eficientes asociadas con el mercado, precios más elevados para reducir la demanda, una diferenciación de ingresos para incrementar los incentivos materiales y un control más estricto sobre la línea de producción, a fin de lograr una mayor velocidad y calidad, lo que tendía a empeorar la situación de los trabajadores, multiplicando sus expresiones de descontento. Puesto que la élite ya había observado con anterioridad las reacciones a un aumento en los precios tanto en Polonia como en su propio país, y dadas las restricciones que el sistema imponía al desempleo a gran escala, se vio forzada a tomar el único camino disponible, esto es, el de un viraje hacia Occidente. Si bien se trataba de una solución parcial, aún así esta medida proporcionó los bienes necesarios para hacer más aceptables las reformas económicas; para suavizar el camino hacia el mercado mediante la obtención de una pasividad obrera y los vínculos directos establecidos con el capitalismo mundial.

Pero la urgencia básica por importar bienes extranjeros nace de la escena socio-económica: el problema real en la URSS era que la *intelligentsia* estaba demandando una posición similar a la de sus homólogos occidentales, en tanto que la clase obrera comenzaba a inquietarse y a ponerse en movimiento. Era una cuestión de un aumento en el nivel de vida demasiado lento para algunos y muy escaso para otros. Fue esa disparidad entre grupos sociales, ciudades y regiones geográficas, sin mencionar las comparaciones con Occidente, lo que causaba descontento. En ausencia de formas democráticas de expresión y frente a la dificultad de usar la fuerza, ahora debían otorgarse crecientes concesiones a la *intelligentsia* principalmente, como fuerza social más propensa a apoyar a la élite contra la clase obrera. Lo que la *intelligentsia* requería era la oportunidad de existir como individuos privados sin el sistema de dependencia personal.

Así pues, dado que las bases históricas del sistema se habían agotado, y en vista de que ya no se podía obtener ningún rendimiento de la presión administrativa pero, por otra parte, tampoco se podía recurrir a la instauración directa del mercado, la élite, con el fin de preservar su existencia, se vio obligada a realizar reformas de tipo mercantil combinadas con un relajamiento de tensiones respecto de Occidente, evidenciándose una vez más la paradoja de un desarrollo que no se encaminaba ni al socialismo ni al capitalismo y que confiere a las contradicciones soviéticas una dinámica propia que no puede compararse con la del impulso hacia la realización del capital. El resultado fue que los cambios de dirección procedieran esencialmente de los choques externos en sus relaciones con los países capitalistas o de la colaboración parcial con estos últimos, lo que requería de la introducción de cambios a fin de mantener el sistema como un todo. No obstante lo anterior, a medida que la Unión Soviética se vio crecientemente involucrada en el comercio internacional, fue empujada hacia el camino del mercado.

Por otra parte, lo que mantuvo la presión para la interconexión entre la economía soviética y Occidente fue la naturaleza peculiar de su comercio con este último. La economía soviética se encontraba engranada a la fabricación de bienes de producción, pero exportaba materias primas, en gran medida, hacia Occidente. Esta situación generó presión para exportar bienes manufacturados hacia Occidente, lo cual se dificultaba por la menor calidad y nivel técnico de los bienes soviéticos respecto de sus competidores internacionales. Con el fin de hacer frente a esta situación, el régimen creó un sector exportador con una gama más amplia de incentivos y controles más estrictos. El resultado fue un reforzamiento del sector exportador y un incremento de las demandas sobre las otras industrias complementarias. Dado que el sector exportador estaba produciendo para un mercado y su sistema de incentivos se encontraba más estrechamente relacionado con las ideas de la reforma económica, cada vez más sectores fueron atraídos al mercado y a las reformas económicas.

Cabe mencionar aquí los efectos internos que tuvo la participación soviética en el mercado mundial capitalista. Dado que el mercado mundial obedecía las leyes del valor expresadas en la competencia internacional del capital, la URSS se vio obligada a ofrecer y, por lo tanto, a producir sus mercancías conforme a las normas del mercado mundial, con el objeto de evitar una transferencia de valor permanentemente desventajosa (como tales normas no se habían desarrollado bajo las condiciones de producción de la URSS, al carecer de una necesidad para la realización del capital, la burocracia tuvo que implementar estas normas a expensas de los productores directos, por lo que la élite acabó imitando los rasgos característicos del capital). Así pues, la producción para la exportación no solamente debía orientar sus productos hacia una competencia exitosa, sino que también debía guiarse por la demanda al interior del mercado mundial. Empero, esta situación de competencia en el mercado internacional implicaba un cambio constante en las posibilidades de mercadotecnia y presuponía una elevada flexibilidad en la producción para exportación de parte de la industria soviética. Por lo tanto, esta parte de la producción tendió a evadir las condiciones para la planeación, pues la necesidad de realizar cambios constantes y rápidos interfería con el desarrollo conforme al plan. Ello se convirtió en otro factor que minaba la racionalidad del sistema y que empujaba hacia el mercado.

Pero la adaptación económica a las condiciones del mercado mundial también tuvo consecuencias políticas. Por una parte, no podía ser favorable para la URSS el provocar conflictos con sus socios comerciales capitalistas, o verse involucrada en conflictos revolucionarios. Por otra parte, los Estados capitalistas supieron como relacionar sus intereses políticos con sus relaciones económicas comerciales, aprovechando esta situación de dependencia.

#### d) La dependencia tecnológica y sus efectos.

No obstante la intención soviética de disminuir las disfunciones del sistema mediante la importación de bienes y tecnología occidentales, esta acción no llevó a la URSS, como en el caso japonés, a la asimilación de las técnicas y a la continuación de su desarrollo, sino a una mayor dependencia respecto de Occidente. Las razones que explican este fracaso son conocidas:

Según Ticktin<sup>28</sup>, todo sistema -capitalista o socialista- se pone en riesgo de una disrupción con la introducción de algo nuevo, pero en el sistema capitalista las empresas se ven recompensadas ampliamente por los riesgos asumidos o bien, sufren las consecuencias hasta el punto de la quiebra. Dado que el resultado es incierto por naturaleza, las recompensas tienen que ser considerables. Además, la misma existencia de empresas fracasadas permite a los monopolios gigantes escoger las tecnologías más propensas a triunfar. Semejante grado de recompensas y castigos resultó imposible en un sistema de planeación tan inflexible como el de la Unión Soviética. Dadas las restricciones impuestas sobre el desempleo y la inseguridad de los administradores de empresa cuyo ingreso y posición depende de sus superiores, las recompensas eran más susceptibles de convertirse en castigos. El interés propio de la administración fue, por lo tanto, el de reducir al mínimo cualquier disrupción que pudiera ocurrir y ello significó, también, evitar lo más posible las nuevas tecnologías. Para el trabajador, cuyos bonos extra por tales cambios eran mínimos, resultó claro que no desarrollaría ningún interés por contribuir al desarrollo de cualquier nueva técnica. Así pues, sin la posibilidad de despidos y del control del mercado sobre los costos, los gastos efectivos de las empresas aumentaron, ocasionando un conflicto de intereses entre el administrador individual y el trabajador, así como entre estos dos y el planeador central.

Con el fin de resolver los problemas de ineficiencia y derroche en la producción, la burocracia soviética comenzó a importar de Occidente no sólo métodos de administración, técnicas, sistemas salariales, plantas enteras de producción, sino toda la organización capitalista del trabajo. En la medida en que la administración de una empresa no es una cuestión meramente técnica, sino que está íntimamente ligada a las relaciones de clase de la sociedad, se estaban importando, también, las formas más actualizadas para extraer la plusvalía del trabajador. Estos métodos más modernos permitieron cierta mejoría al interior del sistema, pero como las empresas soviéticas no contaban con ningún medio para regenerar su administración, se vieron permanentemente atadas a Occidente para ponerse al día respecto de los métodos más actuales para lidiar con los problemas que iban surgiendo. Lo anterior involucró no sólo el intercambio académico y la importación de expertos occidentales en materia empresarial, sino la necesidad de establecer las empresas en su totalidad por parte de las firmas occidentales; su construcción fue requerida precisamente para establecer los nuevos métodos de dirección de dichas firmas en la Unión Soviética.

---

<sup>28</sup> Hillel Ticktin, *Op. cit.*, p. 50.

Finalmente, cabe agregar que la dependencia que posteriormente se desarrolló respecto de Occidente no fue tan sólo técnica. Dada la importancia que tenían los viajes a Occidente para los miembros de la élite, este contacto estableció un medio para la adquisición de bienes escasos y, así, para el enriquecimiento de este grupo social. De hecho, proporcionó un recurso para el acceso a la misma élite, de modo que el contacto establecido por el individuo reforzó el lazo con la economía capitalista. Por tanto, parte de este grupo se encaminó a reproducir las circunstancias de los administradores occidentales con quienes entraban en contacto, proporcionando con ello una importante reserva de apoyo a la introducción del mercado.

## **2. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Lenin.**

Posiblemente el modo más efectivo para captar con la mayor aproximación el sentido que Lenin quiso conferir a la posteriormente llamada política de coexistencia pacífica sea partiendo de su análisis respecto de la evolución de la situación nacional e internacional, basado en un examen de la correlación de fuerzas, tras la toma de poder por parte de los bolcheviques. A nivel internacional, la situación estaba determinada por la configuración de un cerco que resulta de la ausencia de revoluciones en los Estados capitalistas y una creciente hostilidad por parte de éstos, y que colocaban a Rusia en una posición de extrema vulnerabilidad. A nivel nacional, la situación estaba determinada por una guerra civil que se extendió hasta 1921 y por la urgente necesidad de crear la base material que Rusia no había podido consolidar debido a su errática y tardía transición al capitalismo; base que, por otra parte, resultaba necesaria como un requisito fundamental para la implantación del socialismo y cuya materialización dependía de la instauración previa del capitalismo de Estado.

### **1. Contexto externo.**

Como se mencionó en el apartado II de la parte introductoria, inicialmente, los esfuerzos de los revolucionarios bolcheviques se encaminaron a promover en otros países una repetición de su propia experiencia revolucionaria consistente en explotar los ánimos belicistas a fin de precipitar guerras civiles que apuntasen al derrocamiento de los regímenes capitalistas. Pero con el fracaso de todos los esfuerzos en esta dirección, una preocupación de nuevo tipo respecto de la guerra adquirió preeminencia: el peligro de que los Estados capitalistas, una vez liberados del conflicto entre ellos mismos, se volvieran con todo su poder contra la Rusia soviética.

La situación prevista por Lenin en el sentido de que la revolución proletaria estallaría primero en un sólo país y que éste se acarrearía entonces la enemistad de los Estados capitalistas, se presentó efectivamente en Rusia, tras la Revolución de Octubre de 1917, cuando los antiguos aliados de la Rusia zarista intervinieron con las armas. En el primer momento, los ejércitos de intervención carecieron de la habilidad para concentrar y coordinar sus fuerzas contra el joven poder soviético, ocupados con la guerra entre ellos mismos, lo que permitió a los bolcheviques un relativo mejoramiento en su precaria

Finalmente, cabe agregar que la dependencia que posteriormente se desarrolló respecto de Occidente no fue tan sólo técnica. Dada la importancia que tenían los viajes a Occidente para los miembros de la élite, este contacto estableció un medio para la adquisición de bienes escasos y, así, para el enriquecimiento de este grupo social. De hecho, proporcionó un recurso para el acceso a la misma élite, de modo que el contacto establecido por el individuo reforzó el lazo con la economía capitalista. Por tanto, parte de este grupo se encaminó a reproducir las circunstancias de los administradores occidentales con quienes entraban en contacto, proporcionando con ello una importante reserva de apoyo a la introducción del mercado.

## **2. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Lenin.**

Posiblemente el modo más efectivo para captar con la mayor aproximación el sentido que Lenin quiso conferir a la posteriormente llamada política de coexistencia pacífica sea partiendo de su análisis respecto de la evolución de la situación nacional e internacional, basado en un examen de la correlación de fuerzas, tras la toma de poder por parte de los bolcheviques. A nivel internacional, la situación estaba determinada por la configuración de un cerco que resulta de la ausencia de revoluciones en los Estados capitalistas y una creciente hostilidad por parte de éstos, y que colocaban a Rusia en una posición de extrema vulnerabilidad. A nivel nacional, la situación estaba determinada por una guerra civil que se extendió hasta 1921 y por la urgente necesidad de crear la base material que Rusia no había podido consolidar debido a su errática y tardía transición al capitalismo; base que, por otra parte, resultaba necesaria como un requisito fundamental para la implantación del socialismo y cuya materialización dependía de la instauración previa del capitalismo de Estado.

### **I. Contexto externo.**

Como se mencionó en el apartado II de la parte introductoria, inicialmente, los esfuerzos de los revolucionarios bolcheviques se encaminaron a promover en otros países una repetición de su propia experiencia revolucionaria consistente en explotar los ánimos belicistas a fin de precipitar guerras civiles que apuntasen al derrocamiento de los regímenes capitalistas. Pero con el fracaso de todos los esfuerzos en esta dirección, una preocupación de nuevo tipo respecto de la guerra adquirió preeminencia: el peligro de que los Estados capitalistas, una vez liberados del conflicto entre ellos mismos, se volviesen con todo su poder contra la Rusia soviética.

La situación prevista por Lenin en el sentido de que la revolución proletaria estallaría primero en un sólo país y que éste se acarrearía entonces la enemistad de los Estados capitalistas, se presentó efectivamente en Rusia, tras la Revolución de Octubre de 1917, cuando los antiguos aliados de la Rusia zarista intervinieron con las armas. En el primer momento, los ejércitos de intervención carecieron de la habilidad para concentrar y coordinar sus fuerzas contra el joven poder soviético, ocupados con la guerra entre ellos mismos, lo que permitió a los bolcheviques un relativo mejoramiento en su precaria

posición. Pero con el conflicto capitalista fuera del camino y la guerra civil en su apogeo, la situación había cambiado significativamente.

Entre 1918 y 1921, la Rusia soviética fue invadida y desmembrada por el Imperio alemán, debilitada por bloqueos e intervenciones militares aliadas y privada de sus principales territorios que la abastecían de grano y combustible. En este contexto, Lenin declaraba en 1919:

No vivimos meramente en un Estado, sino en un sistema de Estados, y la existencia de la República soviética al lado de los Estados imperialistas por largo tiempo, es inconcebible. Al final, el uno o el otro prevalecerá, y hasta que llegue ese final serán inevitables una serie de choques terribles entre la República soviética y los Estados burgueses.<sup>29</sup>

## II. Contexto interno.

En el ámbito interno la situación no era menos crítica. La mera supervivencia se convirtió en prioridad a medida que el hambre, las enfermedades y el frío diezaban a la población. Estas condiciones reflejaban el total desorden de la economía. Durante la guerra, la producción se había visto paralizada y distorsionada por las necesidades militares, y por la ausencia de trabajadores agrícolas e industriales que se encontraban en el frente. La misma revolución, y los estragos de la guerra civil, completaron el cuadro de desintegración económica, social y financiera. En verano de 1918, cuando se hizo evidente que los iniciales remedios bolcheviques para los males económicos (distribución igualitaria, nacionalización de la industria y la tierra, control obrero) no eran suficientes para detener la caída de la producción, el gobierno introdujo una serie de drásticas medidas coercitivas, que más tarde se conocerían con el nombre de "comunismo de guerra"<sup>30</sup> y que tendían, por una parte, a la concentración de la autoridad y el poder económicos, incluyendo un control y administración centralizados, la sustitución de las pequeñas unidades de producción por otras grandes y cierto grado de planificación unificada, así como al abandono de las formas comerciales y monetarias de distribución, y la introducción del suministro de productos y servicios básicos gratuitamente o a precios fijos, el racionamiento, los pagos en especie y la producción para el uso directo antes que para el mercado.

La aplicación de tales políticas y, particularmente, la sustitución de la economía de mercado por una economía natural, causaron gran descontento entre los campesinos, principalmente, quienes no obstante encontraron maneras de evadir las disposiciones gubernamentales. Las políticas de concentración y centralización aplicadas a la industria

---

<sup>29</sup> V.I. Lenin "Report of the Central Committee of the Russian Party (Bolsheviks) at the Eighth Party Congress" (1919). Selected Works, Vol. VIII, p. 33, cit. por Foy D. Kohler et al. en *Soviet strategy for the seventies, from cold war to peaceful coexistence*, trad. propia, Ed. University of Miami, Coral Gables, 1973, p. 99

<sup>30</sup> E.H. Carr *La revolución rusa, de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Alianza Editorial, México, 1988, caps. III y IV pass.

no tuvieron éxito en la agricultura. En opinión de Carr<sup>31</sup>, las políticas de abandono de dinero y de introducción de una economía natural no surgieron de ningún plan preconcebido, sino de la incapacidad para resolver los problemas de una economía campesina atrasada que ocupaba a más del 80% de la población y que expresaban la dificultad de acomodar la revolución antifeudal de un campesinado con aspiraciones pequeño-burguesas y la revolución anticapitalista de un proletariado industrial.

Para fines de 1920, la economía en su conjunto se encontraba gravemente atascada. Ni en la teoría ni en la práctica del comunismo de guerra existía ningún indicio sobre la forma de volver a poner en marcha los procesos de producción e intercambio que habían llegado a paralizarse. La política de requisamientos de grano, que había funcionado en cierto modo durante la guerra civil, había entrado en bancarota. El campesino había retrocedido a una economía de subsistencia y no tenía incentivos para producir excedentes que las autoridades pudieran requisar. Además, con el fin de la guerra civil y de la intervención extranjera la continuación de medidas coercitivas resultaba políticamente insostenible.

Durante 1920-21, el descontento se materializó en forma de disturbios campesinos generalizados. Para acallar el creciente descontento entre los campesinos que comenzaba a desbordarse a otros sectores y para evitar que el resto del país muriera de hambre era imperativo proporcionar al campesino los incentivos que se le habían negado bajo un sistema de requisamientos. En el marco del X Congreso del Partido, celebrado en marzo de 1921, se dieron a conocer un conjunto de medidas conocidas como Nueva Política Económica (NPE), que insistía especialmente en las concesiones al campesinado. El Partido esperaba que con la abolición de la obligación de entregar excedentes y el restablecimiento de la libertad de venta se pudiera sellar un pacto político con los campesinos, corrigiendo con ello el sistema de las relaciones entre el proletariado y el campesinado.

Si bien la intención inicial era limitar el intercambio de mercancías al ámbito local sobre la base de una economía natural, pronto surgió la necesidad de legalizar el tráfico de mercancías y dinero, dada la presión de las fuerzas económicas espontáneas que estaban surgiendo. La iniciativa privada comenzó a desarrollarse libremente no sólo en el sector agrícola, sino también en el pequeño comercio y la pequeña empresa que asumieron de nuevo un carácter casi totalmente privado, lo que propició que, en amplios sectores de la economía del país, se desarrollaran relaciones de mercado capitalistas, aunque el Estado continuara siendo el principal sujeto económico que conservaba el control de la industria pesada, las comunicaciones, la banca, el sistema crediticio, el comercio exterior y una parte preponderante del comercio interior. Desde esta posición de superioridad intentaba dirigir la economía privada y encauzar sus ganancias hacia la reconstrucción de la industria estatal que, naturalmente, se vio obligada a orientarse de acuerdo con las necesidades y posibilidades de mercado y con los criterios de rentabilidad.

---

<sup>31</sup> *Ibid*

Así pues, cuando se planteó la NPE la situación era tal, que de no haberse producido una alianza de este tipo y a juzgar por las experiencias de los últimos meses, la continuidad del poder soviético se hubiera visto en peligro. Sin embargo, ya desde antes, los bolcheviques habían cobrado conciencia de que, a la larga, no podrían consolidar su poder en un país agrícola atrasado, así como de la necesidad de levantar la industria y no deteriorar más la posición de los obreros industriales que constituían el núcleo principal de la revolución. La agricultura dividida en muchos millones de explotaciones pequeñas y muy pequeñas no constituía una base social estable. En diciembre de 1920, Lenin declaraba:

[...] Mientras vivamos en un país pequeñoburgués, Rusia presentará una base económica más favorable para el capitalismo que para el comunismo. Solamente cuando el país esté electrificado, cuando la industria, la agricultura y las comunicaciones descansen sobre una base técnica moderna semejante a la de los países industriales más avanzados, solamente entonces podremos considerar nuestra victoria como definitiva.<sup>32</sup>

En este sentido, los dirigentes bolcheviques seguían aferrados a la idea marxista tradicional de que el socialismo solamente podía desarrollarse sobre la base de una capacidad productiva con un alto grado de desarrollo tecnológico.

Tras reconocer el carácter predominante de la pequeña burguesía (esto es, la pequeña producción mercantil en la que figuraban la inmensa mayoría de los campesinos que vendían cereales) y del capitalismo privado en la economía rusa de transición y señalarlos como los principales antagonistas del control socialista del Estado, Lenin indicó la necesidad de acelerar la implantación del capitalismo monopolista de Estado, en la medida en que éste representaba “la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio”<sup>33</sup>. Para Lenin, el desarrollo del capitalismo de Estado, esto es, un capitalismo controlado y regulado por el Estado proletario, era ventajoso y necesario (hasta cierto punto) en un país de pequeños campesinos, extraordinariamente arruinado y atrasado, porque podía poner fin a la anarquía de la pequeña propiedad mediante la introducción de una organización estatal armónica que sometiera a decenas de millones de personas a la más rigurosa observancia de una norma única en la producción y distribución de productos. Los técnicos y especialistas del capitalismo dispuestos a servir al poder soviético debían, así, ser admitidos por el Partido como “dirigentes” del proceso de trabajo y de la organización de la producción estatal a gran escala pues, en opinión de Lenin, sólo ellos conocían por la práctica ese asunto. Pero la urgente reconstrucción de la base material de Rusia sobre la base del capitalismo de Estado requeriría de tiempo, esto es, de una ausencia de guerra

---

<sup>32</sup> V.I. Lenin. Obras, t. XXXI, p. 494, cit. por Carsten Goehrke et al. en *Rusia*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1992, cap. 5, III pass.

<sup>33</sup> V.I. Lenin. “Acercas del infantilismo ‘izquierdista’ y del espíritu pequeñoburgués”, en *Obras Escogidas*, p. 464.

por un período prolongado, y de relaciones pacíficas con el mundo capitalista para poder contar con los recursos y técnicas del exterior como apoyo en su reconstrucción.

### III. La propuesta de coexistencia pacífica como respuesta.

Así pues, a Lenin y a sus colaboradores se les planteó el problema de cómo asegurar la supervivencia del Estado bolchevique, tanto al interior como frente al exterior, hasta el momento en que la revolución proletaria cundiera en otros países. La solución de este problema se hizo tanto más urgente cuando comenzó a reconocerse con claridad que, a la larga, el socialismo no podría sostenerse por sí sólo en Rusia y que, a corto plazo, no se podría contar con otras revoluciones proletarias. La solución que Lenin habría de dar al problema expuesto, vino dictada por la prevaleciente correlación de fuerzas:

[...] Cuando nos hemos convertido en representantes de la clase dominante, que ha empezado a organizar el socialismo, exigimos a todos que tengan una actitud seria ante la defensa del país. Y tener una actitud seria ante la defensa del país significa prepararse a fondo y tomar en consideración rigurosamente la correlación de fuerzas. Si las fuerzas son a ciencia cierta pocas, el principal medio de defensa es replegarse al interior del país.<sup>34</sup>

Añadió, asimismo, que:

[...] mientras no estalle la revolución socialista internacional, que abarque a varios países y tenga fuerza suficiente que le permita vencer al imperialismo internacional; mientras no ocurra eso, el deber ineludible de los socialistas triunfantes en un sólo país (y especialmente en un país atrasado) consiste en no aceptar el combate con los gigantes del imperialismo, en tratar de rehuir el combate, en esperar a que la contienda entre los imperialistas los debilite aún más, acerque más la revolución en otros países.<sup>35</sup>

Lenin argumentó que, bajo las imperantes condiciones de debilidad militar y económica, la existencia del régimen soviético dependería del desacuerdo radical existente entre las potencias imperialistas y de su habilidad para tomar ventaja de todo antagonismo de intereses entre la burguesía de los diversos países. Si el régimen soviético asumía una actitud demasiado beligerante o amenazante, las potencias capitalistas, pese a sus divergencias, podían verse obligadas a tomar una acción rápida y definitiva que pondría fin a la experiencia soviética. En cambio, si los nuevos gobernantes de Rusia optaban por el repliegue y la adopción de una política de paz, y si a ello se ligaba el prospecto de nuevas oportunidades de comercio e inversión para los imperialistas hambrientos de mercados y, en opinión de Lenin, más interesados en las ganancias que en la ideología, entonces podría sobrevenir el período más o menos prolongado de paz que Rusia requería con urgencia. En caso de que así sucediera, el Estado soviético no solamente se

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, p 457

<sup>35</sup> *Ibid.*, p 452

encontraría en condiciones de reorganizarse económicamente y obtener la fuerza necesaria para la guerra inevitable cuando ésta se presentase, sino que también los Estados capitalistas se volverían más débiles como resultado de las “contradicciones” internas y externas a las que, según Lenin, se verían crecientemente sujetos. De ahí resultó la política de paz, que pasaría a convertirse posteriormente en la llamada política de coexistencia pacífica, a la que Lenin veía esencialmente como un instrumento relacionado con el ofrecimiento de concesiones a empresas capitalistas y con la reintegración de Rusia al sistema económico internacional.

En 1919, al ser cuestionado sobre la posibilidad de una paz concertada y el restablecimiento de las relaciones comerciales, Lenin señaló que:

[...] Una paz sólida representaría un alivio tal de la situación de las masas trabajadoras de Rusia, que éstas aceptarían indudablemente la entrega de determinadas concesiones. Unas concesiones establecidas en condiciones razonables son deseables también para nosotros, como uno de los medios para que Rusia reciba la ayuda técnica de países más avanzados en este sentido durante el período en que habrán de coexistir los Estados socialistas y capitalistas.<sup>36</sup>

Según Light<sup>37</sup>, esta primera referencia de Lenin respecto de la coexistencia de Estados socialistas y capitalistas con relación a la necesidad de atraer asistencia técnica extranjera mediante el otorgamiento de concesiones, habría de fijar el contexto en el que siempre se utilizaría el término: el de la urgente necesidad de la reconstrucción económica. El equilibrio político y militar (aunque para Lenin altamente inestable) alcanzado hacia fines de 1920, cuando cesaron las intervenciones extranjeras y la guerra civil, renovó la confianza de los dirigentes bolcheviques en la supervivencia del Estado soviético y en la dirección asumida:

Sin haber obtenido una victoria internacional, que consideramos como la única segura, hemos logrado conquistar una posición que nos permite existir, lado a lado, con las potencias capitalistas, quienes ahora se ven forzadas a entablar relaciones comerciales con nosotros. En el curso de esta lucha hemos conquistado el derecho a una existencia independiente [...] resultará claro que tenemos no sólo un respiro, sino una nueva fase, en la que nuestro derecho fundamental a la existencia internacional dentro de la red de Estados capitalistas ha sido conquistado [...] Ahora tenemos que hablar ya, no sólo de un respiro, sino de serias probabilidades para la nueva edificación durante un período más largo. En realidad, hasta ahora no teníamos ninguna base en el sentido internacional.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> V.I. Lenin. “A los obreros norteamericanos”, en *Sobre la Coexistencia Pacífica*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, p.48.

<sup>37</sup> Margot Light, *Op. cit.*, pp. 29-31 pass.

<sup>38</sup> V.I. Lenin. Sochineniia, XLII, pp. 22-23, cit. por Paul Marantz en *From Lenin to Gorbachov: changing soviet perspectives on East-West Relations*, trad. propia, Ed. Canadian Institute for International Peace and Security, Ottawa, 1988, p. 12.

Lenin admitió, también, que la situación que se había desarrollado para fines de 1920 no era del todo lo que se había previsto en 1918 y 1919:

Resulta muy extraño para muchos de quienes hemos vivido la revolución desde sus inicios; de quienes hemos experimentado y observado increíbles dificultades para romper los frentes imperialistas, ver cómo los acontecimientos se han desarrollado hasta el momento. En ese entonces ninguno de nosotros esperaba ni podía esperar que la situación evolucionara como lo hizo.<sup>39</sup>

Y unos meses más tarde, ante esta situación imprevista, se preguntaría:

[...] ¿Cabe concebir que la República Socialista subsista en medio del cerco capitalista? Eso parecía inconcebible lo mismo en el sentido político que en el militar. Que esto es posible en el sentido político y militar, ya es cosa demostrada, ya es un hecho. ¿Y en el sentido comercial, en el sentido de las relaciones económicas? ¿Son posibles los vínculos, la ayuda, el intercambio de servicios entre la Rusia agraria atrasada y en ruinas y el grupo de potencias capitalistas avanzadas y ricas en el aspecto industrial?<sup>40</sup>

Así pues, desde 1920, los dirigentes bolcheviques comenzaron a realizar un gran esfuerzo encaminado a obtener créditos oficiales de los países occidentales o inversiones directas del sector privado, ofreciendo a este efecto la adjudicación de concesiones para la explotación de las riquezas naturales rusas a grupos de capitalistas privados, así como la participación de éstos en lucrativas empresas industriales o comerciales.

Mediante el otorgamiento de concesiones, Lenin pensaba inducir a los capitalistas extranjeros a traer equipos de producción y procesos de fabricación extranjeros a Rusia, además de financiar su economía con los recursos ahorrados por el capitalismo mundial, por lo que este último habría de adoptar la función de “acreedor del socialismo, al financiar a su propio adversario”<sup>41</sup>. Si bien la presencia del capital extranjero conllevaba cierto riesgo, en opinión de Lenin los beneficios superaban cualquier peligro. La Rusia soviética no solamente ganaría en lo material al retener una parte de la producción, sino que se obtendría la posibilidad de asimilar las técnicas y tecnologías occidentales.

Posteriormente, la propuesta de coexistencia habría de convertirse en un elemento esencial de la NPE, en la medida en que, bajo tal esquema, el desarrollo económico dependería de la participación del capital externo por la vía de las concesiones. Ello planteaba, a su vez, la reintegración de Rusia al sistema económico internacional. En opinión de Lenin, dicha reintegración resultaba tan esencial para el restablecimiento de la

---

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 13

<sup>40</sup> V I Lenin, “Acercas de la política interior y exterior de la República”, en *Sobre la Coexistencia Pacífica*, pp. 124-124

<sup>41</sup> Eckhart Krippendorff, *Op. cit.*, pp. 121-123.

economía rusa como para el restablecimiento de la economía mundial, que requería de una gran cantidad de materias primas provenientes de Rusia.

En el marco de las conferencias internacionales celebradas en Génova y en La Haya en 1922, los soviéticos intentaron convencer a los gobiernos occidentales para entablar una cooperación económica a largo plazo. Por instrucciones de Lenin, los delegados soviéticos acudían como “comerciantes”<sup>42</sup> con la intención de lograr un comercio en condiciones ventajosas y convenientes desde el punto de vista político, por lo que en su discurso debían omitir todo aquello que hubiese podido generar sospechas o temores por parte de los Estados capitalistas, particularmente, las referencias al empleo de medios violentos y la inevitabilidad de nuevas guerras mundiales. Así, Chicherin (Comisario de Asuntos Externos y líder de la delegación soviética) señaló:

La delegación rusa reconoce que en el período actual de la historia, que permite la existencia paralela del viejo orden social y del nuevo [...] la colaboración económica entre los Estados que representan estos dos sistemas de propiedad constituye una necesidad imperativa para la reconstrucción económica general.<sup>43</sup>

Sin embargo, es importante resaltar que en la visión de los dirigentes bolcheviques (sobre todo en la de Trotski) el desarrollo de la sociedad soviética bajo el esquema descrito no debía ser confundido con el socialismo en un sólo país; seguían fieles al supuesto marxista, según el cual hacía falta una revolución universal para crear las condiciones del socialismo, aún en la URSS, lo que explica su despreocupación al integrar a esta última al mercado mundial capitalista. Se pensaba que de esta manera se podrían impulsar mejor los procesos revolucionarios. En todo caso, la diversificación en la economía exterior soviética y su enlace con el mercado mundial capitalista servirían de medios para impedir la guerra, o al menos, para retrasarla.

Asimismo, Lenin hizo notar que la reanudación de relaciones comerciales bajo la forma de concesiones no significaba que “la oveja socialista y el lobo capitalista se abrazarían”<sup>44</sup>, puesto que “no creemos ni un segundo en los vínculos comerciales sólidos con las potencias imperialistas: ésta será una pausa momentánea. La experiencia de la historia de las revoluciones y de los grandes conflictos nos enseña que las guerras, que una serie de guerras, son inevitables”<sup>45</sup>. No obstante, en opinión de Lenin, a los capitalistas les resultaría más difícil emprender una guerra contra Rusia una vez que hubiesen aceptado las concesiones, por lo que existían argumentos económicos y políticos a favor de su otorgamiento. Para que el ofrecimiento de dichas concesiones pudiese tener

---

<sup>42</sup> V.I. Lenin. “Carta a G.V. Chicherin”, en *Sobre la Coexistencia Pacífica*, p. 165

<sup>43</sup> G.V. Chicherin, en Jane Degras. *Soviet documents on Foreign Policy, 1917-1941*, vol. I, p. 298, cit. por Margot Light, *Op. cit.*, p. 30.

<sup>44</sup> V.I. Lenin. “Del discurso en la asamblea de los militantes activos de la organización de Moscú del PC(b)R”, en *Sobre la Coexistencia Pacífica*, p. 75

<sup>45</sup> V.I. Lenin. “Informe sobre las concesiones ante la minoría del PC(b)R en el VIII Congreso de los soviets”, en *Sobre la Coexistencia Pacífica*, p. 95

éxito, debía ser precedido por la propuesta de coexistencia pacífica, pero una vez aceptado, las concesiones en sí contribuirían a la consolidación de la misma.

Sin embargo, para Lenin lo anterior no denotaba una ausencia de conflicto entre el socialismo y el capitalismo. En el esquema de las concesiones; de la coexistencia en la Rusia bolchevique de elementos del régimen económico socialista y capitalista, Lenin veía:

[...] una especie de guerra, una contienda bélica de dos métodos, de dos formaciones, de dos economías: la comunista y la capitalista [...] Desde el punto de vista del peligro de conflagración entre el capitalismo y el bolchevismo, las concesiones son la continuación de la guerra, pero en otro terreno [...] Sin las concesiones no podemos realizar ni nuestro programa ni la electrificación del país; sin ellas, no es posible restablecer en diez años nuestra economía. Y cuando la hayamos restablecido, seremos invencibles para el capital [...] La concesión no es la paz con el capitalismo, sino la guerra en otro terreno. La guerra con armas y tanques es sustituida por la guerra económica.<sup>46</sup>

De las citas anteriores se extrae, pues, que Lenin creía solamente en una convivencia, limitada en el tiempo, de los países capitalistas y la Rusia bolchevique; en una convivencia caracterizada básicamente por relaciones económicas y comerciales. Aunque Light<sup>47</sup> sostiene que Lenin también utilizó el término “coexistencia pacífica” para denotar relaciones políticas ideales (al sostener, por ejemplo, que la Sociedad de las Naciones estaba impregnada de la ausencia de todo cuanto se pareciera a unas posibilidades reales de coexistencia pacífica entre ellas, y que sin la participación de Rusia en el arreglo de la cuestión del Medio Oriente no había una base para la coexistencia pacífica<sup>48</sup>), fue principalmente en el contexto económico que empleó el término.

Las declaraciones de Lenin también demuestran que, a la larga, no sólo no excluía un conflicto bélico con los países capitalistas, sino que lo consideraba inevitable en vista de la naturaleza del capitalismo y su fase subsecuente, el imperialismo, por lo que la coexistencia pacífica asumía, para Lenin, el carácter de una táctica<sup>49</sup>, en el marco de una

---

<sup>46</sup> V.I. Lenin. “Del discurso en la asamblea de los militantes activos de la organización de Moscú del PC(b)R, en *Sobre la Coexistencia Pacífica*, pp. 80-81, 83.

<sup>47</sup> Margot Light, *Op. cit.*, pp. 30-31.

<sup>48</sup> Ver la entrevista concedida por Lenin al corresponsal del “Observer” y del “Manchester Guardian” en *Sobre la Coexistencia Pacífica*, pp. 145 y 147.

<sup>49</sup> Es importante recalcar que Lenin calificó su compromiso con esta política de paz como una táctica, necesariamente transitoria, en una prolongada guerra por el derrocamiento de la burguesía internacional. Para Lenin, las tácticas representaban la determinación de la línea que debía seguir el proletariado en un periodo comparativamente corto del auge o declive del movimiento, la lucha por llevar a cabo esta línea mediante el reemplazo de antiguas formas de lucha y organización por otras nuevas; de antiguos lemas por otros nuevos, mediante la combinación de estas formas, etc. En tanto que el objetivo de la estrategia era el de ganar la guerra contra la burguesía, el de llevar dicha guerra a su fin, las tácticas se ocupaban de objetivos menores, pues su fin no era el de ganar la guerra en su totalidad, sino un compromiso o batalla en particular, el de llevar a cabo exitosamente una campaña o acción particulares, correspondientes con las circunstancias

estrategia más amplia que contemplaba a las guerras inevitables entre los Estados como un factor decisivo, cuyo objetivo era el de retardar la guerra, ganar tiempo para la construcción de una base propia de poder y propiciar las condiciones para que las “contradicciones” internas minaran la base de poder de sus enemigos capitalistas, todo ello en preparación para el inevitable conflicto final entre los dos campos; servía explícitamente como una maniobra temporal para hacer frente a una situación concreta en un momento particular.

Así pues, el objetivo último de Lenin seguía siendo el derrocamiento del orden capitalista existente y no el logro de una estable y larga coexistencia con dicho orden, pero hasta que sobreviniera el colapso del capitalismo internacional, Lenin optaba por la adopción de una frágil política que intentara promover la revolución mundial, buscando en forma simultánea la consolidación de la revolución rusa mediante la expansión del comercio y un mejoramiento en las relaciones diplomáticas con el mundo capitalista.

Este interés de Lenin por establecer lazos económicos y políticos con los gobiernos capitalistas no debe interpretarse, pues, como una cancelación de su compromiso con la revolución internacional, sino como una reasignación temporal de prioridades. Para Lenin era muy importante la flexibilidad táctica y no tenía miedo de cambiar de opinión si con ello contribuía al avance de su causa; y ésta, tras la revolución, era preeminentemente la supervivencia del Estado bolchevique que no estaba dispuesto a poner en peligro con el lanzamiento de una cruzada revolucionaria en el exterior, como se lo había planteado teóricamente antes de la Revolución de octubre. Fue con el fin de reforzar la seguridad soviética que Lenin buscó un mejoramiento de las relaciones con los gobiernos capitalistas; adujo que todo aquello que sirviera para proteger y fortalecer a la revolución rusa era moralmente permisible.

Lenin concilió esta oposición de intereses en los términos siguientes: “[...] Precisamente para ‘fortalecer la ligazón’ con el socialismo internacional es obligatorio defender la patria socialista. Destruye la ligazón con el socialismo internacional quien enfoca con frivolidad la defensa de un país en el que ha triunfado ya el proletariado”<sup>50</sup>. De esta manera, la defensa y consolidación de la base revolucionaria, Rusia, vino a ser sinónimo de los intereses del comunismo. De acuerdo con Brzezinski<sup>51</sup>, esta conveniente fusión de los intereses nacionales e internacionales resolvería el dilema, por lo menos hasta el momento en que surgieran otros Estados socialistas que pudieran oponerse a esta identificación. Por lo pronto, a partir de este momento, la correspondencia de los objetivos nacionales (conservación de la integridad territorial, edificación económica,

---

concretas de un período determinado de auge o declive de la revolución. Las tácticas representaban, pues, una parte de la estrategia, subordinándose a ésta y sirviéndole. Por tanto, al tratarse de una táctica, Lenin consideraba la política soviética de paz susceptible de cambios instantáneos; podía conferírsele un alto o bajo perfil, según los cambios en las circunstancias o las modificaciones en otros aspectos tácticos de la estrategia integral de lucha, o la evolución de la estrategia en sí.

<sup>50</sup> V.I. Lenin. “Acerca del infantilismo ‘izquierdista’ y del espíritu pequeñoburgués”, en *Obras Escogidas*, pp. 456-457.

<sup>51</sup> Z.K. Brzezinski, *Ideología y poder en la política soviética*, cap. 5 pass.

etc.) e internacionales (difusión de la revolución socialista) permitiría a los sucesivos dirigentes soviéticos fortalecer su poder sin convertirlo en el único fin de sus actos; en palabras del autor: “la ideología que hace del poder tanto un instrumento como un fin permite que los líderes soviéticos se preocupen constantemente de desarrollarlo todo lo posible, pero sin que se convierta en obstáculo para la realización de los valores ideológicos”<sup>52</sup>.

No obstante lo anterior, para Lenin, con todas estas concesiones al mundo capitalista, los cambios de curso que podían parecer útiles o necesarios, los virajes tácticos, no se debía ceder en los principios y objetivos básicos; frente a todas estas maniobras, “el deber de un partido auténticamente revolucionario” no consistía “en proclamar imposible la renuncia a todo compromiso, sino en saber cumplir fielmente a través de todos los compromisos -en la medida en que sean inevitables- con sus principios, su clase, su misión revolucionaria, su obra de preparar la revolución y de educar a las masas populares para triunfar en la revolución”<sup>53</sup>. En este sentido, Lenin no modificó su visión respecto de la inevitabilidad de la guerra ni su interpretación respecto de la propagación y ejecución técnica (esto es, mediante una guerra civil) de la revolución proletaria. De ahí que a Lenin no le inquietaran las consecuencias de una mayor vinculación económica y política entre la Rusia soviética y los gobiernos capitalistas. De hecho, llegó a declarar que bajo determinadas circunstancias incluso una alianza militar con ciertos gobiernos imperialistas sería aceptable, a fin de consolidar la república socialista; posición que presagiaba la respuesta de Stalin ante la amenaza del fascismo durante la década de los treinta y principios de los cuarenta.

Al obrar de esta manera, Lenin subestimó fatalmente la dinámica del mercado mundial y los negativos efectos colaterales (descritos en la parte introductoria) de unas relaciones ampliadas con las naciones capitalistas; confió demasiado en la habilidad del poder soviético para controlar esta dinámica, sin considerar, por otra parte, que la principal amenaza al poder de la clase obrera podía venir del interior; en opinión de Stojanovic<sup>54</sup>, al identificar a la vasta mayoría de campesinos rusos como el principal impedimento para el socialismo, Lenin desvió la atención del nuevo aparato de Partido-Estado como principal amenaza de la clase trabajadora.

En este sentido, puede decirse que los comunistas de izquierda (tan criticados por Lenin), vieron con mayor realismo los peligros inherentes a la propuesta de coexistencia pacífica; ellos concluyeron que la adhesión por parte del gobierno soviético a una política exterior revolucionaria y guiada por principios sería imposible una vez que se hubiesen iniciado relaciones con los gobiernos capitalistas. Con el tiempo, se le asignaría un valor creciente a la seguridad del Estado soviético, descuidando la causa de la revolución internacional. En su opinión, pronto se verían sacrificados los principios; no sólo se ofrecerían

---

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 102.

<sup>53</sup> V.I. Lenin. “Acerca de los compromisos”, en *Obras Escogidas*, p. 366.

<sup>54</sup> Svetozar Stojanovic, *Op. cit.*, p. 52.

crecientes concesiones comerciales a las potencias occidentales, sino que también se desarrollarían vínculos orgánicos en lo económico y lo político.

### 3. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Stalin.

Durante el largo período que abarcó el régimen de Stalin, la Unión Soviética enfrentó muy diversas circunstancias que influyeron considerablemente en la evolución de la coexistencia pacífica. Estas circunstancias se refieren a la persistencia del cerco capitalista que llevó a Stalin a plantear su tesis del socialismo en un solo país; a la búsqueda de un acuerdo de seguridad colectiva durante la década de los treinta, así como a la II Guerra Mundial y sus resultados.

El peligro percibido por la Unión Soviética respecto de la configuración de un cerco capitalista como resultado de la ausencia de revoluciones en el exterior así como su vulnerabilidad interna, permanecieron inalterados, por lo que Stalin, inicialmente, no pudo proporcionar una respuesta esencialmente distinta al problema que Lenin, en su tiempo, había tenido que enfrentar: el de encontrar una forma para asegurar la supervivencia del Estado soviético en condiciones adversas, mientras se proseguía la lucha inexorable contra el capitalismo. De ahí que Stalin, desde su ascenso al poder, diera continuidad a la política de paz de Lenin, hiciera la misma evaluación de la situación y pusiera énfasis en las mismas consideraciones. Así, en 1924, afirmó que:

No podemos olvidar las palabras de Lenin en el sentido de que gran parte de lo que se refiere a nuestra construcción depende del hecho de que podamos retardar la guerra con los países capitalistas, misma que resulta inevitable pero que puede ser aplazada, ya sea hasta el momento en que madure la revolución proletaria en Europa o hasta que las revoluciones coloniales se articulen plenamente o, finalmente, hasta que los capitalistas luchen entre ellos mismos por la división de las colonias. Por lo tanto, el mantenimiento de relaciones pacíficas con los países capitalistas constituye una tarea obligatoria para nosotros.<sup>55</sup>

Y en 1925, explicó que:

El rasgo decisivo, fundamental y novedoso que ha afectado todos los sucesos en la esfera de las relaciones exteriores durante este período, es el hecho de que cierto equilibrio temporal de fuerzas se ha establecido entre nuestro país ... y los países del mundo capitalista; un equilibrio que ha determinado el actual período de "coexistencia pacífica".<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> J.V. Stalin. "Foundations of Leninism" en *Collected Works*, edición de 1953, vol. X, p. 288, cit. por Foy D. Kohler et al., *Op. cit.*, trad. propia, p. 101.

<sup>56</sup> J.V. Stalin. "Political Report of the Central Committee to the 14th Congress of the CPSU", p. 8, cit. por Foy D. Kohler et al., *Op. cit.*, trad. propia, p. 102.

crecientes concesiones comerciales a las potencias occidentales, sino que también se desarrollarían vínculos orgánicos en lo económico y lo político.

### 3. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Stalin.

Durante el largo período que abarcó el régimen de Stalin, la Unión Soviética enfrentó muy diversas circunstancias que influyeron considerablemente en la evolución de la coexistencia pacífica. Estas circunstancias se refieren a la persistencia del cerco capitalista que llevó a Stalin a plantear su tesis del socialismo en un solo país; a la búsqueda de un acuerdo de seguridad colectiva durante la década de los treinta, así como a la II Guerra Mundial y sus resultados.

El peligro percibido por la Unión Soviética respecto de la configuración de un cerco capitalista como resultado de la ausencia de revoluciones en el exterior así como su vulnerabilidad interna, permanecieron inalterados, por lo que Stalin, inicialmente, no pudo proporcionar una respuesta esencialmente distinta al problema que Lenin, en su tiempo, había tenido que enfrentar: el de encontrar una forma para asegurar la supervivencia del Estado soviético en condiciones adversas, mientras se proseguía la lucha inexorable contra el capitalismo. De ahí que Stalin, desde su ascenso al poder, diera continuidad a la política de paz de Lenin, hiciera la misma evaluación de la situación y pusiera énfasis en las mismas consideraciones. Así, en 1924, afirmó que:

No podemos olvidar las palabras de Lenin en el sentido de que gran parte de lo que se refiere a nuestra construcción depende del hecho de que podamos retardar la guerra con los países capitalistas, misma que resulta inevitable pero que puede ser aplazada, ya sea hasta el momento en que madure la revolución proletaria en Europa o hasta que las revoluciones coloniales se articulen plenamente o, finalmente, hasta que los capitalistas luchen entre ellos mismos por la división de las colonias. Por lo tanto, el mantenimiento de relaciones pacíficas con los países capitalistas constituye una tarea obligatoria para nosotros.<sup>55</sup>

Y en 1925, explicó que:

El rasgo decisivo, fundamental y novedoso que ha afectado todos los sucesos en la esfera de las relaciones exteriores durante este período, es el hecho de que cierto equilibrio temporal de fuerzas se ha establecido entre nuestro país ... y los países del mundo capitalista; un equilibrio que ha determinado el actual período de "coexistencia pacífica".<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> J.V. Stalin. "Foundations of Leninism" en *Collected Works*, edición de 1953, vol. X, p. 288. cit. por Foy D. Kohler et al., *Op. cit.*, trad. propia, p. 101.

<sup>56</sup> J.V. Stalin. "Political Report of the Central Committee to the 14th Congress of the CPSU", p. 8, cit. por Foy D. Kohler et al., *Op. cit.*, trad. propia, p. 102.

No obstante la similitud de estas circunstancias con respecto al último período de Lenin, el reconocimiento por parte de Stalin de que este estado de cosas perduraría más de lo previsto, lo llevó a desarrollar simultáneamente una nueva doctrina sobre el “socialismo en un sólo país”<sup>57</sup>, misma que opondría a la doctrina de Trotski respecto de la “revolución permanente”, en el marco de la lucha por el liderazgo que se desató tras la muerte de Lenin. En 1905, Trotski había sostenido que, si tenía lugar una revolución en la atrasada Rusia, aunque en una primera etapa se mantuviera como una revolución burguesa antifeudal, pasaría automáticamente al estadio de revolución socialista anticapitalista. Tras la revolución de 1905, Trotski señalaba como requisito para dicha transición el que la revolución interna adoptase un carácter permanente. Lenin, por su parte, se había mostrado renuente a la perspectiva de esta transición, a menos que, como Trotski y él mismo esperaban, la revolución rusa desencadenara la revolución en los países avanzados de Occidente. Con ello, la promoción de la revolución externa adquiría, también, un carácter permanente.

Sin embargo, en 1924, Stalin argumentó que el desarrollo desigual e irregular del capitalismo no sólo implicaba que la revolución pudiera ocurrir en un país antes que en los demás, sino también que el proletariado victorioso de ese país podía y debía comenzar con la construcción de un régimen plenamente socialista. Así pues, el proletariado ruso, aún en ausencia de revoluciones victoriosas en otros países, debía proceder con dicha construcción en la Unión Soviética, a partir de sus propios esfuerzos. En este sentido, Stalin pensaba que la victoria “completa” del socialismo en una Unión Soviética aislada era posible incondicionalmente. No obstante, Stalin admitía que para una victoria “completa y final” del socialismo, para una garantía plena contra la restauración del viejo orden, eran necesarios los esfuerzos conjuntos del proletariado de varios países: mientras no fuera el caso y sin importar qué tan exitosa y cabal fuese la revolución interna, esos logros podían ser anulados en cualquier momento por los enemigos externos de la URSS.

La concepción del socialismo en un sólo país, con su diferenciación entre la victoria completa o interna del socialismo y la victoria final o mundial del comunismo, trajo consigo implicaciones de gran significación, que comenzaban a reflejar la inadecuación de la doctrina marxista. Por una parte, la dependencia de las perspectivas del socialismo en la Unión Soviética respecto de la revolución socialista en otros países había ocupado, hasta ese momento, un lugar central en la doctrina del partido. Ahora, Stalin colocaba al Estado soviético en primer lugar; invertía el orden de prioridad y la relación anteriormente esperada entre la revolución rusa y la revolución mundial: la primera no requeriría más de la segunda, sino al contrario: la revolución rusa sería el comienzo y la premisa de la revolución mundial; le serviría como punto de apoyo para precipitar la victoria del proletariado en otros países; y el apoyo sería mayor si, en vez de esperar que la revolución rusa “vegetara en sus propias contradicciones y se corrompiera mientras llegaba la revolución mundial”<sup>58</sup>, aquélla optaba por establecer y consolidar el socialismo

<sup>57</sup> E.H. Carr. *Op. cit.*, pp. 101-104 pass.

<sup>58</sup> J.V. Stalin. “The october revolution and the tactics of the russian communists (preface to On the road to October) en Leninism, Ed. Lawrence & Wishart, 1940, p. 93. cit. por Margot Light. *Op. cit.* trad. propia. p. 32.

en un sólo país. Por lo tanto, el Estado soviético ya no centraría más su atención primordial hacia el exterior. Ahora Stalin estaba avanzando lentamente hacia la concepción muy diferente de una Rusia autosuficiente, transformada y económicamente independiente gracias a una industria y agricultura modernizadas.

Por otra parte, como sostiene Lynch<sup>39</sup>, esta deslumbrante visión a largo plazo sugería, implícita y contrariamente a la teoría marxista, que las relaciones internacionales persistirían hasta un futuro indefinido. En este sentido, la simple convivencia temporal de la que había hablado Lenin, fue transformada por Stalin en una coexistencia pacífica relativamente prolongada. Si bien esta implicación nunca fue explícitamente reconocida por Stalin como, de hecho, lo comprueban muchas de sus declaraciones sobre la inevitabilidad de la guerra, en opinión de Lynch, la concepción de un mundo donde la Unión Soviética podía sobrevivir, aunque fuera precariamente, durante un futuro indefinido, junto con la convicción estalinista de que eran las relaciones políticas de poder entre los grandes Estados lo que realmente contaba, constituían un indicio de que las relaciones internacionales habían dejado de ser meras subordinadas de la lucha de clases y de las categorías ortodoxas de la economía política soviética. Aunque preservando la tradicional noción marxista de una hostilidad irreconciliable entre las fuerzas del socialismo y las del capitalismo, Stalin injertó a esta noción una concepción de las relaciones internacionales que era fundamentalmente política, más que económica, y que implícitamente refutaba la antigua idea de las relaciones internacionales como un sistema cerrado y, por tanto, con una solución predecible en cualquier momento y lugar.

Así pues, la construcción del socialismo en un solo país únicamente podía convertirse en realidad, si ese país lograba asegurar su supervivencia en un mundo de Estados capitalistas mediante el desarrollo del poder económico necesario para dicha construcción y de un poder militar suficiente para defenderla. La construcción del socialismo en un sólo país se basaba, en otras palabras, en un largo período de coexistencia pacífica. De ahí que Stalin adoptara el sentido instrumental que Lenin le había conferido al término. Así, en 1927, al abordar el tema de las relaciones de coexistencia pacífica, Stalin dijo que:

La cuestión se refiere, obviamente, a los acuerdos temporales con los Estados capitalistas en los campos de la industria, el comercio y, tal vez, en el campo de las relaciones diplomáticas. Pienso que la presencia de dos sistemas opuestos ... no excluye la posibilidad de tales acuerdos. Pienso que tales acuerdos son posibles y convenientes bajo las condiciones de un desarrollo pacífico...

¿Los límites de tales acuerdos? Los límites se encuentran fijados por la oposición de los dos sistemas, entre los que persiste la rivalidad y la lucha. Dentro de los límites permitidos por estos dos sistemas, pero únicamente dentro de estos límites, los acuerdos son totalmente posibles...

---

<sup>39</sup> Allen Lynch *The soviet study of international relations*. Ed. Cambridge University Press. Cambridge, 1987, pp. 18-19 pass

¿Son tales acuerdos tan sólo un experimento o pueden tener un carácter más o menos permanente? Eso no depende solamente de nosotros; también depende de aquellos que acuerdan con nosotros. Eso depende de la situación general. La guerra puede derribar cualquier acuerdo...<sup>60</sup>

El frágil carácter de la coexistencia pacífica que se desprende de esta última observación era acentuado por Stalin cada vez que se deterioraba la situación internacional. Así, por ejemplo, en 1927, cuando la amenaza de guerra parecía mayor, Stalin advirtió que:

Mientras que hace uno o dos años atrás era posible y necesario hablar de un período de cierto equilibrio y 'coexistencia pacífica' entre la URSS y los países capitalistas, hoy tenemos toda razón para afirmar que el período de 'coexistencia pacífica' está quedando en el pasado para dar lugar a un período de agresiones imperialistas y preparativos para una intervención contra la URSS.<sup>61</sup>

A partir de este momento, Stalin comenzó a frenar la línea de coexistencia pacífica y a hablar de un fin de la estabilización temporal del capitalismo, así como de la conformación de una "nueva crisis del capitalismo mundial"<sup>62</sup>. Al mismo tiempo, y sin dejar de ratificar la aplicación firme y sostenida de una política de paz por parte de la Unión Soviética, Stalin utilizó la expectativa de una guerra capitalista contra la URSS para explicar la necesidad de una rápida superación del atraso económico mediante una campaña de industrialización y colectivización forzadas pues, en su opinión, si en un lapso de diez años no lograba alcanzar a los países avanzados, dicho país sería aplastado. La amenaza de guerra fue aprovechada, de paso, para neutralizar a aquellos elementos que aún se oponían al control absoluto de Stalin sobre el Partido y el gobierno soviéticos, y para restablecer plenamente el sistema totalitario que se había relajado con la NPE.

Esta nueva línea quedó reflejada en las tesis adoptadas por el VI Congreso de la Internacional Comunista en 1928, como se observa en una de ellas:

La política internacional de la URSS es una política de paz que corresponde a los intereses de la clase gobernante en la Rusia soviética, esto es, el proletariado. Esta política reúne a todos los aliados de la dictadura proletaria bajo su bandera, proporcionando la mejor base para tomar ventaja de los antagonismos entre los Estados imperialistas. El objetivo de esta política es el de vigilar la revolución internacional y proteger la obra de la construcción del socialismo -cuyo progreso es la revolución del mundo. Su intención es poner de lado el mayor tiempo posible el conflicto con el imperialismo. Respecto de los Estados capitalistas como de sus relaciones mutuas y de las relaciones con sus colonias, esta política implica: una

---

<sup>60</sup> J.V. Stalin. "Interview with American Worker's Delegation". September 9, 1927, *Problems of Leninism* (Moscow: 9th Russian edition, 1932), pp. 280, 287. cit. por Foy D. Kohler et al., *Op. cit.*, trad. propia, p. 23.

<sup>61</sup> J.V. Stalin. "The 15th Congress of the CPSU (B)" en *Works*, vol. 10, Moscow, 1954. p. 295. cit. por Light. *Op. cit.*, trad. propia, p. 32.

<sup>62</sup> J.V. Stalin. "Interview with American Worker's Delegation" en *Problems of Leninism*, p. 287, cit. por Foy D. Kohler et al., *Op. cit.*, trad. propia, p. 24.

oposición a la guerra imperialista, a las predatorias campañas coloniales y al pacifismo que oculta estas campañas...

Esta política es la política leninista de la dictadura del proletariado. Es tan sólo otra forma -y en las condiciones actuales- más ventajosa de lucha contra el capitalismo; una forma que la URSS ha empleado en forma consistente desde la Revolución de octubre.<sup>63</sup>

De la cita anterior se puede inferir, entonces, que Stalin conservó el carácter táctico que Lenin le había conferido anteriormente a la coexistencia pacífica. Como antaño, la intención era la de aprovechar las contradicciones intrainperialistas y aplazar la guerra lo más posible mientras se desarrollaba el poder militar y económico que colocaría a la URSS en una mejor posición para cuando finalmente estallara la guerra. Otra continuidad con respecto al período de Lenin era la idea de que la coexistencia pacífica trasladaba el conflicto capitalista/socialista hacia esferas no militares. Si bien se hizo énfasis en la inevitabilidad de la guerra, se insistió en que la política soviética de paz resultaba esencial para proteger la revolución internacional y permitir la construcción del socialismo, sin que ello implicara una reconciliación con el capitalismo. Se trataba, por el contrario, de otra forma de lucha, más favorable contra este último.

Pero no obstante la línea dura asumida por Stalin en 1927 y la política ultrarrevolucionaria adoptada por la Internacional Comunista en 1928, la coexistencia pacífica comenzó a ser vista como un estado de cosas que persistiría "hasta el momento en que la historia llevase a cabo su tarea"<sup>64</sup>, y durante el período que va de 1928 hasta mediados de 1934, dicha política se mantuvo activa. Durante esta época comenzó a surgir una preocupación respecto del creciente desarreglo económico y político al interior del campo capitalista, expresado por la Gran Depresión de 1929, la incursión de los japoneses en Manchuria en 1931, así como el ascenso de Hitler al poder en 1933; señales cada vez más evidentes de que una nueva guerra entre las potencias capitalistas se encontraba en puerta.

La Unión Soviética continuó expresando su deseo de paz y, en diversas ocasiones, mostró evidencias de que en verdad quería evitar ser involucrada en cualquier guerra que pudiera estallar en el futuro. En este sentido, en un esfuerzo por proteger a la economía soviética de las consecuencias dañinas de futuras sanciones económicas y del creciente proteccionismo, se lanzaron durante esta época una serie de propuestas para un pacto de no agresión económica, cuyo elemento esencial era la aceptación del principio de "coexistencia pacífica de todas las naciones, sin importar sus sistemas sociales, políticos y económicos"<sup>65</sup>.

---

<sup>63</sup> "Theses of the VI World Congress of the Communist International". International Press Correspondence, Nº 84, November 28, 1928, p. 1590, cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.*, trad. propia, p. 102.

<sup>64</sup> X.J. Eudin y R.M. Slusser en *Soviet foreign policy 1928-1934: Documents and Materials*, vol. 2, 1967, p. 437, cit. por Light. *Op. cit.*, trad. propia, p.33

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 43.

Sin embargo, en el fondo Stalin no creía que la URSS lograría refugiarse cómodamente en un estado de aislamiento mientras sus enemigos se aniquilaban unos a otros. La seguridad soviética se veía directamente amenazada, pues sería virtualmente inevitable que, una vez iniciadas las hostilidades entre las mismas naciones capitalistas, la guerra se extendiera más allá de sus confines iniciales para abarcar también a la Unión Soviética.

Para mediados de los años treinta esta preocupación por la seguridad de la nación soviética comenzó a disimularse cada vez menos; los intereses de la revolución internacional y de las clases oprimidas en otros países, ahora eran considerados idénticos a los de la Unión Soviética. Al respecto, Stalin subrayó que “nuestra orientación en el pasado y nuestra orientación en la época presente es hacia la URSS y solamente hacia la URSS. Y si los intereses de la URSS exigen un acercamiento con uno u otro país que no esté interesado en alterar la paz, seguimos este paso sin vacilación”<sup>66</sup>.

Era el poder soviético el que servía al interés nacional y, por lo tanto, al interés internacional de la clase trabajadora. A la Internacional Comunista se le explicó que “el rápido crecimiento del poder de la Unión Soviética ha constituido, hasta ahora, el principal obstáculo, aunque no el único (las contradicciones entre los países imperialistas también son importantes) que ha frenado a los imperialistas de emprender un ataque contra el país de la dictadura proletaria”<sup>67</sup>.

El poder soviético comenzaba a ser presentado, así, como un medio de disuasión, aunque de naturaleza ambigua: el futuro colapso del capitalismo sería provocado no tanto por sus contradicciones internas como por el creciente poderío soviético. No obstante, dicho poder no sería utilizado activamente para producir el colapso del capitalismo. Por el contrario, sería una fuerza para la paz; disuadiría a los imperialistas de un ataque al socialismo y, tan solo por su existencia, estimularía el cambio revolucionario al interior de las sociedades capitalistas.

Sin embargo, a medida que se deterioraba la situación internacional y se evidenciaban los peligros del nazismo ante la dirigencia soviética, ésta comenzó a buscar un medio para mantener a la URSS al margen de la guerra inminente, iniciándose, así, una nueva etapa en la evolución de la coexistencia pacífica. Para contener al fascismo se requería de un sistema de seguridad colectiva, y en la campaña soviética para establecer dicho sistema de seguridad, comenzó a utilizarse el llamado a una coexistencia pacífica; ésta se convertiría en un medio apropiado para demostrar que la Unión Soviética era un aliado confiable. Pero el tipo de coexistencia pacífica que se necesitaba en el contexto de una búsqueda de seguridad colectiva, requería de una distinta acentuación de sus elementos, con respecto al pasado. Por una parte, Stalin comenzó a hacer mayor énfasis en la evitabilidad de la guerra que en su inevitabilidad. Los miembros de la Internacional Comunista recibieron instrucciones de abandonar los programas revolucionarios y de construir un frente único

<sup>66</sup> J.V. Stalin. “Report on the Work of the Central Committee to the Seventeenth Congress of the CPSU (B)” en Bruce Franklin. *The essential Stalin: major theoretical writings, 1905-52*, 1973, pp. 224-43, cit por Light. *Op. cit.*, trad. propia, p. 262

<sup>67</sup> X. J. Eudin y R.M. Slusser. *Op. cit.*, p. 555, cit por Light. *Op. cit.*, p. 262.

para la defensa de la Unión Soviética. Cabe mencionar que, en opinión de Lynch<sup>68</sup>, al subordinar el elemento de clase, al contener al proletariado revolucionario en los países desarrollados e ignorar al mundo subdesarrollado, Stalin parecía centrar su atención en los Estados capitalistas, de lo que se infiere que las relaciones exteriores de la Unión Soviética constituían esencialmente una derivación de las relaciones interestatales más que una derivación del carácter socioeconómico del orden socialista de la Unión Soviética.

Por otra parte, como sostiene Light<sup>69</sup>, como instrumento en esta campaña, la coexistencia pacífica debía aplicarse, por fuerza, a algo más que las relaciones económicas entre diferentes sistemas de propiedad. Así, en 1934, el comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, Litvinov, señalaba la relación existente entre las diversas naciones que conformaban la Unión Soviética como el mejor ejemplo de coexistencia pacífica y confirmaba la convicción de la URSS de que era posible alguna forma de asociación entre Estados con diferentes sistemas sociales y políticos “en tanto no existiera una mutua hostilidad y si se trataba de alcanzar objetivos comunes”<sup>70</sup>. Litvinov basó la colaboración de la Unión Soviética con otros países, así como la participación de ésta en la Sociedad de Naciones, en el principio de coexistencia pacífica de los dos sistemas, y definió las condiciones políticas necesarias para una exitosa coexistencia pacífica como “la recíproca no interferencia en los asuntos internos de los Estados y, en segundo lugar, la existencia de objetivos comunes”<sup>71</sup>. La contradicción inherente a la coexistencia pacífica entre esta colaboración y el conflicto inevitable entre los dos sistemas fue advertida por Molotov, sin intentar explicarla:

En el complejo sistema internacional se observa en forma simultánea una rivalidad y una colaboración entre dos sistemas sociales opuestos. Podría objetarse que tal afirmación resulta contradictoria, pero corresponde al actual estado de cosas. Está teniendo lugar una rivalidad o, si lo desean, una lucha; pero al mismo tiempo, y bajo formas siempre novedosas, se está desarrollando una colaboración entre la URSS y diversos países capitalistas.<sup>72</sup>

Estas formas de colaboración entre los dos sistemas incluyeron relaciones comerciales y cooperación para el mantenimiento de la paz, la firma de tratados bilaterales de seguridad con los gobiernos capitalistas de Francia y Checoslovaquia y, para 1939, se habían ampliado lo suficiente como para incluir el Pacto Hitler-Stalin de no agresión que, en opinión de Molotov, “dado que satisface los intereses de la URSS ... está de conformidad con nuestro principio de coexistencia pacífica”<sup>73</sup>. En junio de 1941, contraviniendo el Pacto de no agresión, Hitler atacó a la Unión Soviética, poniendo así fin al largo período

<sup>68</sup> Allen Lynch, *Op cit.*, pp 18-19 pass

<sup>69</sup> Margot Light, *Op cit.*, pp 34 - 35 pass

<sup>70</sup> M. Litvinov, “Speech at the League Assembly on the entry of the USSR into the League of Nations” en Jane Degras, *Soviet Documents on Foreign Policy*, Vol. 3, 1953, p 92, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p 34

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 35

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 35

de coexistencia pacífica de que ésta había disfrutado desde 1921, para dar paso a la guerra inevitable tan largamente predicha y, aún así, tan inesperada cuando finalmente sobrevino. La guerra que, desde su inicio, había sido clasificada por los soviéticos como una guerra injusta, predatoria e imperialista, se había convertido ahora en una guerra justa por parte de las fuerzas anti-fascistas contra la amenaza de la agresión nazi. Para cuando las acciones alemanas y, posteriormente, japonesas llevaron a la URSS y a las democracias occidentales a la conformación de una alianza, la coexistencia pacífica se había vuelto lo suficientemente flexible como para explicar tanto el pacto nazi-soviético de 1939, cuando se rompieron las negociaciones con Gran Bretaña y Francia, así como la cooperación con estos mismos países y con EE.UU., tras el ataque alemán a la URSS en 1941. El período de la posguerra comenzó con un número de serias diferencias que, al crecer y multiplicarse, condujeron al reemplazo de la alianza por la guerra fría.

Después de la II Guerra Mundial, comenzó a registrarse un cambio respecto de la forma en que solía explicarse la coexistencia pacífica; cambio que, por otra parte, obedecía a una nueva percepción de la posición de la Unión Soviética en el sistema internacional, como resultado de su actuación en la guerra. Se hacía referencia a “los enormes cambios en la correlación de fuerzas entre los Estados, entre la democracia y la reacción, así como entre las clases, que han tenido lugar en la arena internacional y al interior de determinados países durante el curso de la II Guerra Mundial, de alcances sin precedente, y como resultado de la misma”<sup>74</sup>. La alterada correlación entre el sistema capitalista y el socialista, a favor de este último, era explicada en función del papel desempeñado por la Unión Soviética en la derrota militar de los Estados fascistas, pero también se consideraron otros factores como, por ejemplo, el retiro del sistema capitalista por parte de las democracias populares, que había dado inicio a la segunda etapa de la crisis general del capitalismo (la primera había ocurrido durante la I Guerra Mundial, cuando Rusia se declaró socialista). Dado que estos países representaban “nuevos eslabones”<sup>75</sup> que se habían desprendido de la cadena capitalista, el campo imperialista se había vuelto más débil. Sin embargo, las nuevas democracias populares y el movimiento de liberación nacional fueron considerados tanto la causa como el efecto de la cambiante correlación: por un lado, formaban parte del cambio detectable en la correlación de fuerzas y, por el otro, el cambio que ya había tenido lugar, esto es, el crecimiento del poder del Estado soviético, los había hecho posible, como se desprende del análisis de Zhukov, quien atribuía los avances del movimiento de liberación nacional a “los cambios a nivel mundial en la correlación de fuerzas de clase, a favor de la democracia y del socialismo y en detrimento del imperialismo. Es resultado de un incremento en el poder de la URSS”<sup>76</sup>. Cabe notar, aquí, la percepción del cambio en la correlación de fuerzas en términos de suma cero: todo aquello que debilitaba al capitalismo, contribuía al fortalecimiento del socialismo, y todo incremento en el poder soviético implicaba una pérdida equivalente de poder en el campo capitalista. A la vez, este proceso de cambio que había cobrado impulso con la II Guerra Mundial, continuaría en forma inexorable

<sup>74</sup> I. Lenin. “Mirovoe khozyaistvo i mirovaya politika”, pp. 21-22, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 265.

<sup>75</sup> E. A. Korovin. “Mezhdunarodnoe pravo”, p. 590, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 266

<sup>76</sup> E. M. Zhukov. “Voprosy ekonomiki”, p. 56, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 267

conforme a las leyes del desarrollo histórico, como se desprende de la siguiente declaración de Malenkov:

los hechos demuestran que como resultado de la I Guerra Mundial, Rusia se separó del sistema capitalista, y que, como resultado de la II Guerra Mundial, toda una serie de países en Europa y Asia se separaron del sistema capitalista. Hay toda razón para creer que una III Guerra mundial causaría el colapso del sistema capitalista mundial.<sup>77</sup>

Así pues, si durante la dirigencia de Lenin el origen de la coexistencia pacífica fue explicado en función del afán de lucro de los capitalistas, mismo que superaba sus intereses ideológicos, durante la Guerra Fría, la explicación de su origen se centró más en la forma como había sido impuesta al capitalismo, debido a su propia impotencia, por una parte, y al fortalecimiento del socialismo, por la otra. La coexistencia pacífica se había vuelto posible por el conflicto intrainperialista; por el conflicto entre los Estados imperialistas y las colonias; por el crecimiento del movimiento revolucionario al interior de los países capitalistas. La debilidad que estos desarrollos habían provocado en el campo capitalista, así como el poderío del proletariado soviético, su éxito en la edificación del socialismo y la fuerza organizada del ejército soviético, obligaban al campo capitalista a aceptar la coexistencia pacífica. Un temor frente al poderío soviético más que un interés en los negocios era lo que ahora motivaba dicha coexistencia.

Paralelamente a esta nueva percepción, se procedió a recuperar algunos elementos que habían sido temporalmente relegados durante la década de los treinta, cuando la Unión Soviética se mostraba interesada por lograr un acuerdo de seguridad colectiva. El tema del conflicto entre los dos sistemas irreconciliables comenzó a ocupar nuevamente un lugar central en los discursos públicos. El mismo Stalin dio el tono en su discurso de precandidatura en febrero de 1946:

Sería un error asumir que la II Guerra Mundial fue un acontecimiento casual o el resultado de los errores de ciertos gobernantes, si bien indudablemente se cometieron errores. En realidad, la guerra fue el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas económicas y políticas del mundo sobre la base del capitalismo monopolista moderno. Los marxistas han declarado más de una vez que el sistema capitalista de la economía mundial alberga elementos de crisis generales y conflictos armados y que, por tanto, el desarrollo del capitalismo mundial en nuestra época no procede bajo la forma de fluidez y de progreso, sino a través de crisis y catástrofes militares.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> G.M. Malenkov "Report of the Central Committee of the All-Union Communist Party (Bolshevik) to the 19th Party Congress" en L. Grulow, *Current Soviet Policies I*, Ed. Praeger, 1953, p. 106, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 267.

<sup>78</sup> J.V. Stalin "Pre-election Speech", Pravda, 10 de febrero de 1946, cit. por Foy D. Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, p. 27

A partir de este momento, diversas personalidades encabezadas por Andrei Zhdanov, miembro del Politburó, se dedicaron a desarrollar el tema de la división definitiva del mundo en dos campos hostiles. El discurso que este último pronunció con motivo de la fundación de la Cominform, en 1947, fue característico:

Los cambios fundamentales ocasionados por la guerra en el escenario internacional y en la posición de países individuales han modificado completamente el panorama político del mundo. A surgido una nueva constelación de fuerzas políticas. A medida que la guerra va quedando en el pasado se pueden distinguir mejor las dos principales tendencias en la política internacional de posguerra, en correspondencia con la división de las fuerzas políticas que operan en la arena internacional en dos campos principales; el campo imperialista y anti-democrático, por una parte, y el campo anti-imperialista y democrático, por la otra. La principal fuerza impulsora del campo imperialista es EE.UU. [...] El objetivo central del campo imperialista es el de fortalecer el imperialismo, fraguar una nueva guerra imperialista, combatir el socialismo y la democracia, y apoyar en cualquier parte regímenes y movimientos profascistas reaccionarios y anti-democráticos ... Las fuerzas anti-fascistas comprenden al segundo campo. Este campo tiene su base en la URSS y en las nuevas democracias. Incluye, asimismo, a países que han roto con el imperialismo y han dado un paso firme hacia el camino del desarrollo democrático, tales como Rumania, Hungría y Finlandia. Indonesia y Vietnam se encuentran asociados a él; cuenta con la simpatía de la India, Egipto y Siria. El campo anti-imperialista cuenta con el respaldo del movimiento obrero y democrático, así como de los fraternos partidos comunistas en todos los países, de quienes luchan por la liberación nacional en las colonias y dependencias, de todas las fuerzas progresistas y democráticas en cada país ...<sup>79</sup>

Al mismo tiempo que se recuperaba el elemento conflictivo, se recobró también la noción según la cual el conflicto entre los sistemas opuestos se trasladaba a otras esferas, esto es, que la confrontación militar asumiría la forma de una competencia pacífica en el ámbito económico. El aspecto competitivo de la coexistencia pacífica recibió gran aceptación entre los soviéticos, pues demostraría la superioridad del sistema económico socialista, como se desprende de las palabras de Seleznev: "tenemos la seguridad de que en condiciones de coexistencia pacífica de los dos sistemas y en condiciones de competencia pacífica, el sistema económico socialista debe salir victorioso"<sup>80</sup>. Y en opinión de Molotov, dicha competencia permitiría a los Estados individuales realizar su inherente potencial y gozar de una "más estrecha y comprehensiva cooperación recíproca"<sup>81</sup>. Este último aspecto -el de la reciprocidad de la cooperación pacífica- también comenzó a ser destacado por Zhdanov y Malenkov, quienes insistían en que la coexistencia solamente podía tener como base la observancia del principio de reciprocidad y el cumplimiento de

<sup>79</sup> A.A. Zhdanov "Report delivered at Founding Meeting of the Cominform. On the International Situation", Moscow, Gospolitizdat, 1947, cit. por Foy D. Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, pp.103-104.

<sup>80</sup> I.A. Seleznev "Voprosy filosofii", p. 31, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 39.

<sup>81</sup> V.M. Molotov. *Problems of Foreign Policy: Speeches*, p. 263, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 38.

las obligaciones concertadas. Este último expresó en 1952, en el marco del XIX Congreso del PCUS, el interés de la Unión Soviética por desarrollar la cooperación internacional, particularmente con EE.UU., Gran Bretaña y Francia; basaba el compromiso soviético con la paz y la seguridad en el supuesto conforme al cual:

La coexistencia pacífica del capitalismo y el comunismo y la cooperación son bastante posibles, partiendo de un mutuo deseo de cooperación, de una disponibilidad para ejecutar los compromisos concertados y de la observancia del principio de equidad y no interferencia en los asuntos internos de otros Estados. La Unión Soviética siempre se ha pronunciado, y se pronuncia ahora, por el desarrollo del comercio y la cooperación con otros países, sin consideración a diferencias en los sistemas sociales. El Partido seguirá con esta política sobre la base del mutuo beneficio.<sup>82</sup>

Pero en esta ocasión Malenkov retomó nuevamente el argumento económico para explicar la razón por la que dicha coexistencia pacífica sería una política racional a seguir por los Estados burgueses: en vez de requerir una creciente producción de armamento, la industria capitalista se mantendría ocupada por la expansión del comercio con los países socialistas. En opinión de Light<sup>83</sup>, esta última exposición revela la contradicción esencial que siempre había estado presente en la concepción soviética de la coexistencia pues, si bien es evidente que la paz proporciona las condiciones más favorables para la construcción del socialismo, también lo es que la misma retarda la revolución internacional:

Si la guerra expone y agrava el conflicto endémico al interior de la sociedad burguesa, acelerando la desintegración que eventualmente causa el colapso del capitalismo, es lógico suponer que la paz debe retardar este proceso que promueve el establecimiento más rápido del socialismo. En otras palabras, la paz no solamente proporciona las condiciones favorables para la construcción del socialismo; prolonga, asimismo, las condiciones bajo las cuales el capitalismo se puede consolidar a sí mismo.<sup>84</sup>

De manera que, si Malenkov estaba en lo correcto cuando afirmó que la coexistencia pacífica era buena para la economía capitalista al permitirle un pleno empleo sin requerir de la expansión de la industria de armamentos, entonces dicha coexistencia también debía alejar el peligro de las crisis económicas que, conforme a la teoría marxista clásica, precipitan el momento en que las revoluciones se hacen inevitables.

Así pues, a pesar de la hostil e implacable retórica de este período, el compromiso soviético con la coexistencia pacífica siguió siendo articulado en forma regular.

---

<sup>82</sup> G M. Malenkov. "Report of the Central Committee of the All-Union Communist Party (Bolshevik) to the 19th Party Congress", en L. Grulow. *Current Soviet Policies I*. Ed Praeger, pp 99-124, cit. por Light, *Op cit.*, trad. propia, p. 39.

<sup>83</sup> Margot Light, *Op cit.*, pp. 39-40 pass

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 40

Paralelamente a las declaraciones relativas a la división del mundo en dos campos, al cerco crecientemente peligroso del campo socialista y a la naturaleza agresiva del imperialismo, los pronunciamientos públicos sobre la política exterior soviética solían contener alguna referencia respecto al hecho de que la coexistencia pacífica era, y siempre había sido, un principio fundamental de dicha política exterior. Mas por lo general, estas referencias eran hechas en un contexto de polarización extrema que describía el “pacifismo” de la Unión Soviética y sus aliados en contraste con el “belicismo” del campo imperialista. En el último pronunciamiento público poco antes de su muerte, Stalin congeló esta concepción bipolar, extendiéndola a las esferas económica y política:

La desintegración de un mercado mundial universal y único debe considerarse la consecuencia económica más importante de la II Guerra Mundial. Esta circunstancia determinó un mayor agravamiento de la crisis general en el sistema capitalista mundial. La II Guerra Mundial fue en sí generada por esta crisis. Cada una de las dos coaliciones capitalistas que pelearon durante la guerra se proponía la anulación del enemigo y la dominación mundial. Buscaron este camino para salir de la crisis. Estados Unidos esperaba derribar a sus competidores más peligrosos -Alemania y Japón-, conquistar mercados externos y materias primas, y obtener la dominación mundial. Sin embargo, la guerra no logró justificar dichas esperanzas. Es cierto que Alemania y Japón fueron derribados como competidores de los tres principales países capitalistas -Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia-, pero al mismo tiempo, China y las otras democracias populares europeas se liberaron del sistema capitalista para formar junto con la Unión Soviética un poderoso y unido campo socialista opuesto al campo del capitalismo. El resultado económico de la existencia de dos campos opuestos fue la desintegración de un mercado mundial único y universal, surgiendo, en consecuencia, dos mercados mundiales paralelos, igualmente contrapuestos ... De ahí se sigue ... que la esfera de explotación de los recursos mundiales por parte de los principales países capitalistas (EE.UU., Gran Bretaña, Francia) no se ampliará, sino que se contraerá; que las condiciones del mercado mundial se deteriorarán para estos países y que su número de empresas operando a una capacidad inferior se multiplicará. Esto es esencialmente lo que constituye el agravamiento de la crisis general en el sistema capitalista mundial debido a la desintegración del mercado mundial.<sup>85</sup>

Sin embargo, desde mediados de la década de 1940 en adelante, diversos funcionarios y analistas soviéticos comenzaron a poner en duda los postulados centrales de la visión estalinista del mundo y de la política internacional. Sucesos de gran trascendencia habían tenido lugar en la Unión Soviética, en los Estados capitalistas y en el sistema político internacional, a raíz de la II Guerra Mundial y de los trastornos que le precedieron: la alianza sovieto-occidental durante la última fase de la guerra, la extensión del comunismo a Europa oriental y China durante la posguerra, la fuerte contracción del poderío de los

---

<sup>85</sup> J.V. Stalin. “Economic Problems of Socialism in the USSR”, *Bolshevik* (ahora *Kommunist*), N° 18, Septiembre 1952, cit. por Foy D. Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, pp. 104-106.

principales rivales europeos de la Unión Soviética, así como la adquisición, por parte de esta última, de armas atómicas y de su condición de superpotencia. Todo ello obligaba a un replanteamiento de las concepciones básicas respecto de las relaciones Este-Oeste, pues, a la luz de dichas transformaciones, muchos habían dejado de creer en la continua existencia del cerco capitalista, en la inevitabilidad de la guerra, en la incompatibilidad fundamental de los dos sistemas. Como sugiere Lynch<sup>86</sup>, se trataba, en el fondo, de un debate incipiente respecto del grado de complejidad y alimentación empírica que debía poseer el modelo soviético de las relaciones internacionales pues, para algunos, el enfoque tradicional había dejado de reflejar adecuadamente la realidad, situación que minaba los esfuerzos por proteger la seguridad e intereses soviéticos.

El caso más notable se refiere al análisis del economista soviético Y. Varga respecto de la perspectiva de supervivencia del capitalismo. Las tres ideas centrales de Varga eran las siguientes: que el capitalismo se estabilizaría a sí mismo, al menos por un período de diez años, a consecuencia de una intervención estatal o planeación en la economía, experiencia que había sido adquirida durante la guerra (algo que el marxismo tradicional había considerado imposible); que la naturaleza de los sistemas políticos de las democracias capitalistas occidentales, en especial de Gran Bretaña y EE.UU., era tal que permitía la introducción de reformas socialistas sin necesidad de recurrir a la violencia y, finalmente, que la guerra tanto entre países capitalistas como entre el capitalismo y el socialismo, no era inevitable.

En opinión de Varga, en las sociedades de los países capitalistas que habían luchado durante la guerra se habían producido cambios profundos y complejos. Uno de ellos era consecuencia de la sistemática intervención del Estado en la economía: una menor dificultad en la realización de la ganancia. De este modo, el Estado burgués había pasado a representar los intereses de toda la burguesía como clase, surgiendo en el proceso el fenómeno completamente novedoso del capitalismo monopolista y militar de Estado, lo que planteaba la posibilidad de una economía parcialmente estable, al menos en el futuro cercano. Esta probable estabilización de las más avanzadas economías capitalistas contaba con el respaldo de una concentración y centralización sin precedentes del capital, de un gran incremento en la productividad laboral y de las perspectivas de aplicación pacífica de la energía atómica. La mejorada capacidad productiva de EE.UU., en particular, le proporcionaba una base sólida para el progreso económico a corto plazo. Dicho desarrollo económico podía ser relativamente estable pues, ahora, los gobiernos capitalistas se mostraban seriamente comprometidos con la planeación capitalista, tanto en el ámbito interno como a nivel internacional. Por tal motivo, según Varga, sería erróneo asumir una repetición de la catástrofe económica que siguió a la I Guerra Mundial: las condiciones habían cambiado demasiado para ello.

Las implicaciones políticas del análisis de Varga eran evidentes: los países capitalistas continuarían existiendo por un futuro previsible e, incluso, registrarían cierto progreso, lo que significaba que la guerra no estaría más al servicio inevitable de la revolución. La

---

<sup>86</sup> Allen Lynch, *Op.cit.*, pp. 20-24 pass.

incógnita era la forma que asumirían las relaciones entre los Estados, particularmente entre los mismos Estados capitalistas, por una parte, y entre los Estados capitalistas y socialistas, por la otra. Al abordar esta cuestión, Varga se mostró cuidadoso al hacer una distinción entre el carácter de las políticas de los Estados capitalistas avanzados y el de las aplicadas anteriormente por el fascismo. Sugirió que la democracia "burguesa" contenía una porción considerable de la auténtica democracia, que abría vías de influencia sobre la opinión pública en los países capitalistas avanzados a favor de un mejoramiento de las relaciones con la Unión Soviética. Las relaciones de tensión, sin mencionar ya la guerra, no eran de manera alguna resultados predeterminados. Las perspectivas para un desarrollo pacífico de las relaciones entre la URSS y Occidente, incluyendo la inversión externa en la Unión Soviética para fines de reconstrucción, se verían reforzadas por el imperativo geopolítico de cooperación entre los aliados para prevenir el resurgimiento del fascismo. Por tanto, concluía Varga,

Las relaciones de los países capitalistas con la Unión Soviética no serán como aquellas del período de la pre-guerra ... Los gobiernos capitalistas, considerando las fuerzas de la democracia y con la demostración en la II Guerra Mundial del poderío militar de la Unión Soviética, no decidirán con ligereza embarcarse en una confrontación militar. Ante la nueva organización internacional para la preservación de la paz, se plantea la tarea de no permitir que las diferentes contradicciones se desborden hacia la lucha militar.<sup>87</sup>

En una obra posterior, Varga trasladó el colapso del capitalismo hacia un futuro cada vez más distante, reconociendo, con ello, los cambios que había atravesado el capitalismo en el transcurso del Siglo XX. Los dogmas férreamente sostenidos fueron refutados: la II Guerra Mundial, por ejemplo, había representado el último período en que las contradicciones interimperialistas eran mayores que las existentes entre los dos sistemas. Varga reconoció que la existencia de un poderoso bloque dirigido por los soviéticos y con probabilidad, incluso, algunas de sus políticas, contribuían decisivamente a la mayor armonía que caracterizaba las relaciones intercapitalistas en el mundo de posguerra. Asimismo, llamó la atención sobre el prolongado período de crecimiento económico capitalista sobre la base de una extraordinaria ampliación del mercado capitalista y la ausencia de una crisis mundial de sobreproducción hasta 1957-58, concluyendo que ello implicaba un futuro relativamente estable y próspero para las economías capitalistas. Por lo tanto, la intervención gubernamental en la economía seguiría siendo una herramienta eficiente para la estabilización económica. Añadió que los cambios externos traídos por la descolonización difícilmente afectarían dicha evolución, atribuyéndolo, en parte, a los mecanismos del neocolonialismo pero, sobre todo, a la capacidad de los países capitalistas para explotar de forma más intensiva sus mercados internos. También era falsa la afirmación de que las economías capitalistas no podían existir sin enormes gastos militares pues, en su opinión, los problemas políticos planteaban al imperialismo una mayor dificultad que los problemas económicos.

---

<sup>87</sup> Y. Varga, *Changes in the Economy of Capitalism as a Result of the Second World War*. Politicheskaya Literatura, Moscú, 1946, p. 319, cit. por Lynch, *Op. cit.*, trad. propia, p. 22.

No obstante que el análisis de Varga representaba una lectura más compleja y útil de la nueva realidad internacional, éste fue obligado a retractarse de sus posiciones. Stalin había decidido aferrarse a la tradicional crítica bolchevique del imperialismo, desestimando, así, la trascendencia de los cambios ya mencionados. Para 1952 aún sostenía que el colapso capitalista era inminente y que las probabilidades de guerra eran mayores entre los Estados capitalistas que entre el socialismo y el capitalismo, pese a que las contradicciones entre estos dos últimos sistemas eran mayores, en teoría, que no en los hechos, como lo había demostrado la II Guerra Mundial. Con respecto a la discusión de si las guerras entre países capitalistas aún debían contemplarse como algo inevitable, expuso:

Algunos camaradas afirman que, como consecuencia del desarrollo de las condiciones internacionales tras la II Guerra Mundial, las guerras entre los países capitalistas han dejado de ser inevitables. Ellos consideran que las contradicciones entre el campo del socialismo y el campo del capitalismo son mayores que las contradicciones entre los países capitalistas; que EE.UU. ha puesto a los demás países capitalistas lo suficientemente a su servicio como para impedirles hacerse la guerra uno al otro y debilitarse entre sí; que personas progresistas del capitalismo han aprendido lo suficiente de dos guerras mundiales que infligieron un daño serio a la totalidad del mundo capitalista como para permitirse arrastrar nuevamente a los países capitalistas a la guerra entre sí mismos; que, en vista de todo lo anterior, las guerras entre los países capitalistas han dejado de ser inevitables. Estos camaradas están equivocados. Ellos ven las apariencias externas que relumbran en la superficie, pero fallan en reconocer esas fuerzas profundas que, si bien en el presente operan en forma imperceptible, habrán de determinar no obstante el curso de los acontecimientos ... Se ha dicho que las contradicciones entre el capitalismo y el socialismo son mayores que las contradicciones entre los países capitalistas. En teoría lo anterior es cierto. Es cierto no solamente ahora, en el momento presente, sino que también lo era con anterioridad a la II Guerra Mundial. Y esto lo habían entendido, en mayor o menor medida, los líderes de los países capitalistas. Y, aún así, la II Guerra Mundial no comenzó con una guerra contra la URSS, sino con una guerra entre los países capitalistas.<sup>88</sup>

En opinión de Stalin, la guerra entre el socialismo y el capitalismo era evitable, en primer lugar, porque la guerra con la URSS, como país socialista, resultaba mucho más peligrosa para el capitalismo que una guerra entre países capitalistas, pues, si esta última planteaba únicamente la cuestión de la supremacía de determinados países capitalistas sobre otros países capitalistas, la guerra con la URSS, en cambio, necesariamente planteaba la cuestión de la existencia del capitalismo en sí; en segundo lugar, porque los capitalistas reconocían la política de paz de la Unión Soviética y sabían que ésta, por sí misma, jamás los atacaría.

---

<sup>88</sup> J V Stalin. *Economic Problems of Socialism in the USSR*. Bolshevik (ahora *Kommunist*). N° 18, septiembre de 1952, cit. por Foy D. Kohler. *Op cit.*, trad. propia, pp 105-106.

Para Stalin, si bien las acciones efectuadas por el movimiento pacífico podían traer como resultado la prevención de guerras particulares, aquellas resultaban insuficientes para eliminar en su conjunto la inevitabilidad de las guerras entre países capitalistas, pues, al persistir el imperialismo y retener el poder, la inevitabilidad de las guerras también persistía: para poder eliminar la inevitabilidad de las guerras, el imperialismo debía ser destruido.

La insistencia de Stalin por preservar las fundamentales nociones bolcheviques respecto del imperialismo, pese a su creciente inadecuación ante la evidencia de los cambios ya mencionados, puede ser atribuida, en gran parte, a la necesidad de justificar el mantenimiento continuo de un aparato estatal operado por una privilegiada burocracia de Partido. Resulta irónico que en 1939, reprochando a los ideólogos soviéticos su inercia y su apego a las soluciones prescritas por los autores clásicos del marxismo, como si éstos hubiesen podido prever los virajes de la historia, Stalin<sup>89</sup> procediera a revisar la teoría del Estado de Engels para adaptarla a las condiciones, ya referidas, de la década de los años treinta. Tras señalar que el Estado burgués tenía funciones coercitivas tanto internas como externas, declaró que, después de 1917, el nuevo Estado proletario había desempeñado, de manera similar, la función interna de suprimir a las clases derrocadas y la función externa de defender al país de la agresión externa. Agregó que las clases explotadoras ya habían desaparecido y, por tanto, el Estado soviético había dejado de contar con una función interna. Pero la función externa permanecía y continuaría siendo vital hasta que se hubiese eliminado el cerco capitalista y no existiese más el peligro de un ataque militar del exterior. Para llevar a cabo esa función externa, decía Stalin, se requería de un ejército, de una armada, de órganos punitivos y de servicios de inteligencia.

Así pues, la realidad subyacente era la de una dictadura revolucionaria de Partido que, habiendo ejecutado su programa original, contribuyendo con ello al surgimiento de una clase privilegiada, estaba sujeta a desaparecer tarde o temprano. Por lo tanto, a fin de preservar la función externa del Estado y, con ella, la continuidad del grupo en el poder (la función interna ya había sido asegurada al asignarle al Estado una función de continua transformación económica desde arriba, aunada a su finita tarea revolucionaria), era necesario preservar la tradicional visión bolchevique respecto del imperialismo. De ahí que la extensión del socialismo a Europa oriental y China tras la guerra, así como otros fenómenos ya mencionados, cambiaran poco la imagen soviética de un mundo socialista asediado y amenazado por un imperialismo implacablemente hostil; de ahí que, en 1951, uno de los órganos de difusión con mayor autoridad ideológica en la URSS, declarara que:

el establecimiento de democracias populares en una serie de países contiguos a la URSS, ha sido erróneamente interpretado por algunos camaradas como la

---

<sup>89</sup> Ver "Report on the Work of the Central Committee to the Eighteenth Congress of the CPSU(B)" en Bruce Franklin, *The Essential Stalin: Major Theoretical Writings, 1905-52*, Ed. Croom Helm, 1973, pp. 659-662, cit. por Light, *Op. cit.*, p. 261 pass.

liquidación del cerco capitalista. Aparentemente estos camaradas contemplan el cerco capitalista como un concepto puramente geográfico, lo que, por supuesto, es totalmente incorrecto.<sup>90</sup>

El cerco capitalista es una expresión política. El camarada Stalin ha afirmado que no es posible considerar que el cerco capitalista es un concepto geográfico.<sup>91</sup>

Así pues, a pesar de las voces que comenzaron a cuestionar la validez y utilidad del análisis de Stalin, en tanto éste siguiera con vida, no habría otra opción que la de alinearse y aceptar su rígida visión del mundo.

#### **4. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Jruschov.**

Durante el régimen de Jruschov tres factores influyeron decisivamente en la evolución del concepto soviético de coexistencia pacífica: las transformaciones internas y externas, el reconocimiento de la capacidad destructiva de las armas nucleares y los efectos de la expansión del sistema socialista.

##### **I. Transformaciones internas y externas.**

Como ha podido constatarse hasta ahora, la doctrina de coexistencia pacífica fue evolucionando en estrecha vinculación con los requerimientos de las distintas fases de formación social de la Unión Soviética. En cada una de estas fases predominó un objetivo central, que aumentó o redujo la importancia de algunos principios ideológicos vinculados a la coexistencia pacífica. Durante el régimen de Jruschov habría de ocurrir lo mismo, como se verá a continuación.

Durante el largo período que abarcó el régimen de Stalin comenzaron a producirse cambios significativos en las condiciones económicas y sociopolíticas de la Unión Soviética que, hacia el final del régimen estalinista, evidenciaron la transición a una nueva etapa en la evolución del movimiento soviético, planteando nuevos requerimientos a la doctrina de coexistencia pacífica.

Con el paso de los años, el agitado período de la actividad conspirativa, el de la revolución y la guerra civil se habían convertido en cosa del pasado. Para el momento en que Jruschov asumió el mando, la Unión Soviética se encontraba consolidada hacia el interior y el exterior; un partido comunista gobernaba en diversos países que, integrados en un bloque socialista, contaban con unos 900 millones de habitantes y un gran potencial económico y militar. La economía soviética, en rápida expansión, registraba elevadas tasas de crecimiento. Atrás había quedado, también, la intensa revolución económica y social que había posibilitado lo anterior y que había requerido la utilización de aquellos

<sup>90</sup> V. Mikheev. "O kapitalisticheskome okruzhenii" en *Bolshevik*. 1951. N° 16. p. 61. cit. por Marantz, *Op. cit.*, trad. propia, p. 27.

<sup>91</sup> *Bolshevik*. 15 de agosto 1951, cit. por Z.K. Brzeczanski en *Ideología y poder en la política soviética*, p. 109

liquidación del cerco capitalista. Aparentemente estos camaradas contemplan el cerco capitalista como un concepto puramente geográfico, lo que, por supuesto, es totalmente incorrecto.<sup>90</sup>

El cerco capitalista es una expresión política. El camarada Stalin ha afirmado que no es posible considerar que el cerco capitalista es un concepto geográfico.<sup>91</sup>

Así pues, a pesar de las voces que comenzaron a cuestionar la validez y utilidad del análisis de Stalin, en tanto éste siguiera con vida, no habría otra opción que la de alinearse y aceptar su rígida visión del mundo.

#### **4. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Jruschov.**

Durante el régimen de Jruschov tres factores influyeron decisivamente en la evolución del concepto soviético de coexistencia pacífica: las transformaciones internas y externas, el reconocimiento de la capacidad destructiva de las armas nucleares y los efectos de la expansión del sistema socialista.

##### **I. Transformaciones internas y externas.**

Como ha podido constatarse hasta ahora, la doctrina de coexistencia pacífica fue evolucionando en estrecha vinculación con los requerimientos de las distintas fases de formación social de la Unión Soviética. En cada una de estas fases predominó un objetivo central, que aumentó o redujo la importancia de algunos principios ideológicos vinculados a la coexistencia pacífica. Durante el régimen de Jruschov habría de ocurrir lo mismo, como se verá a continuación.

Durante el largo período que abarcó el régimen de Stalin comenzaron a producirse cambios significativos en las condiciones económicas y sociopolíticas de la Unión Soviética que, hacia el final del régimen estalinista, evidenciaron la transición a una nueva etapa en la evolución del movimiento soviético, planteando nuevos requerimientos a la doctrina de coexistencia pacífica.

Con el paso de los años, el agitado período de la actividad conspirativa, el de la revolución y la guerra civil se habían convertido en cosa del pasado. Para el momento en que Jruschov asumió el mando, la Unión Soviética se encontraba consolidada hacia el interior y el exterior; un partido comunista gobernaba en diversos países que, integrados en un bloque socialista, contaban con unos 900 millones de habitantes y un gran potencial económico y militar. La economía soviética, en rápida expansión, registraba elevadas tasas de crecimiento. Atrás había quedado, también, la intensa revolución económica y social que había posibilitado lo anterior y que había requerido la utilización de aquellos

<sup>90</sup> V Mikheev "O kapitalisticheskome okruzhenu" en *Bolshevik*. 1951. N° 16, p. 61, cit. por Marantz. *Op. cit.*, trad. propia, p. 27

<sup>91</sup> *Bolshevik*, 15 de agosto 1951, cit. por Z.K. Brzezinski en *Ideología y poder en la política soviética*, p. 109

aspectos de la ideología que justificaban la aplicación de la violencia y que simplificaban los problemas internacionales dándoles la forma de dicotomía hostil. Ahora, una Unión Soviética que se encontraba al borde de la posibilidad de cosechar los resultados parciales de varias décadas de sacrificio social, se interesaba cada vez más en racionalizar las actividades tanto de su propia sociedad como del bloque en general.

En el plano sociopolítico también se observaba un cambio en la relación del movimiento soviético con su ámbito social. El sistema social y político en que Jruschov asumió el gobierno se hallaba relativamente asentado, pues las cuestiones realmente importantes de política y liderazgo ya habían sido dirimidas. La sociedad soviética comenzaba a mostrar cierto grado de aceptación hacia el nuevo orden establecido, colocando así al Partido en un lugar socialmente reconocido. Este último, por su parte, se había fortalecido notablemente, había adquirido una gran estructura organizativa y una membresía masiva. La nueva generación de funcionarios, que había madurado en un medio político establecido, comenzaba a observar la estabilidad burocrática como el fundamento más sólido de un gobierno eficaz.

Todos estos fenómenos contribuyeron al debilitamiento del agudo sentido de alienación y del compromiso con un orden futuro que habían caracterizado al movimiento en su fase más temprana, iniciándose así un proceso de acomodo a la existencia dentro del mismo orden que oficialmente se deseaba derribar y transformar. El Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), con una fuerza e influencia en aumento, había comenzado a adquirir, así, un interés definido en la estabilidad del orden en que tal éxito se había conquistado. La prosecución de la acción revolucionaria comenzaba a ser vista como algo que podía poner en peligro la posición de un partido que había logrado una membresía masiva, una amplia burocracia, un erario completo y una red de intereses financieros y morales que se extendía a lo largo y ancho del país. Aunado a lo anterior, las presiones de carácter social al interior de la Unión Soviética comenzaban a oponerse a los programas de acción destinados a promover la revolución internacional a expensas de la Unión Soviética. Así pues, esta situación precisaba un replanteamiento de la concepción tradicional de los medios por los que los objetivos últimos del Partido podían alcanzarse.

Por otra parte, en el ámbito externo se habían confirmado ciertos desarrollos relativos a la estabilidad de las sociedades industrializadas del Occidente y que Stalin, en su momento, no había querido reconocer. La rigurosa aplicación del tradicional enfoque bolchevique a las sociedades del Occidente condujo a Stalin a una evaluación excesivamente dogmática, que provocó grandes errores de cálculo: su creencia en la inevitabilidad de la crisis económica norteamericana después de la guerra, la creencia de que a causa de las contradicciones del capitalismo las dos principales potencias capitalistas -el Reino Unido y Estados Unidos- pronto se derrumbarían, o la esperanza albergada todavía en 1947 en el sentido de que pudieran ocurrir movimientos revolucionarios en Francia, Italia y Grecia, contando así con la expansión del socialismo hacia Europa occidental. El derrumbe de estas expectativas, provocado por el fracaso de diversos intentos, junto con la notable recuperación de Europa occidental, fue convenciendo cada vez más a diversos sectores de que en el futuro previsible no podía

esperarse la repetición de la forma leninista (ocupación del poder) o estalinista (ocupación militar) de desarrollo comunista. Por lo tanto, esta situación también precisaba de un replanteamiento respecto de la forma de transición de la etapa burguesa a la etapa socialista en sociedades estables, prósperas y democráticas.

## II. El factor atómico.

Si bien Stalin, todavía en 1952, ratificaba la tesis respecto de la inevitabilidad de las guerras en tanto el capitalismo, particularmente el imperialismo, aportara la base económica de la guerra, diversos sectores habían comenzado ya a impugnar la validez y utilidad de dicho enfoque bajo las nuevas condiciones de la era nuclear. La concepción (sustentada en la ley de contradicciones del materialismo dialéctico) de que la eliminación de la contradicción antagónica entre el capitalismo y el socialismo sólo podía lograrse por medio de un conflicto; de que únicamente por la destrucción de uno de los contrincantes -necesariamente el imperialismo, según la ley del desarrollo dialéctico- podía quedar victorioso el socialismo como etapa superior en la evolución de la sociedad humana; de que una paz definitiva dependía de la victoria total de un sistema social particular dirigido por un partido político determinado, introducía en las cuestiones internacionales un factor de inestabilidad y conflicto profundos que, frente a la capacidad destructiva de las armas nucleares, se tornaba sumamente peligroso.

El supuesto de la inevitabilidad de la guerra bajo el imperialismo descartaba teóricamente la posibilidad de que el peligro de una guerra pudiera verse reducido por un esfuerzo de cooperación para reducir las tensiones internacionales; negaba todo sentido a una diplomacia para el mantenimiento de la paz en las relaciones intersistémicas en tanto la guerra no fuera percibida como un fenómeno más o menos controlable; como algo hacia lo que los dirigentes de ambos campos podían encaminar sus esfuerzos de prevención, en otras palabras, en tanto no fuera admitida cierta correlación entre la relativa probabilidad de las guerras y lo que los dirigentes políticos de ambos lados podían hacer o dejar de hacer para prevenirlas. De igual manera, bajo el mismo supuesto, la única forma posible en que los socialistas podían efectivamente trabajar en favor de la paz, era intensificando la guerra, prolongando el conflicto con el enemigo imperialista, liberando al mundo del control del enemigo mediante una implacable lucha revolucionaria, acabando así con el sistema imperialista y con la guerra que lo acompañaba.

La concepción del conflicto como ley fundamental del desarrollo social hasta la instauración mundial del comunismo, la noción de un proceso histórico orientado hacia una meta definida impedían, teóricamente, la creación de condiciones perdurables para una estabilización de la situación internacional pues, en la concepción soviética, ello interrumpía el proceso fundamental de cambio y representaba una violación de la pauta básica del desarrollo histórico. En esa medida, la coexistencia pacífica, posibilitada por un estado de equilibrio sujeto a cambiar en cualquier momento a favor del campo socialista, no podía ser concebida como algo duradero, como un compromiso legítimo de gran alcance con el *status quo*, como un fin en sí mismo, sino como algo que parecía justificado solamente en relación con la persecución de objetivos superiores, y

únicamente en tanto prevaleciera el equilibrio de fuerzas, es decir, como una táctica temporal. De ahí la necesidad teórica de interpretarla como una forma especial de conflicto; como un sistema de relaciones compuesto de contradicciones y luchas, sin ninguna previsión real para la cooperación entre sistemas opuestos, aunque en la práctica no se excluyeran la negociación y los acuerdos específicos, pero entendidos siempre como una forma de combate político, un arma táctica en la lucha, pues, entre adversarios -se decía- no podían existir intereses comunes.

El cambio cualitativo en la naturaleza del armamento atómico y, por lo tanto, en las consecuencias de la guerra, obligó a reconsiderar la noción respecto de la inexistencia de intereses comunes. El peligro de una catástrofe nuclear causada por accidente o malos cálculos cambiaba un juego que hasta entonces había sido de suma cero: con la introducción del arma nuclear como tercer jugador que amenazaba con destruir el campo de juego compartido, las pérdidas de uno ya no eran más las ganancias del otro; ambos podían ganar o perderlo todo. Este cambio significativo comenzó a poner en entredicho los conceptos leninistas de ocupación del poder, la importancia atribuida a la revolución violenta, la relación orgánica entre la guerra imperialista y la expansión del sistema socialista, así como la posibilidad de una victoria final del comunismo por vía de la guerra, asociada a dicha relación. La posibilidad de una destrucción absoluta cuestionaba, de paso, la concepción de un proceso histórico inmutable y objetivo, en la medida en que factores puramente subjetivos como podían ser las armas atómicas o la decisión personal de utilizarlas, eran capaces de interferir con el curso de la historia. Así pues, el problema de la supervivencia planteado por la amenaza nuclear precisaba, también, de una modificación de supuestos ideológicos que hasta ese momento habían sido importantes, aunque la modificación de este último aspecto (el de la victoria históricamente determinada del socialismo) sería más difícil de llevar a cabo, pues cumplía una función esencialmente racionalizadora y legitimadora.

### **III. Efectos de la expansión del sistema socialista.**

Atribuyendo una validez universal a la experiencia de la Unión Soviética en su construcción del socialismo, el régimen de Stalin impuso a los nuevos gobiernos socialistas su modelo de organización, así como el conjunto de doctrinas que conformaban la ideología soviética. Entre estas doctrinas se encontraba la coexistencia pacífica que, como ya se vio, representaba una adaptación a las necesidades específicas de diversas fases en la formación social de la URSS.

Mientras las nuevas élites socialistas se vieron ocupadas con la tarea de consolidar su poder y destruir el viejo orden, no se registraron objeciones significativas a la adopción de la interpretación soviética respecto de la coexistencia pacífica. Pero a medida que dichas élites comenzaron a enfrentarse a problemas internos particulares de sus respectivas formas sociales, algunas de ellas empezaron a cuestionar la concepción soviética.

Al respecto, el ejemplo más claro es el caso de China: en el momento en que la Unión Soviética se encontraba ya en una fase relativamente avanzada de su desarrollo socioeconómico y en proceso de acomodamiento con el orden internacional, China acababa de iniciar su propia revolución económica y social a un ritmo más veloz que el de la URSS en su fase estalinista más violenta, por lo que, al igual que ésta en su momento, requería destacar aquellos elementos ideológicos que justificaban la aplicación de la violencia, que fomentaban un apoyo internacional a la revolución interna, que reforzaban una imagen simplificada del enemigo externo para impulsar, con ello, al sacrificio, a una acción vigorosa y a la unidad interna.

Así pues, a partir del desfase que existía entre las diversas etapas de desarrollo socioeconómico de los Estados socialistas más recientes y la Unión Soviética y, por consiguiente, entre sus respectivas necesidades ideológicas, se entiende que algunos de los nuevos Estados socialistas fueran a sospechar de los llamados a la moderación implícitos en la versión revisada de coexistencia pacífica, más acorde con los requerimientos de la nueva realidad soviética post-revolucionaria.

Lo anterior significaba, en otras palabras, que con la aparición de los nuevos Estados socialistas, el dilema de los intereses del Estado soviético, en oposición a los intereses del comunismo internacional (y que Lenin había resuelto temporalmente mediante su identificación o confluencia) volvió a resurgir desde el momento en que varios de esos Estados comenzaron a poner en duda la tesis de la Unión Soviética de que la coexistencia pacífica servía a los intereses de la revolución mundial, interpretándola, antes bien, como una señal de abandono de su compromiso internacional.

Como la pretensión de universalidad de la ideología marxista-leninista había estimulado la tendencia soviética a dominar a los demás países miembros de la comunidad socialista y a orientar el carácter de su transformación interna, este cuestionamiento introducía un elemento de relativismo que ponía en peligro la estabilidad y cohesión del bloque socialista y que amenazaba también a la misma URSS, pues la pretensión de validez universal de la ideología soviética también había sido utilizada para justificar su aplicación en el ámbito interno.

De ahí que, a partir de la disensión de China, la dirigencia soviética pusiera gran empeño en demostrar las ventajas de la coexistencia pacífica para el futuro del socialismo y que la prosecución de una coexistencia pacífica más activa con los Estados capitalistas no disminuía el fervor revolucionario de la URSS o su responsabilidad internacional. El celo que pusieron los teóricos soviéticos en esta tarea puede interpretarse, pues, como parte de una batalla para preservar la ideología soviética y, con ella, la racionalidad de la dictadura de Partido que fundaba su acción en dicha ideología.

Bajo las nuevas circunstancias, el resurgimiento de la contradicción entre los intereses del Estado soviético y su misión ideológica, esto es, el apoyo a la revolución internacional, no dejaría más opción al nuevo régimen de Jruschov que la de intensificar su adhesión teórica a los objetivos revolucionarios últimos, mientras en la práctica se recorre el

camino del reformismo en lo que a los medios se refiere. Si bien con esta salida se intentaba preservar la integridad del movimiento; prevenir o disminuir la división que una abierta adhesión al reformismo hubiera podido provocar, este esfuerzo por tratar de conciliar objetivos mutuamente excluyentes, no hizo más que incrementar las contradicciones inherentes a la interpretación soviética de la coexistencia pacífica.

#### **IV. Adaptación de la doctrina de coexistencia pacífica a la situación post-revolucionaria de la URSS.**

Partiendo, pues, de los razonamientos expuestos en los incisos I y II, la nueva dirigencia de Jruschov concluyó que ciertos aspectos de la doctrina oficial nuevamente habían dejado de armonizar con la realidad y que, si no se quería marchar a la zaga de las nuevas situaciones, era preciso ajustar la conducta a las mismas, lo que exigía adaptar previamente algunos supuestos doctrinales. La doctrina de coexistencia pacífica jugaría, de nueva cuenta, un papel primordial en este proceso de ajuste, debiendo sufrir para tal efecto cambios de gran significación en su alcance y contenido.

La incorporación a la doctrina de coexistencia pacífica de una base teóricamente legítima para la cooperación intersistémica a largo plazo, más acorde con los intereses post-revolucionarios de la URSS, y que pudiera modificar su carácter de tregua armada entre periódicos estallidos de guerra, requería previamente de una revisión de las tesis relacionadas con la inevitabilidad de la guerra y con la relación entre ésta última y el triunfo final del comunismo.

La actualización que Lenin hiciera de la teoría marxista con su teoría del imperialismo, su tesis de la inevitabilidad de las guerras y su concepción de la revolución proletaria, legó a sus sucesores la noción de que la teoría siempre debía estar relacionada con las diversas fases históricas que representaban la función de etapas en el camino hacia la meta final. En el marco de la formulación de la línea política, estas fases identificaban el carácter básico de la fase específica dentro de la época actual. Una vez comprendida adecuadamente, la naturaleza de una fase particular revelaba quién era el enemigo principal y qué medidas era preciso adoptar.

Lenin, y posteriormente Stalin, habían definido su época como una de naturaleza imperialista, cuya característica esencial era la de un desarrollo histórico que procedía sobre la base de guerras periódicas interimperialistas que tendían a convertirse en guerras mundiales, dando lugar a revoluciones y a la diseminación del socialismo. Ahora, bajo el nuevo régimen de Jruschov, la modificación de la doctrina de coexistencia pacífica requería de una redefinición del carácter de la época en vista de los cambios históricos de posguerra, como se desprende de la siguiente cita:

La situación que se ha desarrollado en el mundo y los cambios en el desarrollo de las fuerzas de clase en la arena internacional que abrieron nuevas oportunidades para nuestro movimiento, exigían la formulación de una línea general para el

movimiento comunista mundial; una línea general de conformidad con sus tareas básicas en la fase actual ... Resulta perfectamente obvio que en nuestra era el contenido y las tendencias principales del desarrollo histórico de la sociedad humana no se encuentran ya determinados por el imperialismo, sino por el sistema socialista mundial, por todas las fuerzas progresivas que luchan contra el imperialismo por una reorganización de la sociedad conforme a lineamientos socialistas. La contradicción entre el capitalismo y el socialismo constituye la principal contradicción de nuestra época. Del resultado de la lucha de los dos sistemas mundiales depende, de manera decisiva, el destino de la paz, la democracia y el socialismo. Y la correlación de fuerzas en la arena mundial está cambiando constantemente a favor del socialismo.<sup>92</sup>

Cabe agregar aquí que, en opinión de Jruschov, en vista de la formación de un sistema socialista mundial, la noción del “cerco capitalista” también debía ser redefinida, pues “actualmente se desconoce quién cerca a quién. Los países socialistas no pueden ser considerados como un tipo de isla en un embravecido mar capitalista”<sup>93</sup>.

Así pues, el argumento de la nueva dirigencia de Jruschov era que bajo las nuevas circunstancias históricas (tales como la formación de un sistema mundial de Estados socialistas que, junto con los nuevos Estados surgidos de las antiguas colonias, constituían una creciente “zona de paz”) el imperialismo había dejado de ser el factor determinante del desarrollo mundial; que su dinámica no dictaba más el patrón de los acontecimientos, siendo, a lo mucho, una influencia importante; que aquella ya no era una época imperialista, sino otra de transición de la era de dominación imperialista, que duró hasta la II Guerra Mundial, hacia una era post-imperialista. Y al dejar de ser una época imperialista en estricto sentido, dejaba de ser una época en la que las guerras constituyeran un fenómeno inevitable. En opinión de Tucker<sup>94</sup>, este manejo permitió que el análisis de Lenin conservara su entera validez, pero solamente como el análisis de una era que había pasado ya, o que estaba pasando, a la historia mundial. De ese modo, la nueva doctrina de Jruschov podía proclamar su fidelidad a Lenin en el mero acto de revisar sus conclusiones.

Es necesario recalcar que Jruschov, al menos en su discurso frente a la dirigencia china, no estaba impugnando los instintos agresivos y rapaces del imperialismo; la naturaleza de éste no había cambiado para él. Jruschov seguía creyendo que mientras existiera el imperialismo, también persistiría la base económica para las guerras. Lo que había cambiado, según Jruschov, era la naturaleza de la situación mundial, siendo uno de sus rasgos importantes la disponibilidad de modernos arsenales termonucleares en ambos campos, factor que confería a la guerra generalizada una dimensión catastrófica:

---

<sup>92</sup> Comité Central del PCUS, “Carta al Comité Central del PCCH”. Pravda, 14 de abril de 1963, cit. por Foy D Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, p. 112

<sup>93</sup> N.S. Jruschov, Entrevista de Le Figaro, 27 de marzo de 1958, cit. por Foy D. Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, p. 108.

<sup>94</sup> Robert C. Tucker, *The Soviet Political Mind; Studies in Stalinism and Post-Stalin Change*, p. 213 pass.

En virtud de su naturaleza predatoria el imperialismo no puede librarse del deseo de resolver las contradicciones en la arena internacional por medio de la guerra. Pero, por otra parte, no puede desatar una guerra mundial termonuclear sin reconocer que, al hacerlo, se colocaría a sí mismo en peligro de ser destruido. Una guerra mundial, como aquella con la que el imperialismo amenaza a la humanidad, no es fatalmente inevitable. Con una correlación de fuerzas que se inclina crecientemente a favor del socialismo y en contra del imperialismo, y con las fuerzas de paz que ganan cada vez mayor peso frente a las fuerzas de guerra, se hará realmente posible excluir de la vida de la sociedad la posibilidad de una guerra mundial, incluso antes de que el socialismo triunfe plenamente sobre la tierra, con la supervivencia del capitalismo en una parte del mundo.<sup>95</sup>

De la cita anterior se desprende, por una parte, que la relación entre las guerras y el triunfo final del comunismo quedaba invalidada y, por otra, que Jruschov justificaba la posibilidad de evitar las guerras y con ello la aplicación práctica de la tesis de coexistencia pacífica, por medio de una "teoría de la equivalencia"<sup>96</sup>, basada en el equilibrio del poder entre los campos socialista y capitalista.

Pero todavía faltaba saber si los cambios objetivos en la situación mundial habían sido subjetivamente reconocidos y aceptados por los imperialistas. La nueva doctrina de coexistencia pacífica respondía a dicha interrogante con una teoría que detectaba la existencia de dos grupos, en proceso de diferenciación creciente, al interior de las élites gobernantes en los países capitalistas: por una parte, un grupo belicoso, virulentamente antisoviético e intratable para una relación cooperativa con la URSS. Por la otra, un grupo relativamente moderado que, si bien anticomunista en su ideología, por lo menos apreciaba en forma realista las consecuencias catastróficas de una guerra nuclear, reconocía la necesidad de coexistir pacíficamente y estaba dispuesto a actuar conforme a las nuevas realidades. En este último grupo también eran ubicados aquellos elementos que no tenían un interés económico directo en la producción militar y que, de hecho, resultaban perjudicados por la militarización de las economías occidentales, siendo así motivados por su propio interés económico para cooperar en materia de reducción de armamentos.

La actuación de estos dos grupos de la burguesía gobernante era representada en el marco de una aguda lucha por el poder, cuyo desenlace quedaba abierto: el resultado final no estaba predeterminado y sería decidido no sólo por inmutables fuerzas económicas, sino también por la interacción de complejos e inciertos factores políticos. Según Jruschov, existía una posibilidad muy real de que en muchos de los principales países capitalistas prevaleciera la tendencia moderada y, con ella, la posibilidad realista de una relación cooperativa para el mantenimiento de la paz.

---

<sup>95</sup> Comité Central del PCUS "Carta al Comité Central del PCCH". Pravda, 14 de abril de 1963. cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.* trad. propia, p. 113.

<sup>96</sup> Robert K. Furtak. "Revolución Mundial y Coexistencia Pacífica" en *Foro Internacional*. Vol. VII, julio-diciembre de 1966. Nos. 1 y 2, pp. 2-3 pass.

Esta visión relativiza, por tanto, la anterior declaración de Jruschov respecto de la inmutable naturaleza bélica de los imperialistas, ante todo para consumo de la dirigencia china, y se aleja de la concepción leninista-estalinista del imperialismo: el supuesto tradicional había sido que la política exterior de los Estados capitalistas era el resultado directo de los intereses de clase de la burguesía gobernante, un grupo homogéneo cuyas ganancias provenientes de la producción de armamento eran tan elevadas, que nunca aceptaría una significativa reducción de armamento y que invariablemente mostraría hostilidad hacia la Unión Soviética, pues ésta representaba una amenaza a su privilegiada posición económica. Ahora se decía lo siguiente:

La información disponible sobre la producción militar en los países capitalistas revela que sólo un segmento comparativamente pequeño de la burguesía monopolista está directa o indirectamente lucrando con la fabricación de armamento ... Y a medida que la tecnología militar continúe su avance y los pedidos de armamento se concentren en una menor cantidad de personas, el número de capitalistas que se enriquecen sobre la base del armamento, está destinado a disminuir aún más.<sup>97</sup>

Y Jruschov afirmaba que:

en nuestra época, los jefes de gobierno de ciertos países capitalistas han comenzado a mostrar cierta inclinación hacia una comprensión realista de la situación existente en el mundo. Cuando hablé con el Presidente Eisenhower -y acabo de regresar apenas de EE.UU.- mi impresión fue que el Presidente de dicho país, quien cuenta con el apoyo de mucha gente, está consciente de la necesidad de un relajamiento de la tensión internacional.<sup>98</sup>

En opinión de Tucker<sup>99</sup>, este tipo de declaraciones manifestaban cierto “psicologismo” en la mente de los dirigentes soviéticos, en el sentido de que se ignoraban las nociones marxistas del determinismo económico para destacar, en cambio, la gran importancia de fenómenos subjetivos.

Por otra parte, la tesis de Jruschov sobre la posibilidad de una transición pacífica al socialismo se basaba también en las mismas consideraciones respecto del poderío del campo socialista. Si bien es cierto que en abril de 1917 Lenin aún creía que el proletariado ruso podría tomar el poder por la vía pacífica, el fracaso de la tentativa bolchevique en julio de 1917 lo llevó a descartar dicha vía como algo factible. Ahora, por el contrario, Jruschov señalaba que en vista del poderío del campo socialista y del proceso de decadencia del campo capitalista, era preferible considerar una toma pacífica del poder, es decir, con ayuda de la mayoría parlamentaria:

<sup>97</sup> L. Urban. “Some Economic Aspects of Disarmament” en *World Marxist Review*, VI, Nº 8, 1963, p. 24, cit por Marantz, *Op. cit.*, trad. propia, p. 33.

<sup>98</sup> N.S. Jruschov, *World without Arms. World without Wars*, Ed. Foreign Languages Publishing House, p. 557, cit. por Marantz, *Op. cit.*, trad. propia, p. 37.

<sup>99</sup> Robert C. Tucker. *The soviet political mind*, pp. 213-215 pass.

La clase trabajadora, uniendo en su entorno al campesinado, a los intelectuales y a todas las fuerzas patrióticas ... tiene la oportunidad de lograr una firme mayoría en el parlamento y de convertirlo de agente de la democracia burguesa a un instrumento de genuina voluntad popular. El logro de una firme mayoría parlamentaria basada en un masivo movimiento revolucionario del pueblo trabajador, crearía las condiciones para que la clase obrera de muchos países capitalistas y antiguamente coloniales pueda realizar cambios sociales fundamentales.<sup>100</sup>

En un principio, la concepción soviética respecto de la transición pacífica había considerado como exclusiva esta forma de la toma de poder por el proletariado. Sin embargo, ante las crecientes objeciones por parte de la dirigencia china en el sentido de que el ascenso al poder de un Partido Comunista por la vía pacífica carecía de precedentes históricos, la dirigencia soviética se vio forzada a añadir que ello “depende de las condiciones particulares y de la correlación de fuerzas de clase al interior del país y en la arena mundial”<sup>101</sup>, y a contemplar también la posibilidad de una transición no pacífica. No obstante lo anterior, la posición soviética se fue inclinando cada vez más a favor de la vía pacífica, como quedó asentado en el Programa del PCUS de 1961: “La clase trabajadora y su vanguardia, los partidos marxistas-leninistas, prefieren lograr la transferencia del poder de la burguesía al proletariado por medios pacíficos, sin guerra civil”<sup>102</sup>.

Al respecto, considerando que Lenin se había declarado por el apoyo militar en favor de la clase obrera en otros países tras la victoria de la revolución proletaria en uno de ellos, y que para él era inconcebible una revolución socialista sin una guerra civil, se puede concluir que la renuncia de Jruschov al empleo de la fuerza para la propagación del socialismo constituía otra tesis que se apartaba del legado teórico de Lenin.

Así pues, la adhesión soviética a la tesis de la transición pacífica, pese a sus escasas probabilidades de materialización, puede ser interpretada como el recurso mediante el cual una dirigencia que había dejado de ser radical, trataba de reconciliar la continuación de su compromiso verbal frente a la revolución comunista mundial con una política exterior que empezaba a considerar la seguridad de la Unión Soviética como su principal objetivo; representaba un esfuerzo por reconciliar aquella parte de la doctrina oficial que se refería a la solución de las contradicciones mediante conflictos (revoluciones) con aquella otra inherente a la nueva doctrina de coexistencia pacífica, relacionada con el deseo de prevenir dichos conflictos mediante la renuncia en principio al empleo de la fuerza en una revolución proletaria. En palabras de Furtak:

---

<sup>100</sup> N S Jruschov. Pravda, 15 de febrero de 1956, cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.*, trad. propia, p. 34

<sup>101</sup> Comité Central del PCUS. “Carta al Comité Central del PCCH”. Pravda, 14 de abril de 1963, cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.*, trad. propia, p. 114.

<sup>102</sup> Pravda, 30 de julio de 1961, cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.*, trad. propia, p. 35

La compatibilidad consiste en que para la transición intermitente de una cualidad a otra -del capitalismo al socialismo- no se considera tanto la violencia de las transformaciones sociales como un criterio *sine qua non*, sino más bien la profundidad de aquéllas. La solución revolucionaria de las contradicciones se convierte aquí claramente en una solución evolucionaria, es decir, el salto de una cualidad a otra pierde ímpetu: “Las evoluciones sociales dejan de ser revoluciones políticas”.<sup>103</sup>

Ahora bien, una vez admitida la posibilidad de que en la práctica las guerras eran objetivamente evitables y que la transición pacífica también era objetivamente posible, se contaba ya con una base teórica para la ampliación del alcance y contenido de la doctrina de coexistencia pacífica y, con ello, del margen de acción para la dirigencia post-revolucionaria.

El principio de coexistencia pacífica, que hasta entonces había formado parte de una visión más general de las relaciones internacionales, fue elevado por Jruschov al rango de directiva general no solamente de la política exterior de la URSS, sino también del movimiento comunista internacional:

El principio leninista de coexistencia pacífica de los dos sistemas ... constituye el firme fundamento de la política exterior de los países socialistas y el fundamento confiable para la paz y la amistad entre los pueblos. Los 5 principios presentados conjuntamente por la República Popular China y la República de la India, así como el programa adoptado por la Conferencia de Bandung de países africanos y asiáticos, corresponden a los intereses de la coexistencia pacífica.<sup>104</sup>

Estos 5 principios, calificados por Jruschov como la mejor norma para las relaciones entre Estados con sistemas sociales diferentes en su informe ante el XX Congreso del PCUS, eran los siguientes: el respeto de la integridad territorial y la soberanía, la no agresión mutua, la no intervención en los asuntos internos, la igualdad y el provecho mutuos y, finalmente, la coexistencia pacífica que, para Jruschov, según se desprende de su artículo publicado en *Foreign Affairs*<sup>105</sup>, resumía (junto con el repudio a la guerra como medio para resolver controversias) los 4 principios anteriores, en tanto que para otros de sus colaboradores<sup>106</sup> incluía, adicionalmente, un elemento más activo vinculado a una cooperación integral para el reforzamiento de la paz.

Este último aspecto fue abordado directamente por Jruschov en el XX Congreso del Partido, al afirmar: “Creemos que los países con diferentes sistemas sociales pueden hacer más que existir lado a lado. Es necesario avanzar más, mejorar las relaciones,

---

<sup>103</sup> Robert K. Furtak, *Op. cit.*, p. 9.

<sup>104</sup> Declaración final de la Conferencia de Representantes de los Partidos Comunistas (noviembre de 1957) en *Current Digest of the Soviet Press IX*, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 49.

<sup>105</sup> N.S. Khrushchev, “On Peaceful Coexistence” en *Foreign Affairs*, octubre 1959, vol 38, Nº 1, pp. 1-18.

<sup>106</sup> E.A. Korovin, “The Five Principles: a Basis for Peaceful Coexistence” en *International Affairs*, 1956, Nº 5, pp. 46-59.

reforzar la confianza entre los países y cooperar”<sup>107</sup>. En este mismo sentido se afirmaba, en el *Manual de Marxismo-Leninismo*, que la política de la coexistencia pacífica no tendía tan sólo a evitar las guerras, sino que también implicaba “el establecimiento de sanas relaciones de colaboración, sobre una base razonable y mutuamente beneficiosa, entre los países con regímenes sociales diferentes”<sup>108</sup>.

Así pues, las modificaciones teóricas ya referidas permitieron que la cooperación entre adversarios se convirtiera por vez primera en parte legítima e integral de la coexistencia pacífica, y que ésta comenzara a contemplarse más como un proceso dinámico que como un estado de cosas, lo que marcaba una profunda diferencia con respecto al pasado: anteriormente, la coexistencia pacífica había representado tan sólo un estado de ausencia de guerra como resultado de una mutua renuncia de los adversarios a recurrir a ella como medio para resolver sus disputas, es decir, de lo que se trataba era de no realizar una acción. Ahora, la posibilidad de que los adversarios cooperaran sobre la base de un interés común básico por prevenir una guerra nuclear, implicaba un flujo de acciones positivas.

Sin embargo, cuando la dirigencia china comenzó a llamar la atención sobre la dificultad de conciliar las relaciones de cooperación con el adversario, inherentes a la nueva doctrina de coexistencia pacífica, con las exigencias marxistas-leninistas de la revolución mundial y de transición de todo el mundo al comunismo, los soviéticos se vieron obligados a encontrar nuevos recursos teóricos a fin de resolver esta contradicción. Específicamente, se hacía necesario demostrar la naturaleza revolucionaria de la nueva doctrina de coexistencia pacífica, es decir, que propiciaba situaciones favorables para el desarrollo de la lucha de clases en los países capitalistas y en el movimiento de liberación nacional, pero todo ello formulado de tal modo que no resultaran afectados los intereses nacionales y de seguridad de la Unión Soviética, que incluían una base estable para la cooperación intersistémica.

Para tal efecto, los teóricos soviéticos optaron por el recurso de la “dialéctica”<sup>109</sup>, construyendo sobre esta base un modelo de coexistencia pacífica que describía a esta última como un proceso complejo, multifacético y contradictorio, en el que el conflicto se encontraba entrelazado con la cooperación. En esta concepción dialéctica de la coexistencia, el conflicto y la cooperación constituían dos aspectos indivisibles que se compenetraban en el proceso. No se trataba, pues, de dos procesos separados y paralelos, sino de una unidad contradictoria bajo la cual el conflicto podía tener un aspecto cooperativo (salvo en el ámbito ideológico) y la cooperación un aspecto competitivo.

Bajo esta lógica, por ejemplo, la esfera del comercio constituía tanto un campo para la cooperación como para el conflicto entre sistemas, en la medida en que involucraba, por una parte, el acuerdo, la interacción pacífica y la promoción de un ambiente internacional

<sup>107</sup> N.S. Jruschov, en Gruliow, *Current Soviet Policies*, Vol. II, 1957, p. 3, cit. por Tucker en *The Soviet Political Mind*, p. 206

<sup>108</sup> O. Kuusinen et al., *Manual de Marxismo-Leninismo*, 2ª Ed., 1966, cit. por Furtak, *Op. cit.*, p. 5

<sup>109</sup> Robert C. Tucker, *The Soviet Political Mind*, pp. 204-209 pass.

más pacífico y, por otra, una dura negociación para lograr los mejores términos posibles, y mayores o menores beneficios para las economías en competencia.

En la esfera militar, el control de armamentos y el desarme representaban un campo para la cooperación, pues la negociación de un acuerdo para la reducción de armamentos implicaba una cooperación intersistémica para reducir la tensión mundial y el peligro de guerra; pero también representaban conflicto y competencia, en la medida en que ambas partes procurarían negociarlo de tal manera que pudieran mantener o mejorar sus relativas posiciones militares.

En la esfera política, la cooperación era entendida como un arreglo conjunto bajo el que las principales potencias de ambos sistemas buscaban promover una solución pacífica de controversias en diversas regiones del mundo; conducir el desarrollo de las relaciones internacionales por canales no violentos. Pero al mismo tiempo, esta diplomacia de solución y control de conflictos constituía un campo para la rivalidad política en la medida en que ambas partes buscaban promover los intereses políticos de sus respectivos sistemas, en el mismo acto de la colaboración para prevenir el estallido de una guerra. Por tanto, la principal preocupación de los negociadores a la hora de buscar soluciones a complejos problemas internacionales no era la paz como tal, sino la paz en los términos más favorables para el propio país y el propio campo. Esta concepción de la diplomacia para el control de conflictos internacionales como un asunto político, más que nada, en el que las partes involucradas promovían vigorosamente sus intereses durante el proceso de colaboración para reducir la amenaza de guerra, explica la escasa importancia que asignaba la nueva doctrina de coexistencia pacífica a las Naciones Unidas y a sus organismos asociados, incluyendo la Corte Mundial. Respecto del proceso cooperativo en el ámbito político, cabe destacar, también, el énfasis puesto en el papel especial de las grandes potencias; en lo deseable de una relación de trabajo razonablemente estable, bajo la que los líderes políticos de ambos Estados cooperarían, harían concesiones recíprocas para impedir que las situaciones conflictivas en diversas regiones del mundo se salieran de control. En este sentido, se decía que la URSS y EE.UU., como las únicas superpotencias nucleares del mundo, compartían una “responsabilidad especial” para el mantenimiento de la paz, lo que les confería, en forma natural, un papel dirigente en las relaciones intersistémicas, como se desprende de la siguiente cita:

La historia se ha desarrollado de tal manera que sin una mutua comprensión entre la URSS y EE.UU. resulta imposible resolver un sólo conflicto internacional de gravedad ... Incluso cuando los intereses de estas dos potencias no se encuentran directamente involucrados en esta o aquella región, el desarrollo de los acontecimientos, ahí, es afectado por la forma que asumen las relaciones soviético-americanas. Si la URSS y EE.UU. unifican sus esfuerzos con el propósito de resolver los conflictos y las complicaciones que surgen en estas regiones, la llama de la guerra se extingue y la tensión se reduce. Laos constituye un ejemplo.<sup>110</sup>

---

<sup>110</sup> Gromyko, *Izvestia*, 14 de diciembre de 1962, cit. por Tucker, *Op. cit.*, trad. propia, p. 216

Así pues, el recurso de la dialéctica proporcionó a la dirigencia soviética una extensa cobertura ideológica que le permitió aplicar toda una gama de políticas: desde aquellas que se dirigían a la expansión del poder mundial soviético hasta aquellas otras que buscaban un mejoramiento sustancial de las relaciones con los Estados capitalistas. Este manejo ideológico de la dialéctica puede ser corroborado a partir de la práctica soviética. El ejemplo más notable se refiere a la actuación soviética en el marco de la crisis de Hungría en 1956: se recordará que, en respuesta a las necesidades de la sociedad soviética y en un intento por explicar las aberraciones del estalinismo, Jruschov había condenado y negado la tesis de Stalin sobre la agudización de la lucha de clases conforme avanzaba la construcción socialista. Sin embargo, en 1959, enfrentado en Europa del Este con el dilema de la oposición social a la construcción socialista, Jruschov temió que el abandono de dicha tesis pudiera fortalecer la posición de los revisionistas en esos países, por lo que se vio forzado a modificarla “dialécticamente”:

El Vigésimo Congreso de nuestro partido criticó con razón la errónea proposición de José Stalin en el sentido de que la lucha de clases se agudiza a medida que avanza la construcción socialista. Pero la crítica de esta proposición ciertamente no significa que podamos negar la inevitabilidad de la lucha de clases en el período de la construcción socialista ... Este proceso no sigue un desarrollo rectilíneo. La lucha de clases en la época de construcción del socialismo puede acentuarse en ciertos períodos, en relación con alguno de los cambios de la situación interna y externa, y asumir una forma extremadamente aguda, incluido el choque armado, como fue el caso de Hungría en 1956.<sup>111</sup>

De lo anterior se desprende que el recurso de la dialéctica representaba, más que nada, una manera de proporcionar una racionalización ideológica para una serie de acciones que nacían de preocupaciones e intereses soviéticos.

Cabe agregar, aquí, otra limitación práctica de la coexistencia pacífica expuesta por la experiencia húngara de 1956: a fin de conservar la credibilidad de la coexistencia pacífica a los ojos del Occidente, la dirigencia soviética debía probar que su intervención en Hungría no había contravenido sus principios, pues la instalación de bases en territorio extranjero -con o sin consentimiento forzado- había sido definida como una violación al principio de respeto a la integridad territorial y a la soberanía. Después del suceso, los soviéticos comenzaron a realizar, en lo que al campo socialista se refería, una diferenciación entre las acciones ejecutadas “por invitación” de una de las partes y las demás. Si bien es cierto que el principio de coexistencia pacífica aplicaba exclusivamente a las relaciones entre Estados socialistas y capitalistas, el problema era que el principio del internacionalismo socialista que aplicaba a las relaciones entre los Estados socialistas, comprendía supuestamente los principios democráticos generales que conformaban la coexistencia pacífica pero, además, el deber de ofrecer asistencia y cooperación fraternales a los miembros de la comunidad socialista que lo requiriesen. Este último

---

<sup>111</sup> N.S. Jruschov, cit. por Z.K. Brzezinski en *Ideología y Poder en la Política Soviética*, p. 113.

aspecto fue el que emplearon los soviéticos para justificar la intervención húngara de 1956:

Se debe subrayar que el otorgamiento de ayuda a un gobierno amistoso que la solicita contra un ataque de bandas armadas ... no constituye una interferencia. Como lo demostraron los recientes sucesos húngaros, tal ayuda sirve al propósito de defender la paz y seguridad internacionales.<sup>112</sup>

Pero retornando al asunto de la disensión de la dirigencia china y a los requerimientos que impusieron a los teóricos soviéticos a raíz de sus impugnaciones, vemos que a partir de 1959, sobre la base de la concepción dialéctica ya descrita, la coexistencia pacífica comenzó a ser representada como una forma de conflicto. Así como Lenin en su momento había resuelto el dilema de los intereses nacionales y de seguridad de la URSS en oposición a los intereses de la revolución mundial mediante su identificación y relación de medio a fin, ahora los teóricos soviéticos procedían de manera similar al señalar la confluencia de la coexistencia pacífica y la revolución mundial: la coexistencia pacífica fue convertida en un medio para la revolución mundial al ser representada como una forma de la lucha internacional de clases y, por tanto, como un método para solucionar la contradicción antagónica entre el capitalismo y el socialismo: "La coexistencia pacífica ... no neutraliza la lucha entre los sistemas sociales opuestos; es, más bien, una de las formas de expresión del antagonismo social en el mundo"<sup>113</sup>.

En el mismo sentido, Jruschov señalaba en su discurso de 1959 que "la coexistencia es la continuación de la lucha de los dos sistemas sociales, pero por medios pacíficos, sin guerra, sin la interferencia de un Estado en los asuntos internos de otro ... Consideramos que se trata de una lucha económica, política e ideológica, pero no militar. Será una competencia de los dos sistemas a escala mundial"<sup>114</sup>. Con esta concepción, Jruschov convertía a la coexistencia en un sistema de relaciones internacionales en el que se sostenía una intensa lucha competitiva, dentro de ciertos límites y en el marco de una estable ausencia de guerra, mediante un deliberado esfuerzo cooperativo por parte de los mismos competidores.

L. Illichov<sup>115</sup>, uno de los principales ideólogos del Partido en aquella época, retomó el planteamiento de Jruschov para explicar con mayor detalle la forma en que operaba la coexistencia pacífica en los aspectos político, económico e ideológico:

El aspecto político del principio de coexistencia pacífica consistía en las cuatro normas jurídicas internacionales mencionadas por Jruschov en *Foreign Affairs*: el respeto de la

---

<sup>112</sup> C.B. Krylov y V N Durdencvsky, cit. por Light. *Op. cit.*, p. 48.

<sup>113</sup> P. Koptin, "Acerca del problema de las contradicciones del desarrollo social" en Pravda, 10 de febrero de 1966, cit. por Furtak. *Op. cit.*, p. 9.

<sup>114</sup> N.S. Jruschov, Pravda, 14 de octubre de 1959, cit. por Tucker en *The Soviet Political Mind*, trad. propia, p. 205.

<sup>115</sup> L. Illichov, Problemas de la paz y del socialismo, Nº 11, noviembre de 1959, pp. 11-13, cit. por Furtak. *Op. cit.*, pp. 6-7 pass.

integridad territorial y la soberanía, la no agresión mutua, la no intervención en los asuntos internos, la igualdad y provecho mutuos.

El aspecto económico consistía en una competencia entre la URSS y los EE.UU. para ver quién podía producir más bienes per capita y para alcanzar y exceder a éste y a otros países capitalistas altamente desarrollados en la producción de bienes de consumo. Según los teóricos soviéticos, la competencia pacífica aceleraría la evolución, históricamente determinada, hacia el socialismo. El ejemplar desarrollo económico de la Unión Soviética y de los países socialistas en general expondría las ventajas del sistema socialista: "... en la competencia pacífica entre los dos sistemas económicos, el sistema socialista saldrá victorioso, pues es el sistema más avanzado y progresivo, basado en la única enseñanza correcta -el marxismo-leninismo"<sup>116</sup>. Se afirmaba que:

... las ventajas y superioridad del socialismo y las mayores oportunidades de la clase trabajadora para obtener riqueza material y espiritual, en comparación con el capitalismo, se expondrán a sí mismas cada vez con mayor vigor ... Todo esto inspira a los pueblos, proporcionándoles la convicción de que pueden colocarse en la ruta del socialismo y anotarse triunfos, sin importar su actual nivel de desarrollo histórico. El avance de los pueblos hacia una nueva vida es facilitado por su oportunidad de elegir lo mejor de la experiencia mundial en la construcción del socialismo, tomando en consideración tanto los méritos como las deficiencias en las prácticas de construcción socialista. Mientras más rápido se desarrollen las fuerzas productivas de los países socialistas, más rápido crecerá su potencial económico y más fuerte será la influencia de la comunidad socialista sobre el ritmo y tendencia del desarrollo histórico en su conjunto, en interés de la paz y del triunfo completo del socialismo.<sup>117</sup>

Según Tucker<sup>118</sup>, esta lógica inherente a la nueva doctrina de coexistencia competitiva convertía a la política interna en política externa: la competencia con el Occidente por el predominio eventual sobre el planeta debía llevarse a cabo por la vía del desarrollo interno, demostrando que la sociedad soviética se encontraba mejor capacitada para ofrecer a sus ciudadanos un mejor nivel de vida. La idea de que la contribución más importante que podía hacer la URSS a la causa del socialismo descansaba en el ejemplo de los logros soviéticos en la edificación de una sociedad tecnológicamente avanzada y moderna, proporcionaba a la dirigencia soviética una racionalización ideológica para la política de invertir una mayor parte de los recursos soviéticos en el progreso económico soviético y, en concordancia, una menor parte en la ayuda económica a los demás Estados socialistas.

También observamos, aquí, otra diferencia notable con respecto al pasado: con la visión anteriormente expuesta se descartaba la concepción estalinista de un mundo rígidamente

<sup>116</sup> N.S. Jruschov. "Discurso sobre el viaje a India, Burma y Afganistán", Pravda, 30 de diciembre de 1955. cit. por Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, pp. 35-36.

<sup>117</sup> Pravda, 14 de julio de 1963, cit. por Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, pp. 36-37.

<sup>118</sup> Robert C. Tucker, *The Soviet Political Mind*, pp. 219-220 pass.

dividido entre los campos socialista y capitalista, con todos los Estados no adheridos al primero, perteneciendo automáticamente al segundo. En opinión de Jruschov, las nuevas condiciones habían conducido al surgimiento de “Estados intermedios”, en su gran mayoría recién independizados pero, en todo caso, subdesarrollados, que estaban buscando librarse de la alineación con el campo capitalista para formar una “zona de paz”.

En la nueva doctrina de coexistencia, este vasto “tercer mundo” empezó a ser considerado como la arena decisiva para la competencia a largo plazo de los sistemas; los Estados que lo conformaban se desarrollarían conforme a lineamientos “capitalistas” o “socialistas”, según el desempeño comparativo de los países correspondientes en todas las áreas, pero sobre todo en el campo económico. Sobre la base de la concepción “dialéctica” de la coexistencia pacífica, la dirigencia soviética comenzó a promover relaciones de cooperación directa entre los países socialistas y los del mundo subdesarrollado. Con ello se trataba de influir en la política de estos últimos para que asumieran una dirección socialista, además de alentar su desarrollo interno a lo largo de la llamada “vía no capitalista”, como primer paso hacia su incorporación final al campo socialista. La asistencia económica para fines de desarrollo, la dotación de equipo militar y el apoyo diplomático en cuestiones internacionales formaban parte de los medios empleados por los dirigentes de la URSS para efectuar esta política; en su concepción ello constituía solamente una expresión más de la “dialéctica” en el proceso de coexistencia: las relaciones cooperativas del bloque soviético con los países subdesarrollados en la esfera económica, diplomática y militar representaban, al mismo tiempo, un método para el sostenimiento de la lucha competitiva contra el sistema capitalista.

No obstante lo anterior, la competencia era descrita, en términos generales, como algo benéfico para la humanidad: “La competencia propuesta sirve a honorables fines: el de saber qué sistema garantiza las mejores condiciones para la vida de los pueblos, quién produce más bienes industriales y agrícolas, construye más viviendas, garantiza mejores condiciones para la ciencia y la cultura, para el florecimiento de la personalidad humana”<sup>119</sup>. No se trataba de una competencia en la que el contrincante más fuerte se propusiera acabar con el más débil, explotarlo o extraer ganancias de él. Por el contrario, “esta competencia presupone una expansión de la cooperación entre los dos sistemas sociales, así como vínculos culturales entre éstos”<sup>120</sup>.

Contrariamente a lo que había sugerido Malenkov años antes, esta expansión de vínculos económicos no salvaría a los países capitalistas de las crisis económicas inevitables; éstas seguirían teniendo lugar, al igual que el conflicto históricamente determinado entre la clase obrera y la burguesía, independientemente de que hubiera o no coexistencia pacífica. Para los teóricos soviéticos la coexistencia pacífica no sólo no disminuía las contradicciones intra-imperialistas sino, por el contrario, servía para agravarlas, en la medida en que ya no podrían ser temporalmente resueltas a expensas de los países

---

<sup>119</sup> V. Korionov y N.N. Yakovlev, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 52.

<sup>120</sup> *Ibid.*

socialistas. De esa manera, la lucha sería desviada hacia el interior del campo capitalista en el mismo momento en que éste se encontraba en proceso de reducción. Sin embargo, la Unión Soviética no era partidaria de que tales contradicciones fueran resueltas mediante la fuerza, pues se decía que ello conduciría a las masas al horror de una conflagración mundial.

El razonamiento subyacente era que los supuestos procesos internos que llevaban a los países individuales hacia el socialismo, tendrían mayor libertad para actuar si prevalecían unas condiciones internacionales relativamente pacíficas:

Cuando reina la coexistencia pacífica hay ambiente favorable para emprender la lucha de clases en los países capitalistas y los movimientos nacionales de liberación en los territorios coloniales y dependientes ... <sup>121</sup>.

Bajo esta lógica, un estado de guerra fría internacional tendía a unificar al mundo no socialista y a congelar su orden interno, en tanto que una situación internacional más relajada proporcionaría el clima más favorable para el éxito de las fuerzas internas a favor del cambio social y político en las sociedades no socialistas.

Esta fórmula permitió a los dirigentes soviéticos promover indirectamente la victoria socialista en la lucha competitiva a largo plazo, durante el mismo acto de cooperar con los dirigentes occidentales para reducir las tensiones y el peligro de guerra nuclear: una expresión más de la indivisibilidad dialéctica del conflicto y la cooperación en el proceso de coexistencia.

Por otra parte, si bien los teóricos soviéticos definían la coexistencia pacífica como una forma internacional de la lucha de clases que se manifestaba a través de las relaciones interestatales, también afirmaban que tenía efectos profundamente benéficos sobre la lucha de clase interna de los Estados capitalistas; limitaba la agresión imperialista y prestaba apoyo a la lucha de clase interna de otras tres maneras: primero, al apoyarla frente a la reacción imperialista; segundo, al permitirle a la URSS demostrar su solidaridad proletaria al anteponer una política exterior pacífica y, tercero, al permitirle al socialismo su construcción exitosa le proporcionaba al proletariado un arma poderosa para la lucha de clases: la demostración de la superioridad del socialismo. Según Gromyko<sup>122</sup>, lo anterior era una prueba de que las bases de la política exterior soviética “responden plenamente a las necesidades de clase del proletariado, responden a sus intereses vitales y a los intereses vitales de todos los trabajadores”.

Por lo referente a las luchas de liberación nacional, éstas no solamente eran aprobadas como algo legítimo, sino que se las consideraba merecedoras de apoyo internacional moral y material. Los teóricos soviéticos afirmaban que era el principio del

---

<sup>121</sup> “Declaración de la Conferencia de 81 partidos comunistas y obreros”, noviembre de 1960, cit. por Furtak, *Op. cit.*, p. 7.

<sup>122</sup> A.A. Gromyko, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 51.

internacionalismo proletario el que predominaba en la relación con los países colonizados. En consecuencia, el que la Unión Soviética continuara prestándoles apoyo en su lucha por la independencia, no implicaba una contradicción con los principios de coexistencia pacífica. No obstante, se decía que la coexistencia pacífica por sí misma tendría efectos muy positivos para la lucha de liberación nacional, dado que involucraba un apoyo al desarme, y sin las armas los colonizadores no dispondrían de la fuerza para reprimir a los pueblos colonizados.

Sin embargo, cuando se hizo evidente que el apoyo prescrito por el principio del internacionalismo proletario a las guerras de liberación nacional podía provocar una guerra de mayores proporciones que, bajo el principio de la coexistencia pacífica, se trataba precisamente de evitar, los dirigentes soviéticos salieron del paso con las siguientes acciones: en primer lugar, se lanzó una serie de propuestas, en el marco de las Naciones Unidas, para una acción internacional que llevara a efecto la independencia pacífica de las colonias restantes. En segundo lugar, se afirmó que la Unión Soviética ayudaba “a los pueblos que ya se han liberado”<sup>123</sup>, es decir, no a los pueblos que todavía estaban luchando por su independencia. Esta fórmula significaba que, para no poner en riesgo la coexistencia pacífica, la URSS tendía a apoyar más bien un movimiento de liberación ya consumado que una guerra de liberación en curso. En tercer lugar, conforme a la resolución del XXIII Congreso del Partido, los “intereses básicos del pueblo soviético”<sup>124</sup> fueron elevados a directiva máxima de su política exterior; pero como estos intereses reclamaban una política de coexistencia pacífica, el principio del internacionalismo proletario pasaba a ocupar, así, el segundo lugar. Los postulados de este último principio debían ceder el lugar a los intereses de la Unión Soviética en la coexistencia pacífica.

Llegamos finalmente al aspecto ideológico de la coexistencia pacífica. Si bien en los ámbitos político, económico, cultural, etc. eran posibles y aún necesarios los vínculos y las concesiones, en el ámbito ideológico se excluían totalmente y no podía haber coexistencia pacífica. Al respecto, Jruschov afirmaba que:

... no debemos confundir las concesiones mutuas en beneficio de la coexistencia pacífica con las concesiones de principio en cuestiones que afectan a la naturaleza real de nuestro sistema socialista o de nuestra ideología. En este punto no puede hablarse de concesiones ni de adaptación. Si hacemos concesiones de principio, en problemas ideológicos, ello significará inclinarnos hacia la posición de nuestros enemigos. Significará un cambio cualitativo. Representará una traición a la causa de la clase trabajadora. Quien adopte esa línea de conducta estará traicionando la causa del socialismo, y por supuesto merece la crítica más implacable.<sup>125</sup>

<sup>123</sup> “Carta abierta del Comité Central del PCUS a las organizaciones del Partido, a todos los comunistas de la Unión Soviética”, Pravda, 14 de julio de 1963, cit. por Furtak, *Op. cit.*, p. 25.

<sup>124</sup> “Resolución del XXIII Congreso del PCUS (8 de abril de 1966), Pravda, 9 de abril de 1966, cit. por Furtak, *Op. cit.*, p. 25.

<sup>125</sup> N. S. Jruschov, 31 de octubre de 1959, cit. por Brzezinski, *Ideología y poder en la política soviética*, p. 101.

Según los teóricos soviéticos, en el campo ideológico se estaba desarrollando una tensa lucha, y todo intento por parte de los políticos occidentales de imponer una coexistencia pacífica en la esfera de las ideas representaba una “directa subversión ideológica con el objeto de desarmar espiritual e ideológicamente a los constructores del socialismo y del comunismo”<sup>126</sup>.

La preservación de la lucha ideológica constituía un elemento indispensable en la visión moderada de la nueva dirigencia respecto del futuro progreso de la revolución socialista mundial como un proceso que tendría lugar mediante la operación pacífica de fuerzas internas en las sociedades individuales. Bajo este esquema, el deber de la dirigencia soviética no consistía ya en “exportar la revolución”; bastaba con exportar la ideología marxista-leninista, la cual se apoderaría de la conciencia de los hombres cuando la evolución social hubiese llegado a cierto grado de tensión. Al mismo tiempo, esta fórmula permitía a la dirigencia soviética conservar la noción de un fin eventual de la coexistencia de los sistemas, como resultado de la extensión del modelo comunista a la totalidad del mundo y, con ella, también la racionalidad y legitimidad de sus acciones fundadas en dicha ideología.

---

<sup>126</sup> A. Sovietov. “Road to Détente: Possibility and Reality” en *International Affairs*, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 52.

## 5. La doctrina de la coexistencia pacífica durante la dirigencia de Bresniev.

En contraste con los cambios profundos que sufrió la doctrina de la coexistencia pacífica a lo largo del régimen de Jruschov, durante el extenso período que abarcó el gobierno de Bresniev dicha doctrina no solamente no registró un desarrollo teórico significativo, sino que incluso comenzó a ser relegada a un segundo plano al inicio del régimen. Tras el desastre que representó para el Estado soviético la crisis cubana de los cohetes en 1962, los sucesores de Jruschov habían adoptado un tono de cautela y moderación que desembocó en un breve período de deshielo, conscientes de la necesidad de lograr un entendimiento con las potencias occidentales. Sin embargo, diversos desarrollos externos e internos se conjugaron para impedir la consolidación del proceso de relajamiento de la tensión iniciado por Jruschov a partir de su revisión de la doctrina de la coexistencia pacífica. Los desarrollos mencionados se refieren a la creciente participación estadounidense en el conflicto armado en Vietnam y a las repercusiones que tuvo el proceso de desestalinización en el bloque socialista y que amenazaban la hegemonía de la URSS en su esfera de influencia; tuvieron que ver, asimismo, con un cambio de estrategia en Occidente frente a Europa del Este y con los efectos de una lucha interna por la supremacía entre los grupos rivales que conformaban la nueva dirección del PCUS.

### Contexto externo.

Durante el régimen de Bresniev, uno de los obstáculos centrales para el avance de la distensión entre el Este y el Oeste estuvo relacionado con la creciente implicación de los Estados Unidos en Vietnam. Cuando el gobierno de Kennedy decidió apoyar al débil régimen de Vietnam del Sur mediante el envío de tropas estadounidenses, inició un conflicto que fue agudizándose cada vez más durante la siguiente administración, pues en 1965 Lyndon B. Johnson optó por ampliar el contingente americano en la zona de conflicto; en febrero del mismo año inició el bombardeo de Vietnam del Norte y, para 1969, el número de soldados norteamericanos que combatían en territorio vietnamita superaba el medio millón. Ante tal situación, considerando que se trataba de un conflicto armado de EE.UU. con un movimiento de liberación nacional y un país de orientación socialista, la nueva dirigencia soviética se vio obligada, para no perder su crédito entre los partidos comunistas, a sumarse a la crítica mundial al “imperialismo” americano y a dosificar cuidadosamente la cooperación con EE.UU., pese al consenso que había existido tras la destitución de Jruschov en torno a la necesidad de acordar un *modus vivendi* con dicho país y a una mayor moderación en la actividad diplomática soviética.

Benz y Graml<sup>127</sup> sostienen que la creciente intervención de EE.UU. en la guerra de Vietnam tuvo como efecto adicional la desaparición de la necesidad de hacer concesiones al bloque occidental, ya que las pérdidas materiales, morales y de prestigio sufridas por EE.UU. como resultado de la “guerra sucia”, fueron equilibrando gradualmente la inferioridad soviética frente a la potencia occidental. Esta nueva situación permitió a los

---

<sup>127</sup> Wolfgang Benz y Hermann Graml. *El Siglo XX, Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Tomo 2, 496-497 pass.

soviéticos apoyar más activamente a los norvietnamitas con suministros materiales que alargaron la guerra, así como el lanzamiento de una propuesta en Europa para el establecimiento de un sistema de seguridad para todo el continente europeo sin participación americana, que, al resultar inaceptable para los europeos occidentales y para EE.UU., era en realidad un medio para impedir ciertos avances entre Europa oriental y Europa occidental que habían comenzado a registrarse en el marco del proceso de distensión, a principios de los años sesenta.

En efecto, el proceso de desestalinización iniciado por Jruschov generó en los países de la comunidad socialista diversas tendencias que habían comenzado a inquietar a varios dirigentes soviéticos. Como se recordará, ante el peligro de desarrollos “nacionales” en las democracias populares, por la cada vez más desacreditada práctica del dominio estalinista y sus instrumentos, Jruschov se había visto obligado a aceptar la exigencia china de que las relaciones entre los países socialistas y sus partidos se basaran en los principios de igualdad de derechos y soberanía y a sancionar, como paso previo a la aproximación a Yugoslavia, las vías nacionales al socialismo.

Con estas concesiones, Jruschov intentaba poner fin en Europa oriental a la estructura monolítica del imperio soviético para establecer en su lugar una comunidad de Estados vinculados por los principios de la doctrina del partido comunista y por los objetivos conjuntos. Pero este nuevo ordenamiento pronto llevó a una evolución diferente en cada uno de los Estados, que empezó a plantear problemas inesperados a la dirigencia soviética. Y es que Jruschov, cuando en su informe presentó a los países socialistas como un grupo autónomo, diferente de la Unión Soviética, adjudicando a sus dirigentes la responsabilidad del desarrollo de sus países, no estaba tomando en cuenta que las democracias populares aún estaban lejos de alcanzar el grado de consolidación interna del sistema que la URSS había logrado y que sus problemas socioeconómicos apenas estaban resueltos, situación que profundizó el descontento y los resentimientos nacionales.

Por otra parte, la tesis de las diferentes vías nacionales al socialismo produjo resultados que ponían en peligro la hegemonía soviética tanto en lo político como en lo ideológico, esto es, en el ámbito de la legitimación del poder, pues al admitir posibilidades de desarrollo alternativas al modelo soviético, éste dejó de ser el único válido y, por tanto, también cesó el papel de Moscú como instancia ideológica central. El jefe del Partido Comunista italiano, Palmiro Togliatti, partiendo de las diferencias en cuanto a los métodos e instrumentos para llevar a cabo el ideal socialista (p.e. el principio de autogestión obrera del titoísmo, la agricultura privada de corte capitalista en Polonia, el estalinismo de Mao Zedong y Enver Hoxha, etc.), había definido la situación del movimiento comunista internacional mediante el término “policentrismo”, dando a entender la existencia de centros decisivos ideológicos -y por tanto políticos- con igualdad de derechos y sin un partido rector institucionalizado.

La insurrección de Poznan en Polonia y el levantamiento húngaro en 1956 evidenciaron ante la dirigencia soviética la inestabilidad de esta estructura y la necesidad de un mecanismo regulador para la coordinación de las cuestiones ideológicas y políticas,

**ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

además de los mecanismos de seguridad ya existentes, tales como el establecimiento de tropas y la dependencia económica, que sólo servían al control de la esfera de hegemonía soviética, es decir, de los Estados del Pacto de Varsovia. Sin embargo, el intento de Jruschov de crear una nueva instancia central de dirección del movimiento comunista mundial fracasó por la insistencia del PCUS en que la Unión Soviética desempeñara el papel rector, lo cual le creó problemas con Yugoslavia y China que, finalmente, condujeron a una escisión en el comunismo internacional. Todavía en 1959 Jruschov había intentado convencer a los chinos para que transigieran mediante un préstamo soviético a Pekín, pero cuando éste no surtió efecto político alguno las tensiones fueron superando cada vez más los límites del terreno ideológico y político para convertirse en un abierto conflicto militar entre dos potencias rivales. La escisión alcanzó su punto culminante en 1964 con las reivindicaciones territoriales chinas frente a la Unión Soviética, una serie de incidentes armados a lo largo de la frontera común y el envío por parte de la URSS de un amplio contingente a la zona fronteriza. El conflicto con la China de Mao Zedong, que se prolongó hasta finales de la década de 1960, enfrentó a la dirigencia y al ejército soviéticos a un nuevo flanco del imperio, del que provendría en lo sucesivo una amenaza potencial a su seguridad.

Con la escisión china, la Unión Soviética perdió asimismo sus posiciones en el Adriático, pues, en la controversia entre el revisionismo y el dogmatismo, Albania se había alineado con China, y al igual que ésta, no se dejaba doblegar por las presiones económicas soviéticas. Moscú intentó conseguir la aprobación de Albania para sus políticas, pero todos sus esfuerzos fueron en vano, ya que Hoxha no dejaba de aplicarles el calificativo de "capitulacionistas", en especial a la política de coexistencia pacífica.

Pero más alarmante que la ruptura con un país pequeño como Albania fue para los dirigentes soviéticos la evolución de Rumania y su influencia sobre otros países del Comecon. La mayor autoconciencia adquirida por los gobiernos de las democracias populares, que había experimentado un impulso inicial con la crítica interna soviética al estalinismo, se acrecentó aún más con los problemas a los que se enfrentaron los países de Europa del Este (y la propia URSS) a principios de la década de 1960 y que señalaron la necesidad de una profunda reforma de la estructura del modelo económico soviético. Los signos de esta crisis de crecimiento de las economías nacionales del Comecon eran evidentes: una productividad laboral decreciente, disminución en el rendimiento de las inversiones y escasez de mano de obra. Los planificadores argumentaban ahora a favor de un proceso de modernización y racionalización encaminado a elevar la productividad, pero ello sólo podía llevarse a cabo mediante un aumento en las importaciones de avanzada tecnología proveniente de los países industriales de Occidente: aumento que, por otra parte, comenzó a ser visible desde mediados de la década de 1960.

Rumania, que tras la retirada de las tropas soviéticas en 1958 había conseguido disponer de una mayor capacidad de maniobra política para la consecución de objetivos nacionales, anunció a finales de 1961 la ampliación del comercio con los países occidentales para fomentar la industrialización rumana, lo que no era visto con buenos ojos por la dirigencia soviética. Pero Rumania se negó a permitir la limitación de su soberanía en el

ámbito económico y bloqueó tenazmente la especialización de las economías nacionales mediante la división del trabajo planeada por Moscú, invocando el principio de igualdad de derechos proclamado por Jruschov como fundamento de las relaciones entre los países socialistas. Por lo demás, puesto que Rumania cumplía sus compromisos y el orden socio-político del país se ajustaba a las exigencias ideológicas, Jruschov tuvo que conceder a Gheorghiu-Dej su propia vía “rumana” al socialismo en 1963, con lo cual Rumania salió beneficiada del conflicto sino-soviético, ya que Moscú no deseaba suministrar nuevos argumentos a la propaganda de los chinos. La escisión china contribuyó, así, a una revalorización soviética del papel que debían desempeñar los regímenes aliados de Europa del Este, cuando éstos comenzaron a aprovechar el mayor margen en la toma de decisiones para fortalecer sus propias posiciones en el campo de los países del Comecon. Para 1966, cuando la gran coalición de Bonn marcó un cambio de sentido con su “Ostpolitik”, Moscú había perdido virtualmente el control sobre Rumania pues, a pesar de sus enérgicas advertencias, Bucarest había iniciado contactos con la RFA para establecer relaciones diplomáticas un año más tarde. El hecho de que también Hungría, Bulgaria y Checoslovaquia comenzaran a mostrar inclinación a seguir el ejemplo rumano, inquietó aún más a los dirigentes soviéticos.

Por otra parte, los temores del Kremlin se vieron exacerbados por un cambio de dirección en la estrategia occidental frente a Europa del Este. Con anterioridad, el secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles había confiado en que el dominio soviético sobre dicha región se debilitara sólo con que Occidente mostrase suficiente dureza frente a la URSS. Sin embargo, el paso del “containment” al “roll back” bajo el gobierno de Eisenhower, tropezó con grandes problemas en el campo occidental, por lo que no se produjo un serio peligro para el dominio soviético. La abstención por parte de las potencias occidentales de cualquier tipo de intervención en el sentido de una “política de fuerza” durante el levantamiento popular húngaro en 1956, había revelado que los dirigentes de la alianza occidental ya no estaban dispuestos a comprometerse más allá del mantenimiento del *statu quo*; aunque de manera renuente, habían aceptado que Europa oriental formaba parte de la esfera de influencia soviética.

Sin embargo, a mediados de la década de 1960, los ánimos habían cambiado. Los dirigentes occidentales empezaban a manifestar nuevamente su interés por contemplar un cambio en Europa del Este, sólo que ahora, en vez de esperar que su régimen sufriera un colapso repentino, se esperaba que aquella región pudiera ser gradualmente apartada del control de Moscú. No se trataba ya de “derribar al comunismo”, sino de alentar a las democracias populares a distanciarse del Kremlin, del modo en que Yugoslavia y, más recientemente, Rumania lo habían hecho.

Esta nueva estrategia parecía tener más sentido en términos políticos. Se trataba de un lento proceso evolutivo que, por otra parte, podía fundamentarse en el deseo evidente entre la mayoría de los europeos orientales por estrechar los contactos con el Occidente. También tenía sentido en términos económicos, pues, como se mencionó anteriormente, las economías nacionales de Europa del Este ya habían comenzado a experimentar una desaceleración en su ritmo de crecimiento, lo que despertó su interés por un comercio

ampliado con Occidente; interés que, por otra parte, era correspondido por empresarios y políticos de Europa occidental, que empezaban a reconocer el enorme potencial que ofrecía el mercado europeo del Este.

Con esta lógica, empezó a cobrar impulso en la RFA la estrategia de “cambio mediante acercamiento”, reivindicada ya desde 1963, a medida que dicho país perdía progresivamente su carácter provisional. El gobierno de “gran coalición” formado en diciembre de 1966, acordó no buscar ya la solución a la cuestión alemana en una “política de fuerza”, sino en un cambio de los regímenes existentes dentro de la esfera de poder soviética encaminado hacia una mayor liberalidad y autonomía que hicieran posible la superación final de la división de Europa y, así, de Alemania. El gran interés de varios gobiernos de Europa oriental por una relajación de los vínculos del bloque permitió que, sobre esta base, el ministro de Relaciones Exteriores, Gerhard Schröder, lograra firmar entre marzo de 1963 y marzo de 1964 tratados comerciales con Polonia, Rumania, Hungría y Bulgaria, y crear en todos estos países delegaciones comerciales, acelerando con ello el proceso de relajamiento dentro del bloque soviético: Rumania reafirmaba cada vez con mayor claridad el rumbo iniciado en 1963 de independencia en política exterior respecto de la Unión Soviética; en Checoslovaquia, con la sustitución de Novotny por Dubcek a finales de 1967 se inició un profundo proceso de liberalización; en Polonia, en la RDA e incluso en la Ucrania soviética se multiplicaron las muestras de oposición al régimen tradicional controlado por Moscú.

En este contexto, la ansiedad de los sucesores de Jruschov se incrementó notablemente, pues veían con gran sospecha las intenciones occidentales frente a Europa del Este, interpretándolas como una fuente potencial de desestabilización que pondría en peligro la hegemonía soviética en toda el área de influencia europea adquirida después de 1945. Les preocupaba en particular la perspectiva de una Alemania occidental fortalecida por su integración en una fuerza nuclear multilateral de la OTAN y su relación con una Europa oriental debilitada; temían que en Europa del Este se repitieran situaciones de crisis como las que habían tenido lugar en el pasado y que el Occidente se viera tentado a explotar bajo las nuevas circunstancias. La creciente preocupación soviética respecto de la forma amenazadora en que estaban evolucionando los acontecimientos en su esfera de influencia, se explica en función de las ventajas estratégicas, políticas e ideológicas que sus países integrantes le aportaban a la URSS: en lo estratégico, el control de esta zona-tapón negaba el acceso a cualquier otra potencia, pudiendo servir como trampolín en caso de una acción militar soviética en Europa occidental; en lo político, servía para validar las credenciales de Moscú como líder de uno de los dos principales sistemas de alianza en el mundo; en lo ideológico, el control de esta zona bajo el régimen comunista de partido único representaba una extensión del sistema social soviético, importante en la medida en que la Unión Soviética no se consideraba a sí misma tan sólo como un Estado, sino como representante de una forma particular de organización social y económica con validez y aplicación universales.

## Contexto interno.

En el ámbito económico se presentaba en la Unión Soviética una situación similar a la que experimentaban las economías nacionales de Europa del Este. La positiva evolución económica de la segunda mitad de la década de 1950, con una creciente renta nacional y elevadas tasas de crecimiento de la producción industrial impulsaron a Jruschov a declarar en 1960 que la URSS había alcanzado el estadio de la transición al comunismo. Su anuncio de que en el año 1980 dicho país alcanzaría el estadio del comunismo y sobrepasaría en términos económicos a EE.UU. provocó serias dudas ya entonces, lo que no impidió a la dirección soviética tomar sus precauciones al añadir en el Programa del Partido la aclaración de que la aspiración contenida en la fórmula “de cada uno según su capacidad y a cada uno según sus necesidades” (fórmula que representaba la base económica para la disolución del Estado, según el esquema marxista) no podía ser interpretada de manera individual, siendo el Partido quien habría de determinar las necesidades.

Sin embargo, pronto se puso en evidencia que el optimismo de Jruschov carecía de fundamento. El rápido retroceso de las tasas de crecimiento, reflejado en las tasas de crecimiento de las inversiones, cuestionó el desarrollo económico conjunto: según Benz y Graml<sup>128</sup>, en 1958 el crecimiento era de un 13%; en 1961 había bajado hasta un 4% y en los dos años siguientes alcanzó un 5%. En 1963 el PNB llegó incluso a un aumento de tan sólo un 2,5%, debido en parte al mal resultado de las cosechas. Frente a estos resultados tan alarmantes, tanto los dirigentes del Partido como la burocracia económica tuvieron que optar por la revisión general de un sistema económico que padecía graves trastornos a causa de las prioridades divergentes del Plan, pues, con el poco éxito de la descentralización, se había vuelto a recurrir al medio ya probado de la centralización de la economía dirigida. Así pues, para 1963 se había llegado a una situación de gran confusión en cuanto a las esferas de competencia. Entre los dirigentes del Partido fue ganando terreno el reconocimiento de la necesidad de auténticas reformas, pues era evidente que la crisis condicionada por el sistema no podía ser abordada con experimentos organizativos ni con medidas de emergencia. Una vez sorteada la resistencia en el Pleno del Comité Central mediante la destitución de Jruschov en Octubre de 1964, la nueva dirección del Partido y el Estado comenzó ya en 1965 a dar los primeros pasos hacia una reforma de la economía, que, pese a todo, acabaría por presentar hacia finales de los años sesenta la misma problemática ya expuesta en el caso de las economías nacionales de Europa del Este, esto es, la necesidad de racionalizar y modernizar la producción mediante la importación de tecnología occidental.

La medida anterior, sin embargo, no debe crear una imagen de unanimidad acerca de la línea a seguir dentro de la nueva dirección del PCUS. En contraste con el régimen de Stalin y la última parte del régimen de Jruschov, en el período inicial tras la caída de este último, la dirigencia del Kremlin era genuinamente colectiva, situación que propició el surgimiento de diversas tendencias o grupos rivales que, en su lucha por la supremacía,

---

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 422.

trataron de asegurarse mediante concesiones el apoyo de los diversos “pilares” del sistema -aparato del Estado, economía y Ejército- a sus propios intereses y estrategias.

A grandes rasgos pueden identificarse dos posiciones: por un lado, los defensores de la modernización económica, tales como A. Kosiguin y N. Podgorny, quienes apoyaban la coexistencia pacífica. Se trataba de un grupo que, ante la multiplicidad y complejidad de los problemas con que se encontraba la Unión Soviética por su ascensión a segunda potencia mundial y ante la problemática socioeconómica de ésta, igualmente compleja, adoptaba una actitud “tecnocrática” más flexible. Por el otro, el grupo “duro”, cuya dirección era atribuida al ideólogo jefe del Partido, M. Suslov, y en el que, al menos hasta 1967, podemos ubicar también a L. Bresniev. Este grupo representaba a los intereses militares y al aparato ortodoxo del Partido cuyo interés creado en un enemigo “imperialista” se combinaba con el temor al efecto de la modernización del sistema; reconocían plenamente los peligros que, para su posición hegemónica, provenían de una mayor orientación económica hacia el Occidente: la supresión progresiva del enfrentamiento con las potencias occidentales eliminaba el imperativo de la solidaridad dentro del Comecon derivado de la amenaza que para todos sus países miembros constituía la imagen del “capitalismo”, dejando así libre el camino para la persecución y consecución de los intereses nacionales. Para ellos, la profundización del proceso de coexistencia pacífica y la distensión conllevaba el peligro de un debilitamiento de los controles políticos a nivel interno como en su esfera de influencia por los efectos de la erosión de dicha imagen y de una apertura a influencias “subversivas”, lo que explica su apego a las reivindicaciones escatológicas de la URSS dentro de la historia mundial y su insistencia en la restauración de la unidad del movimiento comunista internacional bajo la dirección soviética.

No obstante, cabe señalar que al interior de cada grupo podían existir divergencias en torno a políticas determinadas; que dichos grupos no estaban institucionalizados y tampoco se encontraban cerrados en sí mismos; antes bien, las políticas finalmente adoptadas eran producto de un consenso al que se llegaba mediante concesiones obtenidas de uno u otro grupo, conforme las circunstancias fueran avalando o cuestionando la eficacia de cada una de las estrategias puestas en práctica.

Así pues, partiendo de la percepción soviética, la gravedad de las circunstancias descritas en este apartado y en el anterior explica que durante el período inicial predominara el enfoque de los “duros” en lo referente al tema de la distensión y la coexistencia pacífica, pues éstos comenzaron a poner en práctica diversas medidas para poner freno al proceso de reducción de la tensión, limitar los intereses nacionales rivales y asegurarse la lealtad de sus aliados. Esta prioridad habría de reflejarse en el trato dado a la coexistencia pacífica durante los primeros años, como se verá a continuación.

## **Evolución de la coexistencia pacífica.**

La reacción frente a un proceso de relajamiento que para el grupo ortodoxo había ido demasiado lejos al afectar lo que se consideraban intereses soviéticos esenciales, quedó plasmada en el primer informe de la nueva dirección ante el XXIII Congreso del PCUS en 1966. Dicho informe, despojado del tono reformista que había caracterizado a la dirigencia anterior, destacaba nuevamente la movilización frente a un imperialismo cada vez más agresivo en un contexto internacional que presentaba mayores tensiones y peligros de guerra generalizada, reflejo de las “crecientes dificultades y contradicciones”<sup>129</sup> que padecía el sistema capitalista mundial.

Sin embargo, la versión revisada de coexistencia pacífica no fue repudiada por la nueva dirigencia; sus principios fueron ratificados por el PCUS como fundamento para las relaciones entre sistemas sociales diferentes, al igual que su caracterización como “una forma de lucha de clases entre el socialismo y el capitalismo”, pronunciándose al mismo tiempo a favor del “mantenimiento de relaciones normales, pacíficas con los países capitalistas”<sup>130</sup>. Con ello el PCUS quería dar a entender que el proseguimiento de la lucha de clases en los países desarrollados y en vías de desarrollo no se vería afectado por los vínculos de la URSS con los Estados capitalistas y que el desarrollo ulterior de tales vínculos dependería ahora del retiro de las tropas norteamericanas de la zona de conflicto en Vietnam.

Por otra parte, si tuvo lugar un cambio respecto al énfasis que durante el régimen anterior había recibido la coexistencia pacífica. A fin de intensificar la unidad y la capacidad de acción de un campo socialista en proceso de desintegración, era preciso reducir la prioridad de la coexistencia pacífica para destacar, a cambio, el principio del internacionalismo proletario. De este modo, el principio de coexistencia pacífica, que en el XX Congreso había sido anunciado por Jruschov como línea general de la política exterior del Estado soviético, fue desplazado al cuarto lugar en la formulación aprobada para los dos primeros informes de la nueva dirección:

Los objetivos de la política exterior soviética, tal como los definió el XXIII Congreso del PCUS, consisten en:

1. Asegurar, junto con otros países socialistas, condiciones internacionales propicias para la edificación del socialismo y el comunismo.
2. Fortalecer la unidad y la cohesión de los países socialistas, su amistad y fraternidad.
3. Apoyar al movimiento de liberación nacional y colaborar en todos los aspectos con los jóvenes Estados en vías de desarrollo.

---

<sup>129</sup> Informe internacional ante el XXIII Congreso del PCUS, en *Current Digest of the Soviet Press*, 18, no. 12 (Parte 1) (13 de abril de 1966), p. 5, cit. por Franklyn Griffiths en *The domestic context of Soviet Foreign Policy*, trad. propia, pp 31-32

<sup>130</sup> *Ibid.*, trad. propia, p.39.

4. Defender consecuentemente el principio de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social.
5. Dar una réplica contundente a las fuerzas agresivas del imperialismo.
6. Evitar a la humanidad una nueva guerra mundial.<sup>131</sup>

En la misma lógica, V. Egorov, uno de los ideólogos del régimen, escribió:

En un tiempo circuló la tesis de que la coexistencia pacífica de Estados con diferentes sistemas sociales “es la línea general de la política exterior de nuestro país” [las comillas son de Egorov]. Ello estuvo vinculado a una interpretación voluntarista de los principios básicos de la política exterior de la URSS. Semejante interpretación de estos principios contravenía el fundamento teórico y la práctica de la política exterior de un Estado socialista.<sup>132</sup>

Asimismo, afirmó que:

Los Estados socialistas procuran una situación en la que los países capitalistas tengan una percepción positiva de la política de coexistencia pacífica, pero sin convertir nunca esta política en un fin en sí. Ello entraría en conflicto con los principios del internacionalismo proletario y socavaría el desarrollo de la clase trabajadora internacional, del movimiento de liberación nacional y debilitaría la unidad de los países socialistas.<sup>133</sup>

Así pues, la marcada acentuación del internacionalismo proletario durante esta época, en contraste con el principio de coexistencia pacífica, responde al hecho de que la dirigencia soviética había encontrado en aquél un instrumento idóneo para la conservación del poder frente al movimiento nacionalcomunista: Bresnev declaró que la soberanía de los países del Comecon quedaba limitada por los intereses preferentes del “campo socialista” y del “internacionalismo proletario”, lo que en la práctica autorizaba a la URSS a impedir, por la fuerza de ser necesario, el abandono de su esfera de influencia a los países del Pacto de Varsovia. De este modo, la tesis de Jruschov respecto de la igualdad de derechos y soberanía nacional de los Estados socialistas también cayó víctima de los intereses del Estado soviético.

Por otra parte, el renovado interés por el principio del internacionalismo proletario planteó nuevamente el problema de su relación contradictoria con el principio de la coexistencia pacífica. No es que los teóricos soviéticos admitieran abiertamente la existencia de una contradicción entre ambos principios; seguían insistiendo en que la coexistencia pacífica favorecía el internacionalismo proletario precisamente porque propiciaba la paz y proporcionaba las condiciones externas necesarias para la

<sup>131</sup> L.I. Brezhnev, *Informe del Comité Central del PCUS al XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, 30 de marzo de 1971, pp. 8-9.

<sup>132</sup> V. Egorov, *Mirnoe sósushchestvovanie i revoliutsionnyi protsess*, p. 160, cit. por Marantz. *Op. cit.*, trad. propia, p. 50.

<sup>133</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 51.

construcción del socialismo y el comunismo. Sin embargo, en opinión de Light<sup>134</sup>, tal aseveración no solucionaba el conflicto que provocaba el sostener, por una parte, el argumento de que la coexistencia pacífica incluía el principio de no intervención y, por otra, el argumento de que la coexistencia pacífica no se extendía a los procesos internos de la lucha de clases, a las relaciones entre opresores y oprimidos. Como ya se mencionó en el capítulo anterior, este último argumento cubrió, desde el punto de vista teórico, la aparente contradicción entre la coexistencia pacífica y la lucha de liberación nacional, en el ámbito del mundo en desarrollo: la coexistencia pacífica no se extendía a los movimientos de liberación nacional y, por tanto, no contravenía el derecho de los pueblos oprimidos a luchar por su liberación y tampoco interfería con el deber socialista de asistir a las naciones que luchaban por la misma. En el ámbito de la comunidad socialista, el problema de la coherencia teórica había sido resuelto mediante una diferenciación entre la intervención “por solicitud” y la intervención impuesta. Esta formulación no logró convencer a los detractores de la política exterior de la URSS, creando además algunos problemas prácticos a sus dirigentes cuando éstos no contaban con un líder que gozara de credibilidad para formular la “solicitud”. Por último, la forma en que los teóricos soviéticos trataron de conciliar su apoyo a la lucha de clases en el ámbito interno de los países capitalistas con su adhesión a la coexistencia pacífica y al principio de no intervención, tampoco resultó muy convincente: V. G. Trukhanovsky<sup>135</sup> se limitó a declarar que las relaciones con los Estados capitalistas se basaban en los principios de coexistencia pacífica, en tanto que las relaciones con la clase trabajadora de esos mismos Estados se basaban en el principio del internacionalismo proletario; tal era, según Sanakoyev y Kapchenko<sup>136</sup>, una de las formas en que se expresaba la “relación dialéctica” entre los dos principios que, supuestamente, caracterizaba a la política exterior socialista.

Pero si la dificultad teórica y práctica que surgía de basar las relaciones con los gobiernos de los Estados capitalistas en un principio y las relaciones con la mayoría de su población, en otro, no fue abordada por los teóricos soviéticos, por otra parte, la explicación “dialéctica” contribuyó a oscurecer más el problema, considerando que la coexistencia pacífica era ya dialéctica en sí: Butenko<sup>137</sup> señaló que los principios de coexistencia pacífica e internacionalismo proletario eran relativamente independientes, teniendo cada uno su propio ámbito de aplicación, pero que, al mismo tiempo, ambos se encontraban en una relación de interdependencia dialéctica, aunque no explicó la naturaleza de dicha relación ni, específicamente, la forma en que la dialéctica afectaba la relación entre los Estados socialistas y la inevitable lucha de clases al interior de las sociedades capitalistas. Por lo anterior, nunca quedaron claras las implicaciones del internacionalismo proletario cuando era aplicado a la clase trabajadora de los Estados capitalistas. Por otra parte, los teóricos soviéticos tampoco quisieron admitir que la asistencia socialista, inherente a la definición del internacionalismo proletario, infringía el

<sup>134</sup> Margot Light. *Op. cit.*, pp. 56-60 pass

<sup>135</sup> V.G. Trukhanovsky. *Proletarian Internationalism and Peaceful Coexistence* Foundation of the Leninist Foreign Policy on International Affairs. 1968, 11, p.56, cit. por Light, *Op. cit.*, p. 58.

<sup>136</sup> S.P. Sanakoyev y N.I. Kapchenko. *Teoriya i praktika vneshnei politiki sotsializma*, p. 76, cit. por Light, *Op. cit.*, pp. 58-59.

<sup>137</sup> A.P. Butenko. *Sotsializm i mezhdunarodnye otnosheniya*, p. 311, cit. por Light, *Op. cit.*, p. 59.

principio de la no intervención, inherente a la definición de coexistencia pacífica. El recurso de la “solicitud”, no logró resolver convincentemente esta incompatibilidad.

Tal vez pueda atribuirse también a esta inconsistencia teórica y a la controversia que generó en Occidente la peculiar interpretación soviética respecto de los límites de la coexistencia pacífica, el hecho de que Bresniev empleara escasamente el término durante los primeros años, prefiriendo el término de “cooperación pacífica” y, a partir de la década de los setentas, el término “*détente*” para denotar un relajamiento de la tensión, acorde con el nuevo contexto que enfrentaba la Unión Soviética.

Efectivamente, hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta tuvo lugar un cambio de circunstancias, tanto en la escena internacional como en el ámbito interno, que llevó a la dirigencia soviética a modificar su posición previa para impulsar activamente la reducción de la tensión internacional y, con ella, el elemento cooperativo de la coexistencia pacífica.

### **Contexto externo.**

Frente a los acontecimientos de Checoslovaquia en 1968, las fuertes tendencias disidentes que generaron en el marco del eurocomunismo y el estallido de hostilidades en la frontera con China durante 1969, los dirigentes soviéticos tuvieron que reconocer la necesidad de un relajamiento en Europa, tanto más apremiante, cuanto que ya empezaba a perfilarse el acercamiento sino-americano, creando el espectro de una alianza *de facto* entre los “imperialistas” que trataban de desarticular a los partidos comunistas desde el exterior y los maoístas y eurocomunistas que seguían su “línea cismática” desde el interior del movimiento. La perspectiva amenazadora de inestabilidad en ambos flancos de la Unión Soviética hizo que el reconocimiento formal de la situación política existente en Europa del Este tras la II Guerra Mundial se convirtiera en el objetivo central del momento.

Por lo demás, la coyuntura en Occidente era propicia para la realización del anterior objetivo: en Alemania occidental, los pasos iniciales que había dado la “gran coalición” de 1966 hacia una reconciliación con sus vecinos del Este dieron lugar a un amplio programa de cooperación a partir de 1969, cuando hizo su entrada en el gobierno la coalición social-liberal encabezada por Willy Brandt, quien aceptó los argumentos soviéticos en favor de una resolución de la cuestión alemana y de una normalización de las relaciones entre ambas partes, sobre la base del reconocimiento de las fronteras de Europa central por parte de las potencias occidentales y, en particular, de Alemania occidental. Estos esfuerzos culminaron con una serie de tratados bilaterales entre la RFA, por una parte, y la URSS, Polonia y la RDA, por la otra, quedando así ajustada al Derecho internacional la ampliación de la esfera hegemónica de la Unión Soviética después de la II Guerra Mundial. El arreglo en torno a una de las preocupaciones centrales de la URSS mejoró significativamente el clima político y abrió el camino a las negociaciones de toda Europa, a las que se unieron los Estados Unidos en el marco de la Conferencia de Helsinki.

En este último país, un nuevo gobierno encabezado por Richard Nixon había asumido el cargo con una estrategia para negociar, junto a China y la URSS, el retiro de sus tropas de territorio vietnamés, ofreciendo a esos países cierta cooperación económica a cambio de su anuencia. La implicación cada vez más fuerte de Estados Unidos en la guerra de Vietnam colocó a Europa del Este muy abajo en la lista de prioridades e indujo a Washington a buscar un relajamiento en Europa, convirtiéndose este último en uno de los objetivos centrales de la política exterior americana durante esa administración.

En Francia, la política exterior del General Charles de Gaulle, que se esforzaba por mantener un cuidadoso equilibrio entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, parecía mostrar en ocasiones mayor hostilidad hacia el primero que hacia la segunda, como lo demuestra la dramática clausura de las oficinas de la OTAN en ese país. En Gran Bretaña, Harold Wilson trataba de compensar su rechazo al Mercado Común europeo mediante una apertura diplomática hacia el Este y, en Italia, el gobierno seguía la misma estrategia para desviar las críticas provenientes de la izquierda italiana.

### **Contexto interno.**

En el ámbito económico, la reforma emprendida en 1965 para mejorar la capacidad productiva y la eficiencia de la economía soviética no logró detener la desaceleración económica; su implementación había sido minada por la reticencia de ciertos miembros pertenecientes al grupo “duro” del Politburó, quienes veían afectada su base de poder. Por otra parte, para los soviéticos resultaba cada vez más difícil la explotación de recursos energéticos en la proporción que requerían sus planes de desarrollo económico. El problema del agotamiento de las reservas de recursos de fácil extracción se veía agudizado por una preocupante tendencia demográfica: la curva de crecimiento de la población laboral estaba declinando hasta el punto en que los recursos laborales no podían ser considerados ya como un sustituto para los incrementos en la productividad, la cual mostraba una clara tendencia decreciente. El panorama en la agricultura tampoco era alentador; las dificultades crónicas en este sector se habían profundizado por el invierno particularmente severo de 1969, que provocó un serio déficit de bienes de consumo e hizo necesaria su importación. Así pues, en la medida en que los previos intentos de reforma económica habían provocado serias resistencias internas al afectar intereses creados en el monopolio económico estatal como instrumento de poder del Partido, la dirigencia soviética se vio obligada a aminorar sus esfuerzos en pos de la autosuficiencia económica y a buscar en Occidente la tecnología, el capital y los bienes de consumo requeridos. Para la expansión de las relaciones comerciales y económicas en la magnitud requerida era preciso contar con un ambiente de reducida tensión internacional, que propiciara el levantamiento de las restricciones en el ámbito del comercio y la transferencia de tecnología.

En el ámbito militar también tuvo lugar un hecho decisivo para la aceptación soviética del relajamiento internacional. Como reacción ante el fracaso que había representado la crisis cubana de los cohetes, la dirigencia soviética había emprendido, desde mediados de los

años sesenta, un esfuerzo por incrementar su potencial militar, que culminó en 1969 con el reconocimiento por parte de la Administración Nixon de la paridad nuclear estratégica con Estados Unidos. Una vez alcanzada la paridad, que para los dirigentes soviéticos representaba la garantía de ser tratados como iguales por los dirigentes occidentales, adquiría importancia primordial la estabilización de la carrera armamentista, toda vez que el programa nuclear soviético había absorbido cuantiosos recursos económicos en detrimento de los sectores civiles de la economía y de una mejora significativa en el nivel de vida de la población.

En el ámbito de la política, también tuvo lugar un reacomodo al interior del Politburó que tuvo como resultado un resurgimiento de la tendencia reformista, que habría de reflejarse en un nuevo impulso al proceso de distensión y al aspecto cooperativo de la coexistencia pacífica. Según R. Anderson<sup>138</sup>, a partir de 1966, con la intención de obtener una posición en el núcleo del Politburó, A. Shelepin irrumpió en la escena política con una estrategia capaz de atraer a las bases de apoyo de Bresniev y de Kosiguin, poniendo así en peligro sus respectivas posiciones, ya debilitadas por el fracaso del primero, en sus intentos de reconciliación con China, y del segundo, en sus esfuerzos por lograr un acercamiento con Estados Unidos. Frente a esta situación de mutua incertidumbre, Bresniev y Kosiguin trataron de reducir el incentivo que tenían sus respectivas bases de apoyo para pasarse a las filas de Shelepin, eliminando las causas de su descontento: los partidarios de Bresniev no veían con buenos ojos su oposición a la reforma interna, que, por otra parte, sí era apoyada por Shelepin y por Kosiguin; los partidarios de Kosiguin no compartían su preferencia por una solución negociada al conflicto vietnamita, frente al que Shelepin mostraba una postura militante y activista, al igual que Bresniev. Así pues, Bresniev y Kosiguin modificaron sus posiciones en torno a la reforma interna y al conflicto vietnamés, respectivamente, para acercarse a la posición asumida por Shelepin. Esta situación produjo un acercamiento de Kosiguin a la postura de Bresniev sobre Vietnam, que contribuyó a reforzar la posición de este último, dado que los partidarios de Kosiguin difícilmente se verían atraídos por la agresiva postura de Shelepin en este respecto; y a la inversa: como no era probable que los partidarios de Bresniev se vieran atraídos por la posición de Shelepin en torno a la reforma interna, aquél podía, por tanto, corresponder al gesto de Kosiguin mediante la adopción de su enfoque, reforzando así su posición.

Por otra parte, la oposición de Shelepin a la asistencia económica de los países del Mundo en Desarrollo y su rechazo al proceso de distensión entre el Este y el Oeste ofrecían a Bresniev y a Kosiguin la oportunidad de un contraataque, si lograban demostrar ante las bases de apoyo la escasa probabilidad de las políticas recomendadas por Shelepin de sobrevivir al proceso de cabildeo. A fin de revelar la ineffectividad de Shelepin, Bresniev y Kosiguin asumieron la posición contraria a las recomendaciones de Shelepin en lo que a las políticas de asistencia económica y de distensión se refería. Para controlar estas políticas, Bresniev y Kosiguin requirieron la anuencia de los otros dos

---

<sup>138</sup> Richard D. Anderson, *Public politics in an authoritarian state: making foreign policy during the Brezhnev years*, caps. 9 y 10 pass.

miembros del núcleo del Politburó: Podgorny y Suslov. Pese a los desacuerdos que ambos tenían con Bresniev y Kosiguin, cada uno prefirió una coalición con ellos que otra con Shelepin.

Podgorny era partidario de la cooperación internacional unida simultáneamente al combate ideológico de los dos sistemas sociales; sostenía que el mantenimiento de la paz era posible mediante la cooperación entre los países socialistas y un amplio frente de pueblos que incluía a una gran variedad de Estados del mundo en desarrollo e, incluso, a ciertos gobiernos capitalistas de Europa que compartían un interés común en la prevención de la guerra nuclear; mantenía una actitud pragmática hacia el capitalismo, destacando al mismo tiempo la distinción ideológica del socialismo. A fin de consolidar la cooperación con los países subdesarrollados, Podgorny proponía continuar con el programa de asistencia económica de Jruschov a una gran variedad de países, incluyendo a los que tenían instituciones capitalistas y a los que seguían la llamada vía de desarrollo no capitalista. De ahí que Podgorny prefiriera la posición de Bresniev y de Kosiguin a la de Shelepin, quien se oponía a la asistencia de Estados no comunistas del Tercer Mundo y a las negociaciones con los gobiernos capitalistas.

Suslov, por su parte, si bien compartía el rechazo de Shelepin a la cooperación diplomática con los gobiernos capitalistas, era partidario de la estrategia electoral de los eurocomunistas para la transición al socialismo en los países capitalistas desarrollados, en tanto que a los comunistas del mundo en desarrollo les recomendaba apoyar, con la fuerza de ser necesario, los esfuerzos de los gobiernos locales que siguieran políticas de resistencia frente a la estrategia neocolonialista del imperialismo. De ahí que Suslov, también, prefiriera la posición de Bresniev y Kosiguin al rechazo por parte de Shelepin de las coaliciones con no comunistas en ambas regiones del mundo.

La demostración de la incapacidad de Shelepin para asumir el control de estas políticas allanó el camino para la remoción de su cargo en la Secretaría del Comité Central en septiembre de 1967. Así pues, el desafío de Shelepin tuvo como efecto una reducción de la brecha ideológica entre Bresniev y Kosiguin, y un cambio de dirección hacia las preferencias de este último por lo que se refiere al tema de la distensión entre el Este y el Oeste y al de la reforma interna. Y si bien es cierto que, con la destitución de Shelepin, volvieron a resurgir las diferencias al interior del Politburó, por otra parte, la coyuntura internacional de 1969 y los persistentes problemas internos de la URSS convencieron a Bresniev, en 1970, de adoptar una actitud mediadora que reforzó su posición y aseguró la continuidad del proceso de relajamiento de la tensión.

Finalmente, otro factor que pudo haber influido en esta evolución favorable a la apertura externa y al proceso de relajamiento, tiene que ver con una tendencia que, según J. Steele<sup>139</sup>, comenzó a registrarse durante este período: el creciente empleo por parte del Comité Central de expertos o especialistas provenientes de instituciones académicas como asesores de política exterior y la incorporación de muchos de ellos a dicho Comité.

---

<sup>139</sup> Jonathan Steele, *Soviet power: the Kremlin's foreign policy - Brezhnev to Chernenko*, p. 12 y 13 pass

El peso de los expertos en las instancias encargadas de tomar las decisiones había aumentado conforme avanzaba el ritmo de modernización de la sociedad soviética y su grado de complejidad. Estos expertos tendían a presionar por una mejora cualitativa y cuantitativa de la información y por la introducción de mayores elementos de racionalidad en el sistema, lo que en no pocas ocasiones provocaba fricciones con los ideólogos del Partido. Por lo que se refiere a las relaciones económicas soviéticas con los países subdesarrollados, recomendaban un desplazamiento de la ayuda económica por el establecimiento de relaciones comerciales mutuamente provechosas y en términos equitativos, lo cual expresaba su creciente escepticismo respecto a la efectividad de la ayuda soviética al mundo en desarrollo y hacían un llamado a evaluar su otorgamiento conforme a un criterio de efectividad económica, y no político-ideológico. Tenían contacto frecuente con el exterior, lo que reforzaba su impresión de que las relaciones de guerra fría con el Occidente estaban asociadas a la reacción interna. Estaban conscientes de la creciente interrelación e interdependencia de los acontecimientos en la política y economía mundiales como producto de la revolución científico-técnica y de sus implicaciones para la Unión Soviética. Por todo ello, tendían a ser firmes partidarios de la disminución de la tensión internacional.

### **Evolución de la coexistencia pacífica.**

El nuevo contexto requirió, pues, de una renovada acentuación del aspecto cooperativo de la coexistencia pacífica. En el informe ante el XXIV Congreso del PCUS, celebrado en 1971 cuando aún continuaba la guerra de Vietnam y en el momento en que la URSS se encontraba negociando un acuerdo con los EE.UU. en torno a la limitación de armas estratégicas, se dijo que "... el mejoramiento de las relaciones entre la URSS y Estados Unidos es posible. Nuestra línea de principios en relación con los países capitalistas, comprendidos los Estados Unidos, consiste en aplicar consecuentemente y con plenitud los principios de la coexistencia pacífica y en desarrollar relaciones recíprocamente provechosas"<sup>140</sup>, tras advertir que las relaciones económicas y científico-técnicas con algunos países del mundo capitalista habían adquirido en los últimos años una envergadura considerable y una base calculada para largo tiempo. Así pues, la coexistencia pacífica fue tratada exclusivamente como una cuestión de "principios" a ser aplicados en las relaciones con los países capitalistas, pues su caracterización como una forma de lucha de clases fue omitida en esta ocasión. Esta formulación comparativamente estrecha y no comprometida se adecuaba mejor al marco de las negociaciones que estaban teniendo lugar entre el Este y el Oeste.

Para noviembre del mismo año, Kosiguin promovía abiertamente la participación occidental en el desarrollo de la economía soviética, al afirmar que:

Con el tránsito a la práctica de los acuerdos a largo plazo que garantizan un orden estable para la industria, se abren nuevas posibilidades en nuestras relaciones con

---

<sup>140</sup> L. I. Brezhnev. *Op. cit.*, pp. 47-49.

las naciones occidentales. Se puede otorgar consideración a la cooperación económica mutuamente provechosa con empresas y bancos extranjeros en la solución de una serie de importantes problemas económicos, en relación con el uso de los recursos naturales de la Unión Soviética, la construcción de empresas industriales y la búsqueda de nuevas tecnologías.<sup>141</sup>

Por lo que se refiere al sistema capitalista, si bien se dijo que la crisis general del capitalismo continuaba ahondándose, por otra parte se reconoció que dicho sistema había logrado adaptarse, dentro de ciertos límites, a la nueva situación existente en el mundo, gracias al creciente apoyo que le proporcionaban ciertas “reservas” como, por ejemplo, la regulación estatal de la economía, el empleo generalizado de mejoras científico-técnicas y la introducción de reformas políticas parciales; medidas que habían contribuido a estimular la eficiencia y el crecimiento económico capitalistas. Con ello, en opinión de Griffiths<sup>142</sup>, la dirigencia soviética quería sugerir que el desempeño del sistema social antagónico en la competencia económica y tecnológica era lo suficientemente bueno como para justificar un mayor compromiso soviético con la cooperación económica y la transferencia tecnológica, a fin de poder competir con mayor eficiencia en áreas en las que la URSS corría peligro de quedar rezagada. Según el mismo autor, fue más significativo lo que no se dijo respecto del capitalismo: no se comentó el hecho de que el capitalismo maduro estuviera sujeto a una progresiva modificación interna (expresada, por ejemplo, en la regulación económica estatal, el crecimiento de la capacidad de planeación económica y la creciente socialización de la producción, características que, como se mencionó en el capítulo 2, representaban las precondiciones materiales y organizativas para el socialismo); sí fue admitida su capacidad de adaptación, pero no se advirtió nada “progresivo” en esta tendencia. Por el contrario, la adaptación reflejaba “la tendencia de la burguesía a recurrir a formas más solapadas de explotación y opresión de los trabajadores y su disposición, en una serie de casos, a realizar reformas parciales para, dentro de lo posible, mantener a las masas bajo su control ideológico y político”<sup>143</sup>. Ya en 1956, A. Mikoian, miembro activo del Politburó de octubre de 1964 y presidente del Soviet Supremo, había hecho referencia a esta omisión, al señalar que la Unión Soviética “se encuentra seriamente rezagada en el estudio de la fase actual del capitalismo. No estamos realizando un estudio profundo de los hechos y las cifras, limitándonos frecuentemente a la consideración de hechos aislados ... para fines de propaganda”<sup>144</sup>.

En el transcurso de los años siguientes se consolidaron ciertas tendencias en el ámbito interno de la URSS y se produjeron nuevos acontecimientos en la arena internacional, que llevaron a la dirigencia soviética a percibir un cambio en la correlación de fuerzas y a

<sup>141</sup> A. Kostguin, Gosplan SSSR, Gosudarstvennyi piatiletnyi plan, p. 56, cit. por Herbert S. Levine en *The domestic context of soviet foreign policy*, trad. propia, pp. 189 y 190.

<sup>142</sup> Franklyn Griffiths et al., *The domestic context of soviet foreign policy*, pp. 26-27 pass.

<sup>143</sup> L.I. Brezhnev, *Op. cit.*, p. 26

<sup>144</sup> Anastas Mikoian, Proceedings of the Twentieth Party Congress of the CPSU, 1956 (Moscow Gospolitizdat, 1956), vol. I, p. 323, cit. por Jonathan Steele, *Op. cit.*, trad. propia, p. 12.

pensar que obtendría más beneficios de un mayor énfasis en el aspecto competitivo de la coexistencia pacífica, que en su aspecto cooperativo.

### **Contexto interno.**

El drástico aumento de los precios del petróleo en 1973 y, en general, los cambios fundamentales experimentados por los términos de intercambio durante la década de 1970 repercutieron favorablemente en la Unión Soviética, gracias a su potencial en industria y materias primas. Según M. Checinski,<sup>145</sup> la importación de conocimiento técnico y tecnologías de los países industrializados, el flujo de créditos occidentales, así como el notable incremento en los precios del oro, el petróleo y el gas -de los que la URSS era principal productor- crearon la oportunidad de seguir desarrollando y modernizando la producción de armamento y de mejorar, simultáneamente, los niveles de vida de la población de manera significativa: como la mayor parte de las nuevas tecnologías era importada, éstas no tenían que ser desarrolladas a expensas de los sectores civiles o de las industrias básicas, lo que permitió tanto un incremento de las inversiones en dichos sectores (industria ligera, agricultura, servicios) como un mejoramiento en el suministro de bienes de consumo, mientras continuaba el reforzamiento del complejo militar-industrial.

Asimismo, muchos países petroleros comenzaron a comprar armamento soviético, o bien, a financiar las compras de otros países a una escala sin precedente, lo cual suministró a la Unión Soviética las divisas duras necesarias para estimular el proceso mencionado. Todo ello provocó una verdadera revolución en el ingreso de las familias soviéticas, su acceso a la era del consumo masivo y un aumento en sus expectativas, cuya satisfacción se convertía por vez primera en condición para la estabilidad socio-política.

El nivel de desarrollo económico así alcanzado, comenzó a proporcionar una base suficiente para el mantenimiento de una firme posición militar, tanto estratégica como convencional, altamente competitiva con las posiciones occidentales: se modernizaron las armas nucleares y los equipos militares, se desarrollaron enormemente las fuerzas navales y se erigió un poderoso sistema de transportación aérea que, en conjunto, confirieron a la Unión Soviética la capacidad de proyectar su poder a nivel mundial. El alcance de la paridad estratégica con EE.UU., así como la adquisición y expansión de estos elementos de capacidad global, comenzaron a generar nuevas expectativas y a presionar gradualmente a favor de una política que tradujera esta capacidad recién adquirida en una mayor influencia en los asuntos mundiales, como potencia rectora internacional equiparable a los Estados Unidos. Esta evolución provocó una expansión de los intereses de seguridad de la URSS, como lo manifiestan las palabras del ministro de relaciones exteriores A. Gromyko: "Es natural que la Unión Soviética, como potencia mundial que ha desarrollado ampliamente vínculos internacionales, no pueda reaccionar pasivamente aún frente a sucesos territorialmente lejanos, pero que afectan nuestra seguridad, al igual

---

<sup>145</sup> Michael Checinski et al., *From Brezhnev to Gorbachov: domestic affairs and soviet foreign policy*, pp. 33-34 pass.

que la de nuestros amigos<sup>146</sup>; vinculó el constante crecimiento del poder de la URSS con su creciente capacidad para operar a escala global, al afirmar que “los logros del pueblo soviético en la economía, la ciencia, la tecnología; en la elevación del bienestar de la población, en el desarrollo de la democracia socialista y en el constante fortalecimiento del poder defensivo de la Unión Soviética, incrementan la escala y profundidad de la influencia de la política exterior soviética en el curso de los acontecimientos mundiales”<sup>147</sup>.

Según Bialer<sup>148</sup>, el hecho de que el sector militar fuera el único realmente competitivo a nivel internacional, el logro más visible y mensurable del sistema soviético, llevó a la dirigencia de la URSS a empujar en el único sector de desarrollo en el que poseía fuerza real y a buscar un apoyo creciente en aquellos recursos de política exterior que mostraban mayor solidez y disponibilidad: los recursos militares. Dicha tendencia comenzó a reflejarse en el desplazamiento de la ayuda económica por ayuda militar a los países subdesarrollados, así como en el hecho de que la extensión del socialismo se sustentara cada vez menos en el desarrollo económico y en la fuerza del ejemplo (como planteaba Jruschov) y cada vez más en el poderío militar y la capacidad de réplica.

### Contexto externo.

La creciente disposición soviética a buscar un mayor apoyo en el aspecto competitivo de la coexistencia pacífica puede explicarse, también, a partir de la forma en que evolucionaron los acontecimientos en el Occidente: Estados Unidos se encontraba inmerso en una crisis moral y de identidad provocada por la política de Vietnam y el caso Watergate, que colocó a dicho país en posición de debilidad como líder de la alianza occidental y lo obligó a reducir su ejercicio del poder en la política internacional.

Por otra parte, a la tradicional contraposición de intereses entre América y Europa occidental, que desde el cambio hacia la política de relajamiento de la tensión se había hecho más evidente, se añadieron a lo largo de la década de 1970 crecientes divergencias en cuanto a la política occidental frente a la Unión Soviética y sus aliados de Europa oriental. A los europeos occidentales les resultaba cada vez más difícil el equilibrio entre la solidaridad con la alianza occidental y una política de relajamiento, igualmente percibida como necesaria.

La iniciativa de Kissinger para vincular de nuevo y con más fuerza a los europeos con Estados Unidos y por aumentar la participación europea en los gastos de defensa no fue acogida con mucho entusiasmo, en la medida en que adjudicaba a los europeos un papel secundario en la alianza, por lo que éstos comenzaron a coordinar entre sí su papel dentro de la política internacional, apareciendo cada vez más como un bloque autónomo. La recesión mundial provocada por la crisis energética de 1973 en los países industrializados

---

<sup>146</sup> A. A. Gromyko, Report to the USSR Supreme Soviet, cit. por Foy D. Kohler, *Op. cit.*, trad. propia, p. 228.

<sup>147</sup> *Ibid.*

<sup>148</sup> Seweryn Bialer, *Op. cit.*, pp. 426-427 pass.

y la multiplicación del precio del petróleo contribuyeron a reforzar decisivamente la situación de competencia económica entre Estados Unidos y Europa occidental.

Por otro lado, en la parte meridional de esta última región el clima de relajamiento de comienzos de la década de 1970 había propiciado un cambio en el entorno social que ya no era posible armonizar con la idea de orden tradicional. En Portugal, el Movimiento de las Fuerzas Armadas, de orientación marxista, reemplazó en 1974 al régimen autoritario hasta entonces existente y no había la certeza de que el país siguiera la vía de las democracias de cuño occidental, considerando el papel que en esta revolución trataba de desempeñar el Partido Comunista de Portugal, de orientación moscovita. En Francia, la coalición integrada por socialistas y comunistas había perdido por escaso margen las elecciones presidenciales de mayo de 1974; en Italia, los demócratacristianos en el gobierno dependían cada vez más del apoyo de los comunistas; Grecia, tras la caída en 1974 del régimen de los coroneles, apoyado hasta entonces por EE.UU., se retiró de la OTAN, y Turquía, cuya victoria militar en Chipre se había visto frustrada por el embargo norteamericano de armas, cerró las bases militares estadounidenses en su territorio.

Pero más significativa para la revitalización de las perspectivas soviéticas fue la evolución política en el mundo en desarrollo: la dirigencia soviética comenzó a percibir una creciente influencia por parte de los nuevos Estados en vías de desarrollo en la política y economía mundiales. Con anterioridad se había dicho que estos países, finalmente liberados de la opresión imperialista, comenzarían a gravitar inevitablemente hacia el campo socialista, con el que compartían intereses y adversarios comunes. Aún si estos países no adoptaban la llamada vía de desarrollo no capitalista, por lo menos tenderían a apoyar las políticas soviéticas de paz. Para la dirigencia soviética, el inicio de esta tendencia quedó registrada por el mayor vigor con que los nuevos Estados estaban defendiendo sus derechos económicos y políticos, en "confrontación con el imperialismo". La confrontación podía reconocerse en un cambio de orientación política del movimiento de los no alineados, en las actividades de la Organización para la Unidad Africana y en las diversas asociaciones económicas creadas por los países en desarrollo. Estos cambios sugerían que "dada la actual alineación de fuerzas de clase en el mundo, los países liberados son plenamente capaces de levantarse contra el dictado imperialista y lograr relaciones económicas justas, es decir, equitativas". Respecto de estos mismos países, parecía ser que su "contribución a la lucha común por la paz y la seguridad de los pueblos, ya bastante significativa, podría volverse aún más sustancial".<sup>149</sup>

Así pues, esta evolución en los países del mundo en desarrollo fue interpretada como una reivindicación de la visión soviética de la historia, fortaleció la noción de que el poder del socialismo estaba ganando terreno y reforzó el interés de los soviéticos por ejercer una mayor influencia en la zona. Si bien este interés había surgido por vez primera bajo el

---

<sup>149</sup> Informe internacional ante el XXV Congreso del PCUS, en *Current Digest of the Soviet Press*, 28, no. 8 (24 de marzo de 1976) p. 7, cit. por Franklyn Griffiths en *The domestic context of soviet foreign policy*, trad. propia, p. 34.

régimen de Jruschov, los esfuerzos emprendidos por éste para tal efecto resultaron prematuros, ya que la Unión Soviética aún no había logrado el desarrollo pleno de sus capacidades para el ejercicio de acciones globales. Bajo el régimen de Bresnev, dichas capacidades se desarrollaron a tal grado que, desde mediados de la década de 1970, la URSS estuvo en condiciones de penetrar en los espacios dejados vacíos por la retirada de las antiguas potencias coloniales, una vez que su flanco europeo había quedado asegurado gracias a los llamados “Tratados del Este” y a los posteriores acuerdos de la CSCE.

### **Evolución de la coexistencia pacífica.**

Este nuevo contexto que favorecía a la URSS, requería, pues, de un mayor énfasis en el aspecto competitivo de la coexistencia pacífica, pero tratando de preservar, simultáneamente, la necesaria cooperación económica, comercial y tecnológica con los Estados capitalistas. Por tanto, en el informe ante el XXV Congreso del PCUS, celebrado en 1976, se retornó a la caracterización del XXIII Congreso, pues el Comité Central declaraba ahora que “la déntente y la coexistencia pacífica se refieren a las relaciones entre los Estados” y, en consecuencia, no podían “abolir o alterar las leyes de la lucha de clases”<sup>150</sup>. Mientras que en 1966 se había subordinado la coexistencia pacífica a las consideraciones de la lucha de clases, una década más tarde el Partido prefirió destacar que la coexistencia se limitaba a las relaciones estatales, en un esfuerzo por proteger a estas últimas de los efectos de una creciente participación soviética en operaciones antiimperialistas en los países del mundo en desarrollo: la cooperación interestatal entre los dos campos y el antiimperialismo soviético se llevarían a cabo de manera simultánea.

Respecto del sistema capitalista, el informe hizo notar la irrupción de “una crisis cuya agudeza y profundidad ... pueden ser comparadas solamente con la crisis de principios de la década de 1930”<sup>151</sup>. Dicha crisis se ponía de manifiesto con los fuertes recortes en la producción, el creciente desempleo; con una crisis monetaria, energética y de materias primas, así como una inflación sin precedente en tiempos de paz. Además, las rivalidades interimperialistas se habían intensificado, al igual que la lucha de clase obrera y la “crisis ideológico-política de la sociedad burguesa”<sup>152</sup>. Al mismo tiempo, se puso en duda la capacidad de las “reservas” del capitalismo para sacarlo a flote: la regulación económica estatal no estaba funcionando, las crisis no podían ser eludidas y la promesa de crear una prosperidad general no se había cumplido. El panorama en Europa occidental era de intranquilidad política e inestabilidad económica y posibles movimientos de corto plazo hacia la recuperación en los Estados Unidos, todo ello en el marco de una disminución, a largo plazo, de las capacidades económicas y políticas del sistema capitalista y, por contraste, de un constante incremento en la fuerza atractiva del socialismo. Si bien el informe de 1976 no hizo referencia alguna al “colapso automático” del capitalismo, lo anterior significaba que la naturaleza de este último permanecía esencialmente inmutable:

<sup>150</sup> Informe internacional ante el XXV Congreso del PCUS, en *Current Digest of the Soviet Press*, 28, no. 8 (24 de marzo de 1976), p. 14, cit. por Franklyn Griffiths en *The domestic context of soviet foreign policy*, p. 40 pass.

<sup>151</sup> *Ibid.*, pp. 26-27

<sup>152</sup> *Ibid.*

para que se produjeran transformaciones progresivas al interior de los países capitalistas desarrollados, éstas tendrían que venir por la vía del “colapso”, o como resultado de una acción política, a partir de la toma del poder por parte de fuerzas antiimperialistas en Europa occidental; semejantes transformaciones no se desarrollarían espontáneamente bajo la égida del capitalismo monopolista.

Por otra parte, la única revisión teórica significativa relativa a la coexistencia pacífica durante esta época, tuvo que ver con una de las “reservas” mencionadas, pues, a medida que las relaciones de la URSS con la dirigencia china se fueron deteriorando, las políticas ejercidas por esta última fueron calificadas por los soviéticos como una nueva “reserva” del imperialismo. En consecuencia, el informe de 1976 autorizó oficialmente un ofrecimiento para normalizar las relaciones con China “de conformidad con los principios de coexistencia pacífica”<sup>153</sup>. Se trataba de una importante innovación doctrinal, pues hasta ese momento se había sostenido firmemente que el principio de la coexistencia pacífica solamente aplicaba a las relaciones entre Estados con diferentes sistemas sociales, en el marco de una época de transición al socialismo a escala mundial. Con la nueva formulación se estaba dando un paso hacia el reconocimiento de que la transición podía presentar retrocesos de grandes proporciones, colocando a Estados antes socialistas al mismo pie junto a los Estados capitalistas. Para Griffiths<sup>154</sup>, China no estaba siendo declarada meramente como una momentánea aberración del curso correcto del desarrollo histórico, susceptible de ser reintegrada al sistema socialista, sino como una fuerza ajena abiertamente hostil a la URSS. Esta revisión tuvo como efecto adicional una mayor erosión de la visión campista de los soviéticos, pues, en un mundo en el que uno de los principales adversarios de la URSS era China, es decir, otro Estado socialista, la doctrina de los dos campos antagónicos perdía sentido y, por otro lado, reforzó el argumento de que el triunfo del socialismo como lo entendían los soviéticos, no necesariamente significaría el triunfo del internacionalismo.

Asimismo, a partir de la década de 1970 se empieza a notar un cambio con respecto a la forma en que los soviéticos explicaban las causas que habían motivado el nuevo período de coexistencia pacífica, que refleja un creciente apoyo de la teoría soviética en el concepto del poder. Como se recordará, Lenin había fundamentado la viabilidad de la coexistencia pacífica en el afán de lucro de la clase capitalista: la promesa de obtener grandes beneficios económicos superaría su natural antipatía ideológica. Los teóricos contemporáneos siguieron creyendo en las mutuas ventajas económicas inherentes al relajamiento de la tensión internacional. Pero la motivación de la ganancia dejó de ser utilizada para explicar la razón por la que habían mejorado las relaciones intersistémicas, pese a la implacable agresividad supuestamente subyacente a la política exterior de los Estados imperialistas. Lo que había posibilitado una transición hacia el relajamiento internacional era, sobre todo, el poder soviético y el cambio en la correlación mundial de fuerzas que éste había propiciado. Así pues, la serie de tratados y acuerdos firmados por

---

<sup>153</sup> 25th Congress of the Communist Party of the Soviet Union: Documents and Resolutions, Moscow, Novosti Press Agency Publishing House, p. 14, cit. por Light, *Op. cit.*, trad. propia, p. 72.

<sup>154</sup> Franklyn Griffiths, *The domestic context of soviet foreign policy*, p. 40 pass.

la Unión Soviética y otros países socialistas con los principales Estados capitalistas en la década de 1970, fue representada como el producto de la nueva correlación y de la persuasión ejercida por el poder soviético. La forma en que los soviéticos interpretaron la anuencia norteamericana al desarrollo de relaciones entre ambos países sobre la base de la coexistencia pacífica, en el marco de la Cumbre de Moscú en 1972, es característica:

Si bien se reconoce la mentalidad sobria manifestada por la parte americana en Moscú, debe hacerse notar que la vida misma y la realidad del mundo actual la forzaron a adoptar semejante actitud [...]. El curso estratégico de la política estadounidense está cambiando ahora frente a nuestros ojos, de una "pax americana" -la fórmula americanizada de dominación mundial- hacia una forma definida de necesidad de coexistencia pacífica. Pero debemos entender claramente que este cambio es forzado y que es precisamente el poder -el poder social, económico y, en última instancia, militar de la Unión Soviética y los países socialistas- lo que está compeliendo a los círculos gobernantes americanos a un agonizante replanteamiento de valores [...].<sup>155</sup>

Pocos días más tarde, V. Korionov<sup>156</sup> confirmó esta visión que declaraba al relajamiento de la tensión internacional como el producto de un cambio en la correlación de fuerzas, motivado por una serie de factores, pero, sobre todo, por el creciente poder soviético, que había forzado a los Estados imperialistas a aceptar la coexistencia pacífica:

El mundo en el que tiene que operar el imperialismo ha cambiado, y de manera radical. Esta es precisamente la razón por la que, en el complejo y contradictorio proceso de adaptación de los gobiernos imperialistas a las realidades del mundo moderno, están teniendo que reconocer el principios de coexistencia pacífica entre Estados, la inviolabilidad de las fronteras estatales que surgieron como resultado de la II Guerra Mundial, y los principios de política exterior sostenidos y promovidos por el socialismo. La activa política del PCUS y su Comité Central para el fortalecimiento de la paz universal; la invariable política de consolidación del poder económico, político y defensivo de la Unión Soviética; las consecuentes y visionarias medidas tomadas por los partidos comunistas fraternales para unir a la comunidad socialista y formular una política exterior coordinada; el reconocimiento por parte de muchos países no socialistas del principio de coexistencia pacífica entre Estados; el fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista internacional sobre la base de los principios del Marxismo-Leninismo y el internacionalismo proletario; en los países capitalistas, la activación de fuerzas sociales progresivas a favor de una política exterior sobria y realista - todo ello provocó que al inicio de la década de 1970 se empezara a observar un sustancial cambio cualitativo en la evolución de la situación internacional [...]. Les guste o no a ciertos círculos en Occidente, la constelación real de fuerzas en la arena mundial los está obligando a

<sup>155</sup> A. Pumpianskii. "A triumph of realism", *Komsomol'skaia Pravda*, June 4, 1972, cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.*, trad. propia, pp. 130-131

<sup>156</sup> V. Korionov. "The socialist policy of peace", *Pravda*, July 13, 1972, cit. por Foy D. Kohler. *Op. cit.*, trad. propia, pp. 136-137.

reconocer lo acertado de la conclusión de que en la era nuclear no existe ninguna otra base para el sostenimiento de relaciones entre países capitalistas y socialistas que la de la coexistencia pacífica.

No obstante, cabe mencionar que el poder soviético era concebido en términos esencialmente distintos al poder convencional que detentaban las potencias capitalistas. Los teóricos de la Unión Soviética distinguían entre diferentes tipos de poder y diferentes maneras de emplearlo: los imperialistas lo utilizaban para esclavizar a los pueblos y desatar guerras, pero en manos de los socialistas se convertía en un instrumento de liberación y en un medio para refrenar las fuerzas de la guerra y agresión, por lo que el socialismo había logrado transformarlo en un fenómeno positivo:

El nacimiento del socialismo [...] el desarrollo de Estados socialistas y de su comunidad [...] han transformado la fuerza como un concepto socio-económico definido en un instrumento de progreso, en un instrumento para salvaguardar la paz y librar a la humanidad de la amenaza de guerra y de todo tipo de aventuras militares.<sup>157</sup>

Los soviéticos descartaban la posibilidad de que la URSS estuviese utilizando su poder para fines ajenos a la defensa, y en aquellos casos en que el socialismo se vio forzado a emplearlo, no había sido nunca con fines de agresión, sino “exclusivamente con el fin de contrarrestar los actos provocativos de círculos imperialistas o las intrigas de elementos contrarrevolucionarios”<sup>158</sup>; para ellos, el poder de la Unión Soviética actuaba solamente como disuasor, y era precisamente por esta capacidad que el poder era considerado esencial para el bienestar y el futuro progreso de la sociedad socialista, pues la disuasión de la agresión imperialista facilitaba un mayor cambio en la correlación de fuerzas hacia el objetivo final. De modo que, en este punto, las ambiciones nacionales de la URSS coincidieron nuevamente con sus objetivos revolucionarios.

Respecto al poder como instrumento de disuasión, Light<sup>159</sup> nos hace ver la distancia que existía entre esta concepción y la original, pues Marx y Engels veían en el poder solamente un instrumento para efectuar y completar la revolución y, una vez hecho esto, no habría más usos para el mismo, además de que, al utilizar dicho concepto, habían visualizado un mundo totalmente diferente al que enfrentaban los soviéticos contemporáneos y no habían considerado una prolongada situación de estancamiento político post-revolucionario en la que el poder se requeriría como disuasor. En cuanto a Lenin, si se vio obligado a considerar semejante situación cuando no se produjo la revolución internacional: pensó que el Estado soviético debía desarrollar rápidamente los atributos del poder, pero se trataba más que nada de una cuestión práctica de supervivencia y no del resultado de una teoría. Es posible que haya deseado un fuerte

<sup>157</sup> Shalva P. Sanakoyev. *The World Today. Problems of the correlation of forces*, International Affairs, no 11, 1974, p. 50, cit. por Light, *Op cit.*, trad. propia, pp. 280-281 pass.

<sup>158</sup> A. Karenin. *Filosofiya politicheskogo nasiliya: Kritika nekotorykh antikomunisticheskikh kontseptsii v oblasti vneshnei politiki SShA*, Moscow, IMO, 1971, p. 29, cit. por Light, *Op cit.*, trad. propia, p. 280

<sup>159</sup> Margot Light, *Op. cit.*, cap 9 pass.

poder militar para ganar la guerra civil y apoyar la posición soviética internacional, pero, como ya se mencionó, era la ganancia económica más que el poder lo que Lenin esperaba que indujera a los países capitalistas a mantener relaciones de coexistencia pacífica con el Estado soviético.

Por otra parte, cabe señalar que el modelo de la correlación de fuerzas aportaba a los soviéticos la misma capacidad de maniobra que el recurso de la “dialéctica” al abarcar, simultáneamente, la posibilidad de conflicto y cooperación, sirviendo así tanto a los objetivos nacionales como a los objetivos de la revolución internacional: según Sergiyev<sup>160</sup>, la correlación de fuerzas “implica no solamente la correlación de fuerzas entre Estados individuales, sino primeramente y ante todo, la correlación de fuerzas de clase contemporáneas, es decir, la clase obrera internacional y la burguesía; las fuerzas del progreso y las de la reacción”. Puesto de otra manera, en la percepción soviética la cambiante correlación de fuerzas de clase constituía la subestructura básica sobre la que descansaba el sistema de relaciones interestatales; este último era el producto de procesos políticos deliberados y se ajustaba a las leyes creadas por el hombre. Dentro de la esfera de las relaciones interestatales eran posibles y deseables los acuerdos limitados para fines específicos sobre la base de la coexistencia pacífica, en tanto que la cambiante correlación de fuerzas representaba un proceso histórico que dependía de una corriente de variables más allá del control de quienes tomaban las decisiones. Así pues, la inclusión de los Estados en el modelo de la correlación de fuerzas de clase permitió a los soviéticos apoyar, por una parte, la paridad militar o el equilibrio estratégico, es decir, objetivos que resultaban incompatibles con una teoría que postulaba un cambio continuo e inexorable, pero que servían a los intereses de seguridad de la URSS y, al mismo tiempo, afirmar que la correlación estaba cambiando a su favor, lo que servía a los intereses de la revolución internacional.

### **El desgaste ideológico.**

Con el paso del tiempo, sin embargo, se hizo evidente que la convicción soviética de un cambio constante y fluido en la correlación de fuerzas a favor del sistema imperante en la URSS, correspondía cada vez menos a la realidad.

En el ámbito económico de la Unión Soviética no se pudo lograr la gran ruptura que se intentaba con el impulso de modernización programado en 1969-70. La estrategia desarrollista de impulsar el crecimiento mediante importaciones de tecnología no produjo los resultados esperados, debido a la incapacidad del inflexible aparato de planificación y dirección, que no supo reaccionar adecuadamente a la cambiante situación del mercado occidental, lo cual contribuyó al elevado endeudamiento con Occidente. Las dificultades inherentes al sistema de economía planificada de forma centralista resaltaron aún más en la confrontación con la economía de mercado, donde eran necesarias nuevas concepciones para seguir vinculado al desarrollo de la economía mundial. Hacia fines de los años

---

<sup>160</sup> A Sergiyev. “Leninism on the correlation of forces as a factor of international relations”. *International Affairs*, no. 5, 1975. p. 103 cit. por Light. *Op. cit.*, trad. propia, p. 273.

setenta y principios de los ochenta, el crecimiento económico de la URSS declinaba rápidamente, las malas cosechas se repetían y aumentaban las tensiones sociales y nacionales.

Bresnev se vio obligado a reconocer esta situación durante el XXVI Congreso del Partido en 1981, es decir, veinte años después de que Jruschov había planteado en el Programa del PCUS adoptado durante el XXII Congreso no solamente alcanzar y superar a EE.UU. en su producción industrial y agrícola, sino alcanzar el comunismo en sí para el año de 1980, a lo que, según el esquema marxista, seguiría la disolución del Estado; cabe recordar que en el Programa mencionado Jruschov también había hecho la dudosa afirmación, desde el punto de vista marxista, de que “la dictadura del proletariado había cumplido su misión histórica” y se transformaba en un “Estado de todo el pueblo”<sup>161</sup>. Bresnev declaró que era tiempo de revisar el Programa y, al poco tiempo, las predicciones de Jruschov fueron formalmente desechadas, pues, como señaló el sucesor de Bresnev, algunas de esas propuestas no habían resistido plenamente la prueba del tiempo, en la medida en que contenían elementos de “separación de la realidad, anticipación indebida y detalle innecesario”<sup>162</sup>. En la práctica, la dirigencia soviética ya había estado reduciendo sus objetivos: según Steele<sup>163</sup>, los objetivos del Plan quinquenal de 1976-80 para 1980 representaban solamente el 65% de la meta de Jruschov para el mismo año en lo referente al ingreso nacional y el 50% en producción agrícola.

Como el contraste con la realidad dañaba profundamente los reclamos de liderazgo del Partido y de infalibilidad de su sistema, la dirigencia soviética no podía seguir invocando principalmente la utopía comunista para justificarse ideológicamente, del modo en que lo había estado haciendo durante el período del “realismo socialista”. Ahora era preciso remover los elementos utópicos del discurso ideológico y hacerlo menos específico y detallado; la realidad debía prevalecer sobre la escatología. Para efectuar este alejamiento de la utopía los teóricos soviéticos desarrollaron el concepto del “socialismo desarrollado”: según Kosolapov<sup>164</sup>, se trataba de una “totalidad orgánica cualitativa” que sometía a sus leyes de desarrollo nuevas esferas de la vida social, eliminando así los vestigios del pasado, es decir, los elementos no socialistas. Esta “totalidad orgánica” se caracterizaba por la creciente homogeneidad de sus componentes. En palabras de Andropov, “la vida sugiere que una estructura social sin clases empezará a formarse en sus principales rasgos generales ya en la fase del socialismo maduro”, es decir, en la fase del “socialismo desarrollado” que, en la percepción soviética, solamente la URSS había alcanzado. No se trataba ya de la proyección de una nueva sociedad, sino tan sólo de una fase preparatoria para la construcción del comunismo. El avance hacia este último ya no tendría un límite de tiempo, pues, según Bresnev, requeriría de un período indefinido e “históricamente prolongado”. Esta formulación hacía de la realidad el nuevo proyecto y desplazaba discretamente del horizonte ideológico soviético la perspectiva del comunismo

<sup>161</sup> N.S. Jruschov, cit. por Svetozar Stojanovic, *Op. cit.*, trad. propia, p. 129.

<sup>162</sup> Yurii Andropov, *Pravda*, 16 de junio de 1983, pp. 1-2, cit. por Stephen White en *Gorbachov and after*, p. 225.

<sup>163</sup> Jonathan Steele, *Op. cit.*, p. 250

<sup>164</sup> R.I. Kosolapov, cit. por Jacques Rupnik, *Op. cit.*, pp. 200-202 pass.

pero, sobre todo, eliminaba la posibilidad de impugnar las políticas oficiales al contrastarlas con los ideales; si no se creaban ilusiones se evitaban las desilusiones que en el pasado habían causado presiones internas y externas por un cambio al interior del Partido.

En suma, lo que la élite gobernante parecía proponer a la población soviética, según Bialer<sup>165</sup>, era básicamente la continuación indefinida de las relaciones sociales existentes, con la idea de cierto progreso material, medido éste conforme a los parámetros de las naciones industriales del Occidente, es decir, un mayor desarrollo del “socialismo desarrollado”. Este esfuerzo por congelar la estructura social soviética y tender un puente entre ideología y realidad, quedó plasmado en la nueva Constitución soviética de 1977: por una parte, incorporó el término de coexistencia pacífica, así como otros fundamentos ideológicos del sistema soviético como, por ejemplo, la afirmación de que “la construcción del socialismo desarrollado ha sido completada”, enunciado que pretendía justificar el papel rector de los comunistas soviéticos frente a los Estados de Europa del Este. Por otra parte, codificó lo que eufemísticamente llamaban el “papel rector” del Partido; mientras que la Constitución de 1936 tan sólo se refería al Partido como la “vanguardia de los trabajadores”, el Artículo 6 de la Constitución de 1977 definía al PCUS como la “fuerza guía y rectora de la sociedad soviética, el núcleo de su sistema político y de su organización estatal y pública”<sup>166</sup>. De este modo, ciertas realidades del sistema soviético fueron incorporadas a la ideología, sustituyendo en ocasiones a esta última.

Por otra parte, al vislumbrarse a lo largo de 1975 que los países industrializados de Occidente podían superar la recesión de forma inesperadamente rápida, los comunistas de Europa occidental, sobre todo, vieron cuestionada la tesis de la “crisis del capitalismo” elaborada durante el encuentro de ideólogos de Moscú. La capacidad de regeneración del sistema económico capitalista y su flexibilidad habían sido subestimadas. Esta constatación obligó a los eurocomunistas a encontrar una nueva estrategia política, pues, con la desaparición de la crisis también desaparecían las perspectivas de agravamiento de los conflictos sociales, y con ello las de maduración de una situación revolucionaria y de toma de poder por los comunistas. Así pues, los principales partidos comunistas de Europa occidental comenzaron a considerar nuevamente la posibilidad de establecer coaliciones con partidos socialistas y burgueses; se pronunciaron a favor de la vía parlamentaria hacia el poder, de la renuncia al postulado de la “dictadura del proletariado” y criticaron las políticas soviéticas de represión en Europa del Este frente a los intentos de ésta por establecer un concepto alternativo de socialismo. Si bien pretendían remodelar en sentido socialista las relaciones de propiedad y producción, prometían mantener las formas de organización parlamentarias y democráticas de una sociedad pluralista, incluyendo la oposición política y la posibilidad de un cambio de poder, posiciones que resultaban inconciliables con el leninismo y que ponían en peligro

---

<sup>165</sup> Seweryn Bialer. *Op. cit.*, p. 425 pass.

<sup>166</sup> Cit. por Jacques Rupnik. *Op. cit.*, trad. propia, p. 202.

la legitimación del poder de los partidos comunistas gobernantes, así como la aspiración hegemónica del PCUS y con ella de la Unión Soviética.

Para hacer frente a esta situación, durante la década de 1970 los teóricos soviéticos desarrollaron un concepto que debía mantener la unidad ideológica del bloque soviético: el llamado “socialismo real” o “existente”, que pasó a significar tanto el único tipo existente de socialismo como el único genuino, por lo que toda concepción alternativa del socialismo era mera utopía. En opinión de Rupnik<sup>167</sup>, se trata de un concepto de dudoso origen en el contexto de la teoría marxista, que, antes bien, evoca la conocida fórmula de Hegel, según la cual, “lo que es racional es real; lo que es real es racional”:

Para los ideólogos soviéticos la línea parece ser: “Lo que es socialista es real y lo que es real es socialista”. Desde el agotamiento de la utopía a la mera preservación del *status quo*, el concepto del “socialismo real” es un monumento ideológico al conservadurismo profundamente asentado de la *nomenklatura* soviética gobernante. Si el socialismo se identifica totalmente con la presente realidad soviética, entonces virtualmente cualquier política de la dirigencia puede ser justificada, aún si ello también implica que el día de mañana la misma preocupación por las realidades del momento requiera del rechazo de estas políticas. Conversamente, si lo que existe es por definición “socialista” y “racional”, entonces cualquier acción o perspectiva que se aparte de esa realidad o la desafíe, es considerada automáticamente “antisocialista” e “irracional” y, por tanto, autoriza un tratamiento de “seguridad” o “psiquiátrico”.<sup>168</sup>

Así pues, los dirigentes soviéticos intentaron preservar la supremacía de la URSS en nombre del “socialismo real” y del “socialismo desarrollado”, es decir, a través de lo que Stojanovic<sup>169</sup> llamaba una jerarquía internacional de “socialismos reales”: el “socialismo real” en Europa del Este debía “alcanzar” al “socialismo desarrollado” en la URSS, si bien éste, a su vez, no había logrado “alcanzar” aún al capitalismo más desarrollado. Sin embargo, para el autor persistía la pregunta: si el socialismo ya estaba desarrollado, entonces ¿por qué la transición al comunismo era relegada a un futuro indefinido?

Pero la pérdida de atractividad del modelo soviético no solamente se reflejó en Europa, sino también en muchos países del mundo en desarrollo. A medida que los éxitos iniciales de la URSS se fueron opacando, muchos partidos comunistas y movimientos radicales de la región dejaron de considerar aplicable el sistema soviético a sus propias sociedades. Con ello, la posibilidad de extender el socialismo al mundo subdesarrollado por la fuerza del ejemplo, tal y como lo había planteado Jruschov en su nueva concepción de la coexistencia pacífica, se hizo cada vez más remota. Pero el desencanto fue mutuo: los soviéticos tuvieron que reconocer que el proceso de radicalización, la creciente militancia

---

<sup>167</sup> Jacques Rupnik, *Op. cit.*, pp. 199-202 pass.

<sup>168</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 201-202

<sup>169</sup> Svetozar Stojanovic, *Op. cit.*, p. 129 pass.

en los países en desarrollo no estaba siguiendo una dirección pro-soviética; en un número creciente de casos, a medida que los estratos, movimientos o Estados específicos se hacían cada vez más militantes, tendían a adoptar una línea tanto antisoviética como antiamericana, antioccidental y anticapitalista. La transición a un mundo post-colonial no había disminuido la fuerza del nacionalismo local; las tensiones políticas internas aumentaban en muchos casos, al igual que los conflictos entre vecinos regionales.

En el transcurso de la segunda mitad de los años setenta, la percepción soviética en torno a las perspectivas de desarrollo económico y político del mundo en desarrollo, sufrió un cambio significativo: el esfuerzo por separar del Occidente a los países en desarrollo fue modificado. Los analistas soviéticos comenzaron a hablar de una sola economía mundial interdependiente en la que dichos países debían participar mediante la producción de materias primas a cambio de tecnología y bienes industriales de los países avanzados, entre los que se contaba la Unión Soviética; una concepción no muy diferente a la occidental.

El creciente reconocimiento de los recursos menguantes de la URSS y de lo lento e imprevisible de cualquier transición hacia el socialismo en los países subdesarrollados, también quedó plasmado en la Constitución de 1977, pues en la enunciación que hace de los objetivos de política exterior, el objetivo de establecer una cooperación integral con los Estados en desarrollo recién formados, todavía presente en el XXIII Informe de 1966 (ver págs. 85-86), fue abandonado del todo y la promoción directa de los intereses del Estado soviético pasó a ocupar la máxima prioridad, como se observa en la relación de objetivos:

1. Asegurar las condiciones internacionales para la edificación del comunismo *en la URSS*;
2. Proteger los *intereses estatales de la Unión Soviética*;
3. Consolidar las posiciones del socialismo mundial;
4. Apoyar la lucha de los pueblos por la liberación nacional y el progreso social;
5. Prevenir guerras de agresión;
6. Lograr un desarme completo y universal;
7. Implementar consecuentemente el principio de coexistencia pacífica de los Estados con diferentes sistemas sociales.<sup>170</sup>

En 1983 el sucesor de Bresnev, Yurií Andropov, expresó abiertamente la desilusión del Kremlin respecto de sus aliados en el mundo en desarrollo, los países de "orientación socialista", al señalar que la Unión Soviética "contempla la complejidad de su posición y las dificultades de su desarrollo revolucionario. Una cosa es proclamar al socialismo como objetivo y otra, muy distinta, es construirlo"<sup>171</sup>; agregó que la Unión Soviética seguiría contribuyendo a su desarrollo económico "en la medida de sus posibilidades",

---

<sup>170</sup> Constitution of the USSR. (Moscow: Novosti Press Agency Publishing House, 1978). cit por Jonathan Steele, *Op cit.*, trad. propia, p. 23.

<sup>171</sup> Yurií Andropov, Pravda, 6 de julio de 1983, cit por Jonathan Steele, *Op. cit.*, trad. propia, p. 262.

pero aclaró que su avance dependería de la adopción de políticas correctas por parte de sus dirigentes y del arduo trabajo de sus pueblos: la vía corta al socialismo quedaba invalidada.

## **6. La doctrina de coexistencia pacífica durante la dirigencia de Gorbachov.**

Los regímenes de Yuri Andropov y, posteriormente, de Konstantin Chernenko fueron demasiado breves a causa de la avanzada edad y la salud quebrantada de dichas figuras, por lo que durante este corto período de transición la doctrina soviética de coexistencia pacífica no registró un cambio notable en su contenido teórico. Sin embargo, con el ascenso de Mijail Gorbachov al puesto de Secretario General del PCUS en marzo de 1985, habría de producirse el cambio más profundo en el concepto de coexistencia pacífica desde que Jruschov revisara su contenido en el informe al XX Congreso del Partido; un cambio que al afectar uno de los principios básicos de la ideología soviética, esto es, la lucha de clases, socavó los mismos fundamentos del Estado y de la autoridad del Partido.

Al asumir el poder, Gorbachov tuvo que hacer frente a una situación extraordinaria, marcada, en el ámbito interno, por la confluencia de un desgaste ideológico, un persistente estancamiento económico, nuevos problemas sociales y una apatía generalizada y, en el ámbito externo, una serie de reveses y fenómenos globales que ejercían creciente presión sobre los exiguos recursos de la Unión Soviética.

### **Contexto interno.**

Como se desprende de los capítulos anteriores, mucho antes de que Gorbachov asumiera el poder, los dirigentes soviéticos ya habían cobrado conciencia de que la estrategia extensiva de crecimiento para el progreso económico de la URSS había dejado de ser sustentable; sabían, de manera general, que la economía soviética debía realizar el cambio a la estrategia intensiva, más acorde con la nueva etapa del desarrollo económico de la URSS. Sin embargo, por razones de conservadurismo político e ideológico, si bien llevaron a cabo un esfuerzo por destacar los factores intensivos de crecimiento, por otra parte mantuvieron su determinación de no introducir, durante dicho proceso, cambios significativos en el modelo económico estalinista, mismo que coartaba la iniciativa y creatividad, desalentaba el desarrollo y cuyo manejo se hacía cada vez más difícil a medida que se iba expandiendo. Bajo tales circunstancias fue imposible su desmantelamiento, pero también lo fue obtener un crecimiento intensivo en el marco de las estructuras prevalecientes.

A mediados de los años ochenta las evidencias del estancamiento económico eran inocultables y la nueva dirigencia tuvo que reconocer la gravedad de la situación. Gorbachov interpretó la evolución de la siguiente manera:

pero aclaró que su avance dependería de la adopción de políticas correctas por parte de sus dirigentes y del arduo trabajo de sus pueblos: la vía corta al socialismo quedaba invalidada.

## **6. La doctrina de coexistencia pacífica durante la dirigencia de Gorbachov.**

Los regímenes de Yuri Andropov y, posteriormente, de Konstantin Chernenko fueron demasiado breves a causa de la avanzada edad y la salud quebrantada de dichas figuras, por lo que durante este corto período de transición la doctrina soviética de coexistencia pacífica no registró un cambio notable en su contenido teórico. Sin embargo, con el ascenso de Mijail Gorbachov al puesto de Secretario General del PCUS en marzo de 1985, habría de producirse el cambio más profundo en el concepto de coexistencia pacífica desde que Jruschov revisara su contenido en el informe al XX Congreso del Partido; un cambio que al afectar uno de los principios básicos de la ideología soviética, esto es, la lucha de clases, socavó los mismos fundamentos del Estado y de la autoridad del Partido.

Al asumir el poder, Gorbachov tuvo que hacer frente a una situación extraordinaria, marcada, en el ámbito interno, por la confluencia de un desgaste ideológico, un persistente estancamiento económico, nuevos problemas sociales y una apatía generalizada y, en el ámbito externo, una serie de reveses y fenómenos globales que ejercían creciente presión sobre los exiguos recursos de la Unión Soviética.

### **Contexto interno.**

Como se desprende de los capítulos anteriores, mucho antes de que Gorbachov asumiera el poder, los dirigentes soviéticos ya habían cobrado conciencia de que la estrategia extensiva de crecimiento para el progreso económico de la URSS había dejado de ser sustentable; sabían, de manera general, que la economía soviética debía realizar el cambio a la estrategia intensiva, más acorde con la nueva etapa del desarrollo económico de la URSS. Sin embargo, por razones de conservadurismo político e ideológico, si bien llevaron a cabo un esfuerzo por destacar los factores intensivos de crecimiento, por otra parte mantuvieron su determinación de no introducir, durante dicho proceso, cambios significativos en el modelo económico estalinista, mismo que coartaba la iniciativa y creatividad, desalentaba el desarrollo y cuyo manejo se hacía cada vez más difícil a medida que se iba expandiendo. Bajo tales circunstancias fue imposible su desmantelamiento, pero también lo fue obtener un crecimiento intensivo en el marco de las estructuras prevalecientes.

A mediados de los años ochenta las evidencias del estancamiento económico eran inculcables y la nueva dirigencia tuvo que reconocer la gravedad de la situación. Gorbachov interpretó la evolución de la siguiente manera:

En cierta etapa -eso se vuelve particularmente claro en la última mitad de los años setenta- sucedió algo que resultó a primera vista inexplicable. El país comenzó a perder impulso. Los fracasos económicos se volvieron más frecuentes. Comenzaron a acumularse las dificultades y se multiplicaron los problemas sin resolver. Elementos de lo que nosotros llamamos estancamiento, y otros fenómenos ajenos al socialismo comenzaron a aparecer en la vida de la sociedad. Una especie de “mecanismo de freno” afectaba el desarrollo social y económico. Y todo eso sucedía al mismo tiempo que la revolución científica y tecnológica abría nuevas perspectivas para el progreso social y económico. [...]

Al analizar la situación, primero descubrimos una desaceleración del crecimiento económico. En los últimos quince años, la tasa de crecimiento de la renta nacional declinó en más de la mitad y para comienzos de los ochenta había caído a un nivel cercano al estancamiento económico. Un país que alguna vez se había acercado rápidamente a las naciones avanzadas del mundo comenzó a perder posiciones. Además, la brecha en la eficiencia de producción, calidad de los productos, desarrollo científico y tecnológico, la producción de tecnología de punta y el uso de técnicas avanzadas, comenzó a extenderse, y no a favor nuestro.<sup>172</sup>

Por su parte, A. Yákovlev, uno de los principales asesores de Gorbachov, partiendo de un estudio prospectivo de desarrollo de la URSS hasta el año 2000, realizado en 1984, describió la situación de manera más alarmante:

Si se dejaba que persistieran los métodos conforme a los que funcionaba entonces la economía soviética -métodos de orden y mando, centralizados, planificados-, o sea, el modelo existente desde siempre, nuestro país se encontraría relegado a ser una Potencia económica de segundo orden y a fin de siglo, quizá incluso, caería al nivel de los países pobres del Tercer Mundo.<sup>173</sup>

La nueva dirigencia también dejó en claro que “los promedios declinantes de crecimiento y el estancamiento económico estaban condenados a afectar otros aspectos de la vida de la sociedad soviética” y que “una demora en comenzar la *perestroika* podría haber llevado, en un futuro cercano, a una situación interna exasperante, la cual, para decirlo sin vueltas, se habría recargado con una muy seria crisis social, económica y política”<sup>174</sup>. Con ello se reconocía implícitamente el carácter sistémico de la crisis soviética, cuya extensión a casi todas las esferas de la vida nacional revelaba que no era resultado del fracaso de una política en especial, sino de la misma naturaleza y estructura del sistema soviético.

Así, por ejemplo, en el ámbito social, se registraron cambios muy significativos en todos los segmentos de la sociedad soviética y en sus aspiraciones, mientras que el antiguo orden político, gestado en una era diferente, se mantuvo inmutable en lo esencial. La

---

<sup>172</sup> M. Gorbachov, *Perestroika; nuevas ideas para mi país y el mundo*, pp. 17 y 18.

<sup>173</sup> A. Yákovlev, *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética*, pp. 28 y 29.

<sup>174</sup> M. Gorbachov, *Op. cit.*, pp. 19 y 15

clase media soviética se había desarrollado enormemente y constituía ahora la fuerza social dominante en el país e, incluso, al interior del partido. En términos generales estaba mal remunerada pero crecientemente consciente, sobre todo entre los grupos de mayor preparación en las grandes ciudades, de la brecha que existía entre su nivel de vida y el de su contraparte occidental. Según Hough<sup>175</sup>, el número de ciudadanos soviéticos con un certificado de educación media o superior se elevó de 25 millones hacia el final de la dirigencia de Jruschov a 125 millones bajo la dirigencia de Gorbachov. Sin embargo, esta evolución no fue acompañada por un reajuste formal en las relaciones de poder ni de cierta autonomía profesional o política. Por otra parte, los trabajadores jóvenes con educación media o técnica no deseaban permanecer en la línea de ensamblaje, sino ascender a la clase media como contratistas, comerciantes en pequeño o propietarios de negocios, pero el sistema social soviético de estratificación orientado al poder era indiferente al desempeño de los trabajadores, liquidando así su ética laboral y entorpeciendo el proceso de modernización.

En la esfera del comercio exterior la situación no era menos apremiante. A partir de la II Guerra Mundial, el volumen del comercio internacional registró un incremento masivo, excediendo el comercio de bienes manufacturados al de los productos primarios. Sin embargo, la Unión Soviética casi no se vio afectada por esta tendencia. De hecho, su participación en el comercio mundial cayó en los años setenta. Según Bowker<sup>176</sup>, su volumen total de comercio se encontraba todavía por debajo del registrado por los Países Bajos, con un patrón comercial que, más que al de una superpotencia, se asemejaba al de un país en vías de desarrollo, comprendiendo la mayor parte de sus exportaciones productos primarios como el gas y el petróleo. Esta situación ejerció presión sobre la dirigencia soviética para abrir al país a la competencia mundial. Era preciso exponer a los fabricantes soviéticos a las normas del mercado internacional con un incremento en su interacción con la economía global.

En la arena política, el fenómeno más llamativo era la alienación de la población y de amplios sectores del Partido respecto de sus gobernantes y del régimen. Una parte de la burocracia, incluyendo las más altas esferas, había perdido cada vez más el contacto con el país real; su forma de gobernar estaba siendo cada vez más ineficaz, poniendo incluso en peligro el mantenimiento del poder y los privilegios de la burocracia, como capa social. Esta situación se advertía en todas las ramas del aparato, como se desprende de la apreciación de E. Shevardnadze:

[...] la insatisfacción con la situación existente era grande en todas partes. Se sentía en el Partido, tanto en la cúpula como en las organizaciones de base de la industria y la agricultura, entre los artistas y los científicos. La gerontocracia del Partido y del Estado había impedido el desarrollo de por lo menos dos generaciones, sobre todo, de la parte más activa de la población.<sup>177</sup>

<sup>175</sup> Jerry F. Hough, "Gorbachov's politics" en *Foreign Affairs*, Vol. 68, Nº5, 1989/90, pp. 30-31.

<sup>176</sup> Mike Bowker, *From cold war to collapse: Theory and world politics in the 1980s*, p. 100.

<sup>177</sup> E. Schewardnadse, *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia, p. 313.

En efecto, la política de “estabilidad de cuadros” de Bresniev había provocado inercia en la cima de la estructura política. Según Bowker<sup>178</sup>, en 1981, el 90% del Comité Central de 1976 había sido reelegido, surgiendo así al final de la década la llamada gerontocracia en la cúspide, que frustró las ambiciones de muchos reformistas en los niveles inferiores del sistema. Este resentimiento hacia el grupo Bresnievista se fue incrementando conforme fue envejeciendo colectivamente y se volvía más corrupto y complaciente. El mismo Gorbachov se refirió a esta situación al señalar que:

Los principios de igualdad entre los miembros del Partido eran violados frecuentemente. Muchos miembros del Partido permanecieron en cargos importantes más allá del control y la crítica, lo cual condujo a fallas en el trabajo y a serios actos de incompetencia.

En ciertos niveles administrativos surgió un desacato a la ley y se fomentó la adulación y el soborno, el servilismo y la glorificación. La gente trabajadora estaba justamente indignada ante el abuso del poder, la supresión de la crítica, las fortunas mal habidas, y en algunos casos, incluso, se hizo cómplice -o fue organizadora- de actos criminales.<sup>179</sup>

E. Shevardnadze fue más drástico al destacar la brecha entre el discurso ideológico y la realidad:

La confianza en la autoridad del Estado estaba destruida, el dinero se convirtió en la medida de todas las cosas; en la sociedad reinaba una atmósfera de pesimismo. Los procesos de putrefacción y decadencia resultaban particularmente ofensivos frente a la explotación inescrupulosa del vocabulario comunista y patriótico. Con el fin de disimular el predominio de valores materiales se abusó de los conceptos más elevados.<sup>180</sup>

Así pues, el contexto interno de la URSS durante esta época está marcado por una inquietud en relación con la disminución del crecimiento económico, que confronta a los dirigentes de la burocracia soviética con una alternativa angustiosa, pues bajo tales circunstancias resulta materialmente imposible continuar simultáneamente la mejoría del nivel de vida de las masas, la modernización industrial y social y el mantenimiento de la carrera armamentista al nivel precedente con la alianza occidental; está marcado, también, por una descomposición de las relaciones socio-económicas tradicionales; el riesgo creciente de no retener el lugar de la URSS en el mundo; la constatación de una degradación progresiva del control del Partido y del Estado sobre ciertos sectores de la sociedad y el temor a presenciar un derrumbe de la autoridad del Partido, así como una movilización política de grandes masas. Todo ello desembocó en una toma de conciencia de la necesidad de realizar reformas preventivas mediante la transición del modelo

---

<sup>178</sup> Mike Bowker, *Op. cit.*, p. 100.

<sup>179</sup> M. Gorbachov, *Op. cit.*, p. 22.

<sup>180</sup> E. Schewardnadse, *Op. cit.*, trad. propia., pp. 70-71.

administrativo estalinista a otro modelo aún indefinido, en el que las fuerzas e instrumentos económicos jugarían un papel más determinante. Sin embargo, como en el pasado un incremento en la tensión internacional había reforzado frecuentemente los argumentos contra todo cambio interno que pudiera tener consecuencias desestabilizadoras para el sistema soviético, era preciso remover toda presión internacional sobre la reforma interna. En palabras de Gorbachov: "Necesitamos una paz duradera a fin de concentrarnos en el desarrollo de nuestra sociedad y hacer frente a las tareas destinadas a mejorar la vida del pueblo soviético".<sup>181</sup>

## Contexto externo.

La disposición de la dirigencia soviética a reconocer la gravedad de la crisis interna y la urgente necesidad de una reforma profunda, se vio reforzada por un deterioro de la posición internacional de la URSS, contrario a previas expectativas, así como por ciertas tendencias económicas y tecnológicas en el mundo capitalista, cuyos efectos, de seguir siendo subestimados, acabarían por repercutir negativamente sobre la Unión Soviética.

Efectivamente, desde inicios de la década de los setenta, Alemania y Japón emprendieron de manera sostenida un esfuerzo para desarrollar su potencial productivo a fin de mejorar su posición en la competencia comercial internacional con las demás potencias industriales. Este esfuerzo tuvo como base un notable desarrollo tecnológico y organizativo, así como diversos mecanismos de apoyo estatal a la conformación de corporaciones transnacionales, lo que obligó al resto de las potencias industriales a introducir cambios equivalentes en su forma de producir, a fin de seguir el ritmo de los dos crecientemente victoriosos rivales comerciales. Esta cadena de acciones y reacciones competitivas se fue extendiendo a otros países de mediano desarrollo relativo, configurando así lo que se dio a conocer como una "tercera revolución industrial"<sup>182</sup>, generada por un gran salto cualitativo de las técnicas productivas y una extrema racionalización de la producción.

Pero este reacomodo de la producción a escala mundial, sobre la base de una enorme expansión de complejos sistemas de comunicación y recolección, almacenamiento e intercambio de información, comprendía no solamente el reemplazo de equipos técnicamente superados en las industrias por modernos o el impulso a la producción de computadoras y componentes electrónicos miniaturizados, sino también el empleo de todos los avances tecnológicos en las formas de fabricar, proveer, administrar y distribuir. Implicaba, también, la investigación y adopción continuas no sólo de nuevas técnicas para estas funciones, sino de productos cualitativamente nuevos, derivados de las nuevas invenciones de las tecnologías de punta; la sustitución de materiales de origen natural por sintéticos de menor costo y mayor calidad; el abandono o recuperación de ciertas fabricaciones mediante criterios de costo de oportunidad frente a los nuevos

---

<sup>181</sup> Mijail Gorbachov, *Op cit.*, p. 153.

<sup>182</sup> Ver a Benito Rey Romay. "Nuevos problemas" en *México 1987. "el país que perdimos"*, págs 91-94 pass.

niveles de productividad y competitividad establecidos por las nuevas tecnologías y modos de producción que iban imponiendo; la extensión de la automatización productiva y administrativa, desplazando a grandes contingentes de obreros, así como el adiestramiento de la mano de obra desplazada para que pudiera desempeñar nuevos trabajos.

La Unión Soviética no estaba preparada para unirse a esta revolución, pues aún tenía que desarrollar toda una serie de requisitos que iban desde la simple instalación de redes telefónicas confiables hasta la más complicada producción de componentes electrónicos tan básicos como el microchip. Dada la tendencia soviética a evaluar el desarrollo interno y la posición internacional de la URSS con respecto a las principales tendencias económicas y tecnológicas en el mundo capitalista, este profundo cambio cualitativo en la organización y en la producción alarmó a la nueva dirigencia, pues, en este aspecto, sin mencionar ya el aspecto cuantitativo, la Unión Soviética había sufrido un retroceso durante las dos últimas décadas. Los principales indicadores económicos cuantitativos de la producción soviética, en el pasado motivo de orgullo para el pueblo y la dirigencia de la URSS, parecían ahora irrelevantes o, peor aún, una expresión de atraso.

La combinación de una tendencia al estancamiento económico y tecnológico de la URSS con un crecimiento explosivo en el mundo capitalista resultaba perjudicial para las aspiraciones internas e internacionales de su élite gobernante. La posición de esta última, así como la misión ideológica de su partido habían sido puestas en entredicho, toda vez que un número de pequeños países asiáticos previamente no industrializados parecía haber logrado asimilar las ventajas de su atraso relativo, alcanzando una participación plena en el mercado global, sobre la base de una división internacional del trabajo y de la interdependencia económica y tecnológica de los países.

Por lo que se refiere al deterioro de la posición internacional de la Unión Soviética, puede apreciarse, desde fines de los años setenta, un significativo aislamiento internacional que puso en cuestión la tesis propugnada durante la dirigencia de Bresnev respecto de un cambio en la correlación internacional de fuerzas a favor de la URSS.

El deterioro del relajamiento soviético-americano había comenzado ya desde mediados de la década de los setenta, con la conformación de un amplio movimiento de oposición, encabezado por expertos del ámbito político y académico, contra el Tratado para la Limitación de Armas Estratégicas (PLAE II), pues creían haber encontrado pruebas de una estrategia agresiva global de la URSS, por lo que, bajo el pretexto de unos acuerdos de control de armamento más equilibrados, exigían el abandono del principio de paridad estratégica que desde el comienzo de la Administración Nixon había constituido la base del diálogo soviético-americano. La relación no mejoraría con el ascenso de Jimmy Carter a la presidencia, al ganar éste la campaña electoral con un programa de renovación moral que incluía el anuncio de una actuación más intensa en pro de la liberalización del imperio soviético. Se trataba de una política de apoyo a los movimientos disidentes y en favor de los derechos humanos surgidos en la Unión Soviética y Europa oriental, que pretendía resanar la quebrantada imagen que los americanos tenían de sí mismos a raíz de

la “guerra sucia” en Vietnam, obligando con ello a la URSS a ponerse nuevamente a la defensiva tras una serie de supuestos éxitos.

La noticia de la invasión soviética de Afganistán en 1979 representó el fin del relajamiento soviético-americano y la irrupción definitiva de una nueva “política de fuerza” en los Estados Unidos. Carter, que ya había anunciado la construcción de 200 cohetes MX y dado a conocer un amplio programa armamentista para los años ochenta, hizo ahora suya la visión del expansionismo soviético mundial y la exigencia correspondiente de una contención militar mundial, por consideración a las posibilidades de ser reelegido. Para tal efecto, pidió sanciones contra el agresor soviético, pospuso el debate parlamentario sobre el paquete de las PLAE II y creó, con la proclamación de la estrategia de una guerra nuclear limitada (amenaza a los objetivos militares y a los centros de decisión soviéticos), el marco político para la realización completa del Programa MX, así como del Pershing II; todo aquel que se mostrara dispuesto a seguir negociando con la URSS se vería pronto desprovisto de cualquier posibilidad de influencia política.

Las elecciones presidenciales de 1980 fueron ganadas, sin embargo, por el adversario republicano de Carter, Ronald Reagan, que en la campaña electoral había anunciado la interrupción total de los esfuerzos negociadores de las PLAE hasta que EE.UU. hubiera recuperado el poder perdido. Los asesores de Reagan hicieron depender los ulteriores esfuerzos en el control de armamento del “buen comportamiento” previo de la Unión Soviética, otorgando prioridad a la seguridad mediante el rearme que a la seguridad mediante el entendimiento en torno a los intereses comunes. Con esta lógica, el gobierno norteamericano incrementó significativamente su presupuesto militar, inició una etapa cualitativamente nueva en la modernización de sus fuerzas convencionales y confrontó a los dirigentes de la URSS con su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), la cual representaba un nuevo ciclo en la interminable carrera armamentista que amenazaba con alterar el equilibrio estratégico entre la URSS y Estados Unidos, a favor de este último. Lo anterior colocó a la dirigencia soviética en la difícil posición de tener que responder a las acciones americanas, debiendo hacerlo, además, en el ámbito de la alta tecnología, donde competía con menor facilidad y efectividad. El temor de los analistas soviéticos era que el esfuerzo por desarrollar la tecnología requerida para tal fin provocase la quiebra de la economía soviética. Esta evolución también puso en duda la concepción de la disuasión nuclear como garante duradero de la paz: si el mantenimiento de la paridad no podía asegurar la disuasión debido al ritmo del desarrollo tecnológico-militar y a los potenciales cambios cualitativos en el equilibrio, y si la superioridad no constituía un objetivo factible, entonces era preciso realizar un mayor esfuerzo para restringir la competencia militar. De ahí que el control de armamento nuclear comenzara a adquirir prioridad como un medio para reducir la amenaza externa, limitar el gasto de las fuerzas armadas y establecer un marco de estabilidad en las relaciones intersistémicas.

Paralelamente al desarrollo de estos acontecimientos, tuvo lugar un cambio en la evaluación soviética respecto del poder de las fuerzas socioeconómicas y políticas en los Estados Unidos. Si bien al inicio del primer período de gobierno de Reagan la gran

mayoría de los americanólogos soviéticos favorecía la interpretación de que la “ola conservadora” en EE.UU. sería de corta duración, con el paso del tiempo dicho punto de vista fue expresado cada vez menos. A medida que los republicanos se fueron perfilando hacia una sólida victoria electoral en 1984, los expertos soviéticos comenzaron a contemplar crecientemente al conservadurismo americano como un fenómeno de mayor duración, pensando que tal vez sería más conveniente acordar un *modus vivendi* con la Administración Reagan, que esperar su relevo hasta 1989.

Por otra parte, también al interior de la Alianza atlántica acabaron por imponerse los defensores de una mayor escalada de la espiral armamentista. Diversos factores como, por ejemplo, la presentación de la desestabilización de la situación euroestratégica como una “superioridad soviética”; el interés europeo por una protección frente a la amenaza soviética; el rechazo americano a multilateralizar el diálogo de desarme y el creciente interés de EE.UU. en representar frente a la URSS una amenaza creíble de primer ataque, propiciaron el despliegue acordado de nuevo armamento americano de medio alcance en suelo europeo. La instalación de 108 cohetes Pershing II en territorio de Alemania occidental permitió a EE.UU. amenazar a la URSS con un ataque nuclear desde suelo europeo sin tener que temer un contraataque sobre territorio americano, lo cual les ofreció la posibilidad de presionar políticamente a la Unión Soviética.

El estacionamiento por parte de la URSS de cohetes SS-20 en Europa oriental, al igual que la inclusión de los gobiernos de Europa occidental en los ataques verbales de la dirigencia soviética contra el “militarismo” americano, tuvieron un efecto contraproducente para los soviéticos, al provocar la destrucción de lo que pudo haber sido un relajamiento selectivo con Europa occidental, el bloqueo de todas las líneas de comunicación y una mayor cohesión de la Alianza atlántica. De este modo, muchos de los temas que habían provocado divisiones en su interior (tales como la cuestión de las sanciones por lo de Afganistán, Polonia, el trato del gasoducto euro-soviético, la discusión en torno al emplazamiento de cohetes de alcance medio en Europa y las dudas respecto de la confiabilidad y lealtad de ciertos aliados) habían perdido importancia para 1984.

Así pues, también en Europa occidental la dirigencia soviética se vio enfrentada con gobiernos de diversa composición, desde conservadores en Alemania occidental y Gran Bretaña hasta socialistas en Francia e Italia, pero todos ellos apoyando fuertemente el despliegue de cohetes americanos en Europa, un mejoramiento de la defensa convencional y un reforzamiento de los lazos atlánticos. Las probabilidades de que los partidos de oposición en estos países obtuvieran el poder para cambiar el curso parecían escasas. Esta evolución llevó a los analistas soviéticos a reevaluar la fuerza aparente de las contradicciones interimperialistas.

También en Europa oriental la dirigencia soviética afrontaba condiciones potencialmente desestabilizadoras. La parálisis que caracterizó especialmente la última parte de la dirigencia de Bresniev, así como el vacío de poder durante el subsecuente período de transición, otorgaron un mayor campo de acción a las tendencias centrífugas de las

dirigencias comunistas nacionales. El constante deterioro de la situación económica en Europa del Este provocó, en la década de los ochentas, una crisis general del comunismo. Desde la guerra, los gobiernos de la región habían puesto en práctica diversos programas de reforma económica; sin embargo, desde inicios de los años ochenta, todos éstos fueron percibidos como un fracaso. Incluso el éxito de Alemania oriental, el más afluente de los Estados de Europa del Este, resultó ser una quimera pues, según revelaciones de antiguos funcionarios, el país se encontraba al borde de la quiebra cuando tuvo lugar la revolución de 1989.

El fuerte quebrantamiento del sistema comunista en Polonia, que comenzó con un gran movimiento huelguístico en 1980 y alcanzó, con la creación del sindicato independiente *Solidaridad*, un grado tal que sólo podía ser detenido por la fuerza, llevó a la dirigencia soviética a recurrir repetidamente a la amenaza de una intervención, amenaza que no logró nada en cuanto a la evolución de los acontecimientos en Polonia, en tanto que volvió a desacreditar a los partidarios del relajamiento internacional en Europa occidental. Para fortuna de la Unión Soviética, la situación pudo ser controlada por la dirigencia local, sin necesidad de una invasión, mediante la instauración de la ley marcial, pero con ello no se habían resuelto los problemas que llevaron a la creación de *Solidaridad*.

Ante esta evolución, algunos sectores de la dirigencia y diversos analistas soviéticos reconocieron la dificultad de asegurar tanto la estabilidad socio-política de los países que conformaban el Pacto de Varsovia como la integridad de esta alianza, sin drenar los recursos económicos de la URSS. Era evidente la inadecuación de los recursos soviéticos de política exterior para mantener la estabilidad en su esfera de influencia, pues, frente a la creciente lucha que emprendió Europa del Este por su independencia y desarrollo económico, la Unión Soviética no tenía mucho que ofrecer; eran escasos los instrumentos no militares que poseía para neutralizar la oposición a las políticas soviéticas en aquella región, y su poderío militar resultaba irrelevante para crear paz y prosperidad, condiciones esenciales para la estabilidad.

Por otra parte, los cambios que tuvieron lugar en el contexto mundial, llevaron a la dirigencia soviética a revisar la utilidad de Europa del Este como “zona de seguridad”. En primer lugar, la región había perdido su anterior importancia estratégica al dejar de constituir una defensa eficaz contra los cohetes de largo y mediano alcance. Además, con la estabilización que se produjo en Europa occidental a partir de su integración progresiva sobre la base de instituciones comunitarias supranacionales, la dirigencia soviética dejó de contemplar un ataque proveniente de esa región como un escenario probable. Por último, era evidente que Europa del Este representaba una fuerte carga que a la economía soviética en crisis le resultaba cada vez más difícil mantener, convirtiéndose así, irónicamente, en una gran amenaza para la seguridad soviética, pues el control de la región no solamente drenaba los menguantes recursos de la URSS, sino que también interfería con otros objetivos de la política exterior soviética, quizá más redituables: la disminución de la tensión con EE.UU. y el mantenimiento de relaciones provechosas con Europa occidental, un área de grandes oportunidades crediticias, comerciales y

empresariales para los soviéticos, que excedía el potencial americano. Un abandono de la doctrina Bresniev mejoraría las relaciones entre los bloques y, por tanto, aumentarían las posibilidades de una mayor ayuda occidental.

Por último, en la región del mundo en desarrollo el aislamiento político de la Unión Soviética también era patente. A principios de los años ochenta, la dirigencia soviética comenzó a percibir los costos, beneficios y riesgos de su expansionismo en dicha región de manera diferente a como lo había hecho la década anterior. En el pasado, el envío de armamento y asesores militares, así como la cooperación de aliados como Cuba y Vietnam, parecían haber reportado ganancias sustanciales con un bajo riesgo de confrontación con los Estados Unidos. Pero esta percepción fue cambiando a medida que este último país recuperaba su confianza, mostrando su disposición a desafiar militarmente a la URSS en el mundo en desarrollo para hacer retroceder al comunismo, y a medida que los movimientos de liberación nacional -símbolos de efectividad de la influencia soviética durante los años setenta- comenzaron a convertirse, a principios de los ochenta, en fuerzas crecientemente antisoviéticas.

El éxito de la intervención sovieto-cubana en Angola y Etiopía resultó ser sólo una avanzada que requería de un continuo apoyo externo para evitar que el deterioro de las condiciones llevara al colapso. En el Sureste de Asia, Vietnam constituía el único aliado de la Unión Soviética, pero los beneficios de tal alianza no lograban compensar sus costos: pese a la total dependencia de Vietnam de la asistencia económica y militar soviética, este país no concedió a la URSS una libertad irrestricta para operar en sus bases aéreas y navales, de importancia estratégica para los soviéticos. Y al igual que Etiopía, Vietnam tampoco proporcionaba una buena imagen para la ideología marxista-leninista al tratarse de Estados sumamente empobrecidos y en estado de guerra casi permanente. Por otra parte, la victoria de Vietnam del Norte sobre el Sur y su ocupación de Camboya no solamente trajo grandes costos económicos, sino también dificultades políticas, pues complicó las relaciones soviéticas con la ANSEA y, sobre todo, con China.

Los soviéticos también se mostraron preocupados por la evidente mejora de las relaciones sino-americanas, que comenzó a principios de los años setenta y culminó en 1979 con el inicio de relaciones diplomáticas y con el viaje a EE.UU. del dirigente chino, Deng Xiaoping, el mismo año. Si bien ambas partes no llegaron a la firma de una alianza militar, las relaciones sino-americanas alcanzaron no obstante un grado que dejaba atrás el principio practicado desde la época de Nixon de mantener unas relaciones igualmente buenas con la URSS y con China. Por otra parte, los sucesores de Mao Zedong habían emprendido un programa de modernización y liberalización económicas que perfilaban a China como una de las principales potencias industriales del Siglo XXI, modificando con ello las consideraciones geoestratégicas de los soviéticos.

Una mayor amenaza potencial desde la perspectiva de la seguridad e intereses soviéticos parecía provenir ahora del integrismo islámico que estaba cobrando impulso en el Medio Oriente y que amenazaba con extender su influencia a las repúblicas soviéticas de Asia

central. Se trataba de una fuerza que se encontraba más allá del control de las dos superpotencias, afectando ocasionalmente a cada una de ellas de manera similar. Así, por ejemplo, el suministro de armas a la resistencia afgana por parte de Irán, derribó la inicial expectativa soviética de una rápida disminución de la actividad guerrillera, persistiendo desde entonces el conflicto afgano como una “herida abierta”, cuyo costo total fue calculado por E. Shevardnadze<sup>183</sup> en unos 60 mil millones de rublos. Si a lo anterior se añaden los 200 mil millones de rublos que costó la infraestructura militar en la frontera sino-soviética; los 85 mil millones de rublos que, según *Izvestiya*<sup>184</sup>, adeudaba el mundo en desarrollo, sin mencionar ya el incremento por 700 mil millones de rublos en el costo de la confrontación militar con Occidente tan sólo en las últimas dos décadas, era evidente que la URSS se había extralimitado en sus compromisos internacionales. De ahí que el ministro soviético de asuntos externos hiciera énfasis en la “rentabilidad económica de la política exterior”<sup>185</sup> de la Unión Soviética.

En resumen, la dirigencia de Gorbachov debía hacer frente a un contexto internacional sumamente adverso, caracterizado por una ausencia de aliados importantes, pese a todo el activismo soviético en el mundo subdesarrollado que, por otra parte, provocó el deterioro de las relaciones con China y el Occidente; una “alianza” ingobernable de satélites política y económicamente enferma; un Estados Unidos resurgente y crecientemente desafiante, así como una serie de países europeos y asiáticos inmersos en una profunda revolución tecnológica.

### **Evolución de la coexistencia pacífica.**

El notable declive de la Unión Soviética en la escena internacional, en combinación con su aguda crisis interna, presionaron nuevamente a favor de un mayor acuerdo con el Occidente. El éxito del programa de reconstrucción interna diseñado por la dirigencia de Gorbachov para afrontar la grave crisis doméstica, dependía del aumento de los recursos económicos disponibles, lo que solamente se lograría frenando la carrera armamentista, resolviendo pacíficamente todos los conflictos regionales, mejorando la interacción con los países industrializados del Occidente y obteniendo de ellos considerables créditos para financiar la transferencia de tecnologías más avanzadas, interrumpida a raíz del bloqueo impuesto por Washington tras la intervención soviética en Afganistán; en breve: mediante una intensificación de la cooperación con el Occidente y, en especial, con Estados Unidos.

Sin embargo, este acercamiento requería nuevamente de una revisión de las concepciones soviéticas tradicionales, pues el colapso del relajamiento internacional hacia fines de los años setenta, había demostrado a los soviéticos que la coexistencia pacífica no constituía, tal como era interpretada, un concepto operativo para la conducción de la política exterior

---

<sup>183</sup> E. Shevardnadze, *Op cit.*, pp. 116-117

<sup>184</sup> Cit por Mike Bowker, *Op cit.*, p. 105

<sup>185</sup> Edouard Chevardnadzé, “La XIXe conférence du PCUS: la politique extérieure et la diplomatie” en *La Vie Internationale*, Nº 10 [334], 1988, trad propia, p. 21.

soviética en un sistema internacional no revolucionado; sus deficiencias fueron admitidas retrospectivamente por quien fuera el ministro de asuntos externos bajo el régimen de Gorbachov:

La teoría de la coexistencia pacífica, proclamada ya en 1917, no removió el fundamento de la confrontación destructiva: el postulado de la victoria inevitable de un orden socio-político sobre otro. La teoría de la coexistencia pacífica tampoco puede remover el postulado marxista. Desde un punto de vista práctico esa teoría es estática y pasiva, pues los fervientes partidarios de la lucha de clases la extrapolan a la esfera de las relaciones internacionales. Para justificar lo anterior; para asociar lo inasociable, la coexistencia pacífica de los Estados con diferente orden social fue declarada como una “forma específica de lucha de clases”. [...] Una serie de propuestas no pudo ser concretada, porque el campo filosófico-conceptual había sido limitado. Las ventajas prácticas que proporcionaba la fórmula de la “coexistencia pacífica” como principio universal de las relaciones internacionales, eran destruidas por el “principio de la lucha de clases”, extendido a los contactos entre los Estados. Un vestigio del antiguo pensamiento -“la coexistencia pacífica como una forma específica de lucha de clases”- nos impedía, sencillamente, transformar esta fórmula en acciones orientadas a la obtención de resultados. [...] Esta no era de forma alguna una definición docta. Cualquier “forma de lucha de clases” llevaba necesariamente a contemplar el mundo como un campo para la lucha permanente de sistemas, campos y bloques, así como a la propagación de la “imagen del enemigo” en millones de personas en todas partes del mundo.

Más adelante, señala lo siguiente respecto del postulado de la irreconciliable “lucha ideológica” entre los dos sistemas socio-políticos:

Durante la época del relajamiento internacional, a principios de los años setenta, los ideólogos del Partido se vieron inmersos en un arduo problema en sus esfuerzos por armonizar, siquiera con un mínimo de congruencia, el acercamiento en las relaciones con EE.UU. con ese dogma inquebrantable. Como ya había sucedido antes, en esa ocasión también triunfó el dogma. La interpretación de los ideólogos fue la siguiente: en tiempos de relajamiento internacional, la lucha ideológica no debía minorar sino, por el contrario, implementarse con mayor ahínco. [...] Francamente, con la mejor voluntad no me entraba en la cabeza cómo es posible tener con alguien un acercamiento y combatirlo irremediamente al mismo tiempo. Ya mucho antes del inicio de la *perestroika*, tanto nuestra propaganda como nuestra política (a momentos era casi imposible distinguir una de la otra) se enredaban cada vez más en el intento de buscar un común denominador para principios ideológicos contradictorios entre sí. Sin embargo, tales esfuerzos no lograron traducirse en una construcción sostenible desde el punto de vista intelectual y político. A tal contradicción debíamos encontrar una salida tanto teórica como práctica.<sup>186</sup>

---

<sup>186</sup> Eduard Schewardnasc. *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia. pp. 99-100, 107, 158-159

Bajo esta lógica se explica que durante el XXVII Congreso del PCUS, Gorbachov hiciera un llamado a desarrollar “nuevos enfoques, métodos y formas de relación entre los diferentes sistemas sociales, Estados y regiones”<sup>187</sup>, como parte de una reevaluación más amplia y realista de las tendencias básicas en la política mundial, es decir, como parte de un “nuevo pensamiento político”.

Así pues, la reformulación que Gorbachov y su equipo hicieran de la coexistencia pacífica, procedió de la misma forma en que se ejecutó la de Jruschov, esto es, mediante una revisión del carácter general de la época. Como se recordará (ver pág. 64), Jruschov había definido la lucha entre el capitalismo y el socialismo como la principal contradicción de su época; lucha que, gracias a la cambiante correlación de fuerzas, estaba ganando el sistema socialista, lo que permitía afirmar que, bajo las nuevas circunstancias históricas, el imperialismo había dejado de ser el factor determinante del desarrollo mundial, inaugurándose así una era post-imperialista en la que las guerras eran evitables, aunque, por razones de legitimidad, se retuvieran la percepción de la naturaleza inherentemente agresiva del imperialismo y la posibilidad teórica de que el socialismo pudiera salir victorioso en caso de que los imperialistas desataran una tercera guerra mundial.

Ahora, E. Shevardnadze, ministro de asuntos externos, declaraba en su informe ante la XIX Conferencia del PCUS:

Si actualmente la humanidad no es capaz de sobrevivir más que en condiciones de coexistencia pacífica, y es innegable que no podría asegurar su futuro en un clima de confrontación permanente, resulta evidente que la rivalidad de dos sistemas no puede ser considerada ya como la tendencia principal de nuestra época.

La tendencia que aparece hoy cada vez más en un primer plano es aquella de la interdependencia de los Estados en el seno de la comunidad mundial; tendencia determinada objetivamente por el hecho de que “la confrontación entre el capitalismo y el socialismo puede desarrollarse única y exclusivamente bajo la forma de una competencia y rivalidad pacíficas.

En la etapa actual es determinante saber acrecentar a ritmo acelerado los bienes materiales, gracias a una ciencia, a una técnica y a una tecnología de punta; repartirlos equitativamente y, mediante esfuerzos conjuntos, renovar y proteger los recursos indispensables para la supervivencia de la humanidad.<sup>188</sup>

Este nuevo énfasis en la concepción de un mundo interdependiente permitió a los soviéticos reevaluar su tradicional visión campista, pues, como lo expresó V.

---

<sup>187</sup> Mijail Gorbachov, *Kommunist*, 1986, N° 4, p. 10, cit. por Marantz, *Op. cit.*, trad. propia, p. 67.

<sup>188</sup> Edouard Chevvardnadzé, “La XIXe conférence du PCUS: la politique extérieure et la diplomatie” en *La Vie Internationale*, N° 10 [334], 1988, trad. propia, pp. 16-17.

Medvedev<sup>189</sup>, secretario del Partido a cargo de las cuestiones ideológicas, “La noción de que los sistemas se desarrollan a lo largo de vías paralelas es una ilusión. La interdependencia del mundo es tal que estas últimas se entrecruzan inevitablemente; ambos sistemas, y los países que comprenden, interactúan de manera estrecha en el marco del desarrollo mundial general, en los ámbitos científico-técnico, económico y social, en las relaciones humanas y en la solución de problemas globales”. Bajo esta “nueva configuración”, señala Yákovlev<sup>190</sup>, “los términos de ‘campo socialista’, ‘sistema mundial del socialismo’, ‘comunidad de los países socialistas’, ‘movimiento comunista internacional’, son otras tantas fórmulas que ya no corresponden a la realidad del mundo de hoy. Hay que tener en cuenta las fuerzas políticas que tienen importancia”. Y se pregunta: “¿Por qué tener ‘aliados’ permanentes? El mito de los aliados lo inventaron quienes buscaron el enfrentamiento. Hay que definir las alianzas según la coyuntura, para definir una crisis concreta”.

En su informe ante el XXVII Congreso, Gorbachov había fundamentado ya la interdependencia de los Estados en el creciente peligro que planteaban las armas nucleares y demás problemas de la humanidad:

El curso de la historia, del progreso social, exige cada vez más insistentemente el establecimiento de una interacción constructiva, creadora, de los Estados y de los pueblos a escala planetaria. No solamente lo exige, sino que crea con este fin las premisas necesarias, políticas, sociales y materiales. Esta interacción es necesaria para prevenir la catástrofe nuclear, para que la civilización pueda sobrevivir. Es necesaria igualmente para reglamentar en común y en interés de cada uno de los demás problemas de la humanidad que no cesan de agravarse. La combinación de la competencia, de la confrontación de los dos sistemas y de la tendencia creciente a la interdependencia de los Estados de la comunidad mundial, es la dialéctica real del desarrollo contemporáneo. Es precisamente así, por la lucha de los contrarios, difícilmente y en cierta medida a ciegas, que se forma un mundo contradictorio, pero interdependiente, constituyendo para muchos un todo.<sup>191</sup>

Con esta apreciación, la noción previa de que la cambiante correlación de fuerzas a favor del socialismo compelia a los países capitalistas a aceptar la coexistencia pacífica, es desplazada por la lógica de la guerra nuclear: frente al peligro extremo de una catástrofe nuclear, la interacción constructiva constituye la única forma racional y posible que pueden asumir las relaciones entre los sistemas.

---

<sup>189</sup> Vadim Medvedev. Izvestia. 9 de diciembre de 1987, cit. por William Butler en “International law, foreign policy and the Gorbachov style”, *Journal of International Affairs*, Vol. 42, Nº 1, Otoño de 1988, trad. propia, p. 372.

<sup>190</sup> A. Yákovlev. *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética*, pp. 128 y 123.

<sup>191</sup> Mijail Gorbachov. Rapport politique du comité central du PCUS au XXVIIe Congrès du PCUS, p. 25, cit. por E. Mandel. *Op. cit.*, p. 144.

Por otra parte, este nuevo énfasis en la percepción de un cambio radical de las condiciones en la era nuclear, permitió a Gorbachov resolver definitivamente la cuestión de la relación causa-efecto entre la guerra y la revolución:

Las perspectivas de progreso social “coinciden” con las de prevención de la guerra nuclear. En el 27º Congreso del PCUS, claramente “divorciamos” los temas de la guerra y la revolución, excluyendo para la nueva edición del Programa del Partido las dos frases siguientes: “Que los agresores imperialistas nunca se aventuren a comenzar una nueva guerra mundial, los pueblos ya no tolerarán más un sistema que los arrastra a guerras devastadoras. Destruirán al imperialismo y lo enterrarán”. Esta cláusula que admitía en teoría la posibilidad de una nueva guerra mundial fue sacada, porque no corresponde a las realidades de la era nuclear.<sup>192</sup>

Con ello se desechó, finalmente y sin ambigüedad, la tesis de que el socialismo pudiera sobrevivir una guerra nuclear y salir victorioso, reconociendo que éste correría el mismo riesgo que el capitalismo bajo dicha eventualidad. Según Gorbachov<sup>193</sup>, “la guerra nuclear no puede ser un medio para lograr fines políticos, económicos, ideológicos o de cualquier otra índole”. Si no existen fines políticos que puedan justificar el riesgo de provocar una guerra nuclear, resulta claramente inconcebible utilizar la fuerza para provocar el cambio revolucionario, lo que invalida, asimismo, la tradicional distinción entre guerras “justas” e “injustas”.

Por otra parte, al hacer “coincidir” los objetivos del progreso social con los de prevención de la guerra nuclear y priorizar estos últimos sobre la base de una creciente interdependencia, el equipo de Gorbachov resuelve también la dificultad teórica generada por la relación que la teoría ortodoxa percibe entre la paz definitiva y el comunismo mundial, siendo la primera un atributo exclusivo del segundo, por lo que la vía lógica para alcanzarla sería promoviendo el conflicto que conduciría al comunismo. Ahora, Gorbachov<sup>194</sup> señala: “[...] no deseamos provocar el caos en las relaciones internacionales. Esto sería incompatible con el objetivo principal de nuestra política exterior: promover una paz estable y duradera, construida sobre la cooperación y la confianza mutua entre las naciones”, en tanto que A. Dobrynin, funcionario de alto rango responsable de la sección internacional del Comité Central, aclara:

Vivimos en una era en la que las contradicciones objetivas entre explotadores y explotados no han sido eliminadas en la mayor parte del mundo y, consecuentemente, en la que la lucha entre diversas fuerzas sociales y políticas por un orden social u otro es tanto inevitable como correcta. Pero Marx y Engels no separaron los intereses fundamentales de la clase trabajadora de los intereses de la humanidad en su conjunto. La singularidad de la presente etapa del desarrollo histórico es tal que en la era nuclear resulta esencial ganar la lucha por la

---

<sup>192</sup> M. Gorbachov, *Perestroika: nuevas ideas para mi país y el mundo*, p. 172.

<sup>193</sup> *Ibid.*, pp. 163-164

<sup>194</sup> *Ibid.*, p. 244

supervivencia de la humanidad, *incluso antes de eliminar las contradicciones ya mencionadas*. Esto se ha convertido en el prerequisite esencial para resolver todas las otras tareas políticas, sociales, económicas y culturales.<sup>195</sup>

Para Shevardnadze, las conclusiones del congreso no resolvían definitivamente el problema de la confrontación de los dos sistemas, pero esta última estaba cada vez más subordinada a una creciente tendencia a la interdependencia de los Estados de la comunidad mundial. Aquí se registra la primera diferenciación fundamental de la coexistencia pacífica con respecto a su interpretación previa, pues, como señala Shevardnadze, “Dentro de este contexto ...”,

... es posible concebir la coexistencia pacífica, no como una forma particular de lucha de clases, sino como una forma de realización de nuestro interés supremo, de clase: el asegurar condiciones de vida materiales y espirituales dignas y verdaderamente humanas a todos los pueblos, en primer lugar al propio, garantizar la vida sobre nuestro planeta, adoptar una actitud parsimoniosa hacia sus riquezas [...] La fuerza cada vez mayor de este interés de clase reside en su total coincidencia con los intereses humanos universales.<sup>196</sup>

Bajo estos últimos, según Shevardnadze, “debe entenderse que todas las personas normales, sin importar sus diferencias, muestran un interés semejante por la paz, la prosperidad y el progreso; por un estado saludable de la sociedad y del individuo; por salvar a la civilización de la amenaza nuclear y ecológica y por la solución de los problemas del desarrollo”.<sup>197</sup>

Por otra parte, la priorización de los intereses humanos universales en el marco del XXVII Congreso del PCUS, permitió al equipo de Gorbachov convertir la coexistencia pacífica en principio universal de las relaciones internacionales, adquiriendo un nuevo contenido a la luz de esta nueva jerarquía, como se desprende del informe de Shevardnadze:

El nuevo pensamiento la considera en el contexto de las realidades de la era nuclear. Tenemos toda razón para rehusar ver en ella una forma específica de lucha de clases. La coexistencia, fundada en principios de carácter esencial irrefutable como la no agresión, el respeto a la soberanía e independencia nacionales, la no injerencia en los asuntos internos y otros, no debe ser identificada con la lucha de clases. Ello no invalida ciertamente las leyes de la lucha de clases ni el hecho de que la política de un Estado se encuentre determinada por los intereses de clase dominantes. Pero estos últimos pueden y deben tener como denominador común los

---

<sup>195</sup> Anatolii Dobrynin, Tass, 4 de mayo de 1987 (Daily Report, 5 de mayo de 1987, AA5), cit. por Erik P. Hoffmann, “Soviet foreign policy from 1986 to 1991: domestic and international influences” en *Soviet Foreign Policy*, trad. propia, pp. 269-270.

<sup>196</sup> Edouard Chevardnadzé, “La XIXe conférence du PCUS: la politique extérieure et la diplomatie” en *La Vie Internationale*, N° 10 [334], 1988, trad. propia, p. 65.

<sup>197</sup> Eduard Schewardnadsc, *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia, p. 122.

intereses inherentes a toda la humanidad [...] Además, de asimilar las relaciones entre los Estados con la lucha de clases tendríamos dificultades para reconocer que la coexistencia pacífica, como principio supremo universal, así como la cooperación mutuamente provechosa de los países con regímenes socio-políticos diferentes, son posibles en la realidad e ineludibles.<sup>198</sup>

De este modo, sobre la base de una interdependencia global, expuesta en su forma más aguda por la amenaza de una guerra nuclear, la concepción tradicional de la coexistencia pacífica como un instrumento para la lucha internacional de clases, ha dado un giro para convertirse en condición de la supervivencia humana, representando esta última el valor predominante en ambos sistemas.

Asimismo, la nueva universalidad del principio de coexistencia pacífica trajo consigo la segunda diferencia fundamental con respecto a su anterior concepción, como hace notar Shevardnadze:

No para todo lector resulta comprensible la importancia de esta cuestión; el por qué la palabra “principio universal” es de tanto peso. Hasta 1986, el principio de la coexistencia pacífica se extendía únicamente a nuestras relaciones con adversarios potenciales, mientras que para las relaciones con nuestros amigos y aliados valía otro principio: el “internacionalismo proletario”. De acuerdo con este principio nos estaba “permitido” intervenir en los asuntos de nuestros aliados como, por ejemplo, los del Pacto de Varsovia, en caso extremo, por la fuerza de las armas.<sup>199</sup>

Ahora, Gorbachov sostenía en su discurso conmemorativo del LXX aniversario de la revolución bolchevique que “la práctica del internacionalismo socialista ... descansa en una estricta observancia de los principios de coexistencia pacífica por parte de todos”<sup>200</sup>, lo que parecía sugerir una invalidación de la doctrina de la soberanía limitada y, así, un giro hacia el establecimiento de relaciones más normales con Europa del Este, al igual que un reconocimiento implícito de que las relaciones intersocialistas no eran diferentes a las relaciones intersistémicas, sino igualmente propensas al conflicto. Del nuevo carácter universal del principio de coexistencia pacífica se pueden deducir las mismas consecuencias para lo que se refiere a la asistencia que, según el principio del internacionalismo socialista, debían prestar los soviéticos al movimiento de liberación nacional en el mundo en desarrollo y a la clase obrera de los países capitalistas desarrollados, resolviéndose así la contradicción teórico-práctica entre los dos principios centrales de la política exterior soviética. “En adelante”, señala Yákovlev,

mantendremos con los países del Tercer Mundo relaciones normales, con independencia de su enfoque ideológico o de su opción económica. [...] Contemplamos el mismo tipo de relaciones con países como China, Vietnam o

<sup>198</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 16.

<sup>199</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 121.

<sup>200</sup> M. Gorbachov, “October and Perestroika: The Revolution Continues”, pp. 39-55, cit. por Allen Lynch, *Op. cit.*, trad. propia, p. xxvi.

Cuba. Son países iguales que los otros. Hemos de instaurar relaciones sencillamente normales con todos los Estados y todos los partidos. Estamos decididos a no injerirnos jamás en los asuntos internos de ningún Estado ni de ningún partido.<sup>201</sup>

La universalización del principio de coexistencia pacífica trae consigo una tercera diferencia fundamental con respecto a la antigua concepción, según la cual en el ámbito ideológico no debía prevalecer la coexistencia pacífica, sino una “lucha encarnizada”. Ahora, Gorbachov<sup>202</sup> argumentaba que las posiciones políticas debían despojarse de la intolerancia ideológica; que era esencial alzarse por encima de las diferencias ideológicas y que éstas “no debieran transferirse a la esfera de las relaciones interestatales, ni la política exterior debiera subordinarse a ellas, porque las ideologías pueden ser polos opuestos, mientras que el interés de la supervivencia y la prevención de la guerra permanece como algo universal y supremo”.

Al analizar retrospectivamente la cuestión de la desideologización de las relaciones entre los Estados, Shevardnadze afirma haber detectado ya desde antes “la necesidad de liberar tales relaciones, sobre todo, de la densa, deformada y mal interpretada capa ideológica: de aquellos elementos de extremismo ideológico y fundamentalismo petrificado”. De ahí que, en el marco de su informe ante la XIX Conferencia del Partido, señalara:

En el momento en que la coexistencia pacífica es proclamada como un principio supremo universal de las relaciones entre los Estados y la libertad de elección como un elemento clave del nuevo pensamiento político, se hace cada vez más evidente la necesidad de reconsiderar toda una serie de estereotipos.<sup>203</sup>

Para Shevardnadze, lo anterior implicaba, en primera instancia, el alejamiento de los estereotipos sobre la existencia del “enemigo”, ubicando su origen en los largos periodos de guerra en el pasado de la humanidad y en la repartición del mundo. Si en dichos estereotipos se manifestaba, para él, una realidad histórica, por otra parte se preguntaba:

¿Pero con qué frecuencia tales imágenes del enemigo no fueron alimentadas artificialmente para satisfacer los intereses de aquellos que detentaban el poder, representando estos intereses como imperativos nacionales? Los espejos ideológicos distorsionaban hasta el absurdo la imagen real del “adversario”, despertando, así, en el pueblo sentimientos de miedo, odio y disponibilidad para aceptar el “orden establecido” como algo natural y apropiado. Al señalar al “enemigo” se puede inducir al pueblo a tolerar las carencias, a aceptar la realización de sacrificios, prescindiendo, incluso, de lo esencial. No obstante, debido a que la paciencia tiene un límite y, principalmente, a la constante humillación humana, el país y el pueblo corren el riesgo de quedar fuera del proceso civilizatorio general.<sup>204</sup>

<sup>201</sup> A. Yákovlev. *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética*, pp. 127-128

<sup>202</sup> M. Gorbachov. *Perestroika, nuevas ideas para mi país y el mundo*, pp. 167 y 260.

<sup>203</sup> Edouard Chevardnadzé. “La XIXe conférence du PCUS: la politique extérieure et la diplomatie” en *La Vie Internationale*, N° 10 [334], 1988, trad. propia, p. 24.

<sup>204</sup> Eduard Schewardnadse. *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia, pp. 127-128.

De ahí que, para el mismo autor, se deba “aprender a contemplar el mundo que nos rodea tal como es, y no como se nos ordenó contemplarlo”:

En otras palabras: si se reflexiona en forma crítica, una desideologización significa promover, dentro de nuestra comprensión del mundo, la objetividad y el pensamiento independiente, reduciendo las actitudes aleccionadoras y, sobre todo, la identificación ritual y dogmática del propio curso político con la verdad apriorística de la ideología estatal, retirando preferentemente estos últimos elementos de la praxis internacional.

Con este espíritu dio inicio, a fines de 1987, un debate en torno a la “naturaleza de clase” del imperialismo y de las relaciones internacionales en general. Con anterioridad ya había sido resaltada la capacidad de adaptación del sistema capitalista a las cambiantes circunstancias. La siguiente apreciación de I. Antonovitch, vicerector de la Academia de Ciencias Sociales del Comité Central del PCUS, resulta característica:

El capitalismo de hoy es diferente del que era a principios o incluso a mediados del Siglo XX. Aunque haya pasado su apogeo, sigue siendo un adversario poderoso, capaz de tomar revancha social en un sector particular y de volver a ser una condena. Y aunque la crisis cada vez más profunda del capitalismo se vuelve permanente, el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción tomó un carácter crónico y no amenaza con desencadenar una explosión revolucionaria en un futuro previsible [...]. El capitalismo logró desarrollar un grado de inmunidad de las altas y bajas del crecimiento [...]. Una de las razones principales de la estabilidad relativa de las estructuras sociales capitalistas es que combinan la capacidad de transformación revolucionaria de la tecnología con la de las maniobras sociales flexibles [...]. Lo que amerita subrayarse actualmente es la capacidad del capitalismo para prolongar su existencia y la ausencia de todo progreso visible del movimiento obrero en los países avanzados de Europa occidental y de los Estados Unidos.<sup>205</sup>

La misma evaluación había llevado al editorialista de *Izvestiia*, A. Bovin<sup>206</sup>, a admitir que “Las perspectivas de una transformación socialista en los países capitalistas desarrollados han sido relegadas a un futuro indefinido”. Bajo tal perspectiva se explica que la nueva edición del Programa del PCUS, adoptado en 1986, no mencionara ya las palabras “revolución mundial”, “revolución proletaria” ni aludiera a la desaparición del capitalismo, todavía presente en la retórica de Jruschov, y que Yákovlev<sup>207</sup> dejara de percibir al capitalismo y al socialismo como dos sistemas en diferentes etapas del desarrollo histórico (con una progresión inevitable del primero al segundo), para presentarlos, antes bien, como “dos ramas de la misma civilización”.

<sup>205</sup> Ivan Antonovitch, cit. por Ernest Mandel. *Op cit.*, p. 201

<sup>206</sup> Aleksandr Bovin, *Izvestiia*, 11 de julio de 1987, cit. por Erik P. Hoffmann en *Soviet Foreign Policy*, trad. propia, p. 270.

<sup>207</sup> A. Yákovlev, *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética*, p. 25

Sin embargo, Gorbachov fue aún más lejos al plantear, en su discurso conmemorativo del LXX aniversario de la revolución de octubre, toda una serie de cuestionamientos que desafiaban implícitamente muchos de los principios ideológicos básicos referentes al carácter del imperialismo y su tendencia a amenazar la paz internacional. Hasta entonces, la visión tradicional había sido que el imperialismo era un sistema inherentemente militarista y expansionista, que representaba una amenaza permanente para el socialismo en general y para la Unión Soviética, en particular. Por tanto, hasta el advenimiento del colapso capitalista, la URSS debía ser capaz de disuadir a sus agresores potenciales con la posibilidad de dar una réplica demoledora, lo que implicaba un elevado gasto militar.

Ahora, Gorbachov planteaba la posibilidad de que, en el sistema mundial de fines del Siglo XX, el capitalismo avanzado pudiera no requerir más del militarismo, del neocolonialismo y de la guerra para su desarrollo, sugiriendo con ello implícitamente un cambio en la naturaleza fundamental del imperialismo. Gorbachov se refirió a la experiencia de Estados capitalistas como Japón, la RFA e Italia, para ilustrar una transformación en la esencia de la amenaza imperialista, de militar a económica: sus economías prosperaban sin necesidad de agresivas políticas exteriores y excesivos gastos militares; el éxito de sus estrategias de crecimiento descansaba, evidentemente, en factores no militares y, de hecho, estaba asociado a un gasto militar sumamente reducido.

Cabe mencionar que esta nueva apreciación poseía el atractivo adicional de coincidir con los requerimientos internos en materia de gasto, pues si la nueva dinámica del desarrollo capitalista tenía su base en estrategias no militares o, en otras palabras, si el imperialismo podía ser refrenado mediante procesos intrínsecos y no solamente a través de la disuasión militar soviética, entonces los cuantiosos recursos destinados al gasto militar podían ser reducidos y reasignados a la reconstrucción de la economía civil. Subyacente a esta revisión de la teoría leninista del imperialismo, estaba la idea de que la burguesía imperialista tendría un interés común con la clase obrera por mantener la paz y dismantelar el militarismo, lo cual ponía en entredicho el carácter de clase de la política exterior de los Estados. Shevardnadze había señalado ya en su informe la necesidad de redefinir las tendencias del desarrollo contemporáneo:

¿Se encuentra determinado por la lucha de clases? ¿Quién lo pone en duda? Sin embargo, preguntémosnos si sus formas son absolutamente inmutables, siempre invariables. Y respondamos honestamente: es obligado reconocer que la revolución científica y técnica, los profundos cambios estructurales en la economía mundial, el tránsito a sociedades informáticas, han influido igualmente en el carácter de la lucha de clases, en sus formas.<sup>208</sup>

Todas estas revisiones que llegaban al núcleo de la ideología soviética, férreamente sostenida a través de los años (aunque fuese de manera retórica), provocaron entre los

---

<sup>208</sup> Edouard Chevardnadzé, "La XIXe conférence du PCUS: la politique extérieure et la diplomatie" en *La Vie Internationale*, N° 10 [334], 1988, trad. propia, p. 64.

miembros más conservadores del Partido una airada reacción, encabezada por E. Ligachev, quien veía peligrar uno de los pilares centrales sobre los que descansaba la legitimidad del Partido. Ligachev externó su desacuerdo con la tesis de la prioridad de los valores humanos universales y el empeño en retirar de las relaciones interestatales los valores de clase, en un intento por retener a estos últimos como base oficial de la política exterior soviética:

Procedemos conforme a la naturaleza de clase de las relaciones internacionales. Cualquier otro modo de plantear la cuestión solamente crea confusión en las mentes de los soviéticos y de nuestros amigos en el exterior. Tomar parte activa en el esfuerzo por resolver los problemas humanos comunes de ninguna manera significa una desaceleración artificial en la lucha por la liberación nacional y social.<sup>209</sup>

En el mismo discurso, Ligachev se pronunció a favor del socialismo y de la continuidad histórica y en contra de la extensión de los mecanismos de mercado y de una democratización incontrolada. En otra ocasión se llegó a representar la desideologización como “el sacrificio de los intereses, objetivos y valores socialistas por los de índole burguesa”<sup>210</sup>.

Más tarde, los críticos del nuevo pensamiento afirmaron que “al oponer los intereses humanos universales a los intereses específicos de clase y priorizar los valores humanos universales, le hemos prestado un mal servicio a la idea socialista ... De ese modo se ha distorsionado la unidad dialéctica de la especificidad de clase y de lo humano universal. Sabemos que nadie ha podido expresar mejor los intereses humanos universales que la clase obrera”<sup>211</sup>. Lo que en el fondo reprochaban los inconformes al nuevo pensamiento era el haber descuidado los intereses nacionales y de seguridad; el haber sobrevaluado los factores externos y subestimado los referentes al poderío nacional como base para el éxito de la *perestroika*. Estas impugnaciones llevaron a Shevardnadze a emprender, de manera retrospectiva, una defensa de sus planteamientos, al señalar: “Nunca confronté los intereses de clase con los intereses humanos universales; tan sólo hablé de su mutua relación. Entre ellos no existe contradicción alguna. Se trata, más que nada, de una relación de la parte con el todo”<sup>212</sup>. Por otra parte, se preguntó:

¿Qué debe responderse a la explicación de que el verdadero portador de los valores humanos universales era precisamente aquella clase trabajadora que por décadas debió prescindir de las bases más elementales para su existencia humana? ¿Cómo puede rebatirse la afirmación de haber dañado la idea socialista, cuando, en realidad, el mayor daño consistió en haber desfigurado esta idea de manera criminal

---

<sup>209</sup> Egor Ligachev, Pravda, 6 de agosto de 1988, p.2. cit. por Marie Mendras en *Perestroika: Soviet Domestic and Foreign Policies*, p. 213.

<sup>210</sup> Pravda, 4 de febrero de 1991, cit. por E. Schewardnadse, *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia, p. 114.

<sup>211</sup> Material de la sesión plenaria del Comité Central del PCUS, Pravda, 4 de febrero de 1991, cit. por E. Schewardnadse, *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia, p. 113.

<sup>212</sup> E. Schewardnadse, *Die Zukunft gehört der Freiheit*, trad. propia, p. 122.

y en haberla concretado de forma totalmente contraria a sus objetivos originales? [...] Es posible comprobar mediante estadísticas objetivas que una comparación de los parámetros de efectividad de ambos sistemas evidentemente no favorece al nuestro, por lo que resulta inútil hablar de valores que nunca podríamos sacrificar, puesto que ya hemos provocado su serio deterioro. Podemos decir: ciertamente la democracia, la libertad y la justicia no pueden existir fuera de algún orden social, pero se debe de ignorar totalmente la realidad objetiva para poder afirmar que, en el marco del “modelo socialista” aquí construido, haya existido algo que se hubiese asemejado siquiera remotamente a estas categorías. Sólo basta con salir a la calle y observar cómo lucen las personas, sus expresiones, su vestimenta, su vivienda, sus condiciones de trabajo para reconocer lo poco que eso tiene que ver con una vida humana digna; lo desesperadamente lejos que se encuentra del ideal socialista.<sup>213</sup>

Con respecto a las acusaciones de haber debilitado la seguridad nacional y descuidado los factores del poderío nacional de la URSS, Shevardnadze alega:

El reproche no es válido. La perestroika cobró vida, más que nada, por una necesidad objetiva de superar el estado de crisis, mismo que amenazaba la seguridad y los intereses del Estado. [...] Desde un principio propusimos examinar la razón por la cual surgían dudas en torno a la seguridad de un país militarmente tan poderoso [...]. Ciertamente, en los decenios pasados se desarrolló en la URSS un enorme potencial científico-técnico, espiritual y económico, pero ¿cómo era aprovechado? ¿Qué efecto tienen factores de “poderío nacional”, tales como la extensión del territorio, los recursos naturales, el potencial espiritual y las estructuras del Estado? ¿Tienen siquiera algún efecto? Los vastos territorios acabaron finalmente por transformarse, bajo la presión de un centralismo irreflexivo, en zonas muertas de emergencia ecológica. ¿Los recursos naturales? Una explotación desenfrenada (“¡el cumplimiento del plan a toda costa!”) agotó los recursos naturales, sin compensar su pérdida con un crecimiento económico cualitativo. Si bien el país había extraído y vendido petróleo de manera “fácil y rápida”, obteniendo ganancias por 180 mil millones de dólares, ello de ninguna manera mejoró la situación material de sus ciudadanos. ¿El espíritu moral de la sociedad y la estabilidad de las estructuras del Estado? Eran sostenidos por medio de una falsa “propaganda triunfalista” y de una represión de las ideas alternativas: mediante la conjura de enemigos “internos” y “externos” y la amenaza de sanciones por “conducta indebida”.<sup>214</sup>

Para Shevardnadze, era el mismo sistema el que “durante el transcurso de varias décadas fue minando los factores del poderío nacional al centrar todos sus esfuerzos únicamente en las garantías de la seguridad militar”<sup>215</sup>. Desde su punto de vista, resultaba moralmente cuestionable y políticamente peligroso basar la seguridad nacional en “tanques y cabezas

---

<sup>213</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 113-115.

<sup>214</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 109-110, 112-113

<sup>215</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 113.

nucleares”<sup>216</sup>, sin tener en cuenta el bienestar de las personas, sacrificado, en su opinión, “sin considerar que a un país de personas social y políticamente humilladas, que no pueden costearse nada, le resulta imposible garantizar confiablemente su seguridad. En semejante país la persona se convierte, en realidad, en medio, y no fin, de la seguridad. Y entonces, ¿de la seguridad de quién estaríamos hablando?”<sup>217</sup> Shevardnadze da cuenta del desgaste que ha sufrido la concepción tradicional de la seguridad nacional como protección del país frente a la amenaza militar externa, al señalar:

Las naciones no pueden gozar de un estado de seguridad si garantizan esta última, en primera instancia, con medios militares. Actualmente se encuentran en una situación poco favorable, pues, como fuente de influencia política en el mundo y garantía de los intereses nacionales se revelan, cada vez más, otros factores económicos, científico-técnicos y financieros, mientras que los enormes arsenales de armamento, en los que se invirtieron tantos medios y energía, no pueden proporcionar ninguna respuesta racional a los actuales desafíos. [...] Una vez superada la inercia de las concepciones acostumbradas, descubrimos que la posesión de un enorme arsenal atómico no le proporciona al Estado una defensa confiable; por el contrario, lo debilita aún más al absorber recursos que, de otro modo, hubieran podido beneficiar a la producción civil, a la educación, al sistema de salud, así como a las necesidades de la población. Nos quedó claro que los tradicionales programas de política exterior, planes y actividades, incluyendo la política de seguridad nacional, debían coincidir estrictamente con las verdaderas prioridades nacionales, con los intereses a largo plazo, con las posibilidades reales del país, y con los deseos de los ciudadanos.<sup>218</sup>

Por su parte, A. Yákovlev<sup>219</sup>, respaldó en este debate la posición de Shevardnadze, que rechazaba los valores de clase como determinante de las relaciones entre los Estados y fundamento de la política exterior soviética, al colocar a la *perestroika* y al marxismo en un contexto mundial: como base para la “autorenovación” del socialismo, dijo, “nos remitimos de manera novedosa a la teoría y práctica del desarrollo mundial, tanto socialista como no socialista”, añadiendo incluso que “el marxismo como tal es la consideración de los intereses humanos comunes desde el punto de vista de la historia y el desarrollo de toda la humanidad, y no solamente de ciertos países, clases, pueblos o grupos sociales”. También negó que los fundadores del socialismo, al anteponer los intereses de las clases explotadas y del proletariado -“portador de la misión histórica de liberar al hombre y a la humanidad”-, hubiesen opuesto esos intereses a todos los demás, es decir, negó que pudiera existir separación alguna entre los dos tipos de intereses, como Ligachev había insistido.

---

<sup>216</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 110.

<sup>217</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 111-112.

<sup>218</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 111-112.

<sup>219</sup> Aleksandr Yakovlev. “In the Interests of the Country and of Every People”, Pravda, 13 de agosto de 1988, cit. por Jonathan C. Valdez en *Internationalism and the Ideology of Soviet Influence in Eastern Europe*, trad. propia, pp. 116-117.

Frente a esta delicada cuestión, en un esfuerzo por moderar posturas extremas, satisfacer a cada una de las partes y fortalecer, de ese modo, su propia posición política, Gorbachov optó inicialmente por una línea intermedia entre los reformistas y los conservadores del sistema. V. Zagladin<sup>220</sup> formuló lo que, según él, representaba la interpretación de Gorbachov: “Las políticas exteriores de los Estados poseen una naturaleza de clase, pero ello no significa que las relaciones internacionales puedan ser reducidas a una lucha entre dos sistemas”. Gorbachov había asumido ya con anterioridad esta posición centrista en su libro *Perestroika* al sostener, por una parte, que las diferencias ideológicas “no debieran transferirse a la esfera de las relaciones interestatales, ni la política exterior debiera subordinarse a ellas ...”, reteniendo, por la otra, la noción tradicional de la competencia entre los dos sistemas por la vía del ejemplo, cuyo desenlace relega a un futuro histórico indefinido:

La competencia económica, política e ideológica entre los países capitalistas y socialistas es inevitable. Sin embargo, puede y debe de ser mantenida dentro de un marco de competencia pacífica, que necesariamente considere la cooperación. Queda para la Historia el juzgar los méritos de cada sistema en particular. Ella ordenará todo. Dejemos que eso se decida mediante una pacífica competencia, dejemos que cada sistema demuestre su habilidad para satisfacer los intereses y necesidades del hombre. Los Estados y los pueblos de la Tierra son muy diferentes y, en realidad, es bueno que así sea. Es un incentivo para la competencia. Esta interpretación encaja en el concepto de coexistencia pacífica. Es una unión dialéctica.<sup>221</sup>

El esfuerzo por preservar la racionalidad legitimadora del sistema de partido único, también se refleja en la siguiente exposición de Gorbachov:

Desde tiempos inmemoriales los intereses de clase fueron la piedra angular tanto de la política exterior como de la interna. [...] los marxistas y mucha otra gente desapasionada, están convencidos de que en el análisis final, la política de cualquier Estado o alianza de Estados está determinada por los intereses de las fuerzas político-sociales predominantes. [...] Para algunas personas puede parecer extraño que los comunistas pongan semejante énfasis en los valores e intereses humanos. En realidad, una aproximación a todos los fenómenos de la vida social motivada por los intereses de clase es el ABC del marxismo. Hoy en día, también, una aproximación de este tipo encuentra las realidades de una sociedad con estructura de clases, una sociedad con intereses de clases opuestos, al igual que las realidades de la vida internacional, que también están impregnadas por esta oposición. Y hasta la época más reciente, la lucha de clases sigue siendo el factor crucial del desarrollo social, y todavía continúa siendo así, en países divididos en clases. Correspondiendo con eso, la filosofía marxista fue dominada -en lo que respecta a

<sup>220</sup> Vadim Zagladin en entrevista para la televisión húngara del 11 de septiembre de 1988, BBC. Summary of World Broadcasts SU/0256. 14 de septiembre de 1988, cit. por Maric Mendras. *Op. cit.*, trad. propia, p. 214.

<sup>221</sup> M. Gorbachov. *Perestroika: nuevas ideas para mi país y el mundo*, pp. 172-173

las cuestiones principales de la vida social- por una aproximación motivada por los intereses de clases. Las nociones humanitarias fueron consideradas como una función y como el resultado final de la lucha de la clase trabajadora: la última clase que, al liberarse ella misma, libra a toda la sociedad de los antagonismos de clase. Pero ahora, con el surgimiento de armas de gran magnitud que ponen en peligro la supervivencia de la humanidad, se establece un límite objetivo para la confrontación de clases en la arena internacional: la amenaza de una destrucción universal. Por primera vez surge un real interés común, ni especulativo ni remoto, el de salvar a la humanidad del desastre. [...] ¿Implica esto que hemos abandonado el análisis de las clases a causa de la amenaza nuclear o los otros problemas mundiales? No. Sería un error el ignorar la heterogeneidad de clases de las fuerzas que actúan en la arena internacional o pasar por alto la influencia del antagonismo de clases en los asuntos internacionales y en los enfoques para el cumplimiento de todas las otras metas del género humano.<sup>222</sup>

Esta línea de compromiso comenzó a ser reproducida por diplomáticos y voceros soviéticos, como se desprende de las palabras pronunciadas en 1989 por el vicerector del Instituto de Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias:

Las relaciones entre los Estados deben responder a un criterio pragmático (mutua seguridad, mutuo respeto por los intereses del otro, etc.) y no a nociones ideológicas, de lucha de clases, que resultan confrontantes. Sin embargo, fuera del ámbito estricto de las relaciones entre los gobiernos, la política exterior soviética es una política de clase en el sentido de que defiende los intereses de la humanidad y sigue defendiendo los valores socialistas.<sup>223</sup>

En resumen, el nuevo pensamiento de Gorbachov asume, por motivos de legitimidad ideológica, una posición acomodaticia, pues no abandona explícitamente la lucha de clases como determinante de la conducta internacional, ni los intereses del proletariado como objetivo de la política exterior soviética; esta última sigue siendo una "política de clase" porque las relaciones con el sistema capitalista son competitivas por naturaleza y porque el socialismo defiende, también por naturaleza, los intereses de la humanidad. Pero considera negativa la lucha de clases cuando los problemas de la humanidad ponen en peligro su existencia. Es entonces cuando el interés común de la humanidad por la supervivencia debe supuestamente trascender el conflicto de intereses de clase entre los dos sistemas, sin que ello implique, por otra parte, el abandono del análisis de clase en los asuntos internacionales.

La ambigüedad de esta posición reflejaba, también, la pugna existente entre las fuerzas conservadoras y reformistas al interior de la dirigencia del Partido. Para octubre de 1988, Gorbachov sintió su posición lo suficientemente consolidada como para imponer una profunda reestructuración en el aparato del Comité Central que, hasta entonces, había

---

<sup>222</sup> *Ibid.*, pp. 170-171, 173

<sup>223</sup> Cit. por Maric Mendras. *Op. cit.*, trad. propia. p. 215 pass.

sido responsable de la implementación de políticas con el tradicional enfoque de clase. Ligachev fue removido a una posición secundaria y Gorbachov comenzó a adoptar una línea menos conciliadora con la ortodoxia soviética.

### **Agotamiento del discurso socialista como fuente de legitimidad.**

Al igual que otros dirigentes soviéticos que le precedieron, Gorbachov también se vio en la necesidad de justificar sus reformas en los términos ideológicos usuales al inscribirlas en la tradición histórica del socialismo, a fin de asegurar su ratificación al interior del aparato partidista, proporcionar una base legitimadora para el régimen y preservar la fuerza de ciertos principios tradicionales que, pese a todo, seguían teniendo cierto arraigo entre la población y, por tanto, utilidad para comunicarse con ella y movilizarla en torno al afianzamiento del poder político del Estado y su nuevo proyecto de nación.

Así pues, en la medida en que una parte del viejo legado ideológico se había vuelto un obstáculo para la acción de la dirigencia soviética, en tanto que otra seguía siéndole de gran utilidad, Gorbachov y su equipo enfrentaron la difícil (si no imposible) tarea de conciliar nociones opuestas: por un lado, lo que subsistía de la llamada doctrina marxista-leninista, pragmatizada en extremo al servicio de los intereses de la burocracia soviética y, por otro, la colaboración con el capitalismo, que iba contra el antiguo antiimperialismo soviético y resultaba incompatible con varias de las tesis que en teoría habían guiado, hasta hace poco, la acción internacional soviética. Este esfuerzo requería de una redefinición del socialismo en los términos más laxos, bajo el supuesto de que era posible renovar, con un pragmatismo casi ilimitado, las fórmulas del Marxismo-Leninismo, sin alterar su esencia. El proceso de reinterpretación se fue radicalizando a medida que los reformistas y otras fuerzas sociales afines, fortalecidas por la *glasnost*, fueron consolidando sus posiciones, dando como resultado una mezcla extraña de viejas y nuevas creencias que vaciaron al socialismo de su contenido original.

Según White<sup>224</sup>, los pronunciamientos iniciales de Gorbachov no fueron muy explícitos respecto del objetivo a más largo plazo para la sociedad soviética. En su discurso de aceptación en marzo de 1985 había prometido que la estrategia diseñada por el XXVI Congreso (entonces presidido por Bresniev) permanecería sin cambios: una política de “aceleración del desarrollo socioeconómico del país y perfeccionamiento de todos los aspectos de la vida de la sociedad”<sup>225</sup>. En su primer discurso ante el Comité Central en abril de 1985 destacó nuevamente la importancia del XXVI Congreso, exhortando a un “firme avance” en la prosecución de las políticas acordadas durante el mismo y explicó que la línea general del Partido estaba relacionada con el “perfeccionamiento de una sociedad de socialismo desarrollado”<sup>226</sup>, etapa a la que supuestamente había accedido la URSS a partir de la era Bresniev.

---

<sup>224</sup> Stephen White, *Gorbachov and after*, pp. 224-227 pass.

<sup>225</sup> M.S. Gorbachov, *Izbrannye rechi i stat'i*, vol. 2, p. 129, cit. por White, *Op. cit.*, trad. propia, p. 224

<sup>226</sup> *Ibid.*, pp. 152-73 y pp. 153-67, cit. por White, *Op. cit.*, trad. propia, p. 224.

Tras un largo debate en torno a la conveniencia de incorporar el concepto de “socialismo desarrollado” en la nueva edición del Programa del Partido, se optó finalmente por incluir su referencia debido, en parte, a que figuraba en los programas de otros partidos comunistas gobernantes. Sin embargo, el “socialismo desarrollado” no apareció en los discursos subsecuentes de Gorbachov ni en los demás documentos del Partido y, de hecho, fue reemplazado posteriormente por los términos “socialismo en desarrollo”, significando una etapa aún más temprana en la transición hacia la sociedad comunista, y “socialismo humano y democrático” hacia el final del régimen de Gorbachov.

En su discurso ante el Comité Central en octubre de 1985, Gorbachov destacó la continuidad de los principios políticos entre la nueva edición del Programa y sus versiones precedentes, pero también subrayó la necesidad de un “desarrollo creativo” a la luz del cambio en las circunstancias internas y externas. Al igual que sus predecesores más recientes, manifestó su voluntad por evitar el “detalle excesivo y la fantasía sin fundamento” y, especialmente, toda “precipitación en la introducción de los principios comunistas, sin tomar en consideración el nivel de madurez material e intelectual de la sociedad”. El objetivo central, explicó, era alcanzar un “estado cualitativamente nuevo de sociedad soviética mediante la aceleración del desarrollo socio-económico del país”<sup>227</sup>. La economía jugaría un “papel decisivo”, pero también se otorgaría importancia a una ampliación de la democracia socialista, incluyendo la participación activa del ciudadano común en los asuntos públicos y del Estado. De todo lo anterior se desprende que, al menos oficialmente, Gorbachov no había creído necesaria una transformación radical del sistema: más que un abandono del modelo existente, la idea era hacerlo funcionar de manera más efectiva, liberándolo del dogmatismo ideológico e introduciendo una mayor flexibilidad en el diseño de las instituciones, inspirándose para ello en la NPE de Lenin. La percepción de Gorbachov habría de cambiar en los años siguientes con el desarrollo de los acontecimientos y las inercias del sistema en la URSS:

Al principio pensamos que todo lo que teníamos que hacer era rectificar algunas desviaciones en nuestro desarrollo social y mejorar el sistema tradicional que se había establecido durante las décadas anteriores. Ahora, sin embargo, hemos llegado a reconocer que resulta esencial una revisión radical de todo el edificio social, desde su base económica hasta la superestructura. Y no se trata solamente de palabras, sino que estamos tomando medidas prácticas para cambiar las relaciones de propiedad, las estructuras económicas, el sistema político y el clima moral y espiritual en la sociedad. [...] El Partido ha iniciado a nivel nacional una discusión de nuestro pasado, nos ha llevado a repensar nuestro concepto de socialismo, a discutir lo que debieran ser los principales rasgos de un socialismo renovado y qué métodos debiéramos emplear para alcanzar una sociedad soviética cualitativamente nueva.<sup>228</sup>

---

<sup>227</sup> M.S. Gorbachov. *Izbrannye rechi i stat'i*, vol. 3, pp. 6-8. cit por White. *Op. cit.*, trad. propia, pp. 225-226.

<sup>228</sup> Mikhail Gorbachov. *The socialist idea and revolutionary perestroika*, trad. propia, p. 5.

En la misma exposición, Gorbachov señala que “el socialismo aún tiene que formular un juicio adecuado sobre sí mismo en concordancia con la esencia de su concepto original y, ciertamente, en el contexto del estado actual de la civilización”<sup>229</sup>. Advierte que en el período revolucionario de transición que se está viviendo, están operando diferentes elementos y factores relacionados entre sí:

Con la competencia entre diferentes formas e instituciones socioeconómicas y tendencias ideológicas, la sociedad adquiere una nueva cualidad y el socialismo adquiere un nuevo rostro. La renovación del socialismo en desarrollo es un proceso que tomará décadas y que continuará hasta bien entrado el Siglo XXI. [...] Para la reestructuración de nuestra sociedad nos apoyamos en el vasto potencial intelectual y moral que contiene la idea socialista de una sociedad genuinamente humanitaria, libre y racional, que asociamos con la teoría Marxista-Leninista.<sup>230</sup>

Sin embargo, la competencia política aún no entraba en los planes de Gorbachov, pues “en la compleja etapa actual, el interés de una consolidación de la sociedad mediante la concentración de todas las fuerzas progresivas en la solución de las difíciles tareas de la perestroika, indica la necesidad de mantener un sistema unipartidista”<sup>231</sup>. Más adelante, a fin de que pudieran caber en él todas sus innovaciones de política económica, Gorbachov concibe al socialismo en los términos más amplios:

Nuestra actual comprensión del socialismo es más amplia, profunda y realista de lo que era tiempo atrás. Lo percibimos como un proceso global en el que hay lugar no solamente para países socialistas en diferentes etapas de desarrollo social, económico y político, sino también para diversas tendencias en el pensamiento socialista del resto del mundo y otros movimientos sociales de diferente composición y motivación. El socialismo es tan multiforme como la vida misma, pues es el esfuerzo creativo de millones de personas. [...] Actualmente, es más importante que nunca encontrar nuevos enfoques hacia el socialismo, una nueva visión de sus rasgos principales.

La perestroika está convirtiendo en realidad los principios originales de la revolución, pues, en gran medida, habían sido en el pasado meras declaraciones vacías. Al mismo tiempo, hoy se ha vuelto perfectamente claro que estos mismos principios y el criterio de socialismo que en ellos se basa, deben ser especificados con la debida consideración a la experiencia del socialismo mundial y a los *procesos de desarrollo de los países capitalistas*.

Para empezar, el elemento de confrontación, la idea de que los actuales sistemas sociales se encuentran absoluta y metafísicamente contrapuestos, debieran ser removidos de estos principios. [...] al calor de nuestro choque frontal con el capitalismo, obviamente ignoramos la importancia de mucho de lo que la humanidad ha logrado a través de los siglos. No solamente las simples normas de

---

<sup>229</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 6

<sup>230</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 7

<sup>231</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 27

moralidad y justicia, sino también los principios del derecho formal, esto es, la igualdad de todos ante la ley, los derechos y libertades del individuo, los principios referentes a la producción de mercancías e intercambio equivalente *basados en la operación de la ley del valor*, se encuentran entre los logros de la civilización. La sociedad se está volviendo cada vez más cons+ciente de que la producción de mercancías y los *métodos económicos de administración constituyen elementos indispensables del socialismo* en su actual etapa de desarrollo.<sup>232</sup>

Respecto de estos esfuerzos de redefinición, A. Dallin nos ofrece la siguiente interpretación:

Lo que este empuje de reformas y reformulaciones significa en la práctica es una persistente ampliación de las opciones; trae la substitución de términos y categorías más vagos, débiles y amplios, la eliminación de relaciones compulsivas de causa-efecto y una disolución del optimismo fundamental sobre el futuro que animó al movimiento en sus inicios. “El proceso revolucionario mundial se vuelve cada vez más complejo y multiforme”, declara un reciente estudio soviético sobre el problema. En esencia, el sistema de creencias sanciona ahora la visión de que todo es posible. Cualquier cosa puede o no suceder ... La multiplicidad de etiquetas, opciones, formas, alianzas y combinaciones sigue creciendo. Dada esta gama tan amplia, que de antemano prevé y justifica todo éxito y todo fracaso, la doctrina soviética deviene inútil como herramienta analítica o predictiva. Es, antes bien, el reflejo distorsionado de un sistema político que trata de avenirse con el presente sin traicionar su pasado.<sup>233</sup>

De la exposición de Gorbachov cabe destacar, por otra parte, su reconocimiento del negativo uso político que se le había dado a la teoría al ocultar y racionalizar las contradicciones del sistema y al justificar las discrepancias entre las declaraciones oficiales y la realidad social:

Por lo que se refiere a la teoría, ésta debía desempeñar una función ideológica distorsionada, crear la ilusión de “solidez” de aquellas acciones y justificar la práctica mediante la representación en la conciencia pública de un modelo acabado de socialismo que supuestamente correspondía a los principios del Marxismo-Leninismo. Todo medio inhumano era justificado en nombre del logro del “gran objetivo”. La “conveniencia política” fue colocada oficialmente por encima de la “legalidad formal”, lo que privó a la política de un fundamento moral. Habiendo violado las normas y principios de la moralidad y justicia humanas, el sistema autoritario-burocrático trató de reforzar sus posiciones mediante la persistente implantación en la conciencia pública de sus normas “especiales” de coexistencia y conducta, que eran diferentes de las normas humanas comunes.<sup>234</sup>

---

<sup>232</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 10 y 18.

<sup>233</sup> Alexander Dallin, cit. por Bialer, *Op. cit.*, trad. propia, p. 423.

<sup>234</sup> *Ibid.*, trad. propia, pp. 15-16.

En la declaración programática titulada *Hacia una sociedad socialista humana y democrática*, adoptada por el XXVIII Congreso del Partido en julio de 1990, Gorbachov<sup>235</sup> abandona las “anticuadas visiones sobre el proceso revolucionario mundial y el desarrollo mundial en su conjunto”, así como la “comprensión del progreso como una confrontación permanente con un mundo socialmente diferente”; denuncia la “primitiva visión anterior de la propiedad socialista, el descuido de las relaciones mercancía-dinero y todas las formas y métodos de administración y gobierno que conducen a la alienación del hombre” y agrega que “la existencia de la propiedad individual del trabajo, incluyendo la propiedad de los medios de producción, no contradice la etapa actual del desarrollo económico del país”. Describe su visión del futuro soviético en los términos siguientes:

La imagen del futuro, aún si sólo se refiere a unas décadas en adelante, no puede ser descrita de manera exacta y detallada. Pero una cosa es clara: será una sociedad completamente diferente que se desarrolla en condiciones democráticas sobre la base de un poderoso progreso cultural y científico-tecnológico. Estará basada en los valores humanistas de los pueblos de nuestro país y de toda la humanidad. Será una sociedad que acepta la integridad de la civilización y la naturaleza; en la que el hombre en sí es el fin de la historia. Estos rasgos de la futura organización social reflejan la esencia del concepto original del socialismo, que ha quedado encarnada en el trabajo y en la lucha del pueblo por la emancipación social. Nuestra opción socialista es inmutable para nosotros, como lo es nuestra adhesión a las ideas de Octubre: todo el poder a los soviets, fábricas a los trabajadores, tierra a los campesinos, paz a los pueblos, libertad y autodeterminación a las naciones.<sup>236</sup>

Para estas fechas la opción socialista había comenzado a perder su atractivo entre diversos sectores de la sociedad soviética y los reformistas más radicales, quienes percibían una fractura entre la retórica y la práctica de Gorbachov. Esta fractura reflejaba, en parte, la paradoja de una dirigencia que, en tanto había optado por confiar su desarrollo económico a las fuerzas del mercado y al contacto con el mundo exterior, se mostraba mucho más renuente a relajar sus viejos controles políticos. Un ejemplo de este desencanto fueron las duras críticas de V. Shostakovsky, destacado defensor de la reforma y rector de la Escuela Superior del Partido en Moscú:

Acerca de la opción socialista. Sí, el pueblo aceptó los lemas bolcheviques en 1917. Pero 73 años después, nos encontramos repitiendo los mismos lemas una y otra vez: tierra a los campesinos, fábricas a los trabajadores, poder a los soviets, paz a los pueblos. No hemos cumplido con estos lemas. La tierra ha acabado en manos del Estado y, así, sin un propietario. Las fábricas pertenecen a los departamentos. El poder pertenece al Partido y, en términos generales, no existe paz entre los

---

<sup>235</sup> Mikhail Gorbachov. *Towards a humane and democratic socialist society: The platform of the CPSU Central Committee. A draft for the 28th Party Congress*, trad. propia, pp. 5, 22 y 29

<sup>236</sup> *Ibid.*, trad. propia, p. 23.

pueblos. Quisiera recordar otro lema más de Octubre: “Pan a los hambrientos”. Está asumiendo un carácter de nueva y trágica urgencia.<sup>237</sup>

En opinión de Shostakovsky, esta negativa evolución no era sólo resultado de los errores de las dirigencias, sino también de los “defectos y cálculos erróneos del modelo en sí”, particularmente su incapacidad para incentivar el trabajo y el ulterior “reemplazo del interés económico por un sistema de compulsión no económica y un sistema de represión [...] Todo lo que tenemos”, señaló, “fue creado a través de la heroica labor de nuestros pueblos, incluida la militar. Pero fue creado a pesar del sistema; el sistema de un Chernobyl social y de un control total”, tras de lo cual, concluyó: “El Partido es culpable como sistema”.

El vice primer ministro L. Abalkin hizo todavía un último intento por salvar el ideal socialista al divorciarlo tajantemente de la experiencia soviética: “No existe uno sino varios modelos de socialismo, muy diferentes entre sí. La caída o derrota de uno de estos modelos no significa el colapso de la idea y principio de la opción socialista”. Al contrario:

Debemos entender claramente que no era socialismo lo que estábamos construyendo, y que no estábamos viviendo bajo una sociedad socialista. De lo contrario, tendremos que admitir que una sociedad en la que el problema alimentario no ha sido resuelto; una sociedad que carece de las instituciones democráticas de un Estado de derecho, puede ser llamada socialista. Finalmente, no puede considerarse como socialista una sociedad en la que la persona trabajadora es alienada y separada de la propiedad y del poder económico y político.<sup>238</sup>

Como producto de estas y otras deliberaciones, el XXVIII Congreso acordó iniciar la elaboración de un nuevo Programa partidista que sustituyera a la nueva edición del Programa de 1986. El anteproyecto titulado *Socialismo, Democracia, Progreso*, fue aprobado por el pleno del Comité Central en julio de 1991, y publicado subsecuentemente para su discusión. Según White<sup>239</sup>, durante esta última, varios autores<sup>240</sup> habían urgido al PCUS a la adopción de su propio “Bad Godesberg”, en alusión al Programa de la socialdemocracia alemana de 1959, en el que se había descartado el último vestigio del legado marxista de ese partido. El anteproyecto del Programa aún comprometía al Partido con el comunismo como “perspectiva histórica”, pero ello, según el dirigente del Partido Comunista de Leningrado Boris Gidasov<sup>241</sup>, a

---

<sup>237</sup> V.N. Shostakovsky, Speech to the 28th Congress of the CPSU, 6 July 1990, Pravda, 8 July 1990, cit. por Robert V. Daniels en *The end of the communist revolution*, trad. propia, p. 170.

<sup>238</sup> L.I. Abalkin, Speech to the 28th Congress of the CPSU, 4 July 1990, Pravda, 7 July 1990, cit. por Robert V. Daniels, *Op. cit.*, trad. propia, p. 169.

<sup>239</sup> Stephen White, *Op. cit.*, pp. 232-233 pass.

<sup>240</sup> Ver Alla Nazimova y Viktor Sheinis en V.I. Mukomel', SSSR Demograficheskiy diaznoz, p. 675, así como Volkov y Krasin en *Kommunist*, 1990, nº 7, p. 15.

<sup>241</sup> Pravda, 27 de julio de 1991, p. 4.

manera de “epitafio sobre una lápida”. Más adelante, V. Tiskov<sup>242</sup> confesaría que la “perspectiva comunista” había sido originalmente omitida, siendo incluida a última hora como solución de compromiso.

El anteproyecto era mucho más breve que los programas precedentes y también era diferente en su carácter. Comprometía al Partido con un conjunto de principios básicos, incluyendo los “valores humanos universales”, la “democracia y la libertad en todas sus formas”, la justicia social, la integración internacional, y con toda una serie de objetivos políticos más inmediatos. El objetivo a más largo plazo era la construcción de una sociedad basada en una economía mixta, en el pluralismo político y en un “genuino poder popular” que, a su vez, sólo podría formarse en conjunto con una “nueva civilización mundial”<sup>243</sup>. Al presentar finalmente el Programa ante el Comité Central en julio de 1991, poco antes del golpe que organizaron las fuerzas conservadoras del ejército, del Estado y del PCUS, Gorbachov hizo la siguiente observación: “Sin duda alguna, los camaradas habrán notado que el comunismo casi no se menciona en el Programa. Debe admitirse que nuestra experiencia, así como la de otros, no nos proporciona razón alguna para pensar, de manera realista, que este objetivo sea asequible en un futuro previsible”<sup>244</sup>.

Durante los meses siguientes, conforme fueron avanzando los procesos de disolución de la autoridad política, deterioro de la economía y desintegración de la Unión por las fuerzas que la *glasnost* había liberado, casi no quedó rastro de las viejas creencias. El destronamiento de la doctrina marxista-leninista que provocó el cuestionamiento de sus principios unificadores por parte de la misma dirigencia al contrastarlos con la realidad, había eliminado la base del reclamo comunista a gobernar de manera exclusiva. El viejo modo de legitimación había quedado finalmente desacreditado y no serviría más para asegurar lealtades o justificar el uso de la fuerza, lo que había llevado a Gorbachov a declarar, en 1990, el fin del monopolio del Partido Comunista sobre el poder y la administración y, el 26 de julio de 1991, a proponer el abandono del Marxismo-Leninismo y la adopción de la socialdemocracia.

Para el momento en que ocurrió el golpe de agosto, el socialismo no sería mencionado siquiera por los mismos golpistas. Su intento fallido a causa de la multitudinaria resistencia del pueblo soviético, que ya no quería volver al pasado, acabaría por desacreditar aún más al PCUS y a la idea de la Unión, al destruir todos los vínculos que habían unido a las repúblicas soviéticas y que no habían sido consensados. La subsecuente desintegración política y el colapso económico exigieron la desviación inmediata de todas las preocupaciones y energías del nuevo Estado ruso hacia el interior, haciendo inconcebible cualquier ambición externa por parte de la nueva entidad política. Convencido por los vientos de la teoría de libre empresa que soplaban desde el Occidente

<sup>242</sup> *Izvestiya*, 8 de agosto de 1991, p. 4.

<sup>243</sup> El texto del anteproyecto apareció en *Pravda*, 8 de agosto de 1991, pp. 3-4 y en *Kommunist*, 1991, nº 12, pp. 3-15, cit. por White, *Op. cit.*, p. 233.

<sup>244</sup> M.S. Gorbachov, Report on the draft of the new CPSU Program, *Pravda*, 26 July 1991 (CDSF, 28 August 1991, p. 5) cit. por Robert V. Daniels, *Op. cit.*, trad. propia, p. 174

y de que no existía una “tercera vía” entre el socialismo y el capitalismo, el nuevo gobierno encabezado por Boris Yeltsin abrazó el modelo del mercado “puro”, rechazando todo lo asociado con el socialismo o la planeación.

## 7. Evolución durante el gobierno de Yeltsin.

Tras la abolición de la URSS en diciembre de 1991, los reformistas radical-liberales que habían asumido los cargos principales en el nuevo gobierno de Yeltsin se vieron enfrentados a una tarea de enormes proporciones: por una parte, debían comenzar a construir la nación y el Estado, lo que a su vez requería de un amplio consenso popular en torno a una serie de cuestiones relativas a la identidad nacional, incluyendo la delimitación de fronteras, la estructura constitucional, el carácter étnico y la orientación cultural. Por otra parte, debían emprender, simultáneamente, una profunda reforma política y económica, en un contexto sumamente adverso caracterizado por el colapso económico, una escalada de conflictos políticos internos entre varios segmentos de la élite política rusa en Moscú y una creciente intensificación de tendencias centrífugas, tales como el separatismo étnico, el integrista islámico, las reclamaciones externas de territorio, así como el regionalismo económico y la secesión territorial.

A lo largo de 1992, Yeltsin y sus colaboradores hicieron un primer esfuerzo por abordar algunas de estas cuestiones sobre la base del modelo liberal tradicional. En la arena nacional, se empeñaron en transformar radicalmente la economía dirigida por el Estado en un sistema basado en el mercado, de un sólo salto, aplicando métodos de “terapia de choque”, empresa que los llevó consecuentemente a la adopción de una perspectiva internacionalista en el ámbito externo.

Según R. de Nevers<sup>245</sup>, para los internacionalistas la mayor prioridad en política exterior debía ser la inclusión de Rusia al mundo “civilizado”. En su visión, Rusia debía procurar, antes que nada, convertirse en miembro de la familia occidental de naciones, especialmente, de la comunidad conformada por los principales Estados occidentales. Argumentaban que su país pertenecía a la civilización occidental en virtud de las reformas que estaba implantando y que debía rechazar la noción de un legado cultural ruso “separado” que en el pasado había dado sustento a una concepción mesiánica del destino de Rusia.

En sus relaciones económicas externas, los internacionalistas asumieron una orientación inicial hacia el libre comercio, bajo el supuesto de que la apertura económica serviría de apoyo al crecimiento económico ruso, incrementaría la productividad y competitividad, sin poner en riesgo la seguridad nacional, y crearía un interés entre los países del Grupo de los Siete por contribuir a la modernización de Rusia y a su inclusión en la fila de los países desarrollados.

---

<sup>245</sup> René de Nevers, *Russia's strategic renovation: Russian security strategies and foreign policy in the post-imperial era*, cap. II pass.

y de que no existía una “tercera vía” entre el socialismo y el capitalismo, el nuevo gobierno encabezado por Boris Yeltsin abrazó el modelo del mercado “puro”, rechazando todo lo asociado con el socialismo o la planeación.

## 7. Evolución durante el gobierno de Yeltsin.

Tras la abolición de la URSS en diciembre de 1991, los reformistas radical-liberales que habían asumido los cargos principales en el nuevo gobierno de Yeltsin se vieron enfrentados a una tarea de enormes proporciones: por una parte, debían comenzar a construir la nación y el Estado, lo que a su vez requería de un amplio consenso popular en torno a una serie de cuestiones relativas a la identidad nacional, incluyendo la delimitación de fronteras, la estructura constitucional, el carácter étnico y la orientación cultural. Por otra parte, debían emprender, simultáneamente, una profunda reforma política y económica, en un contexto sumamente adverso caracterizado por el colapso económico, una escalada de conflictos políticos internos entre varios segmentos de la élite política rusa en Moscú y una creciente intensificación de tendencias centrífugas, tales como el separatismo étnico, el integrismo islámico, las reclamaciones externas de territorio, así como el regionalismo económico y la secesión territorial.

A lo largo de 1992, Yeltsin y sus colaboradores hicieron un primer esfuerzo por abordar algunas de estas cuestiones sobre la base del modelo liberal tradicional. En la arena nacional, se empeñaron en transformar radicalmente la economía dirigida por el Estado en un sistema basado en el mercado, de un sólo salto, aplicando métodos de “terapia de choque”, empresa que los llevó consecuentemente a la adopción de una perspectiva internacionalista en el ámbito externo.

Según R. de Nevers<sup>245</sup>, para los internacionalistas la mayor prioridad en política exterior debía ser la inclusión de Rusia al mundo “civilizado”. En su visión, Rusia debía procurar, antes que nada, convertirse en miembro de la familia occidental de naciones, especialmente, de la comunidad conformada por los principales Estados occidentales. Argumentaban que su país pertenecía a la civilización occidental en virtud de las reformas que estaba implantando y que debía rechazar la noción de un legado cultural ruso “separado” que en el pasado había dado sustento a una concepción mesiánica del destino de Rusia.

En sus relaciones económicas externas, los internacionalistas asumieron una orientación inicial hacia el libre comercio, bajo el supuesto de que la apertura económica serviría de apoyo al crecimiento económico ruso, incrementaría la productividad y competitividad, sin poner en riesgo la seguridad nacional, y crearía un interés entre los países del Grupo de los Siete por contribuir a la modernización de Rusia y a su inclusión en la fila de los países desarrollados.

---

<sup>245</sup> René de Nevers, *Russia's strategic renovation; Russian security strategies and foreign policy in the post-imperial era*, cap. II pass.

Así pues, los internacionalistas tendían a ver las relaciones con el Occidente como algo que beneficiaba a la reforma interna y, en ocasiones, llegaron incluso a expresar su preocupación de que una cooperación creciente con los regímenes conservadores de Asia central pudiera alentar el resurgimiento en Rusia de fuerzas políticas conservadoras que llevaran a la suspensión de las reformas de mercado. El primer ministro Yegor Gaidar, en particular, destacó que las reformas económicas únicamente podrían triunfar con una masiva ayuda occidental que, por otra parte, sólo fluiría si Rusia lograba ser admitida entre la comunidad internacional. De ahí que, durante los primeros meses, los principales objetivos de los internacionalistas fuesen el establecimiento de una alianza estratégica con EE.UU., el aseguramiento de la ayuda financiera occidental y la integración de Rusia a los organismos económicos y políticos internacionales como, por ejemplo, el FMI. De ahí, también, que el gobierno manifestara sin dilación la intención de Rusia de cumplir con las obligaciones y responsabilidades derivadas de los tratados de la URSS, como su Estado sucesor.

Esto último llevó a los internacionalistas a percibir la imagen de Rusia como “primera entre iguales” al interior de la antigua Unión Soviética, merecedora de una consideración especial, pero ya sin los afanes de dominación y el expansionismo de antaño, como lo demuestra el respaldo otorgado por el ministro de relaciones exteriores, A. Kozirev, a la independencia de otras repúblicas en enero de 1992. Al respecto, los internacionalistas destacaban la importancia que tenía para Rusia el mantenimiento de buenas relaciones con sus vecinos, sobre la base de las normas internacionales de conducta, es decir, de los principios de coexistencia pacífica, según la interpretación que habían recibido durante la dirigencia de Gorbachov.

En general, se pronunciaban a favor del diálogo y la negociación y expresaban su apoyo a los esfuerzos de pacificación, tal como correspondía a la imagen que tenían de Rusia como una gran potencia democrática y “normal”, fuerza “garante de estabilidad” en Eurasia, capaz de propiciar la cooperación global. Este enfoque los llevó a asumir compromisos en materia de control y reducción de armamento conforme a la lógica del “nuevo pensamiento político” de Gorbachov, así como a respaldar, inicialmente, las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad de la ONU contra Serbia, contraviniendo lo que en el pasado habían sido considerados intereses tradicionales de Rusia: sus lazos históricos con una Serbia eslava.

El mismo enfoque los llevó, también, a la búsqueda de compromisos en disputas interestatales como, por ejemplo, la reclamación territorial de Japón sobre las Islas Curiles. Para solucionar este conflicto, los internacionalistas habían favorecido inicialmente la idea de una soberanía compartida e, incluso, una remoción gradual del control de Rusia, a cambio de su acceso continuo; o el optimismo que los internacionalistas habían mostrado en torno a la posibilidad de alcanzar un acuerdo estable con Alemania y Lituania sobre el *status* de Kaliningrado y sobre la eventual restauración de una república germana autónoma al interior de Rusia, ejemplos que, por una parte, evidenciaban la voluntad del nuevo gobierno por mejorar la posición de Rusia frente a potenciales socios comerciales y, por otra, empezaban a crear la percepción de

que los asesores económicos de Yeltsin veían a la política exterior sólo como un medio para asegurar la ayuda occidental, y no como algo que era importante para Rusia por derecho propio.

Por todo lo anterior, y la mayor receptividad rusa frente a la preocupación occidental por los derechos humanos, los internacionalistas mostraban una mayor renuencia al uso de la fuerza que otros grupos sociales, pues, en su visión, solamente agravaba los conflictos y hacía más difícil su solución. Esta postura determinó la prioridad que asignaron al principio de autodeterminación nacional: según D.W. Blum<sup>246</sup>, algunos liberales lo consideraban como un principio absoluto, aplicable tanto a la política internacional como a la política interna. Ello implicaba el rechazo en bloque de la fuerza como respuesta al separatismo étnico o político-económico, pese a las consecuencias indeseables del separatismo a corto plazo. Otros se negaban a otorgarle a este principio un valor absoluto o establecían límites para su aplicación en el ámbito interno, lo que se traducía en una mayor disposición a utilizar la fuerza en casos extremos, particularmente si se trataba de áreas geográficas y económicas de importancia crucial para la viabilidad del nuevo Estado. Pero, lejos de los extremos, su renuencia al uso de la fuerza los llevaba, en general, a aceptar no solamente una substancial descentralización y autonomía local sobre la base de un criterio étnico o territorial, dentro de un contexto federal, sino también la heterogeneidad religiosa y cultural en Rusia, y a considerar el deseo de otros Estados y grupos étnicos externos de establecer sus propias identidades. Los llevaba, asimismo, a percibir el Islam, no como una fuerza inherentemente amenazadora, sino tan sólo como parte de la diversa mezcla cultural, expresada por la definición ampliamente incluyente de "rusianidad" (*rossiiane*), y a advertir sobre el peligro que implicaba la construcción de una nueva identidad rusa sobre la base de la Ortodoxia, pues ello intensificaría las tendencias separatistas entre los grupos no ortodoxos, tanto al interior como a lo largo de la CEI.

Pero más allá de las preferencias que manifestaban los liberales, lo que ocurrió en la práctica, según L. Shevtsova<sup>247</sup>, fue una recaída a los viejos métodos administrativos de gobierno al desatarse una ola de descontento entre las élites políticas de las regiones y los distritos con población ruso-parlante, quienes, humilladas por su *status* inferior como "sujetos de segunda clase de la Federación Rusa", lanzaron una campaña exigiendo que se elevara su *status* a "sujetos iguales de la Federación" junto a las repúblicas étnico-territoriales. Esta reacción en cadena de "soberanizaciones" de las antiguas autonomías, rebasó la capacidad de reacción del nuevo gobierno, el cual optó por una estrategia que acabaría por debilitar la base para ofrecer reglas del juego aceptables y un concepto de nación rusa que pudiera ser igualmente vinculante para todas las partes:

Sin un modelo federativo bien elaborado, pero tratando de apaciguar el clamor cada vez más resonante de regionalismo y separatismo, el equipo de Yeltsin escogió la

---

<sup>246</sup> Douglas W. Blum, *Russia's future. consolidation or disintegration?*, cap. 8 pass.

<sup>247</sup> Lilia Shevtsova, "Las opciones de Rusia: contradicciones del desarrollo poscomunista" en *Diálogo y Seguridad*, Nº 2, noviembre de 1995, pp. 208-209 pass

peor estrategia posible: ganar tiempo con arreglos individuales concertados en secreto, negociando por turno con las repúblicas y regiones, prometiendo ventajas financieras (muchas veces excesivas) a unas, mientras buscaba compromisos temporales con otras. Todo el asunto de las relaciones con las repúblicas federales y las regiones federales se transformó así en una mera cuestión de regateo, que en sí misma vendría a socavar (e incluso a destruir) los perfiles constitucionales, apenas formados, del nuevo Estado ruso.<sup>248</sup>

La falta de una estructura eficaz de autonomía local debilitó las posibilidades de encontrar un rumbo constructivo de estabilización económica y política que pudiera ayudar a la reforma, en lugar de socavarla. Al no instituir una reforma política realmente democrática, la orientación al mercado se intentó en ausencia de estructuras políticas eficaces que la respaldaran, en una atmósfera enteramente abstracta y formalista, sin tomar en cuenta modelos alternativos de reestructuración económica; sin considerar tanto el bienestar de la población obligada a soportar las reformas como su posible reacción y sin el menor intento de una política coordinada entre los diversos ministerios económicos y políticos responsables de su puesta en práctica.

Para mediados de 1992, Gaidar mismo había dado por terminada la “terapia de choque” en Rusia, al encontrarse bajo una presión creciente de varios grupos del sector industrial y agrario y sin una base sólida de apoyo. Tras la fachada del discurso liberal y democrático, había comenzado un proceso de redistribución del poder, a medida que las viejas élites trataron de adaptarse a la nueva situación, de modo que, al acabar el año, existía en el parlamento un fuerte grupo centrista que manifestaba su rechazo a la orientación del gobierno de Yeltsin. La tendencia continua hacia la desintegración económica y política del Estado ruso y de su periferia, llevó a este grupo a cuestionar las tácticas de acomodamiento adoptadas por los reformistas radical-liberales, tanto al interior como al exterior, convencido de que no se podría dar ningún paso hacia la creación del sistema de mercado sin abordar primero las cuestiones básicas de la consolidación del poder político y la formación de una estructura estatal efectiva.

Así, con la consolidación de esta perspectiva estatista terminaba una primera fase en la reorientación y redeterminación de las metas e intereses de la política exterior rusa: aquella que había estado orientada hacia el Occidente y que representaba una continuación (aunque más radical) de las directivas adoptadas por Gorbachov, incluyendo su concepción de la coexistencia pacífica, como reacción contra los años antioccidentales de régimen soviético; una fase en la que el rechazo a la fuerza militar y al aislamiento económico había descansado en la visión idealista de un nuevo orden mundial pacífico y crecientemente integrado en lo económico. Comenzaba otra nueva, producto de una reevaluación de la inicial concepción optimista en torno a las posibilidades inmediatas de la reforma interna, y de la confrontación con las realidades de un sistema internacional que, pese al discurso de la creciente interdependencia y la necesidad de priorizar los

---

<sup>248</sup> *Ibid.* p. 209

valores humanos universales, seguía siendo el mismo en esencia, es decir, seguía obedeciendo a la lógica del poder y sus atributos.

Según R. de Nevers<sup>249</sup>, los estadistas hacían énfasis en la defensa de los intereses nacionales de Rusia, los cuales debían ser determinados independientemente de las preferencias occidentales. Para la definición de estos intereses emplearon diversos enfoques que iban desde la visión realista de las relaciones internacionales hasta una visión moderada del enfoque “euroasiático”.

Los realistas percibían un entorno internacional competitivo donde el poder representaba la preocupación central de los Estados. Dada la característica anárquica del sistema internacional, los Estados debían otorgar a su seguridad la más alta prioridad para poder sobrevivir. El gobierno debía, por lo tanto, definir los intereses estatales de tal forma que fuese posible emprender su defensa en el presente y evitar contingencias en el futuro. Desde esta perspectiva, los intereses vitales de Rusia requerían de un enfoque de política exterior muy diferente del adoptado por los internacionalistas.

Los defensores del enfoque “euroasiático” destacaban que la extensión de Rusia a lo largo de dos continentes, le confería a ésta un carácter fundamentalmente diferente al de otros Estados. No debía ceder ante las presiones para adoptar valores occidentales ajenos, sino procurar la preservación de su naturaleza única en su actuar interno y externo. Este enfoque sirvió de base para quienes argumentaban a favor de una “tercera vía” entre los atlanticistas y los nacionalistas, en la que Rusia encontraría un equilibrio distintivo entre el Este y el Oeste.

Los estadistas otorgaban importancia primordial a las relaciones con los Estados de la CEI. Algunos de ellos favorecían el desarrollo de relaciones políticas “normales” con los Estados que la integraban, conforme a los principios del derecho internacional; tal era el mejor modo en que Rusia podría asegurar la protección de los derechos de sus minorías nacionales en el exterior. Según esta visión, Rusia no debía imponer sus intereses en las políticas de los Estados recién independizados. Otros favorecían una integración estratégica, política y económica más estrecha al interior de lo que había sido la Unión Soviética. Sin embargo, casi todos coincidían en que Rusia, como gran potencia y Estado hegemónico de la región, merecía una “esfera de influencia” en el “extranjero cercano”; una esfera reconocida y aceptada por las potencias occidentales. Otros fueron más lejos al sugerir la inevitabilidad de un resurgimiento de la URSS bajo alguna forma.

Asimismo, si bien los estadistas coincidían en la importancia que tenía para Rusia el mantenimiento de buenas relaciones con el Occidente, por otra parte se oponían a lo que veían como un excesivo bilateralismo en sus relaciones externas. Con su geografía diversificada, Rusia debía volverse menos dependiente del Occidente y mantener un mejor equilibrio entre el Este y el Oeste, tanto en su política exterior como en la

---

<sup>249</sup> René de Nevers, *Op. cit.*, pp. 30-31 pass.

económica, dada la incertidumbre de la cooperación occidental, por lo que, eventualmente, Rusia tendría que apoyar su modernización con recursos propios.

Finalmente, en contraste con el énfasis de los internacionalistas en el diálogo y la negociación, los estatistas argumentaban que el uso de la fuerza militar no podía ser excluido, pues era una realidad de la vida internacional. La fuerza militar jugaba un papel importante no solamente en política exterior para garantizar la seguridad de las fronteras rusas o la defensa de los nacionales rusos en el exterior; también era considerada como una opción viable en el ámbito interno, dada la preocupación de los estatistas por establecer límites más estrictos a las tendencias centrífugas dentro de Rusia, argumentando que una Federación Rusa mejor cohesionada tendría mayor peso en sus tratos con otros Estados. No obstante lo anterior, los estatistas manifestaban su rechazo a la idea de una reunificación del imperio, ya fuera ruso o soviético, por medio de la fuerza.

Para inicios de 1993, muchas de las ideas que los estatistas expresaron desde mediados de 1992, habían sido incorporadas oficialmente a la política exterior de Rusia. El evidente debilitamiento del poder ejecutivo frente a la oposición parlamentaria hacia fines de 1992, movió a Yeltsin hacia un flanco más conservador. En enero de 1993 formó un nuevo gobierno ruso sin el viceprimer ministro Gaidar y sin el ministro de Finanzas Fiodorov, quienes eran los líderes del ala liberal del gabinete, poniendo así de manifiesto que el gobierno representaba ahora la orientación neo-conservadora, de base estatista, y los intereses de poderosos grupos de presión industriales y agrarios, lo que llevó al ministro de relaciones exteriores, A. Kosirev, a revisar sus estrategias de política exterior y a moderar su marcada posición pro-occidental.

Hacia fines de 1993, después de dos años de pugnas entre los internacionalistas, estatistas y demás corrientes de pensamiento, parecía haberse perfilado un consenso que buscaba unir elementos de todas las tendencias básicas, expresado por Kosirev en la doctrina que adoptó su nombre. Según W. Schulze<sup>250</sup>, la "doctrina Kosirev" tenía como principio regulador la diferenciación entre política exterior "cercana" y "lejana". En lugar de la competencia sistémica, geoestratégica y nuclear con EE.UU. y luego la clara orientación hacia Occidente que desde la *perestroika* había declarado como meta la cooperación con EE.UU. y Europa en cuestiones globales, ahora se colocaba la seguridad y defensa de los intereses nacionales en el contexto inmediato de Rusia.

La mayor amenaza ya no se derivaba de la competencia sistémica, geoestratégica y nuclear con EE.UU. y Europa. Como causa principal de posibles peligros se detectaban las situaciones inestables en los vecinos Estados de la CEI. De ello se derivaba el interés explícito en mantener relaciones estables y de buena vecindad con todos los Estados de la CEI, pues vecinos nerviosos y guerras civiles tenían efectos desestabilizadores también sobre Rusia. Junto a esta meta se colocaba la defensa y protección de las minorías rusas

---

<sup>250</sup> Peter W. Schulze, "La política exterior rusa: entre la cooperación global y el rol de gendarme regional" en *Nueva Sociedad*, Nº 134, noviembre-diciembre de 1994, pp. 20-21 pass.

en los Estados de la CEI como línea principal de la política exterior rusa, por lo que no se reaccionaría con indiferencia ante cualquier lesión de sus derechos. Más allá del extranjero “cercano”, cuyo espacio coincidía con el de la CEI, Rusia se definía como una potencia que perseguía sus propios intereses y que por ello opinaba en forma independiente sobre cuestiones internacionales y conflictos regionales.

## 8. Conclusiones.

Después de haber analizado la trayectoria de la coexistencia pacífica, podemos concluir que el desarrollo de dicho concepto fue producto de la inadecuación de la teoría revolucionaria marxista que había asumido, aunque ya con profundas modificaciones, la dirigencia bolchevique a la hora de tomar el poder en octubre de 1917, y del esfuerzo ulterior por adaptarse a la imprevista perduración del sistema internacional de Estados, de carácter capitalista, asegurando así su continuidad en el poder.

El sistema internacional de Estados, junto al evidente atraso socio-económico de la Rusia soviética, obligó a los dirigentes bolcheviques a preservar, en su intento de construcción del socialismo en un sólo país, la figura estatal y, con ésta, todos los intereses, relaciones y funciones tradicionalmente asociados al Estado, lo que impidió el desarrollo del potencial socialista al producir una estructura intermedia entre el capitalismo y el socialismo, cuyas contradicciones habrían de empujar gradualmente hacia un mayor acomodamiento con dicho sistema, en un esfuerzo por remediar las deficiencias estructurales del desarrollo económico y tecnológico de la URSS.

Sin embargo, como pudo constatar, este proceso de acomodamiento se vio dificultado por la necesidad de explicarlo racionalmente en los términos de la doctrina marxista-leninista, pues esta última representaba el principal eje de legitimidad y cohesión para el sistema de partido único. De ahí que, desde sus inicios, la coexistencia pacífica fuera interpretada, contra todo sentido, como una forma de conflicto, poniéndola así al servicio de intereses opuestos: por una parte, debía servir a la conservación de la integridad territorial y al desarrollo económico de la URSS, es decir, a los intereses tradicionales de un Estado, primero, mediante la cooperación económica y política con los Estados capitalistas y, luego, mediante las obligaciones impuestas por los principios de la coexistencia pacífica a los Estados que la suscribían; por otra, debía servir, al menos en teoría, a la difusión mundial de la revolución socialista, es decir, a los intereses de la clase obrera internacional.

Como se vio en los primeros capítulos, la contradicción de estos intereses fue resuelta, por cierto tiempo, mediante su identificación, pero la impugnación de ésta a partir del surgimiento de otros países socialistas que coincidió con un creciente interés soviético en la preservación del orden establecido, llevó a las sucesivas dirigencias a oscilar entre estos intereses opuestos, bajo la cobertura “dialéctica” de la coexistencia pacífica, según los requerimientos del Estado soviético y la percepción de su entorno nacional e internacional, y a excluir de la coexistencia pacífica las relaciones entre las naciones, los países y las clases “oprimidas” y “opresoras”, lo que, a su vez, produjo nuevas

en los Estados de la CEI como línea principal de la política exterior rusa, por lo que no se reaccionaría con indiferencia ante cualquier lesión de sus derechos. Más allá del extranjero “cercano”, cuyo espacio coincidía con el de la CEI, Rusia se definía como una potencia que perseguía sus propios intereses y que por ello opinaba en forma independiente sobre cuestiones internacionales y conflictos regionales.

## 8. Conclusiones.

Después de haber analizado la trayectoria de la coexistencia pacífica, podemos concluir que el desarrollo de dicho concepto fue producto de la inadecuación de la teoría revolucionaria marxista que había asumido, aunque ya con profundas modificaciones, la dirigencia bolchevique a la hora de tomar el poder en octubre de 1917, y del esfuerzo ulterior por adaptarse a la imprevista perduración del sistema internacional de Estados, de carácter capitalista, asegurando así su continuidad en el poder.

El sistema internacional de Estados, junto al evidente atraso socio-económico de la Rusia soviética, obligó a los dirigentes bolcheviques a preservar, en su intento de construcción del socialismo en un sólo país, la figura estatal y, con ésta, todos los intereses, relaciones y funciones tradicionalmente asociados al Estado, lo que impidió el desarrollo del potencial socialista al producir una estructura intermedia entre el capitalismo y el socialismo, cuyas contradicciones habrían de empujar gradualmente hacia un mayor acomodamiento con dicho sistema, en un esfuerzo por remediar las deficiencias estructurales del desarrollo económico y tecnológico de la URSS.

Sin embargo, como pudo constatar, este proceso de acomodamiento se vio dificultado por la necesidad de explicarlo racionalmente en los términos de la doctrina marxista-leninista, pues esta última representaba el principal eje de legitimidad y cohesión para el sistema de partido único. De ahí que, desde sus inicios, la coexistencia pacífica fuera interpretada, contra todo sentido, como una forma de conflicto, poniéndola así al servicio de intereses opuestos: por una parte, debía servir a la conservación de la integridad territorial y al desarrollo económico de la URSS, es decir, a los intereses tradicionales de un Estado, primero, mediante la cooperación económica y política con los Estados capitalistas y, luego, mediante las obligaciones impuestas por los principios de la coexistencia pacífica a los Estados que la suscribían; por otra, debía servir, al menos en teoría, a la difusión mundial de la revolución socialista, es decir, a los intereses de la clase obrera internacional.

Como se vio en los primeros capítulos, la contradicción de estos intereses fue resuelta, por cierto tiempo, mediante su identificación, pero la impugnación de ésta a partir del surgimiento de otros países socialistas que coincidió con un creciente interés soviético en la preservación del orden establecido, llevó a las sucesivas dirigencias a oscilar entre estos intereses opuestos, bajo la cobertura “dialéctica” de la coexistencia pacífica, según los requerimientos del Estado soviético y la percepción de su entorno nacional e internacional, y a excluir de la coexistencia pacífica las relaciones entre las naciones, los países y las clases “oprimidas” y “opresoras”, lo que, a su vez, produjo nuevas

contradicciones con respecto al principio del internacionalismo proletario que, pese a los esfuerzos de los teóricos soviéticos, no pudieron ser resueltas de manera convincente: mientras las relaciones de clase fueran extendidas más allá de las fronteras nacionales, los principios de coexistencia pacífica sobre los que se basaban las relaciones estatales quedarían automáticamente invalidados.

Para mediados de los años setenta se hizo evidente que la coexistencia pacífica, tal como era interpretada por los soviéticos, no había logrado promover los intereses de la revolución internacional, debido a su compromiso con el orden establecido, ni los intereses del Estado soviético, debido a sus componentes revolucionarios que le restaron credibilidad frente al bloque occidental, por lo que, durante la dirigencia de Gorbachov, culminaría el proceso de acomodamiento al orden internacional, mediante la deposición definitiva de dichos componentes, permitiendo así la abierta expresión de los intereses estatales durante la segunda fase del gobierno de Yeltsin, tras el colapso de la Unión Soviética.

A grandes rasgos, podemos concluir que el surgimiento del concepto de coexistencia pacífica y los cambios que sufrió durante su trayectoria, respondieron directamente a la necesidad de preservar la integridad territorial del Estado soviético y de asegurar su viabilidad económica y política en el sistema internacional de Estados, a lo largo de las sucesivas fases del movimiento soviético, en tanto que su aspecto invariable, esto es, la necesidad de interpretar el concepto como una forma de conflicto, se explica en función de la preservación de una racionalidad legitimadora para el régimen de partido único. Cuando el elemento conflictivo fue finalmente desechado a raíz de las presiones internas y externas por resolver esta contradicción de intereses, la legitimidad del régimen quedó seriamente lesionada y el Partido se derrumbó.

Finalmente, cabe señalar que el surgimiento, evolución y desenlace de la coexistencia pacífica refleja una persistencia de la tradicional concepción estatocéntrica de la política internacional, pues tanto los soviéticos como, posteriormente, los rusos (especialmente tras el breve período de transición) adoptaron una perspectiva eminentemente estatal que miraba a reforzar el papel internacional del Estado y a hacer valer sus intereses específicos en la esfera internacional, reconociendo con ello que los Estados, y no las clases sociales, seguían siendo los principales actores de la sociedad internacional.

## Fuentes bibliográficas:

- Anderson, Richard D. Public Politics in an authoritarian State: Making foreign policy during the Brezhnev years, Ed. Cornell University Press, Ithaca, 1993, 266 pp.
- Benz, Wolfgang y Graml, Hermann. El Siglo XX: Europa después de la Segunda Guerra Mundial, 1945-1982, Tomo 2, Vol. 35, Siglo Veintiuno Editores, México, 1990, 581 pp.
- Bialer, Seweryn et al. The domestic context of soviet foreign policy, Ed. Westview Press, Boulder, 1981, 441 pp.
- Blum, Douglas W. Russia's Future: Consolidation or Disintegration? Ed. Westview Press, Boulder, 1994, 173 pp.
- Bowker, Mike y Brown, Robin. From Cold War to Collapse: Theory and World Politics in the 1980's, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1993. 183pp.
- Brezhnev, L. I. Informe del Comité Central del PCUS al XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1971, 191 pp.
- Brzezinski, Z.K. Ideología y poder en la política soviética, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962, 197 pp.
- Carr, E.H. La Revolución Rusa; de Lenin a Stalin, 1917-1929, Alianza Editorial, México, 1986, 245 pp.
- Daniels, Robert V. The end of the communist revolution, Ed. Routledge, Londres, 1993, 222 pp.
- De Nevers, Renée. Russia's Strategic Renovation: Russian security strategies and foreign policy in the post-imperial era, Ed. Institute for International Strategic Studies (IISS), Londres, 1994, 88 pp.
- Del Arenal, Celestino. Introducción a las Relaciones Internacionales, Ed. Tecnos, Madrid, 1990, 495 pp.
- Goehrke, Carsten y Hellmann, Manfred y Lorenz, Richard y Scheibert, Peter. Rusia, Ed. Siglo XXI, México, 1992, 367 pp.
- Gorbachov, Mijail. Perestroika: Nuevas ideas para mi país y el mundo, Ed. Diana, México, 1987, 373 pp.

- Gorbachov, Mikhail. The socialist idea and revolutionary perestroika, Ed. Novosti Press Agency Publishing House, Moscú, 1989, 31 pp.
- Gorbachov, Mikhail. Towards a humane and democratic socialist society, Ed. Novosti Press Agency Publishing House, Moscú, 1990, 48 pp.
- Hasegawa, Tsuyoshi y Pravda, Alex. Perestroika: Soviet Domestic and Foreign Policies, Ed. Sage Publications, Londres, 1990, 276 pp.
- Hoffmann, Erik P. y Fleron, Frederic J. The conduct of soviet foreign policy, Ed. Aldine/Atherton, Chicago, 1971, 478 pp.
- Jahn, Egbert. Soviet Foreign Policy: Its Social and Economic Conditions, Ed. St. Martin's Press, Nueva York, 1976, 160 pp.
- Kohler, Foy D.; Harvey, Mose L.; Gouré, Leon; Soll, Richard. Soviet Strategy for the seventies: from cold war to peaceful coexistence, Ed. University of Miami / Center for Advanced International Studies, Coral Gables, 1973, 241 pp.
- Krippendorff, Ekkehart. Las Relaciones Internacionales como Ciencia: Introducción, Ed. FCE, México, 1985, 162 pp.
- Laird, Robbin F. Soviet Foreign Policy, Ed. The Academy of Political Science, Nueva York, 1987, 276 pp.
- Lenin, V.I. El imperialismo, fase superior del capitalismo, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekin, 1968, 169 pp.
- Lenin, V.I. Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1969, 831 pp.
- Lenin, V.I. Sobre la Coexistencia Pacífica, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s.f., 180 pp.
- Light, Margot. The Soviet Theory of International Relations, Ed. Wheatsheaf Books LTD., Brighton, 1988, 376 pp.
- Lynch, Allen. The Soviet study of international relations, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1987, 201 pp.
- Mandel, Ernest. ¿Hacia dónde va la URSS de Gorbachov? Ed. Fontamara, México, 1991, 332 pp.

- Marantz, Paul. From Lenin to Gorbachov: Changing soviet perspectives on East-West Relations, Ed. Canadian Institute for International Peace and Security, Ottawa, 1988, 91 pp.
- Marx, Carlos y Engels, Federico. Manifiesto del Partido Comunista, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1980, 87 pp.
- Marx, Carlos y Engels, Federico. Obras Escogidas, Ed. Progreso, Moscú, s.f., 831 pp.
- Marx, Carlos. Contribución a la crítica de la economía política; introducción a la crítica de la economía política, Ed. Fondo de Cultura Popular, México, 1970, 273 pp.
- Marx, Karl. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858 Vol.1, Ed. S.XXI, México, 1971, 500 pp.
- Medina Ortega, Manuel. Teoría y Formación de la Sociedad Internacional, Ed. Tecnos, Madrid, 1983, 624 pp.
- Merle, Marcel. Sociología de las Relaciones Internacionales, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 461 pp.
- Rey Romay, Benito. México 1987: "El país que perdimos", Siglo Veintiuno Editores, México, 1987, 139 pp.
- Schewardnadse, Eduard. Die Zukunft gehört der Freiheit, Ed. Rowohlt, Hamburgo, 1991, 345 pp.
- Steele, Jonathan. Soviet Power: the Kremlin's foreign policy: Brezhnev to Chernenko, Ed. Simon & Schuster, Nueva York, 1984, 289 pp.
- Stern, Geoffrey. The rise and decline of international communism, Ed. Edward Elgar Publishing Limited, Aldershot, 1990, 269 pp.
- Stojanovic, Svetozar. Perestroika: From Marxism and Bolshevism to Gorbachov, Prometheus Books, Buffalo, 1988, 167 pp.
- Tucker, Robert C. The marxian revolutionary idea: marxist thought and its impact on radical movements, Ed. Unwin University Books, Londres, 1969, 240 pp.
- Tucker, Robert C. The Soviet Political Mind: Studies in Stalinism and Post-Stalin Change, Ed. Praeger, Nueva York, 1963, 238 pp.
- Ulam, Adam B. The unfinished revolution: an essay on the sources of influence of marxism and communism, Ed. Vintage Books, Nueva York, 1964, 307 pp.

- Ulam, Adam. B. Expansion and coexistence: the history of soviet foreign policy, 1917-67, Ed. Praeger, Nueva York, 1968, 774 pp.
- Veen, Hans-Joachim et al. From Brezhnev to Gorbachov: domestic affairs and soviet foreign policy, Ed. Berg Publishers, Nueva York, 1987, 378 pp.
- White, Stephen. Gorbachov and after, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1992, 327 pp.
- White, Stephen y Valdez, Jonathan C. Internationalism and the Ideology of Soviet Influence in Eastern Europe, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 214 pp.
- Yakovlev, Alexandr. Lo que queremos hacer con la Unión Soviética, Alianza Editorial, Madrid, 1991, 231 pp.
- Zimmerman, William. Soviet Perspectives on International Relations 1956-1967, Ed. Princeton University Press, Princeton, 1969, 338 pp.

### **Fuentes hemerográficas:**

- Butler, William E. "International Law, Foreign Policy and the Gorbachov Style" en Journal of International Affairs, School of International and Public Affairs/Columbia University, New York, Vol. 42, N° 2, Spring 1989, pp. 363-375.
- Chevardnadzé, Edouard. "La XIX Conférence du PCUS: La politique extérieure et la diplomatie; Rapport du membre du bureau politique du CC de PCUS, ministre des affaires étrangères de L'URSS" en La Vie Internationale, Editions du Progres, Moscou, N° 10 (334), Octubre 1988, pp. 3-69 y 81-94.
- Furtak, Robert K. "Revolución Mundial y Coexistencia Pacífica" en Foro Internacional, El Colegio de México / Centro de Estudios Internacionales, México, Vol. VII, Nos. 1 y 2, julio-diciembre 1966, pp. 1-28.
- Hough, Jerry F. "Gorbachov's politics" en Foreign Affairs, Ed. Council on Foreign Relations, Nueva York, Vol. 68, N° 5, Winter 1989/90, pp. 26-41.
- Khrushchev, N.S. "On Peaceful Coexistence" en Foreign Affairs, Ed. Council on Foreign Relations, Nueva York, Vol. 38, No. 1, October 1959, p. 3.

- Korovin, E.A. "The Five Principles; a Basis for Peaceful Coexistence" en International Affairs, Moscú, No.5, 1956, pp. 46-59.
- Schulze, Peter W. "La política exterior rusa; entre la cooperación global y el rol de gendarme regional" en Nueva Sociedad, Ed. Nueva Sociedad, San José, N° 134, noviembre-diciembre 1994, pp. 17-31.
- Shevtsova, Lilia. "Las opciones de Rusia; contradicciones del desarrollo poscomunista" en Diálogo y Seguridad, Comisión Sudamericana de Paz / Editorial Nueva Sociedad, Santiago, N° 2, noviembre 1995, pp. 207-223.